

Jorge  
**Amado**

Los subterráneos de la libertad. Vol. 2

**Agonía de la noche**

*Traducción de*  
**Basilio Losada**



**Lectulandia**

*Agonía de la noche*, es la segunda de las novelas componentes de la trilogía *Los subterráneos de la libertad*, que Jorge Amado publicó en 1955. La personalidad íntegra del autor brasileño y su fe inquebrantable en los ideales que animan el esfuerzo de la clase trabajadora en su oposición a la élite dirigente, se ven así reflejados en una labor literaria voluntariamente comprometida, donde la experiencia personal del intelectual es constante y explícita.

Lectulandia

Jorge Amado

# Agonía de la noche

Los subterráneos de la libertad 02

ePub r1.0

German25 01.09.17

Título original: *Os subterrâneos da liberdade*  
(Agonía da noite)  
Jorge Amado, 1955  
Traducción: Basilio Losada

Editor digital: German25  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Zélia y James.  
Para Diógenes Arrada, Laurent Casanova,  
Anna Seghers y Michael Gold,  
con amistad.

Metida tenho a mão na consciênciae não falo senã o verdades puras que me ensinou a viva experiênciã.

Camões (Sonetos)

Mi general, el hombre es muy útil. Sabe robar, sabe matar. Pero tiene un defecto: sabe pensar.

Bertolt Brecht

# CAPÍTULO PRIMERO

# 1

Iba el negro Doroteu, con su negra Inácia, por la orilla del muelle. Era el muelle de Santos; los almacenes de la dársena se perdían de vista, repletos de sacos de café, de racimos de bananas, de balas de algodón. Raíles, frigoríficos, radios, máquinas extrañas, conservas y frutas eran bajadas por las grúas, tras arrancarlas de las bodegas oscuras de los negros cargueros anclados en el puerto. Un olor dulce de manzanas maduras se mezclaba con el salado olor del mar, en la lánguida noche tropical, envolvente y tibia, cortada por un viento fino llegado de parajes distantes. También la melodía melancólica de una canción marinera se mezclaba con el barullo ensordecedor de las grúas y los gritos de marineros y estibadores, con los pitidos nostálgicos de los navíos que abandonaban la rada en busca del océano, más allá de la bocana del puerto. De vez en cuando una nota más alta de la canción se imponía a todo aquel ruido y vibraba en el aire, haciendo más ligera la carga en el hombro de los estibadores. Era una canción en lengua extraña, imposible entender lo que decía, aunque pudieran oírse claramente las palabras, pero todos sabían —los estibadores, los marineros de distintas razas, los ensacadores, hasta los empleados de la aduana— que se trataba de una canción de amor, hecha de distancia y de afligido anhelo. Y más que todos lo adivinaba el negro Doroteu, caminando junto a su negra Inácia. Para él no tenían secreto las canciones, podía penetrarles el sentido misterioso aunque no entendiera la lengua del marinero convertido en cantor, desahogando hacia las luces de la ciudad de Santos su añoranza de la mujer hallada un día y perdida luego en Shangai o en Constanza, en Nueva York o en Guayaquil, en Amsterdam o en Estambul. Doroteu era un experto en canciones del mar, en banderas de navíos y en el variado color de las aguas al correr el día. Y de aquellos misterios hablaba el negro Doroteu a su negra Inácia cuando juntos, en las noches sin trabajo, atravesaban el muelle inmenso, cambiando juramentos de amor, contando y oyendo historias, silbando canciones, riendo a todos, pues reír era el mayor placer, tanto del negro Doroteu como de la negra Inácia.

Pepe, el sombrío español de la cara marcada a navajazos, solía decir con su ácido humor, inclinado sobre el vaso de aguardiente en una taberna del muelle, que el negro Doroteu y la negra Inácia eran la mejor demostración de la atracción de los polos opuestos (y explicaba a los negros y mulatos boquiabiertos en qué consistía la atracción de los polos opuestos). La negra Inácia, moza de veinte años, era el modelo ideal de aquellas muñecas «bahianas» compradas por todos los turistas, de cuerpo perfecto, erguidos senos puntiagudos, duros muslos, modeladas pantorrillas y dulce perfil, los ojos de mimo y de malicia, deseados labios, dientes blancos e iguales, cabello perfumado de canela y clavo. Cuando pasaba Inácia, flor negra del muelle, apetitoso fruto aún inmaduro, estibadores, los blancos marineros nórdicos, los árabes de concupiscente mirada, los pequeños griegos aceitunados, se preguntaban cómo había podido conquistarla el negro Doroteu, de qué sortilegios se había valido, a qué



«padre-de-santo<sup>[1]</sup>» se había dirigido para que le hiciera el hechizo con que prender en las mallas del amor, un amor ¡ay! para siempre, a aquella compañera. Porque el negro Doroteu, flacucho y bajo, de cara chupada y gruesos labios, no parecía hombre para enamorar a nadie. Bastaba ver sus manos enormes, gigantescas para su pequeño cuerpo, dueñas de una fuerza inmensa. Hasta algunos estibadores tenidos por auténticos atletas no le daban jamás la mano, sino que se la tendían con el puño cerrado, pues la mano de Doroteu era un peligro, sus dedos tenían fuerza de tenazas. Pero aquellas manos disformes agarraban la pequeña armónica y de ella arrancaban las más puras melodías, canciones capaces de calmar al hombre, de hacerle soñador y romántico, pero también otras (cuando el círculo que se agrupaba a su alrededor era de gente conocida y de confianza), las que levantan a los hombres, los arman y los incitan a la lucha. No es que hubiera estudiado música, pues al negro Doroteu jamás le había sobrado tiempo para estudiar, y mucho de lo que sabía lo fue aprendiendo en los muelles de Santos, con el mar, con los barcos, con la carga y descarga, con los marineros, los estibadores, con la noche y el viento, en los tinglados del muelle, en el sindicato y en la célula del partido. Y de él se había enamorado la negra Inácia, flor del puerto.

Doroteu pasaba por el borde del muelle, entre las cargas y las grúas. Iba con él su negra Inácia, y reían los dos, uno para el otro, a veces con un dulce rumor de agua brotando de una fuente, otras con un fino y persistente quebrarse de cristales sonoros, otras con amplia carcajada, como las notas de una clara orquesta. Y se preguntaban todos el porqué de aquel amor en fiesta que llenaba de risas, de canciones y de poesía los muelles del puerto. «Atracción de los polos opuestos», como decía el sombrío español de complicados desconocimientos; «cosas de la vida», como decía la negra Antonia ante el tenderete de golosinas, filosofando ante los almacenes, o, como afirmaba el viejo Gregório, el más veterano de los estibadores, «cosas del negro Doroteu; negro como ése, sincero y valiente, no hay dos en este muelle ni en el mundo entero». Cada explicación tenía sus adeptos y, a veces, incluso surgían acaloradas disputas entre ellos. Persistía el misterio, uno de aquellos misterios de muelle, de puerto, nunca esclarecidos. Tampoco lo sabía el negro Doroteu. Hacía ya seis meses que la había llevado ante el juez, acompañado por la cuadrilla entera de los estibadores, por marineros llegados de los barcos; la noticia de su boda había llenado el mar de comentarios. En una fiesta callejera la había conocido, para ella compró en una feria un pequeño espejo y un peine rojo, para ella tocó su armónica mágica, cantó canciones en cinco lenguas, trazó ágiles pasos de capoeira<sup>[2]</sup>, la navaja peligrosa en la mano, los zapatos sacando chispas del suelo. Juntos habían paseado por el muelle, corrido por las blancas playas ante el océano libre, habían ido al cine a ver películas de vaqueros, a la otra punta de la ciudad. Y, cuando un día él propuso «que juntaran sus almohadas, con la autorización del juez» ella asintió risueña. Era camarera en un gran hotel de la playa, donde se hospedaban los potentados del país y los gringos turistas venidos por los baños de mar o atraídos por la ruleta y el bacará,

aún más tentadoras para ellos que el océano azul y la blanca arena. Muchos clientes le habían lanzado miradas codiciosas, pero la negra Inácia hacía un mohín de desprecio con sus pequeños labios pintados; nunca otro amor, otro deseo, otro cariño, habitó su corazón virgen, a no ser el despertado por su negro Doroteu de rostro flaco, grandes manos huesudas y ardiente corazón de hombre, lleno de poesía, de vida y de esperanza. Lo único que no hizo fue dejar el empleo cuando él le pidió que se quedara en casa iluminándola; le respondió con palabras que de él había oído durante los paseos del noviazgo:

—¿Qué comunista es el que quiere a su mujer como adorno?

Después se recostó en su pecho, el olor de canela y clavo bajo la nariz del negro Doroteu, y dijo con una carcajada maliciosa:

—Me gusta trabajar y seguiré trabajando hasta que me crezca la barriga y no pueda más...

Festivos fueron los días que siguieron a la fiesta de la boda. Inácia cantaba y Doroteu le enseñaba los secretos que sabía. El negro dominaba la ciencia de las banderas, sabía distinguirlas unas de otras, hasta las del Imperio Británico — Inglaterra, Canadá, Australia, África del Sur— tan parecidas en sus colores y dibujos.

Una vez fondeó a lo lejos, ante las playas magníficas, un barco de bandera nunca vista. Las autoridades no le habían permitido siquiera el acceso al puerto, pero ellos fueron todos a la playa, a saludar a la bandera roja de la hoz y el martillo, la que lleva consigo la estrella del mañana. El primero en llegar fue el negro Doroteu, con su negra Inácia y, al caer la noche, encendieron linternas marineras y con ellas hicieron señales, signos de amor y solidaridad, a la bandera y al navío, al comandante y a los marineros, al distante mundo del otro lado de la tierra, de donde llegaba, cortando los mares, aquel prohibido barco soviético. Fue como una fiesta de luces brillando en las arenas, y aquella noche los potentados del país y los gringos turistas no tuvieron valor para asomarse a la playa. Incluso junto a las protegidas mesas de ruleta y bacará temblaban sus manos, atemorizadas, al lanzar las fichas de las apuestas, miedo del barco y de las linternas, miedo de la roja bandera. El negro Doroteu levantaba y bajaba su linterna, y desde el barco respondían a su saludo otras linternas. El negro Doroteu cogió su armónica, su negra Inácia se quitó los zapatos y bailó sobre la arena. Desde el barco no podían ver ni oír, pero para ellos tocaba el negro Doroteu y bailaba su negra Inácia. Y aquel día los estibadores vieron lágrimas en los ojos pequeños de Pepe, el español de cara sombría marcada a navajazos.

Iban los dos por el muelle, el negro Doroteu con su negra Inácia, en la noche de Santos, noche de café y bananas, grúas y navíos. Y más que nunca reían, uno para el otro, y reían a la gente que pasaba, incluso a los viajeros apresurados desembarcados con retraso de un transatlántico grande como una ciudad, porque la negra Inácia acababa de revelar a su negro Doroteu, escondiendo la cabeza en su peludo pecho, que su vientre iba a crecer, que una vida empezaba a florecer en ella, nacida de aquel amor festivo de la hermosa negra Inácia y el risueño negro Doroteu.

Pero era tan grande la alegría del negro Doroteu ante aquella noticia de su negra Inácia, que no podía guardarla para sí, y sentía la necesidad de comunicarla a todos sus amigos del muelle, a sus compañeros de trabajo en las dársenas, a los ensacadores, compañeros en las largas conversaciones, a los marineros conocidos de paso por Santos. Y así iban, de grupo en grupo, interrumpiendo a la gente en sus tareas, el negro Doroteu riendo de alegría, saltando sobre sus piernas arqueadas, la negra Inácia sonriendo preocupada, escondiendo el rostro en el pecho de su negro cuando él anunciaba la maravillosa noticia: una criatura iba a nacer dentro de algunos meses, un pequeño Doroteu o una pequeña Inácia, negra como ellos, risueña como ellos, como ellos crecería a orillas del mar Atlántico, en el muelle de Santos, aprendiendo historias marineras y revolucionarias, de boca de españoles e italianos, de griegos y eslavos, de franceses y suecos, de brasileños de variado color de piel: blancos, negros y mulatos.

Iban de grupo en grupo e incluso habían elegido ya un nombre para el niño, si era un niño y no una negrita: se llamaría Luis Carlos, como Prestes; en aquellos años y en los que les siguieron, los estibadores de Santos no ponían otro nombre a sus hijos que el del revolucionario preso y condenado. Por eso Santos era llamada en el resto del país la «ciudad roja», y los policías miraban con disgusto y desconfianza aquel mundo del muelle, aquellos hombres rudos y fuertes curvados sobre los sacos de café, erguidos sobre las grúas, desapareciendo en las calas de los barcos, en la carga y en la descarga.

Los barcos, los de pasaje y los cargueros, se sucedían amarrados al muelle, otros fondeados fuera de la rada, en el puerto. Hacía poco había entrado un transatlántico inglés, habían bajado de él pasajeros apresurados, el negro Doroteu les había saludado con una sonrisa, acababa de oír de boca de su negra Inácia la gran noticia. Otro se iba ahora, en la popa la bandera francesa, y el negro Doroteu agitó la mano en señal de despedida, sintió deseos de gritar a los pasajeros y a los marineros, al comandante con sus prismáticos, a los maquinistas y a los fogoneros, que un hijo suyo iba a nacer, que se llamaría Luis Carlos, y que sería estibador del puerto de Santos. O tal vez marinero en los barcos, yendo de puerto en puerto, por el ancho mundo, pero llevando siempre en el corazón el recuerdo de la ciudad roja de Santos, del puerto comunista de Santos.

El rumor de la feliz noticia empezó a preceder al negro Doroteu, que iba por el muelle con su negra Inácia. Se difundió por las tiendas y las bodegas, y en una de ellas, en una mesa pringosa, alguien propuso a los marineros y a los estibadores brindar por el hijo del negro Doroteu y su negra Inácia, a quien darían el nombre de Luis Carlos, como no podía dejar de hacer un verdadero trabajador de Santos. Así la negra Antonia dejó su puesto de dulces y comidas bajo la vigilancia experta de un golfillo, y llegó, ella también, avanzando entre los sacos, los fardos y las cajas del almacén, a dar un abrazo al negro Doroteu y otro muy fuerte a su negra Inácia. Y vino el viejo Gregório con un saco vacío sobre la cabeza de cabellos blancos, los

hombros aún robustos, curvados por la edad y los sacos de café. Y vino Pepe, el español de los navajazos, fumando una colilla; cogió al negro Doroteu en sus fuertes brazos, felicitó a la negra Inácia. Llegaron muchísimos, llegó toda la gente del muelle, incluso parecía que acudieran a uno de aquellos mítines antifascistas ahora prohibidos, tan alegres llegaban tendiendo las manos callosas hacia el negro Doroteu y su negra Inácia.

Tantos estaban ya a su alrededor, que los policías que hacían la ronda se inquietaron. Pero, al empezar a sonar la melodiosa armónica del negro Doroteu, escondida por su mano enorme junto a la boca, pensaron que se trataba de una fiesta improvisada y que era mejor no meterse, pues a los estibadores de Santos no les gusta la policía y no les gusta verla meter las narices en sus fiestas y celebraciones. Y no es conveniente jugar con esos sentimientos de amor y odio de los estibadores del puerto rojo de Santos, tienen la sangre caliente y la mano ágil manejando la navaja. El negro tocaba su pequeña armónica, la negra Inácia bailaba en el muelle, ante las grúas, y los marineros saltaban las amuradas para oírlo y verla, y aplaudían palmoteando como niños.

El silbido de un carguero al entrar en el puerto cortó la música de samba del negro Doroteu, el paso de danza de su negra Inácia. El bulto negro del barco surgía lentamente, y todos, estibadores, marineros, ensacadores, transeúntes y la negra Antonia que vendía dulces, lo miraron y se pusieron serios de repente. El negro Doroteu apartó su armónica mágica, era un conocedor profundo de las banderas, sabía distinguirlas unas de otras. Confirmó el recelo de los otros cuando sus ojos vieron antes que nadie, en la popa del carguero ahora perpendicular a ellos, maniobrando para fondear, el odiado trapo, la bandera inmunda, el estandarte abyecto.

El viejo Gregório respiró hondo:

—Está allí. Pero no se va a llevar el café. ¡Ah!, no se lo va a llevar, que aún hay hombres en el muelle de Santos, así Dios me lleve...

—Es el barco alemán... —repitió Doroteu, y había olvidado incluso a su hijo que iba a nacer y la mano que agarraba la armónica, su mano enorme, se cerró amenazadora. El español Pepe se puso más sombrío, escupió con fuerza, sus cejas se frunció.

Días atrás habían empezado a circular rumores de que los estibadores del muelle de Santos se negarían a cargar el barco que viniese en busca del café ofrecido a Franco por el Estado Novo. El café llenaba los almacenes, miles y miles de sacos, pero el barco para transportarlos no aparecía. Un día se supo que un barco nazi vendría por la carga. Pero no lo esperaban tan pronto y aún no se había realizado la reunión del sindicato. El negro Doroteu, que había olvidado incluso a la negra Inácia, exclamó:

—Hay que reunir a los del sindicato...

—Y cuanto antes...

—Mañana sin falta...

—Hay que tomar una decisión...

Llegaba gente de todas partes, el grupo crecía, los ojos se dirigían al mar, donde el carguero echaba el ancla.

—Viene a por el café para ese bandido de Franco.

—Esto es un insulto para los estibadores...

El negro Doroteu se guardó la armónica en el bolsillo, cogió del brazo a su negra Inácia, salió andando, ahora tenía trabajo, la noche ya no se presentaba libre, había terminado la fiesta, había que actuar. Aquella noche, Osvaldo, secretario de la célula del puerto, no tenía trabajo. Había vuelto a casa después del turno de día, seguramente ya estaría dormido, cansado por las largas horas de carga y descarga bajo un sol de fuego. Había que despertarle, decirle que estaba allí el barco, y con él llegaba la hora de desencadenar la huelga. El personal estaba dispuesto, era preciso reunir el sindicato...

Quien viera al negro Doroteu, en ese momento, cuando volvía del puerto a la ciudad el rostro serio y concentrado, los ojos graves y el corazón en vuelo, comprendería quizá por qué lo ama tanto su negra Inácia, la del cuerpo perfecto perfumado de clavo y canela. Por la orilla del muelle, el paso rápido, iba, en aquella noche de la llegada del barco alemán, el negro Doroteu con su negra Inácia. Nubes oscuras cubrían ahora el cielo, el viento ligero del inicio de la noche era ahora un vendaval de tempestad, como si también la naturaleza se cerrara protestando, solidaria con los estibadores de Santos. Tan oscuras eran las nubes traídas por el áspero viento del sur, que difícilmente podían los ojos del negro Doroteu descubrir la odiada cruz gamada sobre el trapo caído a popa del carguero.

El negro Doroteu, sin disminuir el paso casi de carrera, atrajo hacia sí el cuerpo de su negra Inácia, cuerpo hoy más bello y perfecto, cuerpo hoy sagrado, donde otra vida se forma y crece, como para protegerlo de la repugnante sombra de la bandera de muerte y terror izada sobre el barco en el puerto. ¡Ah!, los estibadores de Santos sabrían responder a la provocación de esa bandera, a la provocación del café regalado a Franco, el traidor español. El negro Doroteu piensa en su hijo, que va a nacer dentro de unos meses; murmura a su negra Inácia:

—Cuando el negrito sea mayor, cuando esté de estibador aquí en el muelle, todas las banderas serán rojas, todas las banderas serán hermanas...

Por todo esto le amaba la negra Inácia, por las cosas que el negro Doroteu sabía decir, con su voz o con su armónica, y también, desde luego, por lo que él sabía hacer; le amaba porque le veía ir a la carrera a levantar a las gentes del muelle y del mar contra los fascistas, sin miedo a la policía, sin miedo a la cárcel, sin miedo a morir, el negro Doroteu no sabe de qué color es el miedo...

Por el muelle, los hombres iban de grupo en grupo, corrían rumores, los ojos clavados en el barco negro. Allí mismo se concertó la reunión del sindicato, y los más activos eran los estibadores españoles, pues a Franco iba destinado el café de los

tinglados. Un viento de huelga se extendía sobre el mar, en la cercana montaña resonó un trueno anunciando la tormenta. Casi corriendo, en busca de Osvaldo, salió del muelle de Santos el negro Doroteu con su negra Inácia.

## 2

La lucha con la policía empezó antes de comenzar la huelga, durante la reunión del sindicato. Muchos de aquellos estibadores y trabajadores no eran habituales en las reuniones, a veces pesadas, de su sindicato, cuando se discutía la organización, sobre finanzas y contabilidad. Preferían permanecer en las tabernas o dormir, el trabajo en el muelle era pesado. Pero, cuando se trataba de reivindicaciones, entonces sí que se llenaba la sala del sindicato, ocupadas todas las sillas y mucha gente de pie, empujándose para ver y oír mejor.

En aquel sindicato de la estiba y de las dársenas de Santos, la policía y los agentes del Ministerio de Trabajo no habían logrado aún, a pesar de sus esfuerzos desesperados, apoderarse de la dirección. Agentes del Ministerio y policías rondaban alrededor suyo, se metían en las reuniones, procuraban enfrentar a los hombres, pero hasta entonces ningún éxito había coronado sus intrigas y amenazas. Los comunistas y sus simpatizantes seguían en la dirección del sindicato, y ésa era otra de las razones por las que llamaban a Santos «puerto rojo». La Delegación de Orden Político y Social de São Paulo dedicaba gran parte de su fichero a los estibadores y portuarios de Santos. Series completas de biografías llenaban los archivos, sobre muchos nombres aparecía escrito un adjetivo: «Peligroso». Pero pocos inspectores tenían valor para aceptar el trabajo de vigilar la actividad política de los portuarios, ensacadores y estibadores del puerto de Santos. Y más de uno se llevó una paliza en el muelle, más de uno soportó un baño forzoso en las aguas del puerto. Los trabajadores de Santos tenían un extraño sentido del humor, poco apreciado por los policías. Así fue como cierto inspector, convencido de la necesidad de usar métodos modernos aprendidos en las novelas de espionaje americanas, intentó hacerse amigo de un grupo de estibadores en la taberna donde bebían como sólo ellos saben beber. Se presentó como viajero de paso por la ciudad, pero, a las primeras preguntas indiscretas, los demás le reconocieron. Se guiñaron el ojo, se hicieron los locos, dieron cuerda a la conversación y el policía se sonreía a sí mismo triunfante, el jefe Barros le iba a felicitar cuando regresara cargado de preciosas informaciones. No notó siquiera lo mucho que iba bebiendo en las sucesivas rondas pagadas por los estibadores, ¡y cómo le llenaban a rebosar el vaso de aguardiente! Cuando despertó, estaba desnudo, en el muelle, las ropas a su lado, sin documentos, mojado hasta el alma, y un cartel (una tapa de caja de cartón, donde habían escrito con lápiz azul) anunciaba a los sonrientes curiosos: «¡ATENCIÓN! PERRO POLICÍA. MUERDE».

Dos estibadores guardaban la puerta del sindicato, antes de la reunión, para impedir la entrada de extraños. Uno de ellos era tuerto y el otro fumaba un puro barato que apestaba a su alrededor. Cuando llegaron los policías dispuestos a entrar como fuera, empezó la discusión. El sindicato ocupaba un primer piso, la puerta donde desembocaba la escalera era estrecha, los dos estibadores la obstruían con sus cuerpos. El del puro exigió a los policías (que al principio no se habían presentado

como tales) los documentos sindicales. Ellos dijeron ser periodistas, encargados de informar de la reunión. El tuerto declaró que la dirección del sindicato pasaría una nota oficial a los periódicos después de los debates, pero que no se permitía la entrada de extraños a la reunión. Ante esto, los otros declararon ásperamente su condición de policías. Eran tres, e intentaron forzar la entrada, luego de haber dicho el malcarado que les precedía:

—Somos de la policía...

—Calma, mozo, calma... —recomendó el del puro—. No se me ponga nervioso. Vamos a discutir...

—No hay nada que discutir. Vamos a entrar...

—Eso depende, mozo. Usted ha dicho que es de la policía, pero antes había dicho que era periodista. Primero prueben qué es lo que son realmente, si son de la bofia...

—Y soltaba la palabra de jerga cargando las sílabas, como para hacerla más insultante, su puro casi rozaba la cara del policía.

El tuerto anunció a un pequeño grupo de estibadores que esperaban en el pasillo:

—La poli...

Alguien preguntó:

—¿Y qué vienen a husmear aquí?

Se fueron acercando. El policía que discutía mostró la placa escondida tras la solapa del abrigo, los otros dos hicieron lo mismo.

—No puede hacerse ninguna reunión sindical sin la presencia de la policía y sin su autorización... Es la ley. Ya lo saben...

—Esta mañana lo hemos comunicado...

—Pero aún no han recibido autorización...

Uno de los dirigentes del sindicato bajaba por las escaleras a ver qué sucedía. El del puro le resumió la situación.

—Aquí hay tres policías que quieren entrar a la fuerza...

El dirigente sindical se dirigió a los inspectores:

—La reunión ha sido legalmente convocada, se ha enviado comunicación a la policía.

—Ninguna reunión sindical puede celebrarse actualmente sin la presencia de la policía...

—Vienen a espiar... —dijo la voz que había sonado antes, procedente de uno de los que esperaban en el pasillo.

El dirigente sindical sabía que desde la proclamación del Estado Novo era obligatoria la presencia de la policía en las reuniones sindicales. Sin embargo, era la primera vez que aparecía en una reunión de la estiba de Santos.

—Déjalos entrar... —ordenó antes de que se exaltaran los ánimos.

Lo importante era realizar la reunión, decidir en votación la actitud que convenía tomar ante el problema del embarque de café para Franco.

Los que vigilaban la puerta abrieron paso de mala gana, los inspectores



empezaron a subir las escaleras mirando con suspicacia a su alrededor.

La sala estaba repleta de gente. Detrás de la mesa presidencial estaban ya algunos dirigentes, entre ellos Osvaldo, secretario de la célula del partido y miembro de la dirección del sindicato, hombre aún joven, alto y delgado, de músculos poderosos, mentón saliente y amplias entradas en la sien. También el español Pepe y el viejo Gregório estaban ya en su sitio. El viejo era presidente del sindicato y ocupaba el cargo desde hacía ya muchos años. El secretario era un mulato ancho de hombros, casi sin cuello, llamado Aristides. Éste no estaba aún en la mesa, andaba por la sala, haciendo firmar a los compañeros una lista de asistentes. En la sala sencilla de paredes encaladas, había tres retratos: los de los dos estibadores muertos en un movimiento huelguista anterior y el de Getúlio Vargas, obligatorio en todos los sindicatos. Osvaldo vio a los tres inspectores entrar y distribuirse por la sala. Se levantó entonces de la mesa y fue a hablar con algunos hombres, también dispersos por la sala, entre ellos el negro Doroteu. La sesión empezó poco después.

El viejo Gregório agitó una campanilla para pedir silencio. Al poco tiempo fueron cesando las acaloradas discusiones y se pudo anunciar la apertura de la sesión. En pocas palabras explicó el motivo por el cual se había convocado la sesión: el Gobierno había ofrecido al general Franco, jefe de los rebeldes españoles («un traidor», gritó una voz en la sala), una partida de café. Ahora estaba en el puerto un barco alemán («nazi», gritó otra voz) para transportar el café a España. Había que discutir y decidir la actitud que los trabajadores del puerto de Santos debían tomar ante el hecho: cargar o no cargar el barco. Había terminado, si alguien quería decir algo más, podía hacerlo.

Osvaldo fue el primero en hablar. ¿Qué era la guerra de España?, preguntó, levantando los brazos delgados y musculosos. Y él mismo respondió: una guerra de fascistas y reaccionarios contra los trabajadores, contra la República, contra un régimen democrático. Era una guerra contra todos los trabajadores del mundo. Al lado de Franco luchaban los nazis alemanes y los fascistas italianos, lo que estaban intentando hacer con el pueblo español, con su clase obrera, lo harían luego si tenían éxito, con otros pueblos, con los trabajadores de otros países, con el pueblo y los trabajadores brasileños. Los trabajadores de los países más lejanos estaban mostrando por todos los medios su solidaridad con los obreros españoles, mientras que las fuerzas reaccionarias internacionales se solidarizaban con Franco. Eran los reaccionarios brasileños, los hacendados, los explotadores de obreros, los patrones, quienes mandaban aquel café a Franco. «Nosotros —afirmó—, somos pobres; no podemos enviar miles de sacos de café a nuestros compañeros españoles. Pero tenemos otra manera de mostrarles nuestra solidaridad: no embarcar este café, no cargar ese barco alemán, ese barco de Hitler, que ha venido a buscarlo. Los españoles dicen a los fascistas: NO PASARÁN. Debemos ayudarles a cumplir su tarea».

Los aplausos se prolongaron en la sala, y ya Pepe pedía la palabra para hablar en nombre de los muchos españoles trabajadores en el puerto de Santos, cuando uno de

los inspectores, el que había discutido en la puerta, se dirigió a la mesa y comenzó a hablar en voz baja inclinado sobre Gregório. Los otros miembros de la directiva alargaban la cabeza para escuchar, la gente se levantaba de las sillas, se oía por todas partes una pregunta:

—¿Qué quiere?

Uno protestó:

—Que hable alto para que le oiga todo el mundo...

Los otros policías se colocaron al lado de su compañero. El viejo Gregório explicó:

—Dice que la reunión no puede seguir.

—¿Por qué? ¿Por qué? —preguntaban de todas partes.

El policía subió a la tarima donde estaba la mesa presidencial, y dijo:

—La reunión fue convocada para discutir «asuntos de interés de clase», y aquí se está tratando de política. Y eso está prohibido. Los sindicatos no están para hacer política. Doy la reunión por clausurada, debido a su carácter comunista...

Un puño golpeó la mesa, silenciando el murmullo provocado por las palabras del policía. Era el español Pepe que se levantó, con gesto dramático, los brazos abiertos, en el rostro moreno, labrado a navajazos, cargado de un resplandor de odio.

—Compañeros... —gritó—. ¿Qué asunto nos puede interesar más que éste? Hemos dicho que se trataba de un asunto de clase, y es verdad. No veo nada de política en esto: se trata de nuestro trabajo. No queremos trabajar para Franco, el fascista, no queremos trabajar para Hitler, el nazi. Propongo que continúe la reunión...

Empezó el jaleo. Los hombres se subían a las sillas para aplaudir mejor. El viejo Gregório trató inútilmente de imponer silencio. Uno de los policías salió, obedeciendo una orden del que había hablado. Osvaldo hizo una señal al negro Doroteu, éste siguió al policía, volvió unos minutos después para murmurar al oído de Osvaldo:

—Está telefoneando desde la taberna...

El viejo Gregório había conseguido ya imponer cierta calma y propuso que la asamblea decidiera en votación si continuaba o se cerraba la sesión. Un tipo pidió la palabra para dirigir la discusión. Casi todos los presentes le conocían, había trabajado como estibador hasta hacía unos pocos años. Después había sido reclutado por el Ministerio de Trabajo, pese a continuar perteneciendo oficialmente al sindicato. Tenía unos cincuenta años, era gordo, y en su boca brillaban dos dientes de oro:

—Compañeros, ¿vamos a hacer una vez más el juego a los comunistas? ¿Qué tenemos que ver nosotros con lo que pasa en España? Nuestra obligación es cargar y descargar los barcos, sin mirar y sin preguntar a quién van destinadas las mercancías. Los comunistas quieren llevarnos a otra huelga, ahora que el doctor Getúlio Vargas, amigo y protector de los trabajadores...

—Buen protector, que manda disparar sobre ellos, como en São Paulo... —Era la

voz del negro Doroteu.

—Que el doctor Getúlio Vargas, repito, está dispuesto a atender todas las justas reivindicaciones de nuestra clase...

—Tu clase es la del Ministerio, la nuestra es la obrera —volvió a interrumpir el negro Doroteu, entre aplausos.

—No contesto a comunistas... Sigo: ahora que la huelga es un delito previsto en la Constitución. ¿Qué vamos a ganar con ella? Sólo vamos a perder, nuestras familias van a pasar hambre, el Gobierno se nos va a poner en contra. ¿Qué tenemos que ver nosotros con España? Sólo porque trabajan aquí algunos españoles, por lo general indeseables...

—Indeseable tu madre, sinvergüenza... —y uno de los españoles se levantó de la silla.

El viejo Gregório agitaba la campanilla. El inspector animó con una señal al orador.

—Vamos a suspender la reunión. Mi voto por que se acabe la reunión.

El negro Doroteu se subió a una silla, todos podían ver su pequeño cuerpo ágil.

—Ese individuo es un policía disfrazado. ¿Quién habla aquí de comunistas? Aquí no hay comunistas ni no comunistas. Aquí hay trabajadores, y los trabajadores forman una sola familia en todo el mundo. Si no nos ayudamos unos a otros, ¿quién nos va a ayudar? ¿Los reaccionarios? ¿La Compañía de las Dársenas de Santos? Yo propongo echar fuera a los policías y continuar la reunión. Y que se haga de prisa, antes de que lleguen los refuerzos que el otro ha ido a pedir por teléfono... ¡Abajo Franco! ¡Viva la República Española!

No hubo siquiera votación. El estibador tuerto, el que estaba en la puerta y había guardado un especial rencor desde su choque inicial con los policías, avanzó. Otros le siguieron. Los policías bajaron las escaleras corriendo; el provocador del Ministerio bajó a porrazos. Osvaldo tomó nuevamente la palabra, recordaba la necesidad de resolver el asunto rápidamente, antes de que la policía volviera. Había una propuesta concreta: los estibadores de Santos no cargarían el café para Franco, ni en el barco alemán ni en ningún otro. No se declararían en huelga, pero lo harían si se imponía alguna medida de castigo al sindicato o a alguno de los compañeros.

Alguien propuso algo más: como sería difícil convocar una nueva asamblea de sindicato, la directiva debía quedar autorizada para declarar la huelga si fuese necesario. Las dos propuestas fueron aprobadas. El viejo Gregório pidió que abandonaran la sala rápidamente antes de que llegara la policía. Aristides, el secretario del sindicato, recogió los libros de actas; fue el último en bajar, cerró la puerta y se metió la llave en el bolsillo. En ese mismo momento los coches de policía invadieron la calle.

Osvaldo estaba hablando con Doroteu de una reunión de la célula del partido para estudiar la situación.

—Vendrá un dirigente de la regional... —avisaba.

### 3

El barco alemán estaba anclado en el muelle, junto al almacén donde se encontraba depositado el café. Desde la ciudad llegaban curiosos a acechar el movimiento del puerto. La vida continuaba normalmente, los barcos eran cargados y descargados. Sólo la cuadrilla de estibadores convocada para el trabajo en el barco alemán no había aparecido. Otra cuadrilla iba a ser convocada en su lugar.

Los periódicos de la mañana no decían nada de la reunión de la víspera. Publicaban solamente una nota de la policía política local, diciendo que la sede del sindicato había sido ocupada y clausurada debido a amenazas de agitación por parte de elementos extremistas. Pero la noticia de la decisión de los estibadores se había extendido ya por toda la ciudad, había llegado incluso a São Paulo. Barros, ahora delegado de Orden Político y Social, mantenía largas conversaciones telefónicas con la policía de Santos. Había dado órdenes definitivas: iniciar las detenciones si aquella noche los estibadores no habían empezado a cargar el barco.

—Hay que demostrar a esos sinvergüenzas que ya no estamos en un régimen liberal... Ahora estamos en el Estado Novo: o se obedece o van a recibir. No utilice medidas a medias... Es necesario darles el golpe a los comunistas de una vez. ¡Vaya si lo haré! Tengo carta blanca, no tema nada. Si es preciso disparar, dispare. Le voy a mandar más gente... Mañana tiene que estar cargado el café, mañana a lo más tardar. Si es necesario yo mismo iré por ahí.

También el Rubio fue esa mañana a Santos, en el primer autobús. Fue a buscar a João a casa del camarada con quien se hospedaba. João le dijo:

—No va a ser fácil. Todo dependerá del movimiento de solidaridad que podamos desencadenar cuando se declare la huelga. La policía no va a tardar en actuar contra los estibadores. Andan siguiendo a toda la directiva del sindicato. La huelga puede durar mucho, la masa del puerto es extraordinaria, posee una combatividad increíble. Pero ¿cuánto tiempo podrán aguantar?, éste es el problema. Es necesario pensar inmediatamente en dos cosas: iniciar en São Paulo, aquí, en Sorocaba, Campiñas, Santo André, en todos los barrios obreros, una campaña económica para ayudar a los huelguistas. Y, al mismo tiempo, ir preparando al personal, en las fábricas, para hacer paros e incluso huelgas de solidaridad...

—¿Y aquí?

—Tú has leído mi informe, ¿verdad? Pues es lo que decía allí... Una organización muy débil. Todo el mundo se dice y se siente comunista. Pero el aparato del partido es pequeñísimo. Cuando yo llegué, incluso la célula del puerto no era casi nada: buenos compañeros, abnegados, pero con poco ánimo para el proselitismo. La cosa mejoró un poco cuando empecé a animarles, a empujar. Pero, desde luego, la célula dirige el puerto. La gente es toda nuestra, no hay «getulistas», ni «armandistas». Unos cuantos anarquistas, pero ni un integralista, y los españoles, en este caso, van con nosotros, sin dificultad... Lo peor son las otras empresas: en

muchas ni siquiera existía el partido; en otras, eran dos o tres compañeros... Procuré crear nuevas células, se hizo lo que se pudo en estos dos meses. Piensa que no teníamos siquiera organizado al personal de los grandes hoteles de la playa. Pero descubrí a una negrita, mujer de un compañero, y está haciendo un trabajo que muestra todas las posibilidades que tenemos... Creo que podremos, pese a todo, contar con un buen movimiento de solidaridad local. Hace dos meses que no hago más que preparar las condiciones... Ayer me reuní con la célula del puerto, hablé con los compañeros, y como te he dicho, la combatividad es estupenda...

—Esta huelga es fundamental. Si conseguimos que el movimiento huelguista alcance buenas proporciones, vamos a poder romper la constitución fascistizante. Si podemos demostrar a los trabajadores que la huelga es posible, a pesar de estar prohibida por el Estado Novo, esta constitución estará herida de muerte.

Cuando el Rubio volvió a São Paulo, por la noche, con un compañero de confianza, en un camión cargado de frutas argentinas, la situación se había hecho mucho más tensa. Uno de los secretarios del sindicato, el viejo Gregório y Pepe habían sido detenidos, cuando la tercera cuadrilla de estibadores convocada para cargar el café no apareció. Una patrulla de policía militar vigilaba el barco alemán y otros policías, colocados al principio de la subida de la sierra, revisaban los autobuses y coches que entraban o salían de la capital.

La noticia de la detención de los dirigentes sindicales llegó al puerto cuando trabajaba el turno de noche. La llevó el negro Doroteu, junto con la decisión de los restantes miembros de la directiva que aún estaban en libertad: había que paralizar el trabajo inmediatamente para protestar contra las detenciones y exigir la libertad de los compañeros. Una comisión, constituida por dirigentes sindicales y otros estibadores, iría a la policía a discutir.

Pocos minutos después, el trabajo estaba paralizado en el muelle. Los estibadores, reunidos en grupos, comentaban los acontecimientos. Se sabía que Pepe había sido golpeado a la vista de su mujer en el momento de la detención. Los soldados de la policía militar, con las armas preparadas, vigilaban el barco alemán. Las puertas del almacén donde se encontraba el café listo para ser embarcado, estaban todavía abiertas en espera de los estibadores que debían cargarlo.

El negro Doroteu se sentó en una acera, cogió su armónica y empezó a tocar una música aprendida de un marinero francés. Era La Marsellesa, y hacía vibrar a los hombres. Eligieron a los que debían formar, junto con los dirigentes sindicales menos vistos, la comisión que debía ir a hablar con la policía.

También aparecían policías y confidentes del Ministerio de Trabajo, sondeando el ambiente, procurando acercarse a los estibadores, aconsejándoles que cargaran el café, que no hicieran la tontería de ir a una huelga. De vez en cuando estallaba una discusión acalorada en un grupo, se oían tacos, exclamaciones excitadas.

Alrededor de las once de la noche, la comisión, al fin constituida, salió hacia la comisaría. Se habían establecido las bases para las conversaciones: libertad para los

tres compañeros presos y entrega de la sede del sindicato. Si se aceptaban, no se declararían la huelga, aunque de todos modos no se cargaría el café para Franco. Si no se atendían estas condiciones, todo el puerto amanecería en huelga.

Sobre las grúas paradas, junto a las locomotoras inmóviles, los grupos iban aumentando. Ahora, con el sindicato tomado por la policía, se reunían allí mismo, en el muelle frente al mar. La noticia de la detención de los tres miembros de la directiva sindical llegaba a los barrios pobres donde vivían los trabajadores, y portuarios y ensacadores acudían en busca de novedades. El negro Doroteu controlaba, en el reloj de la Aduana, el tiempo pasado desde la partida de la comisión. Media noche y aún no habían vuelto. Un cierto nerviosismo empezó a apoderarse de los hombres.

El negro Doroteu se levantó, limpió con la manga de la chaqueta su armónica (acababa de tocar una samba) y anunció:

—Están tardando mucho. Ya tendrían que estar de vuelta, no me gusta nada esto. ¿Y si fuéramos a esperarles a la plaza que está enfrente de la comisaría?

Unos treinta hombres se fueron con él. En el centro de la ciudad, en las cercanías del puerto, ya no había casi movimiento. Sólo estaban abiertos algunos cafés, y grupos de policías registraban a los transeúntes. Fueron por las calles más tranquilas para evitar encuentros con la policía.

El edificio de la comisaría estaba muy iluminado. Los coches estaban colocados en una fila, junto a la acera. Los obreros se quedaron al otro lado de la calle, mirando al edificio. Inmediatamente, algunos policías aparecieron en la puerta y se dirigieron al grupo. Uno de ellos se adelantó:

—¿Qué hacéis aquí? ¿Qué queréis?

—Estamos esperando a la comisión de los estibadores que vino a tratar con el delegado —respondió el negro Doroteu.

El agente replicó ásperamente:

—¡Pues a esperar a vuestras casas! Las aglomeraciones están prohibidas y mucho más frente a la comisaría.

—¿Van a tardar mucho?

—Quién sabe... —Pareció decidirse—: ¡Venga! ¡Fuera de aquí! Y rápido, si no queréis ir a la cárcel como los otros.

—¿Están detenidos?

—Y vosotros también, si no os largáis antes de cinco minutos. ¡Vamos, rápido! ¡Cada uno a su casa...! Y si tenéis un poco de juicio, mañana al trabajo.

—Eso es lo que se va a ver... —dijo con rabia el negro Doroteu.

Pero ya otro compañero le empujaba:

—Vámonos. Nada de hacer tonterías.

Al día siguiente el muelle estaba vacío, había empezado la huelga.

A muchos y muchos kilómetros del mar, en el interior inhóspito de Brasil, donde se extienden las haciendas feudales grandes como países, donde no llegan siquiera las leyes escritas en las ciudades ni los rumores de los acontecimientos sucedidos en la costa, viajaba a lomos de caballo la numerosa caravana de técnicos, periodistas, ingenieros, en busca del Valle de Rio Salgado. En la falda de la montaña hicieron la primera parada del día: desmontaron en un claro, se tendieron fatigados en el suelo, reclamaban comida, huían del sol ardiente hacia las sombras húmedas de los árboles. Los rubios ingenieros americanos se dispersaban por los alrededores, gastaban negativos con sus pequeñas máquinas fotográficas. Uno de ellos filmaba la naturaleza magnífica, los mestizos que les acompañaban, desharrapados y magros. Era una caravana impresionante y hasta la víspera de la partida fue una verdadera fiesta, un sucederse de almuerzos, cenas y bebidas en abundancia. Los días pasados en la hacienda de Venancio Florival, mientras preparaban la última etapa del viaje, habían sido realmente principescos. El exsenador les había recibido con la magnificencia de un gran señor, rememorando, en frase cincelada por Hermes Resende, la grandeza de los tiempos imperiales, cuando los dueños de las plantaciones de azúcar y de centenares de esclavos negros hospedaban en sus mansiones al emperador y a los príncipes o a los ilustres visitantes extranjeros.

—Eso es Brasil, el Brasil verdadero... —le decía a Shopel, ante la mesa repleta de platos—. Aquí está la verdadera civilización brasileña, la grande, la inmortal... Toda esa cáscara de las ciudades nos es extraña, sólo en estas selvas se puede aún encontrar al Brasil. Esa grandeza de comidas y dulces, ese fausto de oro y plata, esa vida idílica.

El poeta Shopel devoraba pollos asados.

—¡Ah! ¡Cómo comprendo a D. Juan VI, muchacho! Un pollo así, dorado al fuego, con la salsa escurriéndose... Este pollo es un poema, muchacho, no hay verso que valga una gota de su salsa.

Hermes Resende, sociólogo e historiador, prefería los pescados de río, preparados con leche de coco, pero, dejando aparte este detalle, estaba de acuerdo con el poeta:

—No hay duda de que el hacendado es el único tipo realmente culto del Brasil. Aunque sea semianalfabeto, domina los cuidados de la mesa, del buen dormir, de la casa confortable, el sentido civilizado del lujo. Mira esta casa de hacendado, y compárala con las viviendas poco confortables de la ciudad. Nuestra burguesía es miserable y de imitación, una mala copia de París y Nueva York. Sólo los hacendados siguen siendo enteramente brasileños...

—Tienes razón, muchacho, toda la razón: Venancio Florival es el único hombre civilizado de Brasil, el prototipo de nuestra vieja y buena civilización. Vas a ver, cuando regrese, gritaré esta verdad por todo el país, la voy a cantar en prosa y en verso...

Había sido Antonio Alves Neto, en cuya hacienda Hermes Resende pasó un fin de semana, quien le había convencido para que se incorporara a la comitiva, lista para partir rumbo a Rio Salgado. Unos años antes había aparecido el primer libro de Hermes, un estudio sobre la figura de Pedro I, y había sido acogido por la crítica con entusiasmo. Un coro de alabanzas rodeó su nombre con extraña unanimidad: todos los críticos citaban y elogiaban su libro. Cierta fama de izquierdista le acompañaba, dando tonalidades románticas a la aureola de celebridad que le rodeaba en medios literarios, donde su opinión creaba escuela, donde muchos juraban por su nombre.

Shopel, desabrochándose los pantalones para acomodar mejor la barriga llena, sentenciaba:

—El mal del Brasil es esta manía actual de la industrialización, de las máquinas, de las escuelas técnicas. Esto es lo que hace infeliz a nuestro pueblo, crea problemas, llena las ciudades de un proletariado miserable, que se muere de hambre. No hay nada más justo que el tópico que dice que Brasil es un país agrícola. Si nos contentáramos con nuestras haciendas, si todo Brasil fuese una sucesión de haciendas, seríamos mucho más felices...

—Y es usted, hipócrita, quien está al frente de la Empresa del Valle de Rio Salgado, dispuesto a industrializar el interior del país. ¿Cómo se entiende esto?...

El poeta reía ante la impotencia de sus argumentos:

—Hay que vivir, hijo, hay que vivir... Pero cuando estoy aquí, en esta abundancia feliz, me doy cuenta de nuestro inmenso error.

Se levantaba de la mesa para tenderse en una hamaca en el pórtico de la casa-grande, medio muerto, el corpachón rotundo, inmóvil, como una boa digiriendo lentamente un cordero. Hermes Resende, acompañado por el hacendado, recorría las plantaciones y los criaderos de ganado, conversaba con los colonos y los trabajadores. A veces iba con ellos el periodista enviado por A Noticia, un joven que salía por primera vez de la ciudad, vagamente simpatizante comunista, pero muy distante de cualquier actividad. El periodista se horrorizaba ante el espectáculo de los trabajadores ignorantes y en su mayoría enfermos, ante aquella humanidad desnutrida, que hablaba con un vocabulario reducidísimo, inclinada con una humildad nacida del terror. Una tarde en que no estaba Venancio Florival con ellos, el periodista llamó la atención de Hermes Resende respecto a aquella impresionante realidad:

—Vegetan... ¿Qué diferencia hay con los tiempos de la esclavitud? Junto a la abundancia y el lujo de la casa-grande, está el contraste más terrible: la miseria de los trabajadores...

Y explicaba lo que le había contado uno de los aparceros, respondiendo a su pregunta: «Todas estas tierras, y el pueblo y las selvas y los animales, incluso nosotros, todo pertenece al coronel<sup>[3]</sup> Florival...».

El historiador respondió:

—Son felices incluso en estas condiciones miserables.



—¿Felices? —se asombró el periodista.

—Sí, amigo mío. Ellos no saben que son miserables. Es la consciencia, el conocimiento de la miseria, lo que produce la infelicidad. Esto es lo que sucede con los obreros. Son infelices porque la agitación revolucionaria les da la conciencia de la explotación en que viven. Sin eso estarían resignados y, por lo tanto, serían felices. Es lo que pasa con los campesinos. Están perfectamente resignados, no ambicionan nada mejor, son los únicos seres felices de este país... Envidiables en su miseria... Es lo mismo que un marido a quien su esposa engaña: sólo es desgraciado cuando se entera de la traición. ¿No es lo mismo?

—De donde se deduce que lo mejor es dejarlo todo como está...

—¿Y qué se va hacer? ¿Una reforma agraria? ¿Darles las tierras? Sería transformar a estos seres simples y sin problemas en hombres ambiciosos y llenos de problemas. El trozo de tierra que cada uno recibiría no le traería la felicidad. Continuarían miserables y habrían perdido la inocencia...

El periodista se rascó la cabeza:

—Sí... Puede ser...

—Los comunistas mismos piensan así. Hace poco, en São Paulo, hablé con Saquila y también él está en contra de la reforma agraria. Ésta sólo puede venir después de la industrialización, y yo también lo creo así... Vamos a dejar en paz a estos mestizos, nada de perturbar la virginidad de sus sentimientos. Yo soy socialista, pero estoy en contra de cualquier violencia, que sólo vendría a agravar la vida de esta gente.

Como Saquila era el único comunista que el joven periodista conocía, lo tenía como autoridad indiscutible. Respetaba también al historiador, y se calló pensando en la complicada tesis expuesta por aquél. Pero no podía arrancar de su mirada la injusticia de aquellas vidas. Le hubiera gustado escribir una serie de reportajes sobre las condiciones de vida de los trabajadores de las haciendas. Pero el periódico no se los iba a publicar, y más ahora, con el DIP controlando todo lo que publicaba la prensa.

Debía limitarse a escribir sobre los triviales acontecimientos del viaje, los ¡ohs! y ¡ahs! de admiración de los ingenieros norteamericanos ante el agreste sertón, el esplendor del recibimiento de Venancio Florival, el discurso pronunciado por el profesor Alcebíades Morais, encargado de trazar un proyecto para el saneamiento del valle. Pero no estaba contento y tenía la impresión de que una red de engaños le estaba cercando: debía (así se lo había recomendado Saquila al confiarle esta misión periodística) hacer hincapié en el carácter nacional de la nueva empresa industrial, y lo que realmente veía era a los técnicos norteamericanos dando órdenes, dirigiendo la expedición, mostrándose a lo largo del viaje no como especialistas contratados por la empresa, sino como sus verdaderos dueños. Shopel era sólo una figura decorativa, ni siquiera iba a seguir el viaje hasta el valle, se quedaría esperando en la hacienda de Venancio Florival. Éste, por su parte, hablaba ya de las tierras limítrofes del río como

de nuevas propiedades suyas, una vez las hubieran limpiado de indios. Y, encima, Hermes Resende quería convencerle de la vida feliz de esos desgraciados trabajadores... ¿Qué iba a pasar en el valle, a qué negocio se iban a reducir los planes mostrados a la prensa: las vías de ferrocarril, las fábricas, las centrales eléctricas, los hospitales, las escuelas, la transformación de aquel valle deshabitado en un mundo de progreso? Los americanos, y ellos eran con toda seguridad la clave del problema, parecían interesarse sólo por los yacimientos de manganeso. En este sentido iban sus múltiples preocupaciones, y el periodista no tardó en darse cuenta de que los técnicos venidos de los Estados Unidos habían sido enviados únicamente en función del manganeso del valle, de aquella riqueza que era lo único que querían. Empezó a comprender lentamente, y una espontánea y vaga rebelión fue creciendo en él. Se llamaba Josino Ramos y era un buen periodista.

Verdaderamente ahora empezaría la parte difícil del viaje. Hasta la hacienda de Venancio Florival había sido muy bello: un avión especial, confortabilísimo, les había conducido a la capital del Mato Grosso. Los coches puestos a su disposición por el Gobierno del Estado les habían llevado a la hacienda del exsenador. Pero ahora había que hacer a caballo la travesía de las montañas. Allí estaban parados, ya muertos de fatiga, al principio de las arduas subidas. Uno de los técnicos americanos daba a Hermes Resende explicaciones en inglés. Josino Ramos supo así que era urgente e imprescindible construir un campo de aviación al otro lado de las montañas, antes de empezar a perforarlas para construir caras y difíciles carreteras. El americano mostraba al sociólogo la importancia de un campo de aviación en aquel lugar: podría adquirir un extraordinario valor estratégico en tiempo de guerra. Y, ¿no era Brasil aliado de los Estados Unidos?

Las casas de los trabajadores estaban distribuidas a lo largo y a lo ancho de la extensión de las haciendas, distantes unas de otras, y muchos de ellos sólo se veían los días de mercado en la aldea. El lugarejo había nacido al borde de la carretera, cuando aquellas tierras no pertenecían aún todas a Venancio Florival, antes de que éste las adquiriera o se las arrebatara a los antiguos propietarios. El comercio se reducía a unas cuantas tienduchas donde se podía comprar aguardiente, tabaco, petróleo y algunas frutas. La mayoría de la población estaba compuesta por rameras, decrepitas y enfermas, que habían llegado al último peldaño de la desgracia. En los días de feria, cuando arrendatarios y aparceros venían a vender algunos productos de la tierra, se animaba un poco la única calle, eternamente embarrada. Los hombres, en el terreno de la feria, conversaban en cuclillas o escuchaban a los ciegos que tocaban el violín. Al poco tiempo el poblado empezó a ser rodeado por las tierras de Venancio Florival que se ensanchaban en dirección al Valle de Rio Salgado. Y, un día, los cultivadores se encontraron englobados dentro de la hacienda del exsenador, sujetos a sus leyes, teniendo que votar por él en las elecciones, traerle regalos para San Juan y Navidad, y obedecer sus órdenes. El subprefecto era designado por él, la escuela había sido cerrada por falta de maestra, y sólo se decía misa el día de fin de año, cuando llegaba un misionero de una Orden dedicada a la conversión de los indios salvajes.

En los días soleados, las prostitutas se sentaban en la puerta de las cabañas de barro cocido y se despiojaban unas a otras esperando la llegada de la noche, y con ella la de algún cliente venido de las plantaciones para el triste comercio del amor. En los mapas más detallados, la aldea era un pequeño punto perdido, llamado Tatuacu; así fue bautizado por el misionero. Pero todos lo conocían por «la aldea del coronel Venancio».

Los domingos era día de mercado, se reunían allí trabajadores y colonos de los alrededores. Se intercambiaban noticias, se contaban muertes y nacimientos. No tenían mucho de qué hablar, sus conversaciones estaban llenas de largos silencios y las frases hechas casi siempre con las mismas palabras, jamás eran largas. Sin embargo, el domingo era la única fiesta de los habitantes de las haciendas que se preparaban para él y soñaban con él durante toda la semana. En tal día, las prostitutas se alisaban el cabello crespo a base de brillantina barata, se ponían los vestidos limpios, aumentaban la reserva de aguardiente en sus casas. A veces los hombres se emborrachaban, luchaban entre sí, se apuñalaban, y en algunas ocasiones quedaba uno muerto en medio de la feria, y desaparecía el otro en la montaña, huyendo del castigo hacia el Valle de Rio Salgado. Durante años había sido así, y hasta hacía poco todos creían que sería así hasta el fin de los tiempos.

Sin embargo, en los últimos meses había empezado a notarse algo, algo difícil de localizar, pero que crecía persistente y se expandía, y empezaba a ser el tema de las

conversaciones de los campesinos reunidos en el mercado dominical. La gran mayoría no sabía ni siquiera cómo habían llegado allí aquellas ideas, cómo se iban haciendo familiares a su entendimiento. No podía ser ciertamente invención de Nestor, un aparcerero de la plantación de café de Venancio Florival, ni podía haber salido de la cabeza de Claudionor, mulato oscuro, padre de cinco hijos y arrendatario en otra plantación del hacendado. Pero ellos eran los más entusiastas, no esperaban al domingo de mercado para conversar, como los demás; iban de noche a las otras chozas, se ponían a hablar en cuclillas ante la puerta. Tal vez eran ideas de aquel señor José, el hombre alto y fuerte como un gigante, salido quién sabe de dónde, que aparecía de vez en cuando en las plantaciones, semiescondido, trayendo remedios, cuidando a los enfermos, contando cosas, explicando otras, abriendo los ojos hasta entonces cerrados de la gente. Pero a él le veían una vez en la vida, una vez en la muerte; vivía en el valle, allí tenía su cabaña y su campo de mandioca.

No obstante, estaban casi todos de acuerdo en que siempre habían pensado así, aunque nunca se les hubiese ocurrido que tal cosa pudiera suceder, que la tierra que trabajaban debiera ser suya, debiera pertenecerles. ¿Por qué tanta tierra junta era de un solo hombre, de alguien que jamás se había curvado sobre ella, que jamás la regaba con su sudor? ¿Por qué sólo él se beneficiaba de la riqueza de la tierra y los demás vivían de las migajas, de las sobras de lo que la tierra daba? Muchas veces se habían lamentado antes, al encontrarse en el mercado:

—¡Ay! Si un día pudiéramos tener un pedazo de tierra nuestra...

Entonces no pasaban de ese suspiro sin solución, de ese lamento sin esperanzas. Pero ahora venía Nestor y les decía: «La tierra debe ser del que la trabaja...» y venía el mulato Claudionor y murmuraba convencido: «Si se dividiese la tierra entre todos los que la trabajamos, aún sobraría para otros... Daría para vivir con la barriga llena y para criar a los chiquillos, que están siempre a punto de morir...». ¿Y no era acaso verdad? Era muy sencillo pensarlo, pero ¿cómo hacer para tener esa tierra, para poseerla y gozar de sus frutos? Nestor decía: «Nosotros somos muchos, él sólo es uno. Todos nosotros juntos podemos más que él». Claudionor contaba: «En un lugar lejano, llamado Rusia, lo hicieron así: cogieron las tierras y las dividieron entre los pobres. Nosotros debemos hacer lo mismo».

Un día se reunieron algunos, después del primer recorrido de José Gonçalo por las plantaciones, y fueron a reclamar a Venancio Florival contratos para los jornaleros. Fue como un cataclismo: el hacendado, entonces aún senador, perdió la cabeza. Mandó azotar a Honorio, un negro ya casi muerto de paludismo, y que había sido el infeliz que habló de aquel asunto. Les echó a gritos de las inmediaciones de la casa-grande, les amenazó con la policía, con el látigo; nunca le habían visto tan furioso.

Gonçalo volvió y, al enterarse de lo sucedido, les dijo que no debían pedir, sino exigir. Esta vez el forajido del valle pasó unos días en el poblado, en casa de un viejo vendedor de aguardiente, a quien curaba una antigua herida en la pierna. Allí iban a

verle por la noche Nestor y Claudionor; otros fueron también. Y así fue como empezaron a pensar que bien podían ser dueños de las tierras que trabajaban, y se convencieron de la injusticia de sus vidas. En la aldea de Tatuçu se empezó a vivir con un nuevo interés, y los campesinos esperaban ya el domingo con redoblada impaciencia; allí podían discutir entre ellos aquellas ideas difundidas día tras día por el joven Nestor y el mulato Claudionor. En los últimos tiempos habían aparecido incluso papeles impresos, unas cuantas octavillas mandadas a Gonçalo desde São Paulo, que hablaban de la reforma agraria, de la necesidad de que los campesinos lucharan por la posesión de la tierra. Los pocos que sabían leer se las leían a los muchos analfabetos. Asentían con la cabeza, aprobando lentamente; sólo los más viejos, los que ya tenían un pie en la tumba, creían que aquéllos eran inventos del diablo para tentar a los hombres.

Incluso los ciegos del violín, comentaristas en las ferias de los sucesos locales, hacían ya sus versos sobre estas reflexiones:

*Cuando la tierra sea de todos,  
¡ay qué bueno va a ser!  
Todo el mundo va a comer,  
el hambre se va a acabar,  
incluso escuela va a haber.*

El ciego Doca Fagundes, que había perdido la vista hacía más de veinte años, cuando el hacendado era aún un hombre joven, guardaba un rencor profundo a Venancio Florival. Un atardecer, cuando trabajaba en las proximidades de la casa-grande, el patrón le llamó para que le ayudara a manejar la lámpara de petróleo que había traído de la ciudad como un nuevo lujo para su casa. La lámpara explotó en la cara de Fagundes, éste perdió los dos ojos, y no recibió a cambio ni un gracias. Pasó a vivir de la caridad pública, cantando sus versos en las ferias de la aldea. También él alabó en sus improvisadas redondillas aquellas conversaciones susurradas entre jornaleros y campesinos:

*El señor Venancio Florival  
tiene tierras sin final.  
Hay pobres que no tienen tierra,  
sólo brazos para trabajar.  
Señor senador Florival,  
dueño de tanta tierra,  
el comunismo vendrá,  
con su arrogancia acabará.  
El comunismo vendrá,  
a la azada tendrá que agarrarse,  
señor senador Florival...*

Imaginaban a ese comunismo, cuyo nombre estaba en boca de Nestor y del mulato Claudionor, como uno de esos seres legendarios de las historias de apariciones y hechicerías contadas de generación en generación, repetidas por las

abuelas a las nietas, historias de gigantes, de endemoniados, de fuegos fatuos, de brujerías.

Así lo entendían y cantaban en sus versos los ciegos que tocaban el violín, esperando a aquel que venía a entregar la tierra a los que la trabajan, y a quitársela a los señores que disponían de ella y de la vida de los hombres:

*Encontré al «señor» comunismo  
andando por el camino.  
—¿Dónde va, «señor» comunismo,  
caminando tan de prisa?  
—Voy de prisa a dar tierra  
a quien tierra no tiene.  
Las tierras voy a arrancar  
a Venancio Florival.  
De injusticia estoy cansado,  
a nadie voy a hacer mal.  
De los pobres soy amigo,  
para los ricos soy Satanás.*

Así cantaban los ciegos, en la aldea de Tatuáçu, en las tierras de Venancio Florival, cuando la caravana de técnicos, ingenieros y periodistas atravesaba a lomo de caballo las altas montañas en dirección al Valle de Rio Salgado.

Curvado bajo el primitivo quinqué, de luz rojiza y humeante, Nestor se esfuerza en trazar la curva difícil de las letras, con garabatos infantiles. Su rostro está enteramente concentrado en la tarea delicada y difícil, es necesario dominar la mano que sujeta el lápiz, no dejarla huir hacia los lados como es su tendencia. Nestor tiene ya veinticinco años y sólo ahora aprende a leer y a escribir; no es fácil, a veces le parece imposible poder dirigir la mano, acompañarla al dibujar las vocales y las consonantes. Vocales y consonantes, primero separadas unas de otras, después formando palabras. José Gonçalo, el «Amigo» de las gentes del valle, ha llenado dos páginas de papel pautado y Nestor ve esa sucesión de letras por copiar, admirándolas por la regularidad y firmeza de los trazos. ¿Cómo reproducirlos sin desfigurarlos por completo, cómo cerrar la curva de la a, cómo conseguir la justa medida del palo de la p, cómo impedir que la c se cierre y se convierta en una o? Es aún más difícil que leer, deletrear las sílabas y juntarlas en palabras. Le resulta más trabajosa la ciencia de la escritura que la de la lectura; los ojos se han acostumbrado antes que la mano pesada por el trabajo.

Cuando, siguiendo los consejos del gigante, empezó a intentar descifrar el misterio de las letras en una vieja cartilla conseguida en la aldea, sus ojos no las retenían, permitiendo que las letras se confundieran, se mezclaran, danzaran a su alrededor. Los primeros días, cuando los ojos se nublaban y se negaban a fijar por separado cada uno de aquellos misteriosos signos, pensó en abandonar e incluso sintió nacer lágrimas ardientes de rabia en sus ojos. Pero era necesario: ¿cómo leer a los demás aquellos papeles esclarecedores si él mismo no sabía leer? ¿Cómo estudiar los libros de que hablaba Gonçalo? No bastaba con sentir el fuego de la rebelión en su interior, era también necesario encenderlo en los demás, y para eso era preciso saber leer y escribir. La voz del gigante del valle resonaba en sus oídos, con un consejo repetido:

—Tu primer trabajo, Nestor, es aprender a leer y a escribir.

Sus ojos acabarían por acostumbrarse, por no confundir ya las letras, por fijarlas separadamente, y su boca fue reconociendo las sílabas y letras que se juntaban en palabras familiares y otras antes desconocidas. Ahora ya podía leer con cierto esfuerzo, casi correctamente. Le parecía mucho más difícil escribir, más rebelde era la mano que los ojos, mano callosa por el machete y la hoz, pesada, y Nestor forzaba el lápiz, horadaba el papel, los trazos se escapaban rebeldes. ¿Dónde encontrar la delicadeza necesaria para trazar esas letras de redondas curvas y medidas rectas? Un sudor fino cubre su frente en la noche cálida. Nestor siente un agudo dolor en los dedos que sujetan el lápiz. Es más difícil de manejar que la gran hacha de cortar árboles, que la azada que abre surcos en el suelo. Pero no debe, no puede desistir. La humareda oscura del quinqué sube ondulante por la choza de barro, sale al exterior por las grietas de las paredes. Nestor se esfuerza en los garabatos.

El viejo tendido en el camastro de madera, tosiendo siempre con su catarro crónico, el rostro cubierto de arrugas, mal cerrada la camisa sobre el pecho esquelético, lo mira atento con una animosidad hecha de desconfianza y miedo. ¿Qué hace allí, curvado sobre el papel, perdiendo el tiempo, en vez de dormir, de descansar del día pasado en la plantación bajo el sol? ¿Qué idea es ésa de leer y escribir?, ¿no había vivido hasta entonces sin necesidad de saber esas cosas? ¿Para qué necesita esos lujos un trabajador, un jornalero del coronel Venancio Florival? El viejo vivía en aquellas tierras desde hacía más de sesenta años, allí habían nacido, vivido y muerto sus hijos, entre ellos el padre de Nestor, trabajando para el padre del exsenador, después para él, y ninguno había aprendido a leer, ninguno había aprendido a escribir. ¿De qué sirven esas cosas cuando el destino de uno es labrar la tierra, recoger el café, llevar los animales al campo? Ésas son cosas para la gente de la ciudad, para abogados y políticos, para los hacendados y los capataces. A ellos, trabajadores y jornaleros, de nada les van a servir esos inventos; a ellos les toca sólo nacer y morir, después de estar curvados sobre la tierra, de sol a sol, para ganar la comida y unos trapos con que vestirse. ¿Qué buscaba Nestor con esa historia de dividir las tierras, de quitárselas al coronel Venancio, de repartirlas entre los campesinos? ¿Quién en el mundo puede siquiera levantar un dedo contra Venancio Florival, dueño de todas las tierras, de millones de cafeteros, de millares de cabezas de ganado, señor con guardaespaldas, que dispone como de cosa propia de la policía militar, y cuya voz hace temblar a los hombres en muchos kilómetros a la redonda? Nestor está, sin duda, loco, un mal espíritu se ha apoderado de él, eso de leer y escribir son invenciones del diablo, y ¿quién no sabe que el diablo anda suelto al otro lado de las montañas, en las selvas del valle?

El viejo tose más fuerte, murmura con voz débil y ronca de desaprobación:

—¿Qué estás buscando, condenado? ¿Qué es lo que quieres hacer? Andas con el diablo metido en el cuerpo... Nos vas a desgraciar a todos, te estás rebelando contra la ley de Dios...

Nestor levanta la mano cansada del difícil papel. Es un mestizo claro, de negros cabellos lisos que le cubren las orejas, y sus ojos rasgados casi orientales, parecen sonreír constantemente. Posa su mirada sobre el viejo tendido en el catre, su abuelo. No abundaban los viejos en aquellas tierras donde los hombres morían jóvenes. Muchas eran las enfermedades, fiebres variadas y mortales, eran endémicos el paludismo y la tuberculosis, y no había ningún médico en aquellos lugares; el único remedio que se encontraba en la aldea era la quinina. Por eso mismo se siente un cariñoso respeto hacia los viejos, los que han conseguido pasar los años, y son escuchados por todos, pesan sus consejos en las decisiones. Pero, para Nestor, el último año había sido rico en revelaciones, a partir de su primer encuentro con Gonçalo. Aquella sabiduría de los viejos ya no tenía para él el significado de antes, aquél era un saber de esclavos, ciencia de obedecer sin discutir, obtenida de los señores de la tierra y de los curas en confesiones y sermones. Se reducía a unos



cuantos proverbios, a afirmaciones repetidas, llenas de humildad y temor, de desesperanza y de conformismo ante el destino. «El destino lo da Dios», sentenciaban, y así lo explicaban todo. Nacen unos para la riqueza, para mandar. Nacen otros para la pobreza, para el trabajo pesado, para obedecer: «Nadie puede cambiar su destino», añadían. Nestor había aprendido de Gonçalo, y también el mulato Claudionor y algunos más, que estaban enseñando a todos, que cada uno puede construir su propio destino, que cada uno puede transformar su vida. La suya y la de sus compañeros: dependía de ellos mismos. La sabiduría de los viejos estaba equivocada.

—Usted ha gastado sus carnes, abuelo, sobre estas tierras. Se le ha encanecido el pelo plantando café, conduciendo los bueyes, trabajando en la plantación para el coronel Venancio. ¿Qué ha ganado usted, abuelo? Su pecho está hundido, ha dado su carne para engordar al coronel. ¿Qué ha ganado usted, abuelo? No ha aprendido a leer, pero el coronel ha aprendido, y así puede engañarle mejor, robarle mejor.

—¿Cómo te atreves a llamar ladrón al coronel? ¿No sabes que puede meterte en la cárcel, azotarte, matarte, si así lo quiere?

—Puede porque le dejamos, abuelo.

—Él tiene las tierras, es el dueño de todo.

—Tiene las tierras porque lo permitimos, abuelo. Es dueño de todo porque le dejamos, abuelo. Estábamos todos dormidos, abuelo, todos con los ojos cerrados. Las enfermedades nos devoran, el hambre no se aparta de nosotros, los niños mueren como hormigas, nosotros damos el café, los becerros, la mandioca y el maíz al coronel. ¿Qué ganamos con eso, abuelo? Nosotros trabajamos la tierra, nosotros la sudamos, nacemos y morimos con el azadón en la mano, ¿por qué es suya la tierra, quién se la dio?

—Dios se la dio, Dios sabe lo que hace.

—No fue Dios quien se la dio. El coronel se hizo con ella, engañando a unos, robando a otros. El coronel no coge una azada porque todo es suyo. Pero si nos juntamos todos, la tierra será nuestra, y nosotros mandaremos en ella.

—Estás labrando tu desgracia, estás cavando la tumba para mucha gente; el diablo se te ha metido en el cuerpo. Yo soy viejo, sé más que tú, que naciste ayer. Nadie puede nada contra el coronel Venancio, él es el patrón. Lo único que vas a hacer es desgraciarte y desgraciar a los demás. Eres malo...

—Abuelo, sólo quiero hacer bien a los demás. Usted es viejo, pero yo sé cosas que usted no sabe. ¿Cree que en todo el mundo es como esto de aquí? Hay sitios donde la gente como nosotros ha hecho ya lo que le digo.

Se levantó, abrió la puerta de ramas juntas para que el humo saliera libremente. Cortó un trozo de tabaco, lo dividió en dos pedazos, dio uno al viejo y empezaron a mascar. Las encías rojas, desdentadas, del abuelo, aparecían bajo los labios chupados. Nestor estaba cerca del camastro, pero sus ojos se perdían en la noche infinita de los campos:

—Abuelo, si hay que morir, es mejor morir arma en mano, luchando contra el coronel, en vez de morir sobre estas tierras sin resistir. Aunque nos cueste la vida, hay que dividir estas tierras, dárselas a los campesinos. Aunque sólo las tengamos un día, vale la pena morir por verlo.

Aprender a leer y a escribir. Leer libros, periódicos, aprender a explicar, a decir todo lo que sentía. ¡Ah!, sí, era necesario para convencer a todos aquellos que pensaban como el abuelo, los viejos, y también los desesperados, los desconfiados, los envejecidos antes de tiempo por la miseria, los resignados y los amedrentados.

Nestor mira su mano pesada, de palma rasposa como una lima, de dedos gruesos, de uñas ennegrecidas. Vuelve decidido a la mesa donde están los papeles y el lápiz, bajo el quinqué de vacilante luz rojiza. Agarra el lápiz, con un brazo sostiene la hoja de papel, van naciendo los garabatos, los trazos y curvas se afirman en letras mal trazadas, y él continúa hasta que sus ojos no pueden más, y su cabeza cae sobre el papel y el lápiz, sobre los garabatos dibujados. El abuelo despierta de su corto sueño de viejo, apaga el quinqué, mueve la mano apartando el humo. Y la aurora surge en la choza y en la hacienda. Se podría decir que nacía de entre los papeles, entre aquellas letras de párvulo, extendiéndose desde allí sobre los campos.

El primer telegrama aparecido en los periódicos de la tarde, colocado entre las noticias de la guerra española, las de política internacional y las de la huelga de Santos (éstas reducidas a los comunicados de la policía y a las notas facilitadas por el DIP), no había conseguido provocar gran sensación. Citaba un radiograma enviado desde las selvas de Rio Salgado por la caravana de técnicos, captado por el receptor de Cuiabá: la mayor parte del material indispensable para los estudios y exploraciones había desaparecido inexplicablemente del campamento durante la noche. ¿Sería aquello la amenazadora advertencia de alguna tribu de indios salvajes, habitantes hasta entonces no localizados del valle, que indicaban así el camino de regreso a los exploradores? ¿O sería un robo practicado por los cultivadores mestizos de los alrededores, cuya actitud hostil hacia la caravana se había puesto en evidencia desde el primer día? El radiograma sugería las dos hipótesis, añadiendo que los técnicos estaban dispuestos a permanecer en el valle para continuar su trabajo, cuando les llegaran los nuevos instrumentos. Al día siguiente, *A Noticia* publicaba un despacho más amplio del reportero Josino Ramos, su enviado especial. Después de hablar de la desaparición de las cajas de material (algunas de las cuales contenían instrumentos técnicos muy valiosos, inexistentes en Brasil y traídos por los ingenieros norteamericanos), describía la vida de la expedición acampada a la orilla del río, en un claro del bosque, acosada por los mosquitos, dedicada principalmente a la caza. En medio de una sucesión de escenas pintorescas, de frases pronunciadas por Hermes Resende, del relato de una cacería de onzas, podía percibirse, entre líneas y a través de discretas alusiones, que un cierto ambiente de pánico se iba apoderando de los conquistadores del Valle de Rio Salgado. Josino Ramos se refería al nerviosismo de los técnicos norteamericanos ante «la falta de cooperación de la dispersa población ribereña, poco inclinada a ver en la caravana a los portadores del progreso y la civilización a aquel prodigioso valle, donde se encontraban quizá las mayores reservas de manganeso del mundo». Los cultivadores huían de las plantaciones y de sus chozas ante la proximidad de cualquier miembro de la expedición, desapareciendo en la selva. Una atmósfera de aislamiento rodeaba a los exploradores «como si de la selva y del río —escribía el periodista— brotaran sordas amenazas contra el éxito de la expedición».

Pero la verdadera conmoción provocada por los acontecimientos del Valle de Rio Salgado sobrevino días después, cuando los periódicos dedicaron sus primeras páginas a relatar la llegada a la hacienda del coronel Venancio Florival de una parte de la caravana en busca de socorro. Entre los fugitivos se encontraba Hermes Resende, y su narración de los acontecimientos fue publicada por toda la prensa. El escritor hacía consideraciones sobre la «psicología primitiva» de los habitantes de la orilla del río, en un estadio de civilización tan primitiva, decía él, como los mismos

animales de la selva. No había duda de que ellos habían sido los autores del incendio que había devorado por la noche el campamento, dejando la expedición a la intemperie, incapaz de continuar allí. También huyeron los animales en la noche del incendio, y el regreso de la caravana a través de las montañas había sido un espectáculo verdaderamente deplorable. Unos cuantos técnicos e ingenieros permanecían aún en las tierras de Venancio, esperando refuerzos y material para volver al valle. Los otros habían regresado para traer noticias y buscar ayuda. Hermes Resende, sin embargo, se volvía a la capital, pues había hecho ya las observaciones necesarias para su nuevo libro. Las noticias añadían que el exsenador Venancio Florival había salido, al frente de un escogido grupo de hombres, al encuentro de la expedición. Una frase de Shopel, también entrevistado (aunque el poeta no había presenciado los dramáticos acontecimientos) destacaba en letra negrita: «Les impondremos el progreso, llevaremos a esos pobres cultivadores la civilización, incluso contra su voluntad. Éste es nuestro deber de patriotas».

Dos días después, un telegrama enviado por Venancio Florival a Costa Vale, explicaba al banquero la necesidad de proteger la nueva expedición de técnicos con una buena guardia de soldados y de policías, y la urgencia de resolver en la práctica el asunto de la propiedad de las tierras del valle, pues no habría seguridad mientras permaneciesen en él, dueños de la tierra, del maíz y de la mandioca, aquellos cultivadores mestizos. Costa Vale puso una conferencia a Cuiabá, y ordenó al interventor del Estado que enviara soldados a Venancio Florival, todos los que fuesen necesarios. Convocó luego a Artur Carneiro Macedo da Rocha, especialista en temas agrarios, abogado, cuyo renombre se debía en gran parte a algunos célebres chanchullos.

Ya estaban presos más de cuarenta estibadores. Se iniciaba el proceso contra unos cuantos —los dirigentes sindicales, algunos miembros de la comisión enviada a la policía—, pero la huelga continuaba y el barco alemán aún no había sido cargado. Los primeros días de la huelga se habían caracterizado por los intentos de la dirección de las Dársenas de Santos, de los agentes del Ministerio de Trabajo y de la policía, para convencer a los estibadores, con promesas y amenazas de represalias violentas, para que volvieran al trabajo y cargaran el café destinado a Franco.

Aunque cierta inquietud flotaba en el aire, el ambiente de la ciudad en aquellos primeros días de la huelga era por lo general tranquilo. Tan tranquilo, que los turistas hospedados en los lujosos hoteles de la playa consideraron la llegada del ministro de Trabajo como un acontecimiento elegante, que venía a animar la estación de veraneo, ocasión de fiestas y recepciones, a pesar de que un comunicado del DIP, difundido por la prensa, anunciaba que el ministro venía en misión oficial a estudiar «*in loco*» la situación del puerto de Santos.

En São Paulo, las opiniones se hallaban divididas cuando Su Excelencia bajó del avión y se dirigió al Palacio del Gobierno, donde se hospedaba. Hubo quien creyó que era una imprudencia su ida a Santos, donde los ánimos exaltados de los huelguistas podían estallar en cualquier manifestación de desagrado. Ésta era la opinión de Barros, el delegado de Orden Político y Social del Estado, y era también la opinión del interventor, poco seguro en su cargo (debido a sus anteriores relaciones con los armandistas), temeroso de perderlo si algo le sucedía al ministro. Barros había hablado francamente, sin florituras, con su lenguaje brutal, que sonaba ásperamente a los oídos del interventor y del ministro, ambos profesores de la Facultad de Derecho de São Paulo (el interventor, viejo catedrático, había sido anteriormente decano de la Facultad):

—Los estibadores pueden hacer una de gorda, Excelencia, pueden echarle a patadas de la ciudad...

—¿Y para qué está la policía? ¿No es usted capaz de garantizar mi estancia?

—Por lo menos, déjeme hacer antes una limpieza...

Pero Costa Vale tenía una opinión diametralmente opuesta. El banquero, en cuya casa el ministro había tomado un whisky por la tarde (su fama de noctámbulo y alcohólico corría por todo el país dando origen a chismes susurrados) estaba furioso. Las noticias llegadas del Valle de Rio Salgado eran más completas: habían incendiado el campamento de la expedición y ésta se había visto obligada a volver a la hacienda de Venancio Florival. Y la huelga de los estibadores le alcanzaba también, su banco estaba íntimamente ligado a las Dársenas de Santos. Cuando el ministro, con sus ojos hinchados de borracho clavados en el escote del vestido de Marieta, le comunicó su decisión de no ir a Santos, de mandar a Eusebio Lima en su

lugar, el banquero perdió su calma habitual:

—¿Qué idea es ésta? ¿Quién te ha metido eso en la cabeza?

—El propio delegado de Orden Político y Social me dice que no hay garantías de seguridad...

Costa Vale se levantó de la silla, secándose con el pañuelo, en un gesto habitual, el sudor de la calva reluciente.

—Oye, Vasconcelos: esto no es un juego. Tienes que ir a Santos. Yo voy contigo. Marieta se va hoy de veraneo con la Comendadora da Torre. Nosotros iremos mañana y resolveremos lo de la huelga...

El ministro apuró el vaso, como buscando en él valor para la empresa:

—¿Lo crees necesario?

—¿Qué estás pensando? ¿Que esto es una chiquillada, que es un juego eso de los huelguistas? Esta huelga es lo más serio que ha ocurrido en Brasil en estos últimos tiempos. ¿Comprendes que es el puerto de Santos el que está parado? ¿El mayor puerto exportador de la América Latina? ¿Puedes imaginar el perjuicio que supone? ¿Sabes cuánto perdemos cada día? ¿Y todo esto porque unos cuantos obreros han decidido tener ideas y opiniones sobre política internacional? ¿Estás tan ciego que no ves el peligro?

Cruzó los brazos ante el ministro y el otro bajó los ojos pesados de alcohol, murmurando:

—Sí, lo sé... Son estos condenados comunistas. No es tan fácil resolver las cosas. Yo soy hombre de despacho, de libros, de papel impreso. No sé solucionar a golpes una cuestión así. Las ideas tienen su fuerza, José.

El banquero sonrió casi con piedad. Marieta se inclinó un poco hacia adelante para seguir mejor la escena. Admiraba a su marido en aquellos momentos en que se revelaba en él toda la fuerza de su personalidad. «Él es el patrón», pensaba para sí, contenta de ser su esposa, a pesar de que no le amaba y de que incluso lo despreciaba en algunas ocasiones.

—¿Olvidas que eres abogado de las Dársenas de Santos? ¿Que éste es uno de los motivos por lo que eres ministro de Trabajo?

—Por eso mismo... Los comunistas están investigando esto...

—Para los comunistas tenemos a Filinto Müller, a Barros, a la policía... Es cosa suya. Tú tienes que ir y jugarte el prestigio de tu cargo. Estoy convencido de que puedes resolver el asunto. Hablas bien, sabes tratar con esa gente, incluso estás considerado como un hombre de izquierda. Sólo el hecho de tratar directamente contigo, con el ministro, va a apagar el fuego, y se van a poner más suaves que la seda. Prometes un poco, amenazas un poco más y cargan todos los barcos que quieras...

—Bueno...

En Santos, Eusebio Lima, jefe de gabinete del ministro, fue encargado de las primeras conversaciones con los huelguistas. Barros llegó el día antes, y unos cuantos

estibadores, considerados peligrosos, habían sido detenidos. Sin embargo, algunos de los nombres de la lista que había traído de São Paulo se libraron de la redada de la policía, y entre ellos Osvaldo. Un grupo de policías vigilaba el hotel donde el ministro y Costa Vale se alojaban, y en el que se encontraba ya la Comendadora da Torre con sus sobrinas. Marieta de Vale y Artur Carneiro Macedo da Rocha, polarizaban la vida elegante de la saison. Al entrar en el apartamento que le había sido reservado, el ministro encontró sobre la mesa, bajo el cenicero de cristal, una octavilla:

¡ATENCIÓN, COMPAÑEROS, ATENCIÓN!

¡GABRIEL VASCONCELOS, MINISTRO DE TRABAJO DEL TIRANO VARGAS, ABOGADO DE LAS DÁRSENAS DE SANTOS, MÁS CONOCIDO COMO GABRIEL BOTELLA, VENDRÁ PARA INTENTAR ENGAÑAR A LOS HUELGUISTAS DE SANTOS.

PROMETERÁ EL ORO Y EL MORO PARA QUE ABANDONEMOS NUESTRA JUSTA HUELGA, PARA QUE CARGUEMOS EL BARCO DE HITLER CON CAFÉ BRASILEÑO PARA EL ASESINO FRANCO, QUE APUÑALA POR LA ESPALDA AL GLORIOSO PUEBLO ESPAÑOL!

COMPAÑEROS: LOS OBREROS ESPAÑOLES ESTÁN LUCHANDO POR UNA CAUSA JUSTA, POR LA LIBERTAD Y CONTRA LA MISERIA. ¡SU CAUSA ES NUESTRA CAUSA! SEPAMOS RESPONDER A LAS PROPUESTAS DEMAGÓGICAS DE GABRIEL BOTELLA CON NUESTRAS EXIGENCIAS:

¡NI UN GRAMO DE CAFÉ PARA FRANCO! ¡LIBERTAD PARA TODOS LOS HUELGUISTAS PRESOS!

¡SOBRESEIMIENTO DEL PROCESO CONTRA LOS DIRIGENTES SINDICALES!

¡SÓLO ASÍ VOLVEREMOS AL TRABAJO!

¡ABAJO EL ESTADO NOVO FASCISTA!

¡FUERA DE SANTOS EL MINISTRO FASCISTA!

¡VIVA LA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES!

Movilizados los policías, fue imposible descubrir cómo había llegado la octavilla a la habitación. Trabajo sin duda de algún camarero en relación con los huelguistas, o de algún otro empleado. Pero ¿cómo descubrirlo tan rápidamente? De la negra Inácia, encargada de la limpieza del piso, nadie desconfió. En medio de la agitación causada por la octavilla, abría unos ojos espantosos y tan inocentes, que uno de los policías más activos le sonrió maliciosamente y comentó a su compañero:

—¡Vaya bombón de negra!...

Eusebio Lima trajo de sus primeros contactos en el puerto una sugerencia, considerada preciosa por el ministro y en seguida aplicada: la congelación de los fondos del sindicato de los estibadores, depositados en un banco. Según Eusebio, la huelga estaba siendo financiada con el dinero del sindicato, y su duración dependía de esos fondos con que se sustentaban los huelguistas y sus familias. Si la directiva de la sindical no podía utilizar ese dinero ¿de qué iban a vivir los huelguistas? Eusebio explicaba al ministro y a Costa Vale en el vigilado hall del hotel:

—Los cabecillas están detenidos, Barros ha hecho un buen trabajo, es un tipo competente. Al no poder disponer del dinero del sindicato, sólo hay que esperar que el hambre acabe con la huelga. Unos días más, y no tendrán con qué comprar habichuelas y harina. Y, cuando la barriga empiece a protestar, no tendrán más

remedio que terminar la huelga y cargar el café para Franco.

Ante el vaso de whisky, el ministro firmó el decreto de congelación del fondo sindical. Al mismo tiempo se declaró dispuesto a conversar con una comisión responsable de huelguistas para buscar un camino capaz de terminar con la huelga. Eusebio Lima volvió al puerto para tratar del asunto. Al ministro, rodeado ahora de señoras y señoritas, veraneantes de la alta sociedad, le preguntaron su opinión sobre el baile de disfraces preparado en su honor para la noche siguiente. Susana Vieira, el cuerpo esbelto prácticamente desnudo bajo el minúsculo traje de baño, declaraba perentoria:

—Basta ya de trabajo, ministro, que va a acabar enfermo. Ahora vamos a hablar del baile. ¿De qué se va a disfrazar usted? Yo iré de Cleopatra...

Señoras y señoritas llenaban las sillas del hall, los criados corrían trayendo bebidas. El día era espléndido allá fuera; desde donde se hallaban podían ver el mar azul y las anchas playas de arena en la que el sol ponía reflejos dorados. La conversación se generalizaba, y nadie hablaba de la huelga, nadie parecía pensar siquiera en ese problema, todas las atenciones estaban puestas en los preparativos del baile. La mejor sociedad de São Paulo se encontraba reunida en los hoteles de Santos en aquel final de verano abrasador, y la fiesta en honor del ministro prometía ser un acontecimiento sensacional. Bertinho Soares, con un pañuelo azul celeste atado al cuello, pantalones blancos y camisa de rayas, atravesó con paso rápido la sala y avisó a todos, su voz afeminada casi embargada por la emoción:

—Y yo, que soy un lince, tengo una idea genial: me voy a disfrazar de huelguista... De esos bien horribles...

Rieron todos alrededor, y la que más rió fue Marieta de Vale, sentada en una mesa junto a las amplias ventanas abiertas, los ojos fijos en Paulo, venido también él unos días a Santos para hacer la necesaria corte a la sobrina de la Comendadora da Torre. Ya no era secreto para nadie que el compromiso iba a ser anunciado oficialmente en invierno y que la boda se celebraría en Navidad.

Susana Vieira se sentó en el brazo del sillón donde descansaba el ministro, y sus carnes desnudas y aún húmedas de las olas completaban para Su Excelencia la sensación de bienestar que le transmitía el hall confortable del hotel de lujo, la animación del ambiente, las charlas, la gente elegante, el hielo triturado en los vasos de cristal, el apetitoso olor de los cocktails. «Gente buena y agradable —pensó—, cuya alegría estaba amenazada por esa oscura humanidad obrera, primitiva y bárbara. ¿Con qué derecho perturbaban esta dulce atmósfera, esta vida civilizada, esta deliciosa alegría?». Se dirigió a Costa Vale, sentado a su lado, el único que parecía distante de los comentarios sobre la fiesta:

—Hoy se acabará la huelga. Seré enérgico.

Susana Vieira, que había oído la frase, tiró de la chaqueta al ministro y le dijo con voz pícaro:

—¿No es usted capaz de pensar en otra cosa? ¿Incluso conmigo a su lado? Estoy



casi ofendida...

El ministro le cogió la mano húmeda, donde quedaban minúsculos granitos de arena, y le besó los dedos.

—Son gajes del oficio... ¿O es que crees, diablillo, que ser ministro es una diversión? Tengo que cuidar de todos vosotros. Estáis ahí, inocentes, sin ver el peligro sobre vosotros... Y yo tengo que estar vigilante en mi puesto.

Levantó la mano para coger el vaso, pero Susana se adelantó diciendo:

—Deje, yo le doy de beber, pobrecito, tan cansado... Nuestro defensor contra los rojos...

A esa misma hora, la negra Inácia salía por la puerta de servicio, llevándose, para entregarlo a los camaradas dirigentes, el dinero recogido entre los camareros y las cocineras para ayudar a los huelguistas, y también la noticia del decreto de congelación del fondo sindical. En el hall resonaban las risas. Los empleados pasaban llevando lámparas y flores para adornar el gran salón de fiestas.

En el muelle parado, grupos de estibadores conversaban frente a los almacenes. Los barcos parecían dormir al sol ante las grúas inmóviles. El carguero alemán había desatracado y vuelto a anclar en medio del puerto, como medida de prudencia. Algunos soldados de la policía militar vigilaban los portones de las dársenas con las armas preparadas. Los policías rondaban provocativamente entre los grupos, seguidos por los ojos airados de los huelguistas. Montañas de sacos y cajas de productos para cargar se acumulaban en todas partes.

Era casi mediodía cuando Eusebio Lima bajó del coche ministerial ante uno de los grandes portones. Mandó un soldado a buscar al jefe de los inspectores encargados del puerto. Era un tipo fuerte, enviado desde Rio de Janeiro por la policía federal. Mascaba un mondadientes y exhibía el revólver bajo la chaqueta abierta. Eusebio le dio la mano.

—Quiero hablar con el comité de huelga.

—Ni el diablo sabe quién es el comité. Cambian todos los días. Cuando detuvimos a los primeros se volvieron más prudentes.

—Quiero hablar con uno de los cabecillas...

—Estamos tratando a estos tipos a cuerpo de rey. La policía de aquí parece que tiene miedo a los huelguistas. En Rio nuestro sistema es distinto. Aquí intentan hacer hablar a los detenidos sin apalearlos. ¿Dónde se ha visto eso? Espero que ahora que está aquí el señor Barros la cosa cambie.

—Tal vez se resuelva todo hoy mismo. El ministro ha llegado y quiere hablar con una comisión.

—Nunca he visto terminar una huelga con buenas palabras. Ya veremos...

Los estibadores hablaban sentados en las aceras. Eusebio Lima se acercó a un grupo con la cara abierta en una sonrisa, el policía al lado.

—Buenos días...

Le miraban de través, algunos sabían quién era. Respondían al saludo y esperaban.

—Soy el jefe de gabinete del ministro de Trabajo. El ministro ha venido a Santos para resolver la situación. Deseo hablar con el comité de huelga para concertar una entrevista con el ministro...

Uno de los estibadores empezó a decir:

—Hable con...

Pero otro le cortó con un grito:

—Cállate la boca... ¿Quieres entregar a los compañeros? ¿No ves que es un policía?

Eusebio Lima sudaba bajo el sol, la espalda de la chaqueta ya estaba mojada.

—No soy de la policía, soy del Ministerio. Doy mi palabra de que no estoy aquí para detener a nadie. Quiero concertar una entrevista del comité de huelga con el

ministro. Para que se resuelva todo por las buenas...

Un estibador se levantó:

—Mozo, ya estamos hartos de esto. Una comisión fue a la policía y se quedó allí, detenida. ¿Quién nos garantiza que no va a pasar lo mismo?

—Aquí el doctor ha dado su palabra de honor... —interrumpió el investigador venido de Rio.

—Y si la comisión es detenida, ¿de qué nos sirve su honor? No va a sacar a los otros de la cárcel...

El inspector se ofendió:

—No sé qué me frena para no detenerle...

—Venga a detenerme... —dijo el otro, levantándose.

Varios se levantaron, el aire amenazador, rodeando al camarada que había hablado. Eusebio Lima extendió las manos pidiendo calma:

—No es eso, no es eso. Nadie va a ser detenido. Yo no estoy aquí en nombre de la policía, y sí del ministro de Trabajo. Yo me responsabilizo...

Un hombre se destacó entre los estibadores.

—¿Cuál es la propuesta concreta?

—Una comisión responsable debe ir a discutir el asunto con el ministro. Traigan sus propuestas.

—No existe comité de huelga... —replicó el hombre. El comité de huelga somos ahora todos nosotros. Hay que saber antes la opinión de todos. La policía cerró el sindicato y ahora para resolver algo hay que oír a todo el mundo...

Llegaban otros, atraídos por la discusión. Poco a poco el grupo fue aumentando, hasta que se reunieron casi todos los estibadores que estaban en aquel momento en el muelle. Los recién llegados querían saber de qué se trataba. El que discutía con Eusebio Lima explicó:

—El ministro de Trabajo está en la ciudad...

—Eso ya lo sabemos...

—... y ese tipo que está ahí dice que es de su gabinete —señalaba a Eusebio con el dedo. Dice que el ministro quiere hablar con una comisión.

Eusebio se apartaba un poco en busca de una sombra capaz de protegerlo del calor del sol. Veía a los hombres discutiendo entre sí, esperaba la decisión. Había mandado al inspector que se apartara también, aquél no era momento de violencias. En el grupo, las opiniones se dividían, unos estaban de acuerdo con que fuera una comisión, otros exigían que el ministro fuera al muelle. Fue el negro Doroteu quien concilió las opiniones:

—¿Por qué contestar ahora mismo? Que vuelva después de comer, nosotros tendremos tiempo para discutir, para decidir con calma. Esto no es cosa que pueda decidirse así, de repente. Hay que oír también a los otros... —gritó la palabra «otros» y todos comprendieron que hablaba de Osvaldo y de los demás dirigentes sindicales escondidos.

El que discutía al principio con Eusebio se adelantó:

—Vamos a discutir su propuesta. Si usted vuelve a las tres le daremos una respuesta. Incluso es posible que entonces ya esté preparada la comisión para ir con usted. Pero primero tenemos que discutirlo.

Cuando se fueron Eusebio y el inspector, las discusiones entre los huelguistas se acalararon. Otros policías rondaban alrededor y Doroteu les advirtió:

—Calma, compañeros, que la policía anda por aquí.

Y propuso que se separasen y se volvieran a reunir, una vez convocados todos los huelguistas, a las dos de la tarde, con los dirigentes sindicales, allí mismo en el muelle. La policía no tendría valor para detener a nadie si estaban todos juntos. A las dos resolverían en definitiva qué hacer, decisión tomada por todos.

Salió del muelle con otro camarada, poniendo atención en no ser seguidos por la policía. Fueron a buscar a Osvaldo.

A las dos, el muelle estaba repleto de estibadores. Se sentaron ante el tinglado donde se almacenaba el café destinado a Franco. Pero Doroteu y los dirigentes sindicales aún no habían aparecido.

Osvaldo había enviado al camarada que acompañaba a Doroteu a los escondrijos de los demás dirigentes sindicales aún libres. Y se llevó al negro con él a la casa donde estaba el camarada João. Le expusieron el asunto. Juntos discutieron todos sus aspectos, hasta que João les dio una opinión definitiva:

—La cuestión es tomar la ofensiva. El ministro quiere una entrevista con el comité de huelga. Muy bien. El comité de huelga está dispuesto a negociar con el ministro. Pero la mayoría del comité está preso. Que dejen libre al comité y hablará con el ministro. Que suelten a los dirigentes del sindicato ante todo: Gregorio, Pepe, los otros... Ésa debe ser la primera propuesta. ¿Quieren negociar? Muy bien. Pero los hombres no pueden negociar estando presos. Que los suelten y negociarán. Ésta es la propuesta. Y mientras se espera la respuesta, hay que preparar a la masa para una gran manifestación, llevar a la masa hasta el hotel del ministro en caso de que la respuesta sea negativa. No hay más comisión con quien negociar. O con los detenidos o con toda la masa. Así le quitamos la máscara a Gabriel Botella, e impedimos que haga demagogia. Y otra cosa: hay que exigir que se revoque el decreto de intervención del fondo sindical.

Osvaldo y Doroteu volvieron a discutir los detalles, a estudiar cada punto de la acción. João les aconsejó:

—Reunid antes que nada a los camaradas de la célula, discutid la situación con ellos. Creo que la masa va a aceptar sin dificultad la propuesta de negociar solamente si los compañeros presos participan en la negociación. Pero es preciso convencerla también de que tienen que manifestarse contra el ministro, si se niega a soltarlos. Podemos echarle de Santos, y eso sería un buen golpe. Daría nuevo impulso a la huelga... Y otra cosa: vosotros, los dirigentes sindicales, debéis ir todos hoy a la reunión, nada de continuar escondidos. Vosotros sois los que tenéis prestigio ante la

masa, a vosotros os toca convencerla. La masa os defenderá, impedirá que caigáis. Pero aunque caigáis es preciso salir de la madriguera hoy.

La reunión de célula duró mucho. Primero hubo que reunir a los camaradas —y algunos no habían sido encontrados. Luego la discusión se prolongó, especialmente cuando hubo que decidir si Osvaldo estaría o no presente en la reunión de las dos. La gran mayoría de los camaradas estaba en contra de que se expusiera a la detención. La policía le buscaba por todas partes y se le iba a echar encima. Finalmente aceptaron que fuera, y algunos se responsabilizaron de su defensa.

Eran casi las dos y media cuando Osvaldo y Aristides, el primer secretario del sindicato —también ansiosamente buscado por la policía— aparecieron en el muelle, rodeados por el grupo de camaradas. Los estibadores, reunidos frente al almacén, aplaudieron. Los policías apostados en las inmediaciones iniciaron un movimiento envolvente. Pero antes de que se pudiesen acercar a Osvaldo y Aristides, éstos ya habían sido rodeados por la multitud con ruidosas demostraciones de estima.

Osvaldo sonrió al negro Doroteu:

—Entrar ha sido fácil, salir será más difícil...

Los policías se habían colocado rodeando el muelle y el almacén. Eran unos diez y no apartaban los ojos de los dos dirigentes sindicales. Entre los estibadores, alguien propuso que empezasen la asamblea, pues Eusebio Lima iba a llegar en cualquier momento en busca de la respuesta. Muchos se sentaron, Osvaldo empezó a hablar:

—Compañeros, la llegada del ministro de Trabajo a Santos y su propuesta de negociar con el comité es ya una victoria de nuestra huelga. Creo que debemos aceptar la propuesta del ministro y negociar con él. No necesitamos formar ninguna comisión: quien debe negociar con el ministro es la directiva del sindicato...

—La mayoría están detenidos... —interrumpió alguien.

—Exacto, la mayoría de los dirigentes están detenidos, y por eso mismo deben ser liberados inmediatamente para poder ir a negociar con el ministro.

Una ola de aplausos creció entre la masa.

—Ésa debe ser nuestra respuesta al enviado del ministro: estamos dispuestos a negociar, sólo exigimos que mande poner en libertad a los compañeros de la directiva del sindicato. Y, si él no lo acepta, debemos ir todos juntos, todos los huelguistas sin faltar ninguno, a negociar con él. O la directiva del sindicato, o todos.

Eusebio Lima acababa de llegar y oyó el final del discurso. Oyó también los aplausos que ahogaban las palabras de Osvaldo. El inspector de Rio de Janeiro se le acercó y le explicó algo al oído. Eusebio respondió:

—Ahora no. Cuando yo me vaya. Antes no.

Aristides, que en ausencia de Gregorio presidía la asamblea, preguntó:

—¿Alguien más quiere hablar?

Un estibador pidió la palabra para proponer que se exigiese antes de cualquier conversación la libertad de todos los huelguistas presos, y no sólo la de los dirigentes sindicales. Hubo que explicarle que la libertad de los presos era ya materia para ser

discutida por la comisión con el ministro. Lo que se debía pedir, por el momento, era la libertad de los elementos más responsables, los cualificados para formar la comisión sindical, los dirigentes del sindicato y de la huelga. La propuesta de Osvaldo fue votada unánimemente. La decisión fue comunicada a Eusebio Lima, que movió la cabeza con aire pesimista:

—Están haciendo más difíciles las cosas. El ministro está lleno de buena voluntad, ha venido para resolver este asunto. Y empiezan pidiendo lo imposible...

—¿Lo imposible? ¿La libertad de cuatro compañeros? ¿No ha dicho usted mismo que el ministro quería negociar con una comisión responsable? No hay otra más responsable que la directiva del sindicato. Y sólo dos elementos de la directiva están libres. Y, solos, no tienen competencia para la negociación. O eso, o vamos todos...

—Bueno, lo intentaré, pero no garantizo nada. Podrían organizar aquí una comisión y esta comisión pediría al ministro la libertad de los otros.

—No. La única comisión es la directiva del sindicato.

—Están abusando de la paciencia del ministro. De la paciencia del gobierno. El gobierno quiere resolver esto por las buenas, y se oponen. Será peor si...

—Si... ¿qué?

—Bueno, no vamos a discutir ahora. Transmitiré su propuesta. Pero no creo que el ministro acepte.

—Esperaremos la respuesta aquí.

—Voy a telefonar...

Cuando hubo salido, la sirena de un coche de la policía empezó a sonar. El inspector de Rio apareció en el portón con un grupo de policías. Los estibadores se concentraron frente al almacén.

—Vienen a por Osvaldo y por Aristides.

Y la masa empezó a moverse en dirección a la puerta. Era una multitud impresionante, hombres rudos y fuertes, marchando decididos hacia el portón ocupado por los policías. El inspector de Rio dio un paso al frente y dijo:

—Entregadlos y podréis iros...

—Venid a por ellos...

Continuaron andando. Los policías, a una orden del jefe, sacaron las pistolas. Hubo un movimiento de duda en la multitud, un instante de indecisión. El negro Doroteu gritó de nuevo, señalando unos cajones en el muelle llenos de cuchillos listos para ser embarcados hacia los puertos del Norte:

—¡Los cuchillos!...

En pocos minutos los cajones estaban abiertos y la multitud se había armado. Los policías no esperaron siquiera a que empezaran a andar. Corrieron hacia los coches.

—Rápido... —dijo Osvaldo. Cada uno a su casa. Van a volver... Cada uno a su casa, que no quede nadie en el muelle...

Pero no todos siguieron el consejo del dirigente sindical. Varios, cuando vieron que Osvaldo y Aristides desaparecían en un coche, protegidos por algunos

camaradas, decidieron quedarse allí, comentando los acontecimientos, riéndose de las carreras de los policías. La mayoría había dejado los cuchillos por el suelo, pero algunos conservaban los suyos y los exhibían en las tabernas próximas, los enseñaban a la negra Antonia, sonriente tras su puesto de frutas y dulces.

Algunos minutos después, sin embargo, coches de la policía surgieron tras las esquinas, y de ellos bajaron los policías pistola en mano, algunos llevando metralletas ligeras. Bajaban disparando a diestro y siniestro. Hubo una carga frente a los tinglados. Y casi inmediatamente después empezaron a llegar camiones de la policía militar vomitando pelotones de soldados que ocuparon el puerto. Los policías golpeaban frenéticos a los estibadores, se efectuaron detenciones, el inspector de Rio disparó todo un cargador:

—Se acabó la fiesta, cerdo comunista. Ahora viene lo bueno... Vais a ver cómo se acaba una huelga...

La negra Antonia, cuyo puesto de frutas y dulces había sido derribado en las carreras y el barullo, vio caer al estibador en un charco de sangre, corrió hacia él. Pero el policía le apuntó con la pistola:

—Sal, negra del demonio, o te liquido a ti también...

—Se está muriendo... —murmuró la negra indignada.

—¡Sal de ahí, desgraciada! —le gritó el inspector, empujándola con la culata del arma.

Se quedó un instante parada entre el muerto y el policía, los ojos desencajados, la boca sin voz. Pero en seguida el odio brotó en su pecho, explotó en gritos sollozantes:

—¡Asesino! ¡Asesino!

A Paulo no le gustaba el crepúsculo, le traía una sensación de ansia y tristeza, una angustia indefinida. En esa hora indecisa entre el día y la noche, cuando las sombras vagan sobre el cielo, llenando de melancolía el corazón de los hombres, el joven diplomático consideraba que la vida era inútil y desprovista de cualquier interés. Desde la ventana de su cuarto en el Gran Hotel veía extenderse las sombras, cubriendo el mar, las casas elegantes, los últimos bañistas en la playa. Cuando las lámparas eléctricas se encendieran en las farolas, cuando llegara la noche definitiva, todo sería mejor y más fácil. Junto a las mesas de juego o en el salón de baile no tendría que pensar, amargarse con el recuerdo de Manuela o de Rosinha da Torre, la sobrina de la Comendadora. ¡Qué extraña condición de inferioridad es la del hombre!, pensaba apoyado en el alféizar de la ventana, incapaz de librarse del sufrimiento. Una vez, discutiendo con Shopel en una tertulia de escritores, Paulo había afirmado, desde la altura de su hastío vital, que no existían dolores morales. Sólo el dolor físico era un hecho concreto, pero estaba en las manos del hombre librarse de todo sufrimiento moral, librándose de todos los prejuicios, de toda idea de bien y mal, colocándose por encima de todos los prejuicios. ¿Quién podría decir dónde terminaba el bien o dónde empezaba el mal? Lo importante era trazarse una línea de conducta, y él se la había trazado: vivir bien, disfrutar de la vida y de las buenas cosas que podría darle, sin preocuparse por los demás, viviendo sólo para él mismo. Eso, en la práctica, significaba para Paulo no trabajar, tener dinero para todas sus extravagancias, leer algunos libros, ir a fiestas, visitar museos, conocer bellas mujeres.

¡Ah!, era muy fácil afirmar una cosa así en una tertulia de escritores, oír el comentario hipócrita de César Guilherme Shopel:

—Eres un cínico...

Había contestado, echando humo del aromático cigarro:

—Sólo soy sincero.

Bastante más difícil era librarse realmente de esos dolores morales que había declarado inexistentes. Especialmente en la hora dolorosa del crepúsculo, cuando el sol, al morir, parece arrastrar con él toda la vida entorno. ¿Por qué sufrir, siquiera un instante por Manuela? ¿Por qué preocuparse por ella, por las lágrimas que sin duda brotarían de sus ojos, por el dolorido asombro que marcará su fino rostro de porcelana? Pensándolo bien, Manuela debía estarle incluso agradecida: en un balance riguroso de aquellos meses de amor («después de todo, qué es el amor sino el deseo primero, la posesión un poco más tarde y el cansancio infinito después», definía para sí). Manuela había ganado mucho, había conseguido incluso lo que nunca hubiera esperado obtener o poseer; él la había llevado de un ambiente mediocre de asfixiante pobreza y humildad hasta la gran vida de los teatros, de los medios literarios y artísticos, hasta la repentina popularidad, le había dado nombre y gloria, un cortejo de



admiradores y una carrera. ¿Qué más podía desear? ¿Por qué aquella idea estúpida de casarse con él, de que se unieran de una vez por todas, definitivamente, por qué aquella vergüenza tonta de su condición de amante, que, según Paulo, era tan bella y romántica?

Ciertamente no se iba a casar, desde cualquier punto de vista era una boda imposible. Ante todo, ¿quién era Manuela para pretender casarse con Paulo Carneiro Macedo da Rocha, portador de un nombre ilustre, vástago de una vieja y aristocrática familia, hijo de un abogado famoso, de un político de prestigio, cuyo nombre era un capital inestimable? Sólo porque era inocente cuando le conoció, pero eso era un prejuicio feudal, desaparecido hacía mucho de otros países menos atrasados de América Latina, sin hablar de Europa, donde tal argumento sería motivo de risa. Paulo sabe que no está hecho para casarse. Hogar, familia, cunas, hijos pequeños, el afecto y cariño de la esposa son para él palabras que expresan fastidiosos sentimientos y sensaciones, algo mediocre e incómodo. Pero sabe también que tiene que casarse porque el dinero del padre no le basta para la vida que él desea. Le gustaría aplazar aún unos años el peso de la boda, pero la oportunidad que se le presenta ahora, la sobrina de la Comendadora da Torre, con sus millones, es de las que no se pueden despreciar. Es una boda que no implica hogar ni familia, ni niños llorando, ni quedar atado a otro ser. Es un simple negocio, su nombre ilustre ofrendado a la sobrina millonaria de la vieja ridícula a cambio de la seguridad de no pasar nunca necesidad, de no tener que humillarse nunca trabajando, de continuar siendo uno de esos elementos ornamentales de la diplomacia, pudiendo escoger el puesto que desee, colocado por encima del Ministerio y del ministro. Su vida seguirá siendo la misma, la vida de la sobrina de la Comendadora da Torre seguirá también por su lado, entregada a sus propios intereses. Otros serán los amores de Paulo, otros serán los amores de Rosinha y, si tienen sentido común, podrán molestarse lo menos posible. Es fácil evitar tener hijos, es fácil también evitar el aburrimiento cuando se tiene mucho dinero.

Con Manuela sería sólo la pobreza —un joven diplomático disputando ávidamente los ascensos, buscando enchufes para no ir a vegetar en puestos oscuros de la frontera, sufriendo con las oscilaciones políticas de su padre—, sería también quedar preso en la pasión de Manuela, preso en su concepto absurdo del amor, en su melosa y aburrida abnegación. ¿Acaso no le ofrecía Manuela abandonar su carrera de bailarina, apenas empezada, para vivir exclusivamente para él, para ser sólo su esposa, cuidando de la casa, de los niños cuando nacieran («¡Ah!, esa terrible amenaza de los niños, seres ruidosos, agresivos e intratables»), abriéndole la amenazadora perspectiva de una vida rutinaria de pequeño burgués, cuya sola idea bastaba para horrorizarle? ¿Casarse con Manuela, pero por qué? Era verdad que le había prometido casarse, ¿pero qué no iba a prometer en aquellos días, cuando ella se negaba y él la deseaba más que a nadie en el mundo? Lo había hecho en aquel momento culminante del sentimiento que Paulo llamaba amor, y hacía mucho que ese

momento había pasado. Manuela era ahora para Paulo un cuerpo sin misterio, había empezado el cansancio, y para él casi había llegado el momento de terminar la aventura. Algunas veces pensó en decírselo claramente: «Querida, todo amor tiene su final, el nuestro también. Hemos llegado al final, separémonos sin rencor, seamos buenos amigos de ahora en adelante. Me has dado horas de gran placer, yo te he dado una situación en el medio artístico; si sabes cómo debes portarte, llegarás muy lejos. Estamos en paz, nada nos debemos el uno al otro».

¿Por qué no se lo decía, entonces? ¿Por qué no le contaba su asunto con la sobrina de la Comendadora da Torre, su compromiso casi concertado, por qué pedía a los amigos que no hablaran de ello a Manuela, por qué continuaba haciéndole promesas, diciéndole que sólo esperaba el ascenso para casarse con ella? ¿Por qué era tan cobarde, si podía razonar tan fríamente, si podía sopesar cada argumento y concluir que mucho más había ganado Manuela que él en aquella aventura? ¿Qué era ella antes, si no una pobre muchacha de suburbio, sin ninguna educación, soñando el sueño imposible de ser bailarina, sin ninguna posibilidad práctica de realizarlo, condenada a una vida oscura y triste, a la boda con un miserable empleado de comercio o un simple chupatintas? Hoy, gracias a haberle conocido y a haberse convertido en su amante, había bailado para el presidente de la República, había sido lanzada como bailarina en un espectáculo de gala en el Teatro Municipal, los críticos de los periódicos habían llenado columnas elogiando su arte, sus fotografías estaban en las revistas, su nombre era repetido, uno de los grandes casinos de la ciudad le había ofrecido en seguida un contrato bien pagado, y ya estaba incluida en el repertorio de un film nacional, donde debía hacer un papel de ingenua. ¿Quién había hecho nunca —incluido en Brasil, donde las reputaciones se hacen y deshacen en un abrir y cerrar de ojos— una carrera tan rápida? ¿Qué más podía desear? ¿Casarse? ¿Pero quién le impedía casarse? Le saldrían pretendientes por docenas, especialmente en el medio fácil de los artistas y escritores que ahora era su mundo. Por qué no ir a verla y decirle francamente:

—Sácate de la cabeza la idea de casarte conmigo. Muchos otros se querrán casar contigo y te darán lo que desees: un hogar, hijos, fidelidad, ese comedido amor. Y podrás al mismo tiempo, continuar tu carrera, consolidar tu nombre y tu éxito. Podrás incluso, si quieres, continuar teniéndome como amante en las horas libres... Eso lo resuelve todo sin dramas y sin lágrimas...

Pero ¿dónde encontrar el valor para decírselo? Lo que se lo impide es la convicción de la diferencia de su amor con el de Manuela. Su innata cobardía le hace difícil hacer sufrir a los demás a sangre fría. Sabe que ella sufrirá y que él, por más que lo desee, no podrá quedarse indiferente ante ese sufrimiento, sufrirá también, soñará con ello, serán muchos días desagradables. Por eso va aplazando el momento de la explicación definitiva. ¡Ah!, si pudiese no sentir, si no le importaran las lágrimas, los sollozos, la sorpresa de Manuela...

Desde su llegada a Santos, Manuela le telegrafió tres veces. Largos telegramas

pidiendo noticias, repitiéndole su amor y su nostalgia. Paulo no tuvo ni el valor de escribir una carta, le envió unas postales de la playa con breves palabras formales de amor arrancadas de su hastío.

Cuando se encendieron las luces, terminando con las vagas sombras del crepúsculo dolorido, Marieta de Vale entró en el cuarto de Paulo. Él se apartó de la ventana al oír los pasos, le sonrió sin alegría:

—¡Ah!, eres tú...

Marieta estaba ya vestida para la cena, la larga falda negra pegada al cuerpo, una sencilla blusa blanca que la hacía más joven. Se dejó caer en una silla, con la mano sacó una rosa del jarrón que estaba sobre la mesa.

—Perdona si vengo a molestarte. Es imposible quedarse en el apartamento. El ministro está reunido con José, Artur y ese tipo tan maleducado del Ministerio, ese que tiene las manos eternamente sudadas...

—Eusebio Lima...

—Es horrible, Paulo, que tengamos que mezclarnos con individuos como ése. Empiezan yendo al despacho de José, pero siempre terminan forzando la entrada en casa y estamos obligados a recibirles...

—Es que son necesarios, Marieta. Son esos hombres los que defienden tus millones contra los comunistas... Hoy en día no podemos pasar sin los Eusebios o los Barros. Como una casa, por bella y elegante que sea, no puede prescindir de las letrinas...

—Marrano... —rió. Procuraba ajustar la rosa en el escote del vestido—. Es horrible ese Barros... No le puedo ver. El otro día estuvo en casa y, mientras esperaba a José, ¿sabes qué vino a contarme? Los métodos que usa para hacer hablar a los comunistas presos, cómo los golpea, cómo los tortura. Este hombre es un monstruo...

—Un monstruo necesario, Marieta. Sus métodos de interrogatorio pueden destrozarte tus nervios y los míos, pueden repugnar a nuestra sensibilidad, pero ¿qué hacer? Si ni con esos métodos se puede acabar con los comunistas, imagina si empleáramos en la policía a gente delicada... En dos días Prestes estaba en el poder y nosotros en la cárcel... En el fondo ellos defienden nuestro derecho a tener sensibilidad.

—Lo sé. No soy sentimental. Pero ¿qué quieres?, no he nacido para oír contar torturas... Es horrible lo que llegó a contarme ese hombre... ¿Hará realmente todo eso? ¿Arrancar las uñas, golpear, apagar cigarrillos en la espalda de los presos? Y dijo que eso era sólo el principio, no dejé que me contara el resto...

—Hace todo esto, sí, y mucho más. Es necesario. Pero no tenía necesidad de contártelo. No necesitabas saber cuánto dolor cuesta tu felicidad.

—¿Mi felicidad? Si aún existiese...

—¿No eres feliz? Yo siempre he creído que eras la persona más feliz de todas las que conozco... Lo tienes todo, tu marido es el hombre más rico de Brasil y hace lo que tú quieres... A fin de cuentas, eres la persona más poderosa del país.

Ella se levantó, con la rosa en la mano, con una expresión en los ojos que casi le asustó:

—No entiendes nada, Paulinho, estás ciego, tan ciego que no lo entiendes...

—¿Qué? —dijo él ansioso.

—Nada... —y salió.

Paulo abrió el armario para buscar el smoking. ¿Qué pasa con Marieta? ¿Por qué decía que estaba ciego? ¿Sería posible que Shopel tuviera razón? El poeta, poco antes de salir para el Valle de Rio Salgado, una tarde en que habían tomado el té en casa de Costa Vale, le había dicho:

—Muchacho, esa Marieta de Vale sólo tiene ojos para ti... Y qué ojos... Te devora, Paulinho.

—Eres un degenerado. Marieta podría ser mi madre...

—Aún es un buen bocado...

—No es eso. Es que me ha visto nacer, prácticamente me crió. Le gusto, pero es un amor puramente maternal.

—¿Maternal? ¿Dónde se ha visto echar miradas de fuego a un hijo? Tú estás ciego...

«Tú estás ciego...». Ahora era la propia Marieta quien se lo decía. ¿Y si fuese verdad? Extendió el smoking sobre la cama. Realmente, Marieta era una espléndida mujer, debía de ser una extraordinaria amante. Paulo sonrió. En medio de las pequeñas y aburridas obligaciones para con Rosinha da Torre de un lado, y el cansancio de la aventura con Manuela del otro, la mirada y las palabras inesperadas de Marieta le parecían el comienzo de un asunto excitante, el más inesperado y quien sabe si no el más emocionante. Nunca había pensado en Marieta como en una mujer deseable, nunca le había mirado más que con miradas de amistad, como a alguien cuyos consejos estaban llenos de buen sentido y cuyo interés por su vida le parecía sincero. Pero ahora ya no podía pensar en ella de la misma manera. Un brote de deseo había nacido en su pecho y la volvió a ver sentada en la silla, la blusa escotada mostrando los hombros y el cuello bien cuidado, los ojos llameantes, la boca seca y ávida llamándole ciego. ¿Sería verdad? Era necesario poner las cosas claras, aprovechar esos días en Santos para descubrir los verdaderos sentimientos de Marieta. No podía arriesgarse sin saber el sentido real de aquellas palabras, pues Marieta era más que su amiga, gran parte de su vida dependía del apoyo que ella le prestase, incluso la boda con la sobrina de la Comendadora. ¿Y si aquella mirada y aquellas palabras no querían decir más que lo desgraciada que era en su matrimonio, que no amaba a su marido y que se sentía sola? No podía arriesgarse sin informarse mejor, sin embargo, no era difícil saberlo. Empezó a vestirse, ya no sentía el crepúsculo dolorido, ahora, con las luces encendidas en la habitación y en la calle. El ansia y la tristeza desaparecían, un brillo de interés crecía en su cara aburrida y escéptica. Un amor así, con alguien como Marieta, madura de años y aún bella, madura de experiencia de la vida y aún joven de corazón, ¡ah!, eso sí que valía la

pena...

Alguien llamó a la puerta. Era Bertinho Soares vestido con un dinner-jacket blanco, la voz fina temblando de emoción:

—¿Ya lo sabes, Paulinho?... Por la tarde ha habido un choque entre la policía y los huelguistas. Ha muerto un estibador... Dicen que la cosa está que arde, los huelguistas van a atacar el hotel. Yo estoy que me muero de miedo...

Paulo buscó en el jardín una rosa igual a la que se había llevado Marieta. Se la colocó en el ojal del smoking.

—¿Qué me importan las huelgas, los desórdenes, los obreros muertos? ¿Qué tiene todo esto que ver con la vida, con la grande, con la verdadera vida? Sólo existe una cosa importante en la vida, Bertinho, una sola: el amor...

La brisa del mar trajo consigo una noche fría de final de verano, y la luna llena se derramó sobre el puerto vigilado por los soldados. En el asfalto, frente a las dársenas, las manchas de sangre seguían allí donde al comienzo de la tarde había caído el estibador. En un barco, a lo lejos, alguien cantaba, pero la melodía de esa canción no llegaba a la ciudad llena de rumores. Los soldados, en grupos de dos o tres, andaban entre los almacenes con las armas preparadas.

Aquella noche el Rubio llegó a toda prisa desde São Paulo. Aquel arquitecto simpatizante, Marcos de Sousa, amigo de Mariana, se había encargado de llevarlo en su coche. Para cruzar las salidas de la carretera, vigiladas por la policía, el comunista tuvo que esconderse bajo los asientos traseros del coche y, cuando finalmente pudo dejar el escondrijo, respiraba con dificultad. A pesar del calor llevaba una gabardina, y su cara ardía de fiebre. Cerca del muelle, el arquitecto quiso saber adónde debía llevarle. El Rubio indicó una calle. El simpatizante iba silencioso, durante todo el viaje había discutido con el otro sobre cuestiones artísticas, y le asombraba cómo aquel obrero podía saber tantas cosas, cómo podía poseer aquellos conocimientos, cómo podía hablar tan libremente sobre asuntos aparentemente tan distantes de él como la pintura, la arquitectura, el estilo de las iglesias, las esculturas del Aleijadinho. El Rubio se rió de su asombro, le explicó:

—La política para nuestro partido quiere decir vida, vida en toda su plenitud. Nada de lo que interesa al hombre nos es indiferente. Mucho menos el arte. ¿Sabe por qué se asombra? Porque a pesar de su simpatía por nosotros, por la causa de la clase obrera, piensa aún que el arte debe reservarse a una élite. Se asombra de que un obrero pueda interesarse por esas cosas. Y nosotros lo que queremos es que el arte, la ciencia, la literatura, estén al alcance de todos, que todos los hombres puedan entender y discutir sobre todo eso...

—Es cierto. Nunca lo había pensado. Cuando pienso en el comunismo y en los comunistas es siempre en función de que haya comida y casa para todo el mundo, menos miseria y más vida, menos injusticia y más alegría.

—¿Y por qué no arte para todo el mundo?

—Es cierto... Necesito pensar en esto...

Ahora veía la fiebre en el rostro del otro, debía de estar muy enfermo. Se sentía lleno de admiración, admiración por esos hombres perseguidos que querían cambiar la faz del mundo. Se sentía pequeño en su coche caro, se encontraba culpable de no hacer más por esa causa de cuya justicia no dudaba. Cuando el Rubio le avisó: «Me quedo aquí mismo. Muchas gracias por el trabajo», le dijo, frenando el coche.

—Si quiere, puedo esperarle y llevarle de nuevo a São Paulo.

—No es necesario. Me quedaré unos días.

—¿Y qué más puedo hacer? Para hablarle francamente me gustaría hacer algo más. No me es fácil explicarle lo que siento cuando me encuentro con alguno de

ustedes. Me siento culpable, ante el mundo entero, por hacer tan poco.

—Le comprendo. Pero ya nos ayuda bastante. Otra vez volveremos a hablar de esto. Cuando vuelva, hablaremos. Le avisaré por Mariana. Comprendo bien lo que usted siente. Es un sentimiento positivo.

El otro sonrió medio ruborizado.

—Di dinero cuando Mariana me pidió para ayudar a los huelguistas. Pero ahora... Ahora pienso que di poco. Podía dar más...

Se metió la mano en el bolsillo, sacó la cartera, dio el dinero al Rubio.

—Lléveselo... Es mucho más útil para ustedes que para mí.

—Gracias.

Desapareció en la sombra de la calle. Marcos de Sousa, al encender el motor del coche en dirección a los grandes hoteles de la playa donde iba a pasar la noche, hablaba consigo mismo. ¿Tenía derecho a continuar viviendo en el confort en que vivía, en la seguridad, en la tranquilidad, cuando aquellos hombres luchaban en tan difíciles condiciones? Ardiendo de fiebre, el Rubio iba a alguna arriesgada misión, mientras él, que sabía que aquella causa era justa y buena, iba tranquilamente a un hotel lujoso, a tomar una cena exquisita, al son de una orquesta agradable, como si en el mundo no hubiese nada que marchara mal. Siempre se había considerado un hombre honesto, un hombre de bien. ¿Pero estaba comportándose realmente bien con los otros, consigo mismo? ¡Ah! Si empezara ahora un nuevo enfrentamiento entre la policía y los huelguistas, no vacilaría y se lanzaría a él como si fuera un estibador...

El Rubio oyó ponerse en marcha el automóvil, y pensó: «El intelectual está en crisis, pero es una crisis conveniente. Es un hombre honesto. Hay que ayudarlo para que pueda llegar realmente a integrarse en el partido». Y cuando el coche desapareció a lo lejos, apresuró el paso camino de la casa donde estaba hospedado João.

Juntos discutieron los últimos acontecimientos de Santos. El partido había decidido que viniera el Rubio para ayudar a João en las tareas que se multiplicaban.

—Me quedaré contigo unos días. Es decisión de los de allá. La cosa aquí se va a ir liando cada vez más y aumentará el trabajo. Me ocuparé especialmente del problema del reclutamiento. Hay que aprovechar la huelga para ampliar la base del partido, atrayendo hacia nosotros a los más combativos, a los más firmes. Necesitamos cuadros para ir llenando los huecos abiertos por la reacción...

João expuso la situación en Santos. Le habló de las últimas propuestas del ministro y de su repercusión en los huelguistas.

—La congelación del fondo sindical hizo vacilar a algunos. La cosa no es fácil. Hay gente que pasa hambre, gente con familia grande y que no tiene nada de comer para los hijos. Y ahora viene la amenaza del despido en masa. Va a ser necesario mantener un intenso trabajo de agitación.

—Y de solidaridad. Es necesario que se den cuenta de que no están solos, de que todos los obreros del Estado están con ellos. He traído el dinero que reunimos en São Paulo.

—De momento, todo va bien. El enfrentamiento de esta tarde, y la muerte de un huelguista, han sido como una descarga eléctrica para la masa. No quieren ni oír hablar de negociaciones, quieren continuar la huelga. ¿Pero por cuánto tiempo vamos a poder sostener esta situación? Si no empiezan inmediatamente las huelgas de solidaridad...

—Van a empezar. Tal vez mañana mismo se declaren las primeras en São Paulo y en Santo André. Hemos movilizado a todos los camaradas ante las noticias de esta tarde. Y estamos tirando material para distribuirlo en las fábricas y en los barrios obreros.

Detalló en un rápido informe el trabajo realizado en la capital y en las ciudades industriales del interior. Las noticias de Santos, especialmente la del asesinato del estibador, se habían difundido rápidamente por los medios obreros de São Paulo. Toda la máquina del partido estaba en actividad y, ante la violencia de la policía, maduraba rápidamente el trabajo de solidaridad que venía siendo preparado desde los inicios de la huelga. La idea de movimientos de protesta, de huelgas de pequeña duración —media hora, una hora— encontraba buena acogida en todas partes, y en algunas fábricas había surgido incluso espontáneamente. El Rubio creía que al día siguiente iban a declararse las primeras huelgas, incluso en algunas grandes empresas. Zé Pedro y Carlos trabajaban en la base del partido, alentaban a los camaradas en un esfuerzo por obtener una movilización masiva. También en lo referente a la campaña de apoyo financiero se esperaba un nuevo impulso con la noticia de la congelación del fondo sindical. Desgraciadamente, explicaba, la organización del partido era aún pequeña para el trabajo que había que hacer. Era necesario intensificar el reclutamiento, implantar el partido en todas las empresas, multiplicar el número de activistas. El problema de organización le preocupaba.

—Sólo ahora —decía— la gente va a darse cuenta del perjuicio causado al partido por la actuación de Saquila y de su gente. Con el pretexto de defenderse de la policía, lo que hicieron fue cerrar el partido a las nuevas incorporaciones, e impedir así que llegaran cuadros nuevos desde la base. Han reducido el partido a un puñado de gente, a un número casi insignificante de militantes. Y aunque ya hemos trabajado bastante para cambiar la situación, queda todavía mucho por hacer. Hay mucha gente con esa mentalidad estrecha... Tenemos que hacer un gran esfuerzo, especialmente ahora que la policía anda con una actividad enorme. ¿No sabes nada de la declaración de Filinto Müller?

João movió negativamente la cabeza.

—En una reunión del Ministerio, en Rio, ha dicho que en seis meses acaba con el partido en todo Brasil. Y Barros anda diciendo que antes de esa fecha ya no quedará un comunista libre en São Paulo. La policía anda con una actividad tremenda, especialmente después de iniciarse la huelga aquí. Ya han caído varios camaradas.

Un acceso de tos le impidió continuar. Durante algunos segundos le cortó la respiración aquella lucha cruel contra la tos, el rostro congestionado, el pañuelo



contra los labios. João le estaba observando, y le encontraba más enflaquecido y acabado. La enfermedad sin duda hacía progresos, y el Rubio no tenía tiempo de cuidarse. Cuando cesó la tos, le preguntó:

—¿Has ido al médico?

El Rubio hizo un gesto vago con la mano.

—Bueno, esto es porque tuve que estar metido bajo el asiento del coche para atravesar los controles. Fue Marcos quien me trajo. Un buen tipo. Y se está aproximando cada vez más al partido. Hay que cuidarle. Es un intelectual, pero muy distinto de Saquila y de toda esa pandilla de pedantes. Es un tipo modesto, cabal...

Continuaron la discusión. João le expuso los planes para la manifestación del día siguiente, durante el entierro del estibador. Discutieron todos los detalles. El Rubio le habló de las noticias llegadas del Valle de Rio Salgado, donde continuaba la agitación. Hicieron un balance de la huelga y estudiaron planes para continuar el movimiento. Si conseguían impedir el embarque de café para Franco, el Estado Novo habría sufrido su primera gran derrota...

Sólo después de haber examinado los asuntos del partido, y antes de salir para la reunión concertada con los dirigentes locales, João pidió noticias de Mariana. El Rubio sonrió, como disculpándose:

—¡Vaya, hombre! Venía tan preocupado con lo de la huelga que ni se me ocurrió hablarte de Mariana. Está bien, trabaja como siempre. Algo serio, muy eficaz. Me pidió que cuidara de ti. Por lo visto —y dio una palmada en el hombro de João con su mano descarnada— va a haber novedad muy pronto...

—¿Novedad? ¿Qué novedad?

—Un chiquillo... Vamos, a mí no me dijo nada, pero me lo dijo mi compañera... Fue Olga quien me lo contó.

El rostro severo de João, fatigado por el enorme trabajo de todos aquellos días, pareció iluminarse, y su voz se convirtió en un murmullo:

—Está en estado... —hablaba como consigo mismo—. En estado... y no me dijo nada en la carta que me escribió hace una semana...

Se volvió hacia el Rubio, que continuaba sonriendo:

—Es algo con lo que siempre he soñado: un hijo. Mucho antes de casarme lo pensaba ya. Siempre me han gustado los chiquillos. Cuando me mandaron a São Paulo, lo que más me costó fue separarme de un sobrino pequeño, hijo de mi hermana. Y en los días más difíciles, cuando me parece que no voy a aguantar más, de tan cansado, cuando me vienen ganas de parar y reposar un poco, pienso en los niños, en esos niños que mueren de hambre los pocos meses de nacer, en los que viven miserablemente por las calles. Me basta pensar en ellos, y me siento con más fuerzas...

Se calló un momento, como pensando en la noticia que el Rubio acababa de darle. Luego volvió a hablar:

—Aquí tenemos a un camarada, un negro, feo como el diablo, Doroteu se

llama...

—Lo conozco.

—También su compañera espera un hijo. Y él se pasa el día hablando de eso. El otro día me dijo una cosa, más o menos esto: «Es bueno luchar por el futuro de los niños, pero uno lo siente de forma más concreta cuando entre esos niños hay uno que es nuestro». Si es así, creo que de ahora en adelante voy a trabajar mejor...

—Mariana no me dijo nada, pero ya había notado yo que algo pasaba. Sólo mirándole la cara. También ella trabaja aún mejor...

João salió. Se internó por aquellas callejas adormecidas. Los compañeros debían de estar esperando ya en el local de la reunión. Pensaba en lo que iba a decirles, en las directrices que les iba a transmitir, en las noticias traídas por el Rubio, en los argumentos políticos que debía proporcionarles. Durante aquella tortuosa caminata no se desvió de los asuntos de la huelga, de la reunión inmediata. Pero durante todo el trayecto tuvo a su lado a Mariana, sintió su presencia amada, el calor de su afecto. Hacía mucho tiempo que no la veía. Había parado poco en casa tras la boda. En realidad no le había hablado ni la había visto mucho desde que la conocía. Y, sin embargo, era como si la hubiera conocido siempre, como si la tuviera a su lado en todo instante, inseparable. Se había enamorado de ella ya en aquel encuentro de la noche de su cumpleaños y nunca ningún otro sentimiento había turbado aquel amor. Y sabía que lo mismo le ocurría a Mariana. Para João, el amor significa algo muy diverso de lo que significa para Paulo, para Marieta Vale e incluso para Manuela. Cuando pensaba en su amor y en Mariana, uno y otra se confundían con todo lo que le rodeaba, con su lucha, con sus sueños, con la hermosa esperanza en el mañana y la áspera realidad de hoy. Tan ligados, que él podía avanzar pensando sólo en la reunión a la que iba, y tener al mismo tiempo a su lado, tan viva como si llegara súbitamente de São Paulo, a su mujer, a su infinito amor. Y ahora más que nunca, cuando sabía que esperaba un hijo, cuando llevaba en sí aquel hijo que era fruto del amor de los dos, hecho casi sólo de despedidas. Tal vez en aquel mismo momento Mariana anduviera también por una calle de São Paulo para cumplir una orden del partido. Y a su lado irá también João. Porque, por distantes que estén uno del otro, juntos están, y nada puede separarlos.

—Aquí, por favor —dijo el *maître* indicando una mesa vacía a Marcos de Sousa en aquel animado restaurante.

Pero alguien le llamó desde otra mesa:

—¡Marcos! ¡Marcos! ¡Ven aquí con nosotros! —y Susana Vieira levantaba el brazo para que la localizara mejor.

—¡Ah! Susana... y Paulo...

El arquitecto habló sin entusiasmo. Cuando iba a Santos se alojaba normalmente en aquel hotel, pero esta vez habría buscado otro al informarle el portero de que estaba allí Su Excelencia el ministro de Trabajo, si el botones no se hubiera llevado ya en el ascensor su pequeña maleta. Bajaba ahora a cenar, y la atmósfera festiva del restaurante, la profusión de luces y de flores, la calidad espléndida de la orquesta, las bandejas de bebidas que llevaban los camareros, las parejas que bailaban entre plato y plato, todo aquello le parecía sorprendente y casi ofensivo. Pensaba en el Rubio, quemado por la fiebre, el pecho corroído por la enfermedad, escondido bajo el asiento del coche para pasar los controles, pensaba en los obreros en huelga, en el pueblo español en armas, en el café depositado en los almacenes del puerto, en el estibador asesinado aquella misma tarde. Y él, Marcos de Sousa, solidario con aquella lucha áspera y desigual, se hallaba en este lujoso hotel turístico de la playa, donde le esperaba una espléndida cena en compañía de los amos de aquella policía, de aquel café, de aquellas balas, de los aliados de Franco. Y, encima, se encontraba con aquellos conocidos suyos, «con sus clientes». «Mis amos», pensó. Había construido el palacete de los padres de Susana Vieira, la casa de campo de Artur Carneiro Macedo da Rocha, había colaborado en los planos del palacio de Costa Vale y había sido el arquitecto director de las obras de su banco. «Vivo de ellos, ellos me dan de comer, pagan mi confort, mi tranquilidad», pensaba mientras se dirigía, esquivando las parejas de bailarines, a la mesa donde Susana Vieira, en compañía de Paulo, de Bertinho Soares y de Rosinha da Torre, le llamaba agitando la mano. «Por eso sin duda no pensé jamás en el arte más que en función de una élite, de una casta de privilegiados. En el fondo, estoy vendido a ellos, y nunca me había dado cuenta». Le parecía oír la voz del Rubio, en el coche, clamando contra la pintura abstracta, hablando de un arte —incluso de una arquitectura— nacida del pueblo y a su servicio. «El ciudadano y el artista, un único ser —había dicho el dirigente—, y no se puede pensar en términos socialistas sobre la propiedad de la tierra y en términos capitalistas sobre la pintura. Eso es absurdo». Durante años y años no le había parecido absurdo a Marcos de Sousa ceder su casa para reuniones ilegales, cotizar mensualmente para el partido y, al mismo tiempo, sostener, en materia de arte, las mismas ideas que el poeta Shopel y el diplomático Paulo Carneiro Macedo da Rocha, gustar de la misma música atonalista que lo apasionaba al afeminado Bertinho Soares. Sólo ahora súbitamente, en este salón iluminado, lleno de flores, de bebidas,

de risas alegres, donde pontificaba el ministro de Trabajo de la dictadura, se daba cuenta de que había algún error en todo aquello, y empezaba a tener dudas, y no se sentía satisfecho. No se le iba de la cabeza la idea de que aquella misma tarde había sido asesinado un obrero, como no se iba de su retina la imagen del Rubio quemando de fiebre y obligado a hacer parte de su viaje bajo el asiento del automóvil, y tan satisfecho de la vida, tan lleno de alegría de vivir. Marcos siempre se había juzgado un hombre honrado, pero ahora, ante la dignidad, ante la plenitud humana del otro, su «decencia» no significaba gran cosa. El Rubio le había dicho, en el momento más animado de la discusión: «Querido amigo, hay mucha gente, especialmente entre los intelectuales, que quiere estar con un pie en el campo del proletariado y otro en el de la burguesía. A eso se le llama oportunismo».

«¿Un hombre honrado?», se preguntaba Marcos da Sousa. «He sido sólo un oportunista», se respondía a sí mismo al tenderle la mano a Susana Vieira.

Su llegada fue una alegría en la mesa. El *maître* trajo una nueva silla, los comensales se apretaron para hacerle sitio.

—¡Salve a nuestro gran arquitecto! ¡A nuestro Le Corbusier! —dijo Paulo, cuyos ojos acechaban en la mesa central a Marieta Vale, sentada al lado del ministro de Trabajo.

—Aquí, a mi lado... —decía Susana Vieira al *maître*, que buscaba sitio donde poner la silla.

—¿Has venido para el baile de mañana, Marquinho? —preguntó Bertinho Soares.

—¿Qué baile?

—¡Ah! ¿No lo sabías? En honor del ministro... Va a ser un acontecimiento. Un baile de disfraces. No se habla de otra cosa. Es la sensación de Santos...

Marcos se sentó. Recibió casi maquinalmente la carta que le tendía el camarero. Un sentimiento extraño, mezcla de asco y odio, iba creciendo en él. Detrás, el camarero esperaba, lápiz en mano. Susana sacó una flor del florero para ponérsela en la chaqueta. ¿Por dónde andaría el Rubio a aquellas horas? ¿Si pudiera hablarle, decirle todo lo que sentía, discutir de nuevo con él! Pero no sabía siquiera dónde se alojaba. El comunista había hecho parar el coche en medio de la calle sin permitirle que lo dejara ante la puerta; no tenía confianza en él. ¿Y por qué iba a tener confianza, si no era más que uno de aquellos oportunistas, con un pie en cada uno de los campos de lucha? Ese Bertinho Soares, inmoral y sórdido, con todos los rasgos de la degeneración marcados en el rostro, le trataba como a uno de los suyos, y se sentía con derecho a considerarle parte de toda aquella miseria moral que le rodeaba. Y Marcos sentía la profunda distancia, la inmensa diferencia de los dos mundos en lucha. De un lado, Bertinho Soares, «podrido como un charco de pus», pensaba Marcos, y Susana Vieira, semivirgen y semiprostituta, frotándose contra él al colocarle la flor en el ojal, exhibiendo, al inclinarse, los senos en el amplio escote del vestido de noche, y Paulo Carneiro, cortejando a Rosinha da Torre, con aquel cínico aire de hastío; en la otra mesa, la mirada fría y calculadora de Costa Vale, la babosa

adulación de Eusebio Lima, la ministerial euforia de Gabriel Vasconcelos, inclinado sobre Marieta Vale con palabras susurrantes. Un mundo que él veía de repente en toda su desnudez, tan abyecto que hasta le daban ganas de vomitar. Y del otro lado, una abnegación sin límites, una dedicación a la Humanidad que parecía imposible de tan grande, una pureza de sentimientos, una honradez capaz de todos los sacrificios. Veía a Mariana siempre alegre, y tan bella en la sencillez de sus vestidos pobres, al camarada João con su rostro severo, su mirada ardiente, el buen humor constante de Carlos, la solidez de acero de Zé Pedro, las mejillas del Rubio, quemadas por la fiebre, sus palabras sabias. Tenía ganas de abofetear a Bertinho Soares. «Si lo hiciera, me mancharía las manos de pus», pensó.

—Cualquier cosa —le dijo al camarero—. No tengo hambre...

Los otros hablaban del baile. Susana Vieira le pidió su opinión, quería saber de qué se iba a disfrazar.

—No me quedo para el baile. Vuelvo a São Paulo mañana por la tarde.

—No es posible... —parecía sorprenderse Bertinho Soares. Eso es una traición. Y yo, que contaba contigo para discutir lo de la decoración del salón... Para hacer una cosa bien parisién...

—No, no cuentes conmigo para esa porquería —sintió la necesidad de insultarle.

—¿Porquería? ¿Por qué?

Todos se volvieron hacia él. Paulo dejó de mirar a Marieta Vale. La irritación del arquitecto les había impresionado. ¿Por qué aquella salida tan crispada? Susana Vieira, con gesto amistoso, le cogió el brazo con las dos manos, lánguidamente. Hasta Rosinha da Torre, habitualmente tan silenciosa, salida del colegio de monjas para el noviazgo con Paulo, abrió la boca con una sorpresa estúpida.

—¿Pero es que no sabéis que hoy la policía ha asesinado a un estibador? ¿Que hay huelga en el puerto? ¿Que hay miles de hombres que no tienen qué comer? ¿Y aún tenéis valor de hablar de fiestas, de bailes? Eso es ya demasiado miserable...

—¡Bah! —exclamó Bertinho, como si no encontrara palabras para manifestar su asombro.

—Pero son comunistas... —susurró tímidamente Rosinha da Torre, mirando para Paulo como en busca de su aprobación—. Los comunistas no son como nosotros. La hermana Clara de la Bondad Divina nos decía en el colegio que los comunistas son enemigos de Dios... No nos deben dar pena los enemigos de la religión...

Paulo encendió un cigarrillo y atajó con un gesto la réplica de Marcos:

—Un momento, Marcos. ¿No conoces la teoría de Shopel? ¿La grande, la monumental, la genialísima teoría de Shopel?

Nadie en la mesa la conocía, y todos estaban ansiosos por saber de qué se trataba. Aquel Shopel era extraordinario, inventaba cada cosa...

—La teoría de Shopel es un resumen del manual del buen vivir de nuestro tiempo. Responde a todas sus reservas sobre el baile de nuestro amigo Bertinho y al mismo tiempo acaba con ellas. Es la teoría de los «inocentes de Leblon». Surgió

contemplando a la nueva generación de Copacabana, Ipanema, Leblon y Leme, pero se aplica a todos nosotros. «Inocentes de Leblon» son todos los que, como Bertinho, Rosinha, Susana, y yo, no leemos las primeras páginas de los periódicos, las páginas de política internacional, de política interior, de guerras, de huelgas, de esas cosas materiales y mezquinas que preocupan a la mayoría de la población. Nosotros estamos por encima de todo eso. En los periódicos, sólo leemos las páginas de literatura, de arte, las crónicas de sociedad, las críticas de los conciertos, las carreras de caballos. Nosotros vivimos para los grandes sentimientos eternos, para lo bello, para lo espiritual. Planeamos por encima de la mezquindad de los acontecimientos cotidianos. No nos dejamos perturbar por ellos, vivimos la vida, extraemos de ella todo lo bueno que puede ofrecernos... Somos los «inocentes»...

Marcos bebió un sorbo de su cóctel. Susana aplaudía la teoría de Shopel dando palmaditas. Bertinho Soares parecía sumido en un sueño de delicias, sólo Rosinha da Torre disentía:

—No podemos dejar de pensar en ellos, en los comunistas. Mi tía dice siempre que hay que acabar con ellos, que si no, un día hasta nos quitarán el camisón...

Paulo se levantó para ir a bailar con Marieta Vale, y se echó a reír ante la objeción de su novia:

—¿El camisón? Con este calor no es necesario, querida. Lo mejor es dormir desnudo...

—Es formidable la teoría de Shopel, ¿verdad? —preguntó Susana Vieira a Marcos—. «Los inocentes», como los ángeles del Señor... Somos los «inocentes de Santos»...

A Marcos no se le ocurrían como respuesta sino tacos rotundos. Se calló. Sentía que le iba a ser imposible continuar allí, en aquella mesa, al lado de aquella gente. Bertinho sacó a bailar a Rosinha. Susana Vieira propuso:

—¿Vamos a bailar?

—No. Tengo que irme inmediatamente. Tengo pendiente un asunto importante. —Y miró la hora en el reloj, para resultar más convincente—. Ya me he retrasado.

—Pero si ni has cenado...

—Es igual. No tengo hambre. Me esperan...

—¿Una mujer? —preguntó Susana, confidencial.

—¿Quién sabe? —le tendió la mano. Ella sonrió murmurando: «Buenas noches, calavera...».

Marcos pasó entre las parejas que bailaban. Paulo y Marieta pasaron a su lado. Ella tenía los ojos cerrados, él la abrazaba estrechamente. Bajó las escaleras casi corriendo. Sentía la necesidad de aire libre. Estaba casi ahogado, y mayor su irritación contra sí mismo. Se consideraba peor aún que aquellos «inocentes de Leblon». Él conocía el otro lado y, sin embargo, jamás había tenido valor para decidirse... Oscilaba entre aquellos dos mundos, con un pie en cada uno de ellos. Era un oportunista.

La noche le acogió en la puerta del hotel. La brisa del mar le envolvió. Respiró profundamente. Veía, en la acera de enfrente, a los policías que vigilaban la calle y el hotel, defendiendo contra imaginarios ataques de los huelguistas aquella cena, las bebidas, el baile de las gentes de arriba, guardando su sordidez, defendiendo las teorías de Shopel y los preparativos de la fiesta de Bertinho. Defendiéndole a él también, a Marcos de Sousa... Era horrible todo aquello, ¿cómo no lo había pensado nunca antes? Necesitaba apartarse de allí. Le pidió al portero que le trajeran su coche.

Atravesó las calles de la ciudad a una velocidad de loco. Al principio dio unas vueltas por las playas de la ciudad, pero al cabo de un momento sintió la necesidad sentimental de ir al muelle, de pasar por el lugar del choque con la policía, y se dirigió hacia el centro. Con la noche había disminuido la vigilancia policíaca, pero aun así, cuando se acercó a los grandes almacenes del puerto, una patrulla le cerró el paso. Tuvo que detener el coche y exhibir la documentación. Le dijeron que diera la vuelta por otra calle, que estaba prohibido circular por allí. Salió lentamente. Aquel muelle silencioso y vigilado por los soldados, le parecía el símbolo y el resumen de toda la lucha que se reñía en Brasil y en el mundo. Lo miraba y se sentía cada vez más próximo a los hombres que la dirigían desde los profundos subterráneos de la ilegalidad. Con ellos, pensaba, estaba la honradez y la decencia, la dignidad.

Entró por la calle que los soldados le habían indicado, perdió de vista el muelle. Iba sin rumbo, entregado a sus pensamientos. En un momento, al doblar una esquina, oyó un silbido repetido, como una señal. Y luego, los faros del coche iluminaron una extraña escena: dos hombres que parecían desprenderse de una pared, echaban a correr, desaparecían en una esquina de la calle. ¿Ladrones? A distancia se iba repitiendo el silbido. Marcos disminuyó la velocidad del coche, lo paró en el lugar de donde parecían haber huido aquellos hombres. Las luces de los faros iluminaron las latas de alquitrán, las brochas, la inscripción inacabada en la pared:

¡VIVA LA HUELGA! ¡MUERA LA POLIC...!

Comprendió el significado del silbido. Había interrumpido el trabajo de un equipo de pintadas. ¡Cuántas veces, al leer en las calles aquellas inscripciones nocturnas, al ver a la policía borrándolas durante el día, había pensado en aquellos hombres que ponían en peligro su libertad para propagar las consignas, para sostener con aquellas letras anónimas el valor de las masas! Y él había perturbado, interrumpido su tarea.

Ni siquiera apagó los faros del coche. Agarró una brocha, la metió en la lata y terminó la inscripción. Mientras escribía las últimas letras oyó pasos en la bocacalle, pero ni siquiera se volvió. Sabía que, si llegaba la policía, le detendrían, el Tribunal de Seguridad la condenaría y habría prácticamente acabado su carrera de arquitecto mimado por la gente rica. Pero ¿qué le importaba? Casi deseaba que le detuvieran, que le procesaran y le condenaran. Así terminaría con la insoportable situación moral en que se hallaba. Los pasos tomaron otro rumbo. Marcos dibujó, al lado de la inscripción, la hoz y el martillo.

Guardó en el portaequipajes del coche la brocha y las latas. Llevaba sucios los pantalones y la chaqueta, y también las manos. Pero sonreía. Ahora estaba contento de sí mismo. Miró, una vez más, la inscripción terminada:

¡VIVA LA HUELGA! ¡MUERA LA POLICÍA!

«Mañana —pensó mientras entraba en el coche— iré al entierro del estibador asesinado». Pisó el acelerador. Sentía ganas de ponerse a cantar.



Avanzaba la noche, de los barrios obreros, de las casas pobres van llegando los compañeros del muerto. Pero el cadáver aún no está, la ambulancia ha de traerlo de un momento a otro, así lo habían prometido en el depósito. El hermano del muerto, cantero en una construcción de la playa, había ido a la policía a reclamar el cuerpo. Lo retuvieron allí durante varias horas, haciéndolo ir de un lado a otro, en repetidos interrogatorios. Por fin fue llamado a presencia del delegado de Orden Político y Social del Estado, y Barros le dijo con voz amenazadora:

—Ahora vais a aprender a hacer huelgas, a escuchar a esos comunistas. Ahora, a porrazos y bajo las balas de las ametralladoras...

—No tengo nada que ver con eso, señor delegado. No trabajo en el muelle. No estoy en huelga. He venido aquí porque el muerto era hermano mío, y estoy cumpliendo con mi obligación.

—¿Y para qué diablos quiere el cadáver?

—Para darle un entierro de cristiano...

—¿De cristiano? —escupió Barros. No sé por qué no le parto el alma a porrazos... ¿Dónde se ha visto que un comunista necesite un entierro de cristiano?

—Mi hermano no era comunista.

—¡A callar! Le voy a decir una cosa: si pretenden aprovechar el entierro para hacer una manifestación, les advierto que pasado mañana tendrán que enterrar a muchos más. Van a aprender de verdad qué es eso de un entierro...

Al fin le permitieron hacerse cargo del cadáver. Fue al depósito y le dijeron que lo llevarían en seguida, pero ya amanecía y aún no había llegado. La casita del barrio mal iluminado estaba llena de gente. En la sala de entrada, discutían animadamente estibadores, ensacadores y trabajadores del muelle. Alguien había traído aguardiente y bebían en un vaso de vidrio grueso que pasaba de mano en mano. En el cuarto de al lado, estaba preparada la cama de matrimonio para recibir al cadáver. Habían llevado a la cocina, donde estaban la esposa y la madre del muerto, al hijo de cinco años, que dormía sin darse cuenta de la agitación que había a su alrededor. La vieja sollozaba, pero la viuda tenía los ojos secos, sentada en una silla, sin moverse, sin responder a las palabras de consuelo murmuradas por los que entraban a darle el pésame. La negra Inácia iba y venía en la cocina atendiendo a las visitas, cuidándose de todo.

El pequeño dormía en el suelo, envuelto en trapos. Los sollozos de la vieja se elevaban de vez en cuando acallando la conversación de la salita de entrada.

—Por qué tanta desgracia... —repetía monótona, al lado del nieto huérfano.

En las inmediaciones de la casa, en las esquinas oscuras, rondaban policías. La discusión de la sala seguía en voz baja, puntuada de exclamaciones contra la policía y contra el ministro de Trabajo. La conversación giraba en torno de las propuestas hechas tras el choque de aquella tarde, por Eusebio Lima, en nombre del ministro; acabar de inmediato con la huelga; cargar el barco alemán. En este caso, no se

tomaría ninguna medida punitiva contra la masa de huelguistas, sólo se procesaría a los responsables del sindicato y a los detenidos. Se abriría de nuevo la sede del sindicato, pero en vez de la antigua dirección, considerada «extremista», lo llevaría una junta gubernativa, nombrada por el Ministerio. El ministro concedía a los huelguistas veinticuatro horas para decidir sobre la propuesta, y en caso de que no fuera aceptada, se tomarían nuevas medidas para acabar con el movimiento: despedida en masa de los huelguistas, y proceso contra todos por el Tribunal de Seguridad. Y que no olvidaran que la Constitución del 10 de Noviembre prohibía la huelga, que era un delito penado por la ley. Si sus propuestas no fueran aceptadas, el Gobierno actuaría sin consideración alguna y usaría de la violencia necesaria.

—Como si hasta ahora nos hubieran tratado a cuerpo de rey... —comentó Doroteu.

Un tipo pecoso alzó el pescuezo.

—¿Y qué es lo que vamos a hacer? ¿Cómo vamos a comer y dar de comer a la familia? El dinero del sindicato ya no puede tocarse... Y así no se puede aguantar... Mañana estaremos todos despedidos, sin trabajo y con un proceso encima. ¿Qué es lo que sacamos con todo esto?

El negro Doroteu paseó la mirada a su alrededor. Algunos hombres estaban asustados, escuchaban atentamente las pesimistas palabras del pecoso. Y todos se repetían para sí la pregunta lanzada por el otro: ¿Cómo seguir en huelga, si dentro de unos días no tendrían ni un pedazo de pan para los hijos? ¿Y la amenaza de perder el trabajo, del juicio y de la cárcel? Ahora, con el Estado Novo, no podrían utilizar ningún recurso legal. ¿Cómo continuar la huelga? Un mulato gordo dijo:

—Podríamos hacer una contrapropuesta. Volvemos al trabajo, pero no se carga el barco alemán.

Doroteu saltó en la silla:

—¿Y los compañeros detenidos? ¿Los vamos a dejar ahí, sin luchar por su libertad? ¿Por qué están presos y procesados? ¿Por qué los cazaron como perros? ¿Por qué murió hoy Bartolomeu? Estamos aquí, en su casa, esperando su cuerpo, ¿y tienes valor para proponer que volvamos al trabajo? ¿Eres un estibador o un vendido al Ministerio?

El mulato gordo se defendía:

—Sabes que no soy un esquirol. Sabes que estoy siempre donde hace falta, que no me escondo cuando hay follón. Pero, la verdad, es que a esto no le veo salida. Aún si no estuviéramos solos, si hubiera más huelgas que la nuestra, qué sé yo...

—No estamos solos... —dijo una voz en la puerta.

Era Osvaldo, de la célula de la estiba, que llegaba en compañía de Aristides y de otros compañeros. Su prestigio era grande entre los trabajadores del muelle, tenían confianza en él, y sabían que no mentía jamás.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó el de las pecas—. ¿Tienes alguna noticia?

Osvaldo entró, dio la mano a algunos:

—La policía anda rondando por ahí. Es conveniente que se quede alguien de vigilancia para que no vengan a meter las narices mientras hablamos. Voy un momento a la calle, y luego vuelvo...

Después de dar el pésame a la viuda, de entregar al hermano del muerto el dinero que llevaba para ayudar a la familia, volvió a la sala, se sentó entre los otros, aceptó el trago de aguardiente que le ofrecían. Después de beberlo, se metió la mano en el bolsillo, sacó un papel garabateado con cifras:

—Veintiséis mil reis nos han mandado los compañeros de São Paulo. Y es sólo el comienzo de la campaña de solidaridad. ¿Que el gobierno se queda con el dinero del sindicato? Pues los demás obreros nos darán dinero para seguir sosteniendo la huelga. En todo el Estado están recogiendo dinero para nosotros. No estamos solos...

Iba posando la mirada en cada hombre, los conocía íntimamente, eran sus compañeros de trabajo, sus amigos, sabía las cualidades y los defectos de todos, sus problemas le eran familiares.

—Lo que me sorprende es ver que hay quien se ha acobardado ya cuando la cosa aún no ha empezado siquiera. Siempre hubo una ley en el puerto de Santos: uno para todos y todos para uno. ¿Cuántas huelgas se han hecho ya en este muelle? Tantas que ni se pueden contar. ¿Y cuándo acabó una huelga dejando a los compañeros en la cárcel? ¿Sabéis que la policía quiere expulsar a Pepe y a los demás compañeros españoles? ¿Entregarlos a Franco? Eso es como condenarlos a muerte. El día en que los estibadores estén de acuerdo con eso, dejo la estiba. Prefiero ser ladrón en un hotel de la playa, o recibir propinas y lustrar zapatos en la calle...

—¿Expulsar a Pepe? —fue una indignación general.

—Más bajo, hablad más bajo... —dijo Osvaldo—. La policía está en la calle. El ministro y Barros piensan que son más fuertes porque tienen la policía y el Tribunal de Seguridad. Pero no estamos solos. Van a empezar las huelgas de solidaridad en todo el Estado.

—¿Es verdad eso?

—Y aquí, en Santos, mañana, después de comer, va a parar mucha gente. Todos quieren venir al entierro...

—¿Sabes lo que le dijo Barros al hermano de Bartolomeu? Que si hacíamos un entierro solemne lo iba a acabar a balazos...

—Eso lo dice para ver si enterramos a nuestro compañero a escondidas, como si fuera un criminal. Pero le vamos a dar el entierro que merece, el entierro de un héroe. Y que ataquen... ¿O es que no vamos siquiera a poder enterrar a nuestros muertos?

—¡Claro! —aprobó un negro alto, que fumaba en la puerta, vigilando la calle.

—Mañana —continuó Osvaldo— van a ver lo que valen los obreros... Tú preguntas —y se dirigía ahora al obrero gordo— cuánto tiempo podemos aguantar. ¿Y ellos, cuánto pueden aguantar? ¿Cuánto tiempo pueden aguantar los muelles de Santos sin trabajo, los almacenes parados, los barcos sin cargar, las mercancías pudriéndose? No te das cuenta de nuestra fuerza...

—Pero amenazan con despedir a todo el mundo...

—¿Y dónde van a encontrar gente para la estiba? Un estibador no es algo que se encuentre a patadas por la calle. Nos amenazan, pero si aguantamos firmes, van a tener que ceder... De todos modos, lo que no podemos hacer es encogernos ahora. Y no tengáis miedo, que no estamos solos.

El mulato gordo se disculpaba:

—Hablé por hablar. Era un decir, hombre. No vais a pensar ahora que soy un amarillo...

—Ni hablar de eso. Pero hay que estar vigilante contra el desánimo. Sabemos todos que hacer una huelga es duro, que cuesta sacrificios, pero si no lo hacemos así, acabarán con nosotros a latigazos... Más duro aún es para los obreros españoles, que están armas en mano...

Un hombre, de centinela en la calle, apareció en la puerta anunciando:

—Viene la ambulancia...

Todos se levantaron. El coche del depósito se paró ante la puerta. Unos hombres bajaron el cadáver. Desde la cocina llegaron la madre y la esposa.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —gritaba la vieja al ver aparecer en la puerta los pies descalzos del muerto.

—¡Está desnudo! ¡Eso es demasiado! —gritó alguien.

—Los policías se han quedado con la ropa... —explicó uno de los empleados del necroterio.

La viuda se desprendió de los brazos de la negra Inácia, corrió hacia el muerto, se abrazó a él y se desplomó en el suelo. Los hombres que llevaban el cuerpo se pararon un momento. Con el ruido, se despertó el pequeño en la cocina, los ojos somnolientos mirando aquel fúnebre espectáculo. La abuela lo tomó en brazos, apretándole contra sí, y dijo entre sollozos:

—Han matado a tu padre, esos canallas... ¡Que Dios les castigue uno a uno, hasta lo más alto de todos! ¡Que toda esa peste muera de una vez!

El mulato gordo que había discutido antes, le dijo a Osvaldo en voz baja:

—Puedes contar conmigo para lo que quieras. Voy hasta el fin.

El negro alto se adelantó hasta la vieja y habló:

—Un día vengaremos a Bartô. Un día acabaremos con esos bandidos todos, les colgaremos de las farolas.

Inácia ayudó a levantar a la viuda caída en el suelo, sin palabras, sin lágrimas, sin sollozos, tumbada como un cadáver ella también. Pusieron al muerto sobre la cama, le cubrieron con una sábana vieja de algodón.

En la madrugada, húmeda de rocío sobre el barrio, va el negro Doroteu con su negra Inácia. Viven en el otro extremo de la ciudad, y a estas horas ya no hay tranvías. No hay más remedio que ir a pie. E incluso es mejor así, para poder desviarse por ciertas calles, evitar encuentros con la policía. Deben de andar a la busca del negro Doroteu. Su negra Inácia se pega contra su cuerpo cuando se le ocurre este pensamiento. Y si lo detienen, ¿qué va a ser de ella? ¿Cómo va a vivir sin su negro Doroteu? Antes de conocerle, era otra cosa, pero ahora no puede pasar sin él, sin oír las melodías de su armónica, sin estar atenta a sus palabras, que le explican cosas. A veces la negra Inácia piensa en la muerte. Cuando era niña, criada en una casa rica, soñaba con el cielo que le describía el padre Vinhas, amigo de la casa. En el cielo se oía siempre música, decía. Pero Sinhá Laura, la patrona de la casa donde había crecido, la decepcionó pronto: los negros no van al cielo, el cielo es sólo para blancos. Y, sin embargo, la negra Inácia soñaba en aquel tiempo con la música celestial, y se preguntaba por qué no había también un cielo para negros, por qué Dios condenaba a todos los negros al infierno, irremediabilmente.

Hoy, cuando a la negra Inácia se le ocurre pensar en la muerte, es para desear morir antes que el negro Doroteu. No es que desee morir, que esté cansada de la vida, que la considere una carga pesada o un sacrificio. La música celestial del padre Vinhas ya no la tienta, hoy tiene la música de la armónica del negro Doroteu. Ninguna puede comparársele. No desea morir, muy al contrario: para la negra Inácia, la vida es un precioso bien, la ama. Lo que ganaban los dos, él en los muelles, ella en el hotel, les daba para ir viviendo su vida pobre. No sobraba la comida en casa, tampoco el dinero para lujos, pero sobraba la alegría. Alegre era el negro Doroteu, alegre ella también, la hermosa negra Inácia, flor del puerto.

Pero piensa a veces en la muerte, como en la madrugada del velatorio, al regresar de casa del estibador asesinado, y hace votos para morir antes que su negro Doroteu, porque, sin él, ¿de qué le servirá la vida? Apoya la cabeza en su pecho velludo, y le dice con su cálida, maliciosa voz:

—Quiero morir antes que tú.

Pensaba en la huelga el negro Doroteu, en las tareas urgentes: el entierro del día siguiente, la necesidad de mantener la moral de sus compañeros, de activar la campaña de solidaridad. Se asustó:

—¿Pero a quién se le ocurre hablar de muerte?

—Estamos rodeados de peligros. Sin ti, no quiero seguir viviendo.

—¿Tienes miedo?

El negro Doroteu le pasa la mano por la cintura. Poco tiempo le queda, en esos agitados días, para estar con su negra Inácia, para prestarle atención, para reír con ella, para tocar su armónica. ¿Tendrá miedo la negra Inácia? ¿Ahora, cuando tan contento se siente Doroteu con la actividad de su compañera, cuando ella trabaja

tanto como un buen militante?

—¿Tienes miedo? ¿No estás contenta con la huelga? —repite.

—Estoy contenta, sí. No quería decir eso. No creas que quiero que aceptes la propuesta del ministro. Nada de eso. Sé que no vas a hacer nada que no esté bien. Pero tengo miedo de quedarme un día sin ti. Sólo de eso tengo miedo. De nada más en el mundo. Cuando vi hoy a la mujer de Bartolomeu, ¿sabes?...

El negro Doroteu siente el perfume de canela y clavo de su negra Inácia. Y él ¿cómo podría vivir sin ella? Ni quiere pensar en eso, el simple pensamiento basta para desesperarle. ¿Por qué hablar de la muerte ahora, cuando están los dos solos, cosa tan rara en los últimos días? Bartolomeu está muerto, es verdad, pero murió por ellos todos, no es muerte que deba ser llorada, es muerte que hay que vengar. Besa el rostro de la negra Inácia...

—¿Sabes? El camarada João...

—¿Ése tan serio?

—Sí. Estuve hablando con él esta noche, antes de ir al velatorio. Su mujer también va a tener un niño, ¿sabes?

—¿Y está contento?

—¡Que si lo está! Tan contento que hasta reía. Hablamos mucho de los dos chiquillos, y de él, y de nosotros. ¿Sabes, Nácia? Mañana no será como hoy, con la policía encima disparándonos, cazándonos como conejos. Cuando los niños de hoy sean mayores, ya no habrá hambre en el mundo, ni explotación, ni policías para matarle a uno.

—Lo sé. Me lo dijiste. Será hermoso.

—Pero ¿sabes? Ese mañana no nace así como los otros días, sólo con el rodar del sol y que la noche se vaya. Tenemos que hacerlo con nuestras manos, y hasta con nuestra sangre. Ahí está la sangre de Bartô. Está haciendo ese mañana para nuestros hijos, también para el suyo. Para eso luchamos, todos nosotros, los pobres...

—¿Y crees que veremos ese tiempo?

—Si uno no muere... así de repente. Te voy a pedir una cosa, Nácia, y tienes que prometérmela.

—¿Qué es?

—Si muero en un encuentro de éstos con la policía, o voy a la cárcel, no quiero que llores. No te pongas luto por mí. En vez de eso, ayuda a los camaradas en su trabajo, como lo estás haciendo ahora. ¿Lo prometes?

—Si tú mueres, yo moriré también. Yo era una negra loca, sólo tenía humo en la cabeza. Fuiste tú quien me enseñó que no era igual que el perro de casa de la sinhá Laura, ¡y yo que pensaba que hasta su gato era mejor que yo, que un negro valía menos que un blanco! Tú me diste todo lo que tengo, hasta el hijo que llevo aquí, en el vientre. Si tú mueres, moriré yo también.

—No, Nácia, negra mía; si yo muero, tú tienes que seguir viviendo, tienes el niño. Y le enseñarás lo que yo te enseñé... ¿Me lo prometes?

La negra Inácia se limpia una lágrima con el dorso de la mano, y le dice a su negro Doroteu:

—Vamos a hablar de otras cosas ¿para qué hablar de tristezas? Tú mismo dices que la muerte de Bartô no debe hacer más que animarnos...

—Vamos a hablar de otras cosas... Hace más de tres días que no me das noticias del pequeño. ¿Lo notas ya?

—Siento su pie, pequeñito...

—Debe de ser aún así, como un dedo, ¿y ya sientes su pie? Eres una negra mentirosa, Nácia.

—Como un dedito... Tú no sabes nada de chiquillos. Sabrás mucho de otras cosas, pero de niños quienes sabemos somos las mujeres. Ya tendrá el tamaño de esta mano ¿ves? y el pie será como este dedo...

Ríen los dos, el negro Doroteu y su negra Inácia. Ella se aprieta más contra su flanco. Si el muelle no estuviera guardado por los policías, podrían ir a ver nacer la mañana azulada sobre el mar. Más de una vez lo hicieron, y vieron la luz rompiendo las difusas sombras de la noche que moría, la lucha del día contra las tinieblas. Doroteu le decía entonces que la revolución era igual: la luz rompiendo las tinieblas de la noche, trayendo para los hombres el calor del día. Y en aquella hora del amanecer, el negro Doroteu sacaba su armónica y tocaba un saludo al nuevo día, música de notas triunfales.

—¿Llevas la armónica?

El negro Doroteu siempre lleva la armónica consigo.

—Toca aquello, lo que tocas sólo cuando se alza la mañana.

—¿Aquello? No puede ser, Inácia, la policía anda por las calles, y aquella música, ¿no lo sabías?, es la música de nuestra lucha, la música de todos los trabajadores. Si la tocase ahora, la policía vendría a la carrera para llevarse me. Aquella música se llama La Internacional. Otro día la tocaré para ti, cuando ganemos la huelga y los muelles sean otra vez nuestros.

—Toca otra, pues.

El negro Doroteu sacó del bolsillo la armónica, la cubrió con sus enormes manos huesudas, la música celestial nació en el rincón pobre de la calle, una suave melodía, canción de cuna que nacía del pecho del negro Doroteu, de su amor sin fin por su negra Inácia, por su hijo aún no nacido, por todos los niños del mundo, por los hombres todos, porque a todos él amaba, a excepción de unos cuantos, los odiosos, la policía, los agentes del Ministerio, los del gobierno, los patrones de los tinglados del muelle. Música para Inácia, para el hijo que ella lleva en el vientre. Música también para Bartolomeu, para su definitivo sueño.

Sobre los tejados pobres, la mañana vino acercándose lentamente para oír la música del negro Doroteu, para enamorar la sonrisa abierta en los labios carnosos de su negra Inácia.

Rumores de mal augurio circulaban por las calles de Santos, haciendo que los comerciantes más timoratos cerraran las puertas de sus establecimientos. Muchos, camino de su trabajo, vieron a los de la secreta retirando de los quioscos los ejemplares de un diario local que publicaba, como inserción de pago, una invitación del Sindicato de Estibadores a sus miembros y a todos los trabajadores de la ciudad y a la población en general, al entierro del trabajador asesinado. A pesar de que el llamamiento estaba redactado en un lenguaje absolutamente habitual, los demás periódicos, prudentemente, se habían negado a publicarlo, temiendo dificultades posteriores con la censura. Hacia las diez de la mañana empezaron a llegar los autobuses especiales de São Paulo cargados de hombres de la policía militar e inspectores de la secreta. En la calle, con cualquier pretexto, detenían a la gente. Habían reforzado la vigilancia del puerto, pasaban a toda velocidad los coches de la policía, y se comentaba, cuchicheando, lo que algunos policías habían dicho en las tabernas, que «iba a correr sangre». En las escuelas, al mediodía, las maestras recomendaron a los niños que se fueran directamente a casa evitando el quedarse en las calles. Los transeúntes se asombraban al ver en los muros de los barrios obreros, e incluso en el centro, inscripciones pintadas la víspera, pese a la vigilancia policial.

—Esos comunistas son el diablo... —comentaban en los tranvías, y muchos sonreían, escondiendo la sonrisa solidaria.

Aquellos comentarios admirativos alcanzaron su punto culminante cuando, a la salida de oficinas, tiendas y almacenes, al mediodía, desde lo alto de un gran edificio, en la plaza principal, empezaron a caer octavillas sobre la gente que esperaba en las paradas de los tranvías. Eran protestas contra la policía y peticiones de solidaridad con la huelga, llamamientos para que acudieran al entierro de Bartolomeu. Los policías que vigilaban la plaza corrieron hacia el edificio, cerraron las puertas de salida y subieron por las escaleras invadiendo las oficinas de los distintos pisos. En un retrete del último piso, cuya pequeña ventana daba hacia la plaza, encontraron aún unos cordeles, resto del ingenioso dispositivo armado allí por un militante cualquiera encargado de lanzar las octavillas. Pero no fue posible encontrar al autor del hecho. Había él tenido tiempo suficiente para desaparecer. Y, como el retrete servía para los despachos de todo el piso, donde se sucedían bufetes de abogados, gabinetes de dentistas y un consultorio médico, era imposible determinar de inmediato cuál de los inquilinos podía ser el responsable del lanzamiento de octavillas. Los policías que los interrogaron no pudieron sacar nada en claro. En la plaza, los guardias arrancaban brutalmente los papeles de las manos de los transeúntes. Muchos, no obstante, habían logrado ocultar los peligrosos papeles para leerlos luego. La hora del entierro se había fijado para las cuatro de la tarde.

Al volver al trabajo, por la tarde, la gente de Santos pudo ver a la policía militar apostada a lo largo del trayecto por donde normalmente debía de pasar el entierro.



También iban y venían por aquellas calles patrullas a caballo bajo el mando de oficiales de rostro torvo. Muchos de los habitantes de la ciudad se quedaron en casa tras la comida para no verse envueltos en los acontecimientos. Pero otros, en cambio, se dirigían al centro para ver el entierro desde las ventanas de las oficinas o los consultorios de los amigos. La noticia de que los obreros de varias fábricas habían dejado el trabajo después de la comida a fin de ir al entierro, aumentaba la excitación general. De vez en cuando la sirena de un coche de la policía circulando a toda marcha hacía que las cabezas se arracimaran en las ventanas. A las tres, un piquete de caballería de la policía militar se apostó en la plaza central, mientras otro tomaba posiciones en la avenida que llevaba al lujoso hotel de la playa donde estaba hospedado el ministro de Trabajo.

Marcos de Sousa había dejado su coche en una calle transversal y próxima, y fue a pie hasta la plaza. No sabía de dónde iba a salir el entierro, no tenía ni idea de en qué calle estaba la casa del muerto, y decidió esperar en la plaza el paso del cortejo para incorporarse a él. Después del almuerzo había telefonado a su despacho de São Paulo, y supo que también en la capital había agitación, y que había paros totales en algunas fábricas. En la gran empresa textil de la Comendadora da Torre la policía dispersó a tiros un mitin relámpago convocado para la hora del almuerzo en la puerta central.

Aquellas noticias repercutían también en el hotel donde estaba el ministro. El delegado Barros había ido después de la comida para ver si se habían cumplido sus órdenes, pues era el responsable de la seguridad del ministro. Aquella mañana había recibido una llamada de Rio de Janeiro, del jefe de la Policía Federal, inquieto ante el rumbo que iban tomando los acontecimientos y recomendándole energía en la represión de la huelga. «No permita ningún discurso, ningún cartel, ninguna pancarta en el entierro. A la menor manifestación contra el gobierno, cargue y entierre usted mismo al tipo ese. No olvide que un muerto les ayuda a ellos y que veinte muertos nos ayudan a nosotros».

Repitió la frase para Costa Vale, Artur Carneiro Macedo da Rocha y Eusebio Lima (el ministro aún no había bajado de su cuarto. La víspera había estado hasta muy tarde bebiendo). Costa Vale se mostraba de acuerdo:

—Tiene razón. Unos cuantos presos, algunas expulsiones de estibadores, no sirven más que para atizar la huelga. Pero si actuamos con energía, si metemos en la cárcel a medio mundo, si efectuamos expulsiones en masa, si procesamos a unos centenares, la huelga se acaba en un decir amén. Y hay que acabar con ella antes de que se extienda a las industrias.

La Comendadora da Torre vino a unirse al grupo, irritada por las noticias recibidas de São Paulo. Movía su índice seco, de momia (la uña, larga, pintada de rojo) ante las narices del delegado de Orden Político y Social:

—¿Qué es lo que hace usted aquí? ¿Ha venido a rondar por la playa o a escoger disfraz para el baile de esta noche?

Barros quedó sorprendido ante las ásperas palabras de la millonaria, y respondió humilde:

—Pero, Comendadora...

—Ni peros, ni nada. Mientras usted está aquí, sin dar golpe, en mi fábrica, en São Paulo, se ha armado la de Dios. Huelgas, mítines, agitación... No sé para qué gastamos tanto dinero con la policía, si no sirve para nada...

No quería oír las explicaciones de Barros. Fue Artur Carneiro Macedo da Rocha quien la calmó, con su voz modulada, sus gestos aristocráticos:

—El señor delegado está aquí, discutiendo con nosotros las medidas necesarias para poner fin a la agitación subversiva. El centro de todo eso es Santos, es la huelga de estibadores. Aquí está la cabeza de la hidra, la que hay que aplastar antes de nada. Hecho esto, lo demás se calmará rápidamente.

—Pues venga, que lo haga, rápido y fuerte. ¿No es el delegado de Orden Político y Social? Pues que se vea, a ver de qué es capaz. A no ser que quiera perder el puesto...

Barros procuraba conquistar de nuevo su benevolencia. Sabía que era poderosa, que podía hacer y deshacer en la policía, que el dictador atendía todas sus peticiones:

—En cuanto a la fábrica de la señora Comendadora da Torre, acabo de recibir noticias de São Paulo. Todo está en orden. Los comunistas intentaron hacer un mitin relámpago, pero mis hombres llegaron inmediatamente y allí se acabó todo. Los cabecillas están detenidos. No se preocupe... No hay de qué asustarse.

—¿Asustarme yo? No me asusto ni ante el diablo. Pero lo que me deja con la boca abierta es que los comunistas puedan andar liando mítines y huelgas cuando la policía dispone de todos los medios para impedirlo. ¿Para qué hemos hecho esto del Estado Novo? ¿Para que todo siga como antes? Ahora nadie, ni diputados, ni jueces, ni periodistas, pueden pedir cuentas a la policía. Pueden ustedes hacer lo que les dé la gana. Y, sin embargo, ya ve: huelgas, mítines, entierros insultantes... ¿Y dónde está la policía?

Se volvió hacia Costa Vale:

—Eso del entierro es algo absurdo... Acabo de encontrar a Rosinha y a Susana. Las pobrecitas ni se atreven a ir a la playa a bañarse con todo este lío. Están muertas de miedo. Y Bertinho, pobre, se ha encerrado en su habitación... Ya ni las familias pueden tener sosiego...

Barros afirmó que las muchachas podían ir a bañarse sin ningún temor. La policía no podía impedir el entierro, pero a la menor tentativa de convertirlo en una manifestación, lo disolvería. Iba a seguir al pie de la letra las instrucciones del jefe de policía de Rio. Las calles estaban bien guardadas, especialmente las que llevaban al hotel. Si los huelguistas intentaban algo, iban a ver los resultados...

—Si intentan, si intentan... —sarcástica la Comendadora da Torre. Usted, señor Barros, tiene sus cualidades, no lo niego. Ya me dijeron que sabe tratar adecuadamente a esa gente cuando le pone a uno la mano encima. Lo que le falta es

inteligencia. Tiene usted en sus manos una ocasión como la de hoy, cuando van a estar todos en la calle, y aún espera a ver si intentan... Si intentan... Repite usted la frase del jefe de policía como un papagayo, sin entenderla.

—¿Cómo que sin entenderla?

—Él no le ha dicho que espere a ver si se atreven a intentar algo. ¿Por qué esperar?

—Es el momento de ser enérgico, incluso violento —dijo Costa Vale—. Hay que darle una lección a esa gente.

Desde el banco donde se había sentado, en la plaza, para esperar al cortejo fúnebre, Marcos de Sousa vio al delegado de Orden Político y Social bajar del coche, dirigirse al oficial que mandaba la patrulla de caballería y discutir con los policías de paisano. Conocía a Barros de vista y se preguntó qué estaría planeando, qué órdenes estaría dando a la policía. Para Marcos, el entierro del estibador desconocido tenía una significación muy especial, era algo que le concernía personalmente desde que la noche antes había completado la pintada de la pared. Sentía que estaba en un momento decisivo de su vida, como si aquel día fuera a enterrar al mismo tiempo al operario asesinado y a un amigo, Marcos de Sousa, muerto también el día antes.

Hacia las cinco de la tarde apareció el cortejo por la entrada de la plaza. Las ventanas estaban llenas de curiosos, atraídos por la marcha fúnebre que tocaba la Banda 15 de Noviembre, compuesta en su mayoría por obreros aficionados a la música, colocada cerrando el desfile. Al frente, por delante de los hombres que se relevaban llevando el ataúd, venía, levantada en las manos de un estibador enorme, la bandera del sindicato portuario. Una gran masa acompañaba al muerto, las cabezas descubiertas, el rostro grave. Al entrar en la plaza el ataúd iba conducido por Osvaldo y Aristides, por representantes de los obreros de las industrias locales y por el hermano del muerto. El ataúd iba cubierto por una bandera brasileña.

El conductor de un tranvía paró el vehículo y se sacó la gorra. Los pasajeros se arracimaron en las ventanillas. Los que iban por la calle se inmovilizaron en las aceras quitándose los sombreros. Una vieja, que llevaba una cesta de verdura, se santiguó y empezó a murmurar una oración por el descanso de aquel difunto. Marcos de Sousa se acercó para incorporarse al cortejo. Algunos hombres apresurados le atropellaron en medio de la calle. También ellos iban hacia el entierro. Eran policías. Marcos consiguió recuperar el equilibrio, miró hacia delante y vio que el cortejo se detenía. Oyó a un policía que gritaba:

—¡Saquen esa bandera de la caja!

Marcos se precipitó hacia adelante, ¿qué iba a ocurrir? Un policía tendió el brazo hacia el ataúd para arrancar la bandera, pero alguien le agarró, al tiempo que una voz decía con odio:

—Respete al muerto, miserable.

La confusión se extendió a todo el cortejo, un rumor de voces se elevó ahogando la marcha fúnebre. Marcos se encontró con los hombres discutiendo junto al ataúd.

Vio el gesto de un policía de paisano sacando la pistola. Se tiró sobre él, gritando como loco, ciego de rabia:

—¡Guarda el arma, canalla!

Pero también los otros las habían sacado y empezaron a disparar. El cortejo se convirtió en una turbamulta de carreras precipitadas. Fue entonces cuando avanzó la caballería, cerrando el paso a la multitud que intentaba huir por la plaza. Durante un momento la gente se quedó indecisa, sin saber qué hacer. Había hombres caídos en el suelo, heridos, y salían de las esquinas nuevos grupos de guardias disparando. Calló la música, y se pudo oír entonces la voz de Osvaldo, en un grito:

—¡Adelante!

Algunos de los que portaban el ataúd habían huido, pero otros llegaron a ocupar su puesto. Ahora, la bandera del sindicato iba más atrás. Era el muerto, cubierto por la bandera brasileña, quien abría la marcha. Y por un segundo sólo, los que llevaban al muerto avanzaron hacia los policías a caballo. Pero inmediatamente la masa se precipitó hacia atrás. Había unos veinte metros de distancia entre la cabeza del cortejo y la barrera de policías, mandados por un joven oficial cuyo caballo nervioso intentaba excavar el asfalto. El oficial se pasaba la mano pálida por el bigotito elegante. Una pandilla de policías de paisano, armas en mano, intentó otra vez acercarse al ataúd. Algunos hombres quisieron oponerse. Volvieron a oírse disparos. Osvaldo dijo a los que llevaban, con él, el ataúd:

—¡Adelante!

Se acercaron los policías, uno de ellos agarró una punta de la bandera y tiró de ella. Varios obreros se le echaron encima. La bandera cayó a un lado y se generalizó la confusión. Una parte de los que iban en el cortejo intentaba huir por una calle lateral, pero ésta también estaba cerrada por la policía y algunos hombres cayeron bajo las balas. Se oían gritos, exclamaciones sueltas, insultos, blasfemias. El policía que había arrancado la bandera yacía en el suelo, con la ropa hecha pedazos. Marcos de Sousa, pisoteado y estrujado, intentaba alcanzar la bandera caída para colocarla de nuevo sobre el ataúd. Pero antes que él la alcanzó la negra Inácia, salida de nadie sabe dónde (el negro Doroteu era uno de los que ahora portaban al difunto). La cogió y se lanzó hacia los hombres que cargaban con el ataúd, ya un poco distanciados de la masa, pues habían seguido andando. Marcos se precipitó tras ella para ayudarla. Parte del cortejo huía por la calle por donde habían llegado y en la que sólo ahora aparecían los guardias.

La negra Inácia se acercó al ataúd y alzó la bandera para colocarla sobre las tablas negras. El negro Doroteu la miraba hacer con la mano cerrada sobre el asa de la caja. Aumentaba el tiroteo. Muchos estibadores habían reaccionado y utilizaban como arma el mástil de la bandera del sindicato. También algunas pistolas de los guardias caídos estaban ahora en manos de los manifestantes.

El joven oficial apartó la mano del bigote y dio orden de que cargaran. Su caballo, nervioso, sintiendo el acicate de las espuelas, dio un salto y sus patas se abatieron

sobre la negra Inácia, que cayó sobre la bandera mientras las patas traseras del caballo pisoteaban su vientre grávido. Marcos de Sousa la vio caer, corrió hacia ella, al tiempo que lo hacía también el negro Doroteu. Pero los otros jinetes llegaron más rápidos y pasaron por encima de la negra siguiendo al oficial. Osvaldo, parado al lado del ataúd tirado en la calle, gritó hacia los guardias:

—¡No matéis a vuestros hermanos!

Pero ya estaban los caballos en medio de la masa, dispersándola, y sus palabras se perdieron entre los gritos y los gemidos. Hombres y mujeres invadían las tiendas, los edificios de apartamentos. Huían por todos lados. Los guardias de caballería perseguían a los fugitivos. Los policías de paisano la emprendían ahora a culatazos. Marcos de Sousa y Doroteu habían logrado al fin acercarse a la negra Inácia, que aún respiraba. Entre los dos le dieron la vuelta al cuerpo, la pusieron de espaldas, vieron su rostro contraído por el dolor. El negro Doroteu gritó:

—¡Nácia! ¡Nácia!

La negra entreabrió los ojos, pero los cerró de nuevo.

Marcos de Sousa dijo:

—¡Hay que sacarla de aquí!

Sólo entonces el negro Doroteu se fijó en aquel hombre bien vestido y, al principio, creyó que era un policía, y se puso ante el cuerpo de la negra Inácia:

—¡Fuera de ahí! ¡Es mi mujer!

—No soy policía. Soy un amigo... —Había estado a punto de decir «un compañero», pero no se atrevió.

Su voz era tan sincera, que Doroteu no discutió. Marcos le dijo:

—Tengo el coche ahí al lado. Si la llevamos rápido al hospital, puede que todavía...

Doroteu soltó una exclamación de dolor, como si sólo ante aquellas palabras se diera cuenta de que la vida de la negra Inácia estaba en peligro.

—¡Rápido! —pidió.

Cuando Marcos la cogió por los hombros, la negra gimió. Su mano aún sostenía la bandera. Hubo que abrirle los dedos.

Ahora llegaban los coches celulares y nuevos camiones con guardias. Los policías de paisano, con las pistolas apuntadas, obligaban a la gente a meterse en las «lecheras». Pese a todo, la mayoría había logrado huir por las calles laterales. Muchos habían sido ocultados por los empleados de las oficinas, de los consultorios médicos. Osvaldo desapareció en el fondo de un bar. La plaza estaba llena de cadáveres y de heridos. El delegado Barros pasó ante ellos, acompañado por dos inspectores y se paró ante el ataúd:

—Mañana los enterramos a todos juntos...

Después, murmuró para sí mismo mirando los cuerpos:

—A ver qué dice ahora esa vieja bruja de la Comendadora. Si ahora no está contenta, no sé qué más quiere...

Llegaban ambulancias, las sirenas estridentes. Los policías a caballo batían las calles próximas.

El médico no dio esperanzas. La negra Inácia tenía rotas casi todas las costillas y quebrada la espina dorsal. Y una violenta hemorragia acababa con sus últimas fuerzas.

—Si sale de ésta, por un milagro, va a quedar inválida para siempre...

Marcos la había llevado a una clínica particular y explicó que se trataba de una empleada suya que se había encontrado en medio del conflicto por casualidad. Doroteu le dejaba hacer, acompañándole como un autómatas. Estaba mudo, cerrado en su dolor. Llevaba la camisa roja de la sangre de Inácia. Los zapatos manchados también. El médico de guardia quedó horrorizado ante la descripción de lo ocurrido.

—Son unos monstruos... —dijo—. No tienen el menor sentimiento humano. Ese gobierno es la degradación mayor que jamás haya pasado por este país.

—Fascistas... —definió Marcos.

—Y esto es sólo el comienzo —se lamentó el médico. Mucho más vamos a tener que pasar aún...

Se quedaron en un pasillo, Doroteu y Marcos, mientras el médico y dos enfermeras asistían a Inácia. El negro rechazó el pitillo que le ofrecía el arquitecto. Éste pensaba en lo que estaría aún ocurriendo en la plaza. ¿Cuántos detenidos habría ahora? Nunca había creído poder ver tanta brutalidad, tanta saña en su vida. Era increíble. ¡Y tantas veces como él mismo había dudado de lo que le decían sobre las torturas de la policía, de las que Mariana le contaba los detalles oídos a los presos! Ahora, ya no dudaba de nada. Bien áspera y peligrosa era aquella lucha. Sin embargo, más que nunca, se sentía ligado a ella, de una vez para siempre.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un rumor sordo, sofocado. Era el negro Doroteu, intentando contener los sollozos que atenazaban su garganta. Lágrimas gruesas fluían de sus ojos desorbitados, por el rostro desconsolado, los músculos contraídos. Un enfermero pasó ante ellos, miró indiferente a aquel negro que lloraba, y encendió la luz. Marcos hizo un esfuerzo para decir algo, pero qué difícil era encontrar las palabras:

—No pierdas la esperanza. Aún puede salvarse.

El negro ni siquiera levantó la frente abatida:

—Aunque se salve, el niño está perdido...

—¿El niño?

El negro afirmó silencioso con la cabeza, las lágrimas corriéndole por el rostro, las mejillas hundidas. Para Marcos fue como si hubiera recibido un puñetazo en el pecho, sin palabras, sin acción. Sus ojos ardían y le invadió un calor de fiebre. Encendió otro pitillo. Le temblaba la mano al encender la cerilla. De alguna parte llegaba un insoportable olor a ácido fénico. Y el silencio, doliendo.

Salió una enfermera y siguió pasillo adelante, sin hablarles. Poco después se acercó el médico y puso la mano en el hombro del negro Doroteu:

—Quiere verle. Tenga valor.

El negro, al levantarse, casi no pudo tenerse en pie. Parecía embriagado. Se secó las lágrimas en la manga de la chaqueta. En el pasillo, el médico se quedó un momento junto a Marcos. Sacó un pitillo y le dijo:

—Estaba en estado. ¿Lo sabía? Es triste...

Marcos hizo un gesto con la cabeza. Respondió:

—Él acaba de decírmelo. ¿No hay esperanzas?

—Ninguna. Puede durar una hora. Quizá ni eso. Uno más en la cuenta de Getúlio Vargas...

Hizo un leve saludo con la cabeza y dejó a Marcos solo en el pasillo desierto. Después, se oyó una música en el aire. Fue todo tan inesperado, que Marcos se levantó. No había duda, venía del cuarto de la negra Inácia.

Había sido ella, la negra Inácia, quien había pedido a su negro Doroteu que tocara la armónica. En el fondo del cuarto, de pie contra la pared, la vieja enfermera que se había quedado de guardia miraba con asombro. Llevaba muchos, muchos años trabajando en hospitales, había visto morir a tanta gente —demasiada...—, pero nunca había asistido a una cosa igual. La negra Inácia había dicho al verle entrar:

—Doroteu, dame la mano... No quiero que llores. Es mejor que me toque morir antes a mí...

Tenía el cuerpo enfajado, la cubría una sábana blanca. Habían limpiado la sangre de su rostro y estaba hermosa como nunca; jamás se había visto una negra igual sobre el muelle. Él no pudo decir palabra, todas sus fuerzas concentradas en impedir el llanto.

—Me duele mucho, Doroteu.

—¿Dónde? —preguntó él.

—Por todas partes.

Pero luego pareció vencer el dolor, porque dijo:

—Fue hermoso estar casada contigo. Demasiado hermoso.

Su mano intentaba acariciar la del negro Doroteu.

—¿Llevas la armónica?

Buscó en los bolsillos. No, no la había perdido en la batalla.

—Toca. Toca hasta que muera. Así será más fácil.

Y se elevó la música. Jamás el negro Doroteu había tocado así. Su dolor trepaba por las notas de la armónica, su nostalgia, la vida entera.

—No. Triste, no. Una cosa alegre.

Su mano buscaba la del negro Doroteu:

—Aquélla tan bonita...

Las notas se multiplicaron, alegre melodía de amor. La enfermera —pensaba que su corazón hacía mucho que estaba endurecido— no pudo más, dio unos pasos, abrió la puerta, con ella salió la música e invadió el corredor. Marcos de Sousa estaba parado, escuchando. Vio pasar a la enfermera, casi corriendo, el delantal sobre los



ojos. Miró hacia dentro del cuarto: sentado en una silla, junto al alto lecho de la clínica, el negro Doroteu, inclinado sobre su armónica, tocaba con desesperado esfuerzo. La negra Inácia sonreía, su mano tiernamente posada en su negro Doroteu. Todo sufrimiento parecía haberla abandonado. De vez en cuando su cuerpo se estremecía, sus ojos se cerraban. Inmóvil, de pie ante la puerta, Marcos continuó mirando hasta que el cuerpo de la negra se estremeció por última vez y su mano cayó inerte. La armónica rodó por el suelo, ahora inútil, para siempre inútil.

Los saxofones se elevaron estridentes, la música negra del fox norteamericano arrastró a las parejas de bailarines hacia el centro del gran salón de fiestas del hotel. La voz del cantor de jazz se extendió en el lamento del negro perseguido junto a los ríos de la nueva patria donde sólo los blancos tenían derechos, pero allí, en el baile de disfraces, interpretada por el elegante cantor, la música perdía su sentido inicial y era ahora una excitante melodía para los pisaverdes, como el whisky, el champán, los escotados vestidos de las mujeres.

Bertinho Soares, que había dirigido la decoración de la sala, estaba satisfecho. Para el escaso tiempo de que había dispuesto, hizo verdaderos milagros. Utilizando sólo flores y juegos de luz había dado al salón el aire bohemio de un cabaret de Montparnasse, cálido de intimidad, ocultando con flores y discretas penumbras el pesado lujo de mal gusto del edificio. El propio ministro, al entrar, le había felicitado. Le había felicitado por la decoración y por el disfraz, pues realmente Bertinho estaba irresistible con aquel mono de mahón azul, cubierto de remiendos, sucio de tinta. Era el éxito mayor de la fiesta. Llevaba en la mano un cartelito que exhibía de mesa en mesa: «SOY UN HUELGUISTA PELIGROSO. QUIERO ALGO DE BEBER». Aplausos y felicitaciones le cercaban y todos estaban de acuerdo en que aquél era el disfraz más original.

En la fiesta del hotel se había reunido toda la alta sociedad paulista que descansaba en las playas de Santos, todos los millonarios y turistas de los hoteles de São Vicente y Guarujá. La presencia del ministro hacía del gran baile el «acontecimiento más comentado del mes, la llave de oro de la temporada de verano en el idílico ambiente de las playas de Santos», como escribió, al día siguiente, en la crónica de sociedad de A Noticia, el famoso Pascoal de Thormes, llegado especialmente de la capital para participar en la fiesta. También él informó del «caprichoso y artístico» disfraz de Bertinho Soares, aunque —como se había lamentado luego Bertinho entre los amigos— había dedicado cuatro líneas más a la descripción del espléndido vestido parisién de Marieta de Vale. La crónica de Pascoal de Thormes describía, con lujo de adjetivos y expresiones francesas, el ambiente tres chic y tres Côte d'Azur. Resaltaba la presencia del ministro, en cuya mesa se encontraban altos representantes de «las clases conservadoras y de la aristocracia paulista, el banquero Costa Vale, el ilustre Artur Carneiro Macedo da Rocha, la Comendadora da Torre, figura *épatante* de nuestra industria, el señor cónsul de los Estados Unidos, fino diplomático que es hoy el *enfant-gaté* de la alta sociedad paulista. Todos habían escuchado el detallado informe del delegado de Orden Político y Social del Estado sobre los intentos de agitación realizados aquella misma tarde por los comunistas, reprimidos con serenidad y prudencia por nuestra benemérita policía. El señor ministro de Trabajo no regateó elogios para la acción del delegado. El propio

cónsul de la gran nación norteamericana, patria de la libertad y del progreso, expresó su admiración con palabras calurosas, que honran a la actual administración pública».

Pascoal de Thormes hacía notar, no obstante, que «los graves asuntos públicos», si bien estaban presentes en la mesa principal, en la que se reunían «los responsables de los destinos de la civilización cristiana en nuestra patria», no monopolizaban el ambiente de la fiesta, donde, entre brindis de champán, se discutía también de literatura y arte, de los últimos figurines de París y Nueva York, sin hablar de los flirts numerosos y encantadores. Había una referencia a una mesa «repleta de alegría y de juventud» donde dominaba la «figura radiante de inspiración del joven y brillante intelectual y diplomático Paulinho Macedo da Rocha».

Realmente, desde el día anterior, Paulo se sentía agitado, en una excitación casi juvenil. El descubrimiento del verdadero interés de Marieta por él le llenaba de deliciosa inquietud. Desde aquella escena inesperada en su cuarto, cuando Marieta le acusó de ciego, ya no había vuelto a calmarse. Aquella aventura, en la que jamás había pensado, le absorbía completamente. Era algo enteramente nuevo en su carrera amorosa: alguien a quien él había mirado siempre con ojos casi filiales se revelaba, de súbito, como mujer ardiente. Durante la cena, por la noche, se disiparon sus últimas dudas. Sus miradas apasionadas se cruzaban constantemente y, cuando empezaron a bailar, Paulo sintió a Marieta casi desfalleciente en sus brazos. Bailaron juntos casi toda la noche, y más de una vez sus labios rozaron las mejillas de la esposa del banquero.

El día de la fiesta, en la playa por la mañana, en el hall del hotel por la tarde, cuando circulaban las noticias contradictorias sobre los acontecimientos de la ciudad, la disolución del entierro del obrero por la policía, Marieta y Paulo estaban como dos enamorados, lánguidos, intercambiando frases melosas, bebiendo aperitivos en la misma copa. Y cuando apareció el delegado con informaciones detalladas, y todos le rodearon para oírlas y comentarlas, Paulo aprovechó la oportunidad para abrazarla en medio de la confusión.

Ella se dejaba hacer, al tiempo que mostraba una excesiva curiosidad por el relato de Barros, igual que una adolescente que esconde a los demás su primer amor.

Al bajar para la fiesta, Paulo la encontró en la escalera, en compañía de Costa Vale. Se quedaron los dos un poco rezagados mientras el banquero se adelantaba para saludar al cónsul de los Estados Unidos, que acababa de llegar. Marieta susurró:

—Hoy tengo ganas de emborracharme...

—¿Por qué?

—Para poder cometer todas las locuras que se me ocurran...

—Yo también...

—¿De acuerdo, entonces?

—De acuerdo.

Ahora él la veía beber copa tras copa en la mesa del ministro. El delegado Barros hacía una vez más el relato del conflicto. Se sabía ya que había ocho obreros muertos

y que el número de heridos graves pasaba de las dos docenas. Tal vez a aquella hora ya hubieran fallecido algunos en el servicio de urgencia y en los hospitales. Un policía —el que había quitado la bandera que cubría el ataúd— había perdido también la vida, y otros tres estaban heridos, uno de bala. Las detenciones efectuadas eran tantas que los calabozos de la policía resultaron insuficientes y hubo que internar a muchos huelguistas en la cárcel local. La huelga había sufrido un rudo golpe, sin duda. Ahora los estibadores sabían el precio de las alteraciones del orden y no se iban a atrever a efectuar nuevos entierros con música y banderas. Y hablando de bandera —decía el delegado— un inspector se había llevado la del sindicato como trofeo. En cuanto a la brasileña, nadie sabía adonde había ido a parar, ni ella ni la negrita que había intentado volver a colocarla sobre el ataúd y que había sido derribada y pisoteada por los caballos. Era un misterio la desaparición de la negra. Barros, desde la ventana del edificio desde el que había seguido los acontecimientos, vio cómo pasaban sobre ella varios caballos. En aquel momento la negra no había muerto, pero debía de haber quedado imposibilitada para andar. Nadie, no obstante, sabía cómo había logrado desaparecer.

—Los negros tienen siete vidas, como los gatos —comentó la Comendadora da Torre.

Costa Vale hizo un ademán, como para acabar la conversación sobre aquel detalle poco importante de los sucesos. Su voz fría ordenó:

—Buen trabajo. Pero no es suficiente. Ahora es necesario completarlo. Hay que machacar el hierro mientras está caliente.

El cónsul norteamericano aprobó en su mal portugués:

—Cinco barcos americanos en el muelle, esperando para descargar. Graves perjuicios, muchos telegramas en el consulado.

El ministro hizo un resumen de las conclusiones a que había llegado en su visita:

—Mañana mismo vuelvo a Rio. El único remedio para terminar con esta huelga es la intervención federal. Hay que enviar tropas del ejército y que ocupen toda la ciudad. Empezar por despedir a los huelguistas. Los soldados cargarán los barcos.

—Y el primero de todos, el alemán, con el café para el general Franco... Cargado ese café, ya no hay motivos para la huelga.

Estaban todos de acuerdo. Se abrieron nuevas botellas de champán. Paulo se acercó a la mesa, invitó a Marieta a bailar. Los saxofones marcaban los ritmos del fox.

—¿Estás ya a tono? —le preguntó al oído.

—Casi... Ha sido un brindis tras otro. Por la policía, por el delegado, por el fin de la huelga, por la muerte de los comunistas... Ya estoy harta de todo eso...

—¿Pero no querías emborracharte?

—No del todo. Sólo atontarme un poco, alegrarme...

—¿Estás triste?

—¿Triste? No... Pero aquí hay demasiada gente.

—¿Nos vamos?

—¿Adónde?

—A la playa... Está hermosa la noche. Hay luna. Nos tenderemos en la arena. Estaremos solos. Nosotros y el mar.

Ella le miró fijamente a los ojos, con una mirada desesperada de deseo:

—Estoy loca... Vamos.

Salieron entre la confusión de las parejas. Junto a la puerta del salón, Bertinho Soares, que pasaba con su cartel, preguntó con su voz pastosa de borracho:

—¿Adónde vais, queridos?

Paulo se rió:

—Vamos a celebrar la derrota de los huelguistas...

—Os acompaño...

—No. Quédate aquí. Tú eres un huelguista, un enemigo...

Cogidos de las manos bajaron la amplia escalinata, atravesaron la puerta del hotel, donde hablaban dos inspectores. En la calle, él la cogió por la cintura, pero cuando llegaron a la esquina, ante la playa y el mar, ella se soltó de su abrazo y salió corriendo por la arena:

—A ver si me coges...

Corrió tras ella: «Está loca. Parece una chiquilla. Pero es deliciosa...».

En el salón de baile, la música rumorosa de una marcha de carnaval había sustituido al fox. Las parejas se separaron para unirse en un cordón colectivo y animado. Poco después no quedaba nadie sentado, todos participaban en la danza, hasta Costa Vale y la vieja comendadora, arrastrados de la mesa por Susana Vieira. La muchacha quiso también llevarse al ministro, y éste cedió, llevándose consigo al delegado Barros:

—Venga, delegado, venga a divertirse un poco. Se lo ha ganado.

—Es usted el héroe de la fiesta —dijo Susana Vieira con su sonrisa más coqueta—. Y me gustan los hombres valientes...

Pero, un poco más allá le dejó plantado. —«Qué horrible mulato. Ni bailar sabe»— y confraternizó con Bertinho Soares, ahora completamente borracha:

—¡Qué bacanal, Bertinho! Esto hoy va a terminar en una orgía monstruo. Algo de delirio, como a mí me gusta...

Bertinho Soares dejó el cartelito, para protestar mejor, la voz difícil:

—No digas eso, chiquilla, no digas eso. Bacanal, no. Esto es una fiesta histórica, la conmemoración de nuestra victoria sobre los huelguistas.

Adoptó una pose oratoria, equilibrándose a duras penas sobre sus piernas torcidas, amenazando con caer sobre Susana:

—Victoria contra las fuerzas del mal, contra los agentes de Moscú, contra los bárbaros orientales que quieren destruir los fundamentos de la sociedad, de la moral, de la civilización cristiana...

No pudo más. Cayó de repente sobre un sofá, la boca hecha un infierno: vomitó

las exquisitas comidas, el champán francés, la civilización cristiana.

Desde lo alto de la montaña, cruzándola para alcanzar la pequeña aldea de Tatuacu, José Gonçalo vio los restos de la caravana acampados en las tierras de Venancio Florival. El gigante se echó a reír al verlos lejos, en el más improvisado campamento. Ya nada quedaba de aquella impresionante caravana montada en fogosos caballos, alzando a cada parada sus modernísimas tiendas de campaña, última palabra de la técnica norteamericana y creciendo, más como turistas en una excursión de vacaciones, en un viaje de placer, que como gentes que hacían una «entrada» en aquel inhóspito sertón.

Los cultivadores mestizos habían acabado con toda aquella fastuosidad, con la sórdida arrogancia de los gringos, con aquel aire superior de señores con que admiraban el salvaje esplendor de la naturaleza y despreciaban al nombre brasileño hundido en la miseria. Habían salido a la carrera, en una fuga ignominiosa, cuando las llamaradas vengativas empezaron a lamer las tiendas modernísimas, haciendo que los gringos saltaran llenos de pánico de los confortables lechos de campaña. Asustados por los gritos de los indios, los caballos —elegidos entre los mejores de las cuadras de Venancio Florival— salieron huyendo por la selva, perdidos para siempre. A la desbandada, los técnicos norteamericanos y sus acompañantes brasileños tomaron el camino de vuelta, «con el rabo entre las piernas», como había comentado Nhó Vicente, el más antiguo de los habitantes de las márgenes del río.

Había sido una victoria, sin un plan elaborado y hábilmente desarrollado. «Pero ¿y luego?», se preguntaba el gigante, atravesando las montañas por el camino inexistente de la aldehuela de Tatuacu. No había sido difícil expulsar del valle a aquella caravana custodiada sólo por algunos guardaespaldas del exsenador. Pero ¿y después?

Escondido en casa del viejo vendedor de aguardiente, su amigo agradecido («seré su deudor para toda la vida», le había dicho cuando Gonçalo, con sus hierbas indígenas, le curó la herida de la pierna, vieja de años), Gonçalo envió a Nestor en busca de noticias. El ayudante había vuelto, avanzada la noche, con los pies cubiertos de barro, la boca llena de novedades. Las noticias circulaban de choza en choza, por las haciendas de Venancio Florival. El exsenador se encontraba en la capital del Estado. En su compañía habían ido el poeta Shopel, el sociólogo Hermes Resende, el periodista de A Noticia, el profesor Alcebíades de Moraes y algunos técnicos e ingenieros. Al tomar el avión que iba a llevarles a São Paulo, el profesor había resumido en una consideración global sus impresiones sobre el valle:

—Sólo los japoneses podrán vivir en aquel infierno. En cuanto a sanear ese valle, no vale la pena ni pensarlo. Es tarea imposible. Y además, sanearlo, ¿para qué? —concluía.

El poeta Shopel no había cogido el avión con los demás. Se había quedado en Cuiabá, para iniciar, en su calidad del promotor de la Sociedad Anónima Empresa

Industrial de Valle de Rio Salgado, un proceso ante la justicia estadual para expulsar de las tierras de las márgenes del río, tierras cedidas a la empresa por el gobierno en reciente concesión, a aquel atajo de mestizos que las ocupaban ilegalmente. Para acompañar y apresurar los trámites del proceso, se esperaba en la capital de Mato Grosso al doctor Artur Carneiro Macedo da Rocha. En cuanto a Venancio Florival, anunciaba a sus amigos de Cuiabá proyectos violentos para «dar una lección adecuada a esos mestizos sin vergüenza: liquidarles para enseñarles a respetar a sus superiores». Y preguntaba, para demostrar mejor la necesidad de acabar con aquellos cultivadores:

—¿Qué van a pensar de nosotros los norteamericanos, esos ingenieros y doctores? Pensarán que ésta es una tierra de bandidos. Se van a llevar una impresión desastrosa. Y les necesitamos. Y necesitamos también su capital para incrementar el desarrollo del país...

De Cuiabá llegaban también rumores sobre la próxima llegada de varias levadas de inmigrantes japoneses destinados a los trabajos del valle. Se sabía también que el interventor del Estado había puesto a disposición de la caravana a un destacamento de la policía militar para protegerla en su vuelta a las márgenes del río. Pese a todo, los técnicos habían dicho que era inútil volver de inmediato a la selva antes de haber recibido, de los Estados Unidos y de Rio de Janeiro, nuevo material e instrumentos necesarios para sus estudios. El incendio del campamento, la fuga precipitada en la noche, habían provocado la pérdida de todo el bagaje de la expedición. No podrían volver, pues, al valle, antes de dos o tres meses. Por eso habían ordenado al resto de los técnicos e ingenieros —los que se habían quedado al pie de las montañas, en los confines de las tierras de Venancio Florival— que levantaran el campamento y que esperaran nuevas órdenes en la hacienda. Fugitivos de Venancio Florival habían llegado con la noticia; a estas horas, los hombres que José Gonçalo había visto desde lo alto de la montaña debían de estar en marcha hacia la casa del latifundista.

Nestor, tras darle las noticias recogidas en su larga caminata durante el día, se calló esperando a ver qué decía el «Amigo». Estaba en cuclillas ante él, fumando su cigarro de paja de maíz, los ojos pequeños inmersos en admiración hacia aquel hombre gigantesco, que para él, Nestor, representaba toda la sabiduría del mundo. Ya le había dicho antes que había llegado a dominar la ciencia de la escritura y que era capaz ahora de dibujar las letras correctamente y de deletrear las palabras de los periódicos. Pero el gigante seguía callado, pensativo. «Sí, había sido una victoria, una hazaña, el incendio del campamento de los norteamericanos. Algo para alegrar el corazón de cualquier patriota. Pero ¿y después?».

Dentro de algún tiempo, mes y medio, dos meses como máximo, realizarían una nueva incursión en el valle. Y esta vez no vendrían sólo técnicos e ingenieros, periodistas y unos pocos guardas jurados del exsenador. Llegaría para protegerles la fuerza armada de la policía militar, concedora ya de la actitud de los cultivadores y protegida por el decreto de expulsión contra los habitantes del valle. ¿Y qué podían



hacer entonces?

En la aldehuela adormecida, sentado en la hamaca en medio de la cabaña, con Nestor en cuclillas ante él, y el viejo vendedor de aguardiente durmiendo en el cuarto del fondo, Gonçalo se sentía solo ante un montón de problemas terriblemente difíciles de resolver. Problemas de los que dependían la vida y el futuro de aquellos hombres. Y estaba solo, y tenía que tomar una decisión. Se inclina, con los ojos perdidos en la noche, más allá de la ventana abierta. La pobre lámpara de petróleo vacila en el techo dilatando la sombra del gigante.

¿Resistir con los cultivadores? Seguro que la mayoría de aquellos hombres le seguirían en una resistencia armada. Pero ¿cuáles serían los resultados? Acabarían dominados por la superioridad numérica y el armamento de los soldados y los guardas. Ellos eran sólo un puñado de indios y mestizos armados con escopetas de caza. Muchos encontrarían la muerte en la refriega, y los que fueran detenidos, se pudrirían en la cárcel de Cuiabá, condenados a penas de treinta años de prisión. ¿Tenía derecho a arrastrar a aquellos hombres a la muerte y la prisión? ¿No sería mejor dejarles partir, expulsados de sus tierras, hacia una miseria aún mayor en el trabajo esclavo en la plantación de un latifundista cualquiera? ¿Cómo iban a poder impedir de manera definitiva la entrada de los hombres de la empresa en el valle? Pero ¿no era también verdad que de la suma de aquellas luchas locales y parciales se formaba el conjunto de cólera y decisión de donde nacería la gran lucha final? Recordaba las palabras de Carlos, oídas en las márgenes nocturnas del río, cuando el compañero vino desde São Paulo para avisarle de la próxima llegada de los yanquis.

—Es preciso que la lucha de aquí sea un ejemplo para todos los campesinos.

Veía también alzarse ante él, surgida de entre sus preocupados pensamientos, la figura del camarada Vitor, hablándole en aquella sala de Bahía, el dedo apuntando a un lugar perdido en el mapa del Brasil —el Valle de Rio Salgado— y diciéndole casi con voz de mando:

—Tienen los ojos clavados en esas tierras ricas en manganeso. Más tarde o más temprano llegarán. ¿Por qué no vas ahí a esperarles antes de que lleguen?

Ellos, los gringos, los norteamericanos, los odiados yanquis de ojos ávidos y rapaces y garras asesinas. Gonçalo inclina más el tronco de gigante, como bajo el peso de la responsabilidad que el partido había dejado caer sobre sus hombros. Nestor fuma tranquilo ante él, acompañando con un silencio de respeto el pensamiento del «Amigo», y preguntándose qué sería lo que le inquietaba y preocupaba tanto.

Gonçalo recordaba ahora una reunión de crítica y autocrítica a la que había asistido una vez, tras la insurrección de 1935. Se esfuerza por recordar con todo detalle la discusión, las conclusiones de los camaradas responsables. ¿No habían dicho que los choques armados de los campesinos por la posesión de la tierra, por pequeños que fueran, por poco que durasen, eran como los primeros brotes de una revolución agraria y antiimperialista? ¿No se levantaban los obreros en huelga, en las ciudades, en las condiciones más difíciles, cuando estaban contra ellos las leyes, la

policía, los tribunales, la fuerza armada? ¡Ah!, si tuviera allí, a su lado, a los camaradas de la dirección del partido, para discutir con ellos, para exponerles sus problemas, para poder oír una opinión esclarecedora...

Cuando lo de la lucha de los indios en la colonia de Paraguaçu, en las tierras del cacao del sur de Bahía, tenía tras él a la dirección del partido, dirigiéndole, aconsejándole, orientándole. Todo había sido discutido por los compañeros durante días y noches, el camarada Vitor había estudiado todos los detalles, en ningún instante había estado Gonçalo solo, el partido le rodeaba desde Ilheus, desde Itabuna, desde la capital del Estado. Pero ahora estaba en aquel extremo del mundo, distante de todo y de todos, y no se trataba sólo de luchar contra un latifundista ambicioso y cruel, ahora se levantaba contra el imperialismo norteamericano, al frente de aquellos indios y mestizos aún más atrasados y desarmados que la indiada mansa de Ilheus. Y no encontraba junto a él, para ayudarlo a solucionar los problemas, al partido, a los compañeros, a la dirección responsable. Muy lejos de allí estaba Vitor con su rapidez de raciocinio, su cultura marxista, su amplia visión en perspectiva. Y Carlos no había vuelto a dar señal de vida, absorbido tal vez por otros problemas (habían llegado a la aldehuela de Tatuáçu las noticias sobre la huelga de Santos, ampliadas y deformadas). En cuanto a los compañeros de Cuiabá, Gonçalo no sabía nada. Carlos había decidido mantenerle ligado a la región de São Paulo, a causa de la debilidad del movimiento en Mato Grosso. Le había dado una dirección en Cuiabá, pero sólo para que la usara como último recurso. Al marcharse, Carlos le había prometido ayuda, le había dicho que enviaría compañeros entre los trabajadores llegados para iniciar las obras en el valle. Pocos días después de su partida, Gonçalo había recibido, traído por el sirio, de vuelta de uno de sus viajes, un paquete de octavillas sobre temas del campo que le había entregado un desconocido en la capital del Estado (hasta donde había ido el sirio), pidiéndole que se lo entregara a Gonçalo de parte de Carlos. Eso era todo. Después, el silencio y la llegada anticipada de la caravana de estudios, sin trabajadores, sólo técnicos e ingenieros. Gonçalo había decidido pasar a la ofensiva, empezar la lucha inmediatamente, expulsando de las márgenes del río a aquella primera vanguardia del imperialismo. Pero ahora, tras oír las noticias transmitidas por Nestor, piensa si era aquélla realmente la mejor decisión que podía tomar, y se pregunta qué debe hacer después, cuando tenga lugar la nueva «entrada» en el valle.

Gonçalo se rompe la cabeza contra los problemas que se alzan ante él. Pero esa sensación de abandono y de soledad le impide raciocinar. Le parece que, alejado de los camaradas, aislado del partido, no será capaz de llegar a una conclusión justa, y teme equivocarse, teme arrastrar a aquellos mestizos que confían en él a una aventura sin resultados prácticos. El deseo de salir, de cortar los caminos del Estado rumbo a São Paulo para reunirse con los compañeros responsables, se va apoderando de él. ¡Si pudiera hacerlo! Todo sería fácil entonces, vería claro en medio de sus problemas, su responsabilidad estaría salvaguardada por una decisión del partido. Su responsabilidad...

Los indios de Ilheus, los campesinos del sertón del Nordeste, los cultivadores del valle, decían de él que no había hombre más valeroso, ¿y dónde estaba ahora aquél su tan comentado valor, si estaba allí temblando ante la responsabilidad? Valor no es sólo —pensaba— enfrentarse con la policía, tomar las armas contra los señores de la tierra. Valor es también asumir responsabilidades, es decidir por sí solo cuando uno se encuentra aislado.

Una vez, Vitor le había mostrado la copia de una carta de Prestes al partido, enviada desde su lóbrego calabozo, estrecho como un sepulcro. En medio de la más rigurosa incomunicación, aislado, no sólo de los camaradas sino de cualquier contacto humano, el jefe revolucionario examinaba la situación internacional y nacional, y trazaba perspectivas para la lucha del pueblo brasileño. En aquella ocasión, Vitor había comentado:

—Es un análisis perfecto, una visión de los acontecimientos como si estuviera en medio de la lucha, al frente del partido, reunido con los camaradas de la dirección, rodeado de libros, de material de información. Esta carta, amigo, tiene una significación mucho mayor que el análisis que contiene. Esta carta nos enseña a todos nosotros, comunistas, al partido entero, que un verdadero comunista jamás está solo, aunque esté aislado en las más terribles condiciones. Lleva al partido dentro de sí.

Tras la figura enérgica de Vitor, Gonçalo ve ahora, a la luz de las sombras y la humareda del candil, la figura de Prestes jamás vista por él, pero que le es tan familiar como la de su propio padre. Y la sensación angustiosa y perturbadora de soledad se aleja de él, y de súbito se siente rodeado de todo el partido, capaz de analizar los problemas, de encontrarles soluciones, de cargar con las responsabilidades más pesadas, más difíciles. Se yergue. Nestor sonrío al ver cómo se alegran los ojos del gigante.

Su presencia allí, en el Valle de Rio Salgado, significa que el partido está presente, y la presencia del partido debe demostrarse con la acción. Si los camaradas le enviaron allí no fue sólo para esconderle de la policía, para impedir que le metieran en la cárcel. Le habían enviado para que esperara a los gringos, para preparar a los ribereños para la lucha contra los invasores extranjeros. Y le habían elegido precisamente porque tenía ya experiencia en ese tipo de lucha, porque había dirigido la resistencia de los indios de la Colonia Paraguaçu. ¿Por qué vacilar, pues, por qué sentirse solo y abrumado por el peso de la responsabilidad?

¿Cuántos otros, desde el Amazonas a Rio Grande del Sur, se encontrarían en este momento en la misma situación que él, ante problemas complicados y difíciles, teniendo que tomar decisiones al instante, sin poder discutir con la dirección, sin poder consultar con los camaradas? Gonçalo sabe que los cuadros del partido no son muchos, apenas mil hombres en la inmensa extensión del país, y unos millares de militantes para atender a la multitud inconmensurable de problemas, para mantener encendida la lucha en todos los rincones de la patria, separados por distancias colosales, venciendo obstáculos infinitos, perseguidos y cazados como fieras por

policías especializados, torturados, presos, asesinados. Un puñado de hombres, su partido. Pero ese puñado de hombres es el corazón de la patria, su fuente de fuerza vital, su cerebro poderoso, su potente brazo. Y cada uno de esos hombres era el propio partido cuando hacía nacer la acción de su esfuerzo, cuando mostraba a los enemigos la fuerza del pueblo, incluso en aquellas luchas aún pequeñas y parciales, explotando una huelga aquí, un tiroteo de campesinos más allá, o simplemente en las pintadas ilegales de la noche. Su labor ahora era decidir, y no lamentarse de no tener con quién discutir, con quién aconsejarse. Era un comunista, era la presencia del partido en aquel pedazo del Brasil.

Aunque cometa algún error, aunque no encuentre las soluciones más adecuadas para todos los detalles de su problema, lo importante es hacer algo, y no quedarse con los brazos cruzados cuando surge el imperialismo dispuesto a devorar una porción entera del país. Todo lo que hiciera ahora, sería útil como ejemplo. La sangre derramada fructificaría en luchas mayores, prolongaría las dificultades para los norteamericanos en el futuro. Si esperaba que ellos se establecieran para comenzar la lucha, todo iba a ser luego más difícil para los compañeros llegados de las filas de los trabajadores. Él tenía que sembrar la simiente de la lucha en un movimiento que fuera «ejemplo para todos los campesinos de la región». Para eso le había mandado allí el partido.

¿Para qué estaba allí, sino para preparar y sembrar de antemano de obstáculos el camino de los gringos que iban a llegar? Su ida a la selva era fruto de la previsión del partido, que vigilaba las riquezas del país, que daba la alerta para defenderlas de la rapacidad de los hombres de Wall Street, educando al mismo tiempo a las masas atrasadas del campo, enseñándoles a luchar, preparándolas, a través de aquellos choques parciales, para las grandes batallas del mañana. Él, José Gonçalo, debía llevar a los mestizos del valle directamente perjudicados por la nueva empresa, a una lucha que ayudara a elevar la consciencia política de todos los campesinos de las haciendas de la zona, que ayudara a afirmar la alianza entre la clase trabajadora, que él representaba, y el campesinado, alianza indispensable para la revolución. El partido, al decirle aquellas cosas, por la voz de Vitor y luego por la de Carlos, le había entregado los datos fundamentales del problema, le había abierto todas las perspectivas. Lo que tenía que hacer ahora era pensar como comunista, actuar como comunista, decidir como comunista, consciente de sus responsabilidades ante el pueblo y ante el futuro de Brasil.

José Gonçalo, ante este pensamiento, se levanta y murmura para sí mismo como un comentario a su vencida sensación de aislamiento: «Ése es el resultado de la falta de vida orgánica, de tanto tiempo lejos de la célula, lejos del contacto con los compañeros, de la falta de discusiones, de autocrítica».

Oyéndole hablar, Nestor pregunta:

—¿Hablas conmigo, Gonçalo?

Gonçalo mira al joven campesino, allí, en cuclillas, tirando sosegadamente de su

pitillo, y sonríe. ¿Por qué creerse solo, si el partido está con él en todo Brasil, si allí mismo, a su lado está aquel muchacho cuya consciencia ha despertado a la lucha hace tan poco tiempo, pero cuyo entusiasmo no tiene límites? ¿Por qué no discutir con Nestor, por qué no discutir con Claudionor, por qué no exponerles los problemas?

—¿Podrías venir con Claudionor mañana por la noche? Tendríamos que discutir algunas cosas. Una reunión de comunistas...

Una amplia sonrisa rasga la boca de Nestor:

—Claro que sí. Uno lo que quiere es discutir. Y podemos traer algunos más, tres o cuatro... —Y empezaba a contar los nombres con los dedos de la mano.

—Bueno, a éstos puedes traerlos otro día. Mañana hablaremos sólo nosotros tres.

Nestor se fue, pero ahora Gonçalo no se sentía ya solo, ni indeciso, ni aplastado por el peso de los problemas. Ahora sabía cómo encontrar soluciones, cómo decidir el camino conveniente en la lucha del valle. Toma su cuaderno de notas, un lápiz del que ya queda sólo la punta, y empieza a hacer el balance de la situación. «Tengo dos frentes de lucha —piensa—, uno en el valle, otro aquí, en la hacienda de Florival. Ante todo hay que establecer la vinculación entre los dos». Para que, cuando se precipiten los acontecimientos en las márgenes del río los mestizos puedan contar con una activa solidaridad de los trabajadores de las haciendas, es preciso mostrarles a los aparceros y a los colonos que el establecimiento de los norteamericanos en el valle va a agravar aún más su ya terrible situación de miseria. Las tierras de Venancio Florival se extenderían más allá de las montañas, su poder feudal se acentuaría. No era fácil explicarles, con las palabras más sencillas, el significado de la dominación imperialista, de la alianza esclavizadora entre el capital extranjero y los latifundistas, pero Gonçalo sabía hablarles con aquella lengua de vocabulario reducido de los trabajadores rurales, sabía contar las cosas con imágenes y ejemplos.

Con los mestizos habitantes del valle, era distinto. Para ellos no necesitaba casi explicaciones, pues sabían perfectamente que la constitución de la nueva empresa suponía su expulsión de las tierras donde obtenían el sustento. Cuando José Gonçalo fue de choza en choza en su canoa, para avisarles de la llegada de los técnicos e invitarles a la lucha, les encontró ya en conciliábulos unos con otros, dispuestos a todo para defender aquellos mínimos planteles perdidos, aquella tierra conquistada a la selva, cultivada en medio de la fiebre, los mosquitos, las serpientes venenosas. No les importaba el motivo que había llevado a aquellos hombres rubios hasta allí, ni lo que ellos representaban. Lo que sabían, y eso les bastaba, era que su aparición en el valle quería decir la ocupación de las tierras, la expulsión de sus habitantes. José Gonçalo había visto una firme decisión en el brillo del odio que quemaba los ojos casi siempre apagados de los cultivadores.

Nhó Vicente, establecido en el valle desde hacia muchos años, con mujer e hijos crecidos allí, arrastrado hasta aquel valle nadie sabía por qué, se acariciaba la barba rala sobre el mentón, diciéndole:

—Amigazo, hace un montón de tiempo que eché raíces en esta tierra. Antes, con

mi padre que en paz descansa, teníamos unos campos allá por Minas Gerais. Nada, un rincón de tierra, pero uno la trabajaba a gusto porque era tierra de uno. Daba gusto ver cómo crecía todo allá. Daba gusto. Tanto gusto que el coronel Benedito se me quedó con todo.

José Gonçalo podía casi adivinar el resto de la historia, mil veces repetida en el interior de Brasil, historia de robo de tierras a los pequeños campesinos, brutal e injusta. Nhó Vicente iba contando con voz monótona, en cuclillas ante el brasero donde cocinaba su magro condumio.

—El viejo fue a la capital a pedir justicia. La tierra aquella era suya, que la había pagado con su dinero, pero ahora el coronel inventaba que no, que era de él. Mi padre tenía razón, que me lleve el diablo si no la tenía. Fue a la ciudad, a ver al juez. Pues bien, le metieron un pleito y acabó sus días en la cárcel. Si no fuera por mi madre, viva aún, y sin nadie más que la mantuviera sino yo, te juro que me iba al sertón y me liaba con una de aquellas pandillas de bandidos de por allá, para vengarme. Cuando murió mi madre, decidí venirme aquí, talar unos árboles y plantar un campito, en este fin del mundo, pensando que aquí nadie iba a meterse conmigo. Ya estoy viejo, pero esta tierra no me la quita nadie. Prefiero morir en ella. Me hago bandido, no me importa. Y quien sea hombre, que se venga conmigo. Gonçalo, aquí la gente trabaja en paz. Esto que tenemos no es nada, un rinconcito, ¿por qué van a venir a quitárnoslo? Esta vez voy a morir en mi tierra antes que entregarla, pero primero me llevaré a uno por delante. ¡Vaya si me lo llevaré! ¡Así Dios me salve!

No fue difícil reunirlos a todos, incendiar el campamento. No sería difícil llevarlos de nuevo a la lucha. Pero era necesario estudiar, planear, calcular. Era la manera de que, interior adentro, conocieran esta lucha oscura, desarrollada en un sertón perdido, conviniéndola en ejemplo para todos los campesinos de la región. Para eso había que trabajar con los hombres de la hacienda. ¿Por qué no organizar aquí, con Nestor, Claudionor y algunos otros, la primera célula del partido? De ella nacerían otras en las haciendas próximas, se formarían militantes, cuadros para sustituirle si caía en la lucha por el valle. Células del partido que hicieran difícil la vida de los norteamericanos aquí, incluso después de que acabara la acción de los cultivadores. José Gonçalo decide quedarse unos días más en la aldea, echando la semilla para el partido. La semilla que fecundará con las primeras luchas próximas, y mañana, cuando los obreros lleguen para extraer el manganeso del valle, cuando empiecen las huelgas, podrán surgir nuevas luchas en las haciendas para conjugar la acción de los obreros con la de los campesinos, y ya no serán pequeñas luchas parciales, serán las grandes luchas precursoras de la alborada. Y entonces, el recuerdo de estos mestizos del valle, de su primera lucha inicial, será ejemplo e incentivo. José Gonçalo cierra su sobado cuadernillo de notas, guarda cuidadosamente la preciosa punta de lápiz. Apaga el candil, se tiende en la hamaca, cierra los ojos. La noche de los campos vela su sueño de gigante.

Por la puerta abierta de la salita donde la criada le había mandado que esperara, Saquila vio a Antonio Alves Neto cruzar el corredor acompañando a una visita. Y reconoció en ésta a un jefe integralista, médico de Rio, una de las personalidades más destacadas de las huestes fascistas, uno de los hombres más próximos a Plinio Salgado. Antonio Alves Neto iba sonriente, muy cordial con el integralista, le entregó el sombrero en mano, la despidió calurosamente. Saquila pensó que ya estaba definitivamente establecida la alianza entre integralistas y armandistas, y el «jefe» entrevistado en el pasillo debía de haber venido a ultimar detalles de la conspiración. Saquila estaba convencido, incluso más que el propio Alves Neto, de las inmensas posibilidades de triunfo para el golpe. Desde niño se había acostumbrado a ver a aquellos señores paulistas como gentes del gobierno, dirigentes de la política nacional, y jamás había podido liberarse de cierta admiración por ellos, jamás había podido dejar de oírlos con cierto respeto. Incluso después de haber ingresado en el partido, cuando, pasado ya el auge de los movimientos artísticos de vanguardia y sus escándalos, buscaba un nuevo camino para su insatisfacción un tanto aventurera, había seguido viendo a aquellos intelectuales paulistas salidos de la Facultad de Derecho como los hombres más capacitados del país, sin considerar lo que representaban como clase. En el período de su prestigio en el seno del comité regional, se rodeó de intelectuales llegados de aquel mismo medio, abogados, periodistas y médicos, como Cícero d'Almeida. Y era en ellos en quienes naturalmente confiaba, y eran ellos también quienes aceptaban sus teorías tantas veces discutidas por los cuadros obreros. A él se debía el hecho de que la dirección paulista de la Alianza Nacional Libertadora, en 1935, hubiera estado constituida en gran parte por gente de letras, hijos de latifundistas sin relación con la gran masa. Se había puesto furioso cuando, en la campaña electoral de 1937, la dirección nacional del partido no aceptó sus sugerencias en el sentido de apoyar la candidatura de Armando Sales. Y ahora, separado de la dirección regional, rodeado por la desconfianza de la mayoría de los militantes, incluso de antiguos amigos suyos como Cícero d'Almeida, cuyo sentido de la disciplina dominaba sobre su origen, Saquila consideraba con desprecio a la dirección del partido, a la que consideraba incapaz, y no podía esconder su admiración por los políticos armandistas, que conspiraban casi abiertamente.

Saquila tenía prisa. Procedente de una familia pequeño-burguesa, odiaba la pobreza. El hecho de no haber podido terminar su carrera universitaria debido a la falta de recursos, había sido una terrible decepción para él. Y se había hecho periodista pensando en las posibilidades que ofrecía la prensa a un hombre inteligente. Desde su puesto en la redacción pudo ponerse en contacto con literatos, tuvo un momento de gloria en los años de los movimientos de vanguardia, cuando, en compañía de Mario de Andrade y de Antônio de Alcântara Machado, llevaba la moda

literaria a los salones más aristocráticos de la ciudad. Por aquella época era considerado uno de los jóvenes intelectuales de más futuro en el viejo Partido Republicano Paulista, partido conservador por excelencia, trabajaba en el Correio Paulistano y esperaba un escaño de diputado estadual. Pero llegó la revolución de 1930 trayendo a Vargas al poder, y él se quedó en la calle, sin empleo. En la confusión inicial del Gobierno Transitorio, cuando todos se presentaban como «izquierdistas», cuando por el mundo triunfaba la política del Frente Popular, Saquila, tras leer algunos tratados teóricos, se acercó al partido comunista. Con el movimiento de la Alianza Nacional Libertadora vislumbró la posibilidad de una victoria inmediata y desarrolló una intensa actividad que le ayudó a conquistar amplio prestigio en la regional del partido. Ya trabajaba entonces en A Noticia, de cuyo suplemento literario se ocupaba también. Después vino la derrota del 35 y estuvo preso algunos meses, pero al ser puesto en libertad recobró su puesto en el periódico de Alves Neto, y pronto fue ascendido a secretario de redacción. Se sentía ahora en un momento crucial de su existencia: no veía ya ninguna perspectiva en la lucha comunista, y al mismo tiempo, sabía que no tenía nada que ofrecer a los conspiradores armandistas, fuera de su influencia en el partido.

Desde que le habían separado de la dirección regional, Saquila decidió abandonar a los comunistas. Pero las propuestas de Alves Neto le impedían hacerlo. De su relación con el partido, de su condición de «comunista conocido» debía obtener el mayor provecho posible. Mucho pensó Saquila en esto, hasta que fue forjando un plan en su mente. En un primer balance de sus relaciones en el partido, comprobó que dieciocho militantes, casi todos de origen pequeño-burgués y llegados al partido en el 35, se disponían a seguirle en cualquier decisión contra la dirección regional. No eran muchos, sólo dieciocho, pero era algo, y no tenía por qué decir con cuánta gente contaba. Bastaba no estar solo para poder hablar de una «división en el partido», para poder hablar en nombre del partido. Era algo concreto que podía ofrecer a Antonio Alves Neto para su golpe de estado. Y, con la victoria del golpe, todos los caminos se abrirían ante él... Más que nunca, los armandistas le necesitarían para luchar contra los integralistas, aliados de la víspera.

Antonio Alves Neto, después de acompañar al jefe fascista, se encaminó a la sala donde esperaba Saquila, y le tendió la mano bien cuidada, donde el rubí de su anillo de abogado relucía rodeado de diamantes:

—Vamos ahí dentro...

Le lleva a su despacho de trabajo, sala amplia y confortable, de sobrio buen gusto, le tiende una caja de puros. Le pregunta:

—¿Whisky o ginebra?

Mientras prepara la botella, explica:

—Perdóneme que le haya hecho esperar. Tenía una entrevista importante, una conferencia quizá decisiva para nuestra causa.

Le entrega un vaso, alza el suyo en un brindis mudo. Se sienta luego en un sillón,



frente a Saquila, y deja el vaso en una mesita. Pone las palmas de las manos en los muslos y pregunta:

—Bien, ¿qué tal va de todo?

Saquila enciende el puro, mira de soslayo al abogado:

—Me ha mandado llamar. Aquí estoy.

Antonio Alves Neto se decide a hablar:

—Bien, querido amigo. Usted y su partido se hallan ante la última oportunidad. Ir con nosotros, o no ir. Hay muchas cosas que ni puedo ni debo decirle, pero le daré algunos datos para que pueda juzgar la situación. Contamos con varios generales y con muchos oficiales del ejército, con la policía militar del Estado. Tenemos los voluntarios de Rio Grande del Sur, Flores espera sólo una palabra nuestra para atravesar la frontera otra vez y colocarse al frente de esos hombres. Y tenemos a los integralistas... Ya sabe usted lo que eso significa: tener a la Iglesia, a los alemanes, a la oficialidad, a la Marina de Guerra casi entera. Aparte de millares de hombres, por si fuera necesario prolongar la lucha, cosa que no creo, pues todo debe ocurrir muy rápidamente, todo debe decidirse en una noche. Un golpe inesperado, rápido, definitivo. No hay la menor posibilidad de fracaso. Tengo cierta experiencia —lo decía con voz de falsa modestia— en estos asuntos, y estoy seguro de no equivocarme. Esta vez será el fin de Getúlio Vargas.

Como Saquila se mantuviera silencioso, bebiendo un trago de whisky, él planteó la cuestión:

—Ya le dije, en otra ocasión, que ustedes pueden ayudarnos aquí trabajando a los cabos y sargentos de la Región Militar, y a los hombres del arsenal de la Marina en Rio. Ellos se resisten a ir con nosotros porque ustedes se mantienen en esa posición absurda e incomprensible. Dicen ustedes que están en contra del Estado Novo, y cuando se presenta la ocasión para derribarlo, esquivan el bulto. ¿Qué es lo que van a sacar de esa huelga de Santos, de esos paros de media hora en las fábricas de São Paulo? Ganarán porrazos, y cárcel. Nada más. Sólo consiguen azuzar a la policía aún más contra ustedes, incrementar la persecución contra el partido. Es una política absurda de quien no tiene la menor idea de lo que es hacer política en Brasil. Por última vez, les hago una propuesta concreta: liquidar esas huelgas y marchar con nosotros hacia el gran día de la reintegración de Brasil a un régimen democrático. Me ha costado mucho convencer a algunos aliados, especialmente al amigo que le ha precedido en este despacho, de la utilidad de la colaboración de su partido. Hay mucha gente que no quiere tener nada que ver con ustedes, ni oír su nombre.

Hizo una pausa para beber:

—Querido amigo, en la situación en que nos hallamos ya, no le puedo dar un plazo largo para su respuesta. He de decirle que tenemos todo ya dispuesto, que estamos sólo a la espera del momento oportuno, que puede surgir en cualquier instante. Cuatro o cinco días, ése es el tiempo máximo para obtener una respuesta de ustedes. Es cuestión de tomarlo o dejarlo.

Miró a Saquila, hundido en su sillón, concentrado en sus pensamientos. Bajó un poco la voz para decir:

—Tal vez precise usted de ir a Rio para hablar con sus compañeros de allá. Puede tomarse dos o tres días de vacaciones en el periódico. Y... —su voz vaciló ligeramente— si precisa dinero para los gastos de viaje, puede hacer un vale en la gerencia. Daré órdenes...

Saquila bebió otro trago antes de hablar:

—No. No es necesario. Ya he hablado con los camaradas de Rio, y también con los de aquí...

—¿Y qué han decidido?

Mientras el otro había ido exponiendo sus planes y propuestas, Saquila había superado sus últimas reservas de indecisión, sus últimos escrúpulos. Ahora su voz era clara:

—No hay unanimidad de opiniones. Una parte de los camaradas está a favor de la participación en el golpe de Estado con ustedes, otra parte está en contra, y defiende la línea actual del partido.

—¿Y, entonces...? —dijo Alves, interesado.

—Hay desacuerdo, hay una amenaza cierta de división entre nosotros. La situación es tensa.

El abogado no podía ocultar su interés, aproximó el sillón, se acercó a Saquila para oír mejor. Saquila sentía crecer su interés, estaba contento de sí mismo, hablaba lentamente.

—En la base del partido, entre los militantes, hay mucho descontento con la línea actual. Pero algunos dirigentes, la mayoría de los que deciden, permanecen aferrados a esa línea. Todas las discusiones, tanto en Rio como aquí, han terminado en un callejón sin salida. El descontento de la base crece día a día. Si los dirigentes que, como yo, no están de acuerdo con la dirección actual, toman una posición pública contra los otros, arrastraremos sin duda al partido entero con nosotros...

—Y por qué no...

Saquila le interrumpió con un gesto:

—Primero tenemos que preguntarles: ¿nos garantizan la existencia legal del golpe? Me refiero a un partido que no se llame comunista, que se llame socialista o popular, o izquierda democrática, que defienda un programa progresista, como aquel que...

—¿Como aquel que discutimos en nuestra última conversación? De acuerdo...

—Segundo: ¿Están dispuestos a ayudarnos ahora, en este momento, en la lucha que vamos a mantener contra los elementos recalcitrantes?

—¿Ayudarles? ¿Cómo?

—Le explicaré: tenemos con nosotros, sin duda, a la mayoría aplastante del partido. Pero no olvide que, en nuestro partido, las cosas más importantes quedan siempre en manos de la dirección. Por ejemplo: el dinero, las imprentas... La mayoría

de la dirección está contra nosotros. En su poder están los medios de propaganda para llegar a las masas del partido, incluso a los cabos y los sargentos del Ejército, a los obreros del arsenal de la Marina.

—Comprendo. Continúe, por favor.

—El problema de la imprenta, sobre todo, es importante. Necesitamos, para el momento en que rompamos con los cuadros de la dirección actual, hacer llegar nuestro punto de vista a todo el partido, a todas sus organizaciones de base, a la masa trabajadora, a los obreros en huelga, al puerto de Santos, a los soldados y marineros... ¿Dónde imprimir todo el material preciso? Ése es el problema...

—Ustedes necesitan...

—... poder imprimir en los talleres de A Noticia nuestro material. No habrá el menor peligro para usted. Tengo allí hombres míos que pueden hacer el trabajo sin saber siquiera que usted está enterado. Basta con que me dé carta blanca en el taller durante un tiempo. Y además... aun en el caso de que la policía llegara a saber de dónde sale ese material, ¿qué podría decir contra él? Un material impreso en el que se combate a la dirección del partido, que aconseja terminar con las huelgas... Basta con decir que...

—Comprendo. Pero tengo una solución mejor. Sé de una pequeña imprenta que está cerrada. Es de uno de mi partido. Servía para imprimir las fajas para los envases de su fábrica. Creo que podríamos solucionar el problema con ella. No olvide que hay que imprimir material para los cabos y sargentos. De esto no tiene que saber nada la policía...

—Perfecto. Tengo ya donde imprimir el material. En pocos días tendremos la máquina del partido en nuestras manos, habremos aislado por completo a nuestros adversarios. Tal vez necesitemos también algún dinero para los viajes de los camaradas a Rio, al Sur y al Norte, a fin de coordinar nuestra acción en el ámbito nacional.

—Eso no es problema. Podemos sacar algún dinero para ustedes de la caja de nuestro movimiento. Hay sin embargo un detalle que convendría aclarar: ¿quién nos garantiza que van a ser ustedes los que se impongan a la dirección actual?

—Dos cosas: primero que nuestra postura coincide con los deseos de la masa del partido. Segundo, y éste es el argumento más importante, el documento de ruptura será firmado por cuatro nombres que pesan en el seno del partido mucho más que el resto de la dirección: Paulo, Barreto, Luis y Bastos. Si no ha oído nunca hablar de ellos, basta con que pregunte a cualquier obrero o a cualquier policía lo que valen dentro del partido comunista. Un manifiesto con esas firmas, arrastra no sólo a toda la masa del partido, sino a gran parte de los obreros de São Paulo...

—Paulo, Barreto, Luis y Bastos... —repitió el abogado en voz baja—. ¿Es usted uno de ellos? Me dijeron que su prestigio es grande.

—Soy uno de ellos, sí. Y los otros tres no tienen menos prestigio que yo.

Hubo un momento de silencio. Ahora era Alves Neto quien pensaba. Su interés

no había hecho más que ir en aumento a medida que se desarrollaba la entrevista. Aquella división del partido comunista le parecía un hecho tan importante que quería profundizar aún en ciertos detalles.

—Y así, ustedes, después de la victoria, están dispuestos a cambiar el nombre del partido y llamarlo socialista...

—O izquierdista, o progresista.

—¿Y si los otros siguen con un partido comunista ilegal? ¿Con el programa de ahora, reforma agraria y todas esas bobadas? Realmente, no estoy seguro, pero si ustedes se disponen a defender un programa realmente aceptable, como discutimos el otro día, tal vez sea mejor que pasen a la legalidad bajo el nombre de partido comunista. Así quedaría liquidada de raíz cualquier tentativa de otro partido comunista...

—También es posible...

—Debemos pensar en todo eso con más calma. Podemos discutir los detalles después. Pero, en lo que se refiere a lo esencial de su propuesta, estoy de acuerdo. Puede ir adelante con su idea. Mañana recibirá la llave del taller de mi amigo, y la dirección. Puede empezar a utilizarlo inmediatamente. Recibirá también dinero para los primeros gastos. Pero tiene que apresurarse. Necesitamos tener la seguridad del apoyo de los cabos y de los sargentos de las guarniciones de São Paulo y de los hombres del arsenal de la Marina lo antes posible. Eso es, de momento, lo más urgente. Después veremos el resto.

En la calle, Saquila miró los titulares de un periódico colgado en un quiosco:

#### OCUPACIÓN DE LA CIUDAD DE SANTOS POR LAS TROPAS FEDERALES

Se detuvo a leer los subtítulos:

Los soldados cargarán el barco con el café destinado al General Franco — Dimisiones en masa en la estiba del puerto — Nuevas detenciones de agitadores comunistas — Habla el delegado Barros con nuestro reportero.

Saquila sonrió con desprecio: «Se están hundiendo cada vez más. El movimiento huelguista no va a poder aguantar. No es posible». Su golpe iba a llegar en el momento más oportuno: los materiales tirados en el taller iban a crear la confusión en la masa y una gran parte, cansada sin duda de la reacción y de la lucha de los últimos meses, se uniría a su grupo. Lograría enterrar a aquella dirección del partido, con sus pruritos obreros, incapaz de comprender la importancia de un hombre como Saquila. Les iba a demostrar...

Poco le importaba que luego, en el curso de los acontecimientos, la masa se apartara de él. Lo principal ahora era aparecer ante Antonio Alves Neto como una fuerza, participar en el golpe, surgir tras la victoria como jefe de un partido ligado al nuevo gobierno, fuera cual fuese el nombre de ese partido nuevo: comunista o socialista, izquierdista o progresista. Un partido suyo, de Saquila, capaz de elevarlo a

las alturas para las que había nacido.

Acaba de encender la pipa, apresura el paso en busca de la parada del tranvía. Tenía mucho trabajo que hacer en los próximos días. Lo mejor era pedirle a Alves Neto unas vacaciones en la secretaría del periódico. Así tendría tiempo libre para la actividad política. Sí, esta vez se trataba de «política en grande», la «verdadera», y no la tentativa absurda de derribar un muro de sillares a cabezazos. Por primera vez en su vida, se sentía un político importante, marchando del brazo de Antonio Alves Neto, camino del poder...

Los golpes en la puerta, en medio de la noche, despertaron a Mariana con sobresalto. ¿Sería la policía? ¿Quién podía ser, sino la policía? Sólo los miembros del secretariado conocían su dirección, pero jamás venían a su casa, era ella quien iba siempre a buscarles. João no podía ser, pues la víspera había recibido una nota suya, y no podía alejarse de Santos ahora, cuando el movimiento de huelga atravesaba su momento más difícil.

Saltando de la cama, Mariana no piensa en ella misma. Como no tiene en casa ningún documento, nada capaz de proporcionar una pista a la policía, la prisión apenas le afecta. Sólo un pensamiento le preocupa: ¿Cómo habrán podido dar con su casa? ¿Cómo habrán podido saber cuál es su función? Mariana está segura de que no ha sido seguida en sus idas y venidas, en su trabajo de «buzón» de los compañeros. ¿Habrá caído alguien y tuvo que cantar? Pero, en este caso, tendría que haber sido alguien muy metido en la dirección... Y eso, ella no puede creerlo, pues tiene entera confianza en los compañeros que saben, al mismo tiempo, quién es João, lo que ella hace y su dirección. Otros —ya no tan seguros—, gente ligada a Saquila, saben algo de João y de ella, pero no tienen la menor idea de donde viven. ¿Qué habrá pasado?

Se vistió a toda prisa, metió los pies en las zapatillas, abrió la puerta de la habitación. Vio a su madre que iba por el pasillo y se quedaron las dos mirándose en silencio. Continuaban los golpes en la puerta, insistentes, apresurados. No parecían las llamadas imperativas de la policía, parecía más bien una llamada de socorro. ¿Qué habría pasado? ¿Le habría ocurrido algo a João, en Santos, donde el ambiente se había cargado de violencia, donde la policía estaba matando obreros? Mariana sintió un escalofrío en todo el cuerpo, su corazón casi se detuvo ante este pensamiento. Hizo un esfuerzo para dominarse y oyó a su madre decir:

—Voy a ver quién es...

Mariana le oyó inmediatamente preguntando al final del pasillo:

—¿Quién llama?

Debía mostrarse tranquila, por mala que fuera la noticia. Era necesario pensar en función del partido, de la lucha, dejar para luego las lágrimas y el dolor. Una voz respondió desde la calle:

—Soy yo, Carlos.

Se precipitó a abrir. Sólo un suceso extraordinario podría llevar a Carlos a aquellas horas a su casa, adonde, como medida de seguridad, no debía ir nunca. Algo le habría ocurrido a João. ¿Qué le habría pasado? ¿Estaría detenido, o herido, o muerto? Sintió un dolor en el corazón mientras giraba la llave en la cerradura.

La madre encendió la luz en el pasillo y, apoyada en la puerta, de nuevo cerrada, Mariana miró al rostro del camarada. Carlos, más que preocupado, estaba triste. Él que era normalmente de carácter abierto, alegre, amigo de las bromas, ¿qué terrible noticia le iba a transmitir? Mariana no encontraba palabras para preguntarle, y un

súbito sudor le humedecía la frente. Carlos habló, sin dar siquiera las «buenas noches», con voz triste:

—El Rubio está muy mal. Creo que de ésta no sale. Hay que ir a buscar un médico.

—¿El Rubio? ¿Del pulmón? —Mariana se había olvidado ya de sus preocupaciones personales. Aquella noticia era la peor de todas. El Rubio era el camarada de más responsabilidad en la zona, nadie era más necesario que él—. ¿Cómo lo has sabido? ¿Vino alguien de Santos?

Iban hacia el comedor, en el fondo de la casa. Carlos rechazó la silla que le ofrecía la madre. Habló en pie, abrumado:

—Lo han traído esta noche, en un camión. Desde ayer está muy mal, tuvo un vómito de sangre. Por poco se muere. Estuvo vomitando sangre toda la noche. Y apenas podía aguantar el viaje. Los compañeros creían que iba a morir en el camino.

—¿Pero por qué lo han traído?

—En Santos, tal como están las cosas, era difícil hasta encontrar un médico. Y si le agarran en este estado, seguro que muere.

—¿Está en casa?

—En otra casa. Olga vino a llamarme, está como loca, no sabe qué hacer. Yo estuve allá. Está muy mal. Está tan débil que puede morir en cualquier momento. Ya casi ni habla. Fue él quien me dijo que te llamara urgentemente.

—Voy ahora mismo. Espera que me ponga los zapatos.

La madre murmuró, con un hilo de voz, desesperada, recordando tal vez la muerte del marido:

—¿Hasta cuándo va a durar esto? Unos mueren de un balazo, otros de una paliza de los policías, otros de esa vida que llevan...

Carlos sonrió levemente, con una firme dulzura en su rostro de niño envejecido prematuramente:

—La vida está naciendo de estas muertes... La vida alegre llegará mañana. Pienso en esto cada vez que liquidan a uno de los nuestros. Morimos para acabar con las guerras, con el hambre, con la miseria. Morimos unos pocos, pero piense en los millones que mueren en las guerras, que mueren de hambre, de miseria...

—Ya lo sé... —dijo la vieja—. Él (se refería al marido) me decía siempre lo mismo. Hasta cuando estaba muriéndose en la cama: «No llores por mí, ten valor, ya verás cómo luego todo va a ser hermoso...». Pero ¿sabes?, es como si cada uno fuera un hijo para mí, cada uno de vosotros, como si os hubiera parido a todos, y cada uno que se va, es un hijo que pierdo.

Carlos le pasó la mano por el hombro, la cabeza dolorida de la anciana obrera descansó en su pecho. Él dijo, con la voz llena de un afecto filial:

—Piense que cada día llegan nuevos hijos suyos a reforzar nuestra lucha. Su familia crece, madre, crece con el ejemplo de cada camarada muerto. No se ponga

triste, madrecita, tenga valor, ya verá cómo después todo va a ser hermoso, muy hermoso... Y vamos a hacer todo lo posible para salvar al Rubio...

Mariana apareció en la puerta de la habitación. Carlos se dirigió a ella, le dio dinero, le explicó:

—Lleva a un médico allá, y luego quédate con Olga. Más tarde ven a traernos noticias a casa de Zé Pedro. Yo también estaré allí. Vamos a ver lo que dice el médico, encárgate tú de todo. Es lamentable que haya ocurrido eso precisamente ahora, cuando más le necesitábamos.

La acompañaba por el pasillo:

—Saca al médico de la cama. Me quedaré aquí una media hora. Después me voy.

Y cuando ella metió la llave en la cerradura, siguió aún recomendándole:

—Y cuídate de Olga. Necesita a alguien allí, la pobre...

Mariana atravesó casi a la carrera las calles desiertas en busca de la plaza distante donde solía haber taxis esperando. La noche era ya un poco fría y Mariana contraía la boca. Pero era imposible contener las lágrimas que saltaban de sus ojos y surcaban su hermoso rostro. El Rubio se mataba trabajando, para él no había horas de descanso, ni para él, ni para João, ni para Carlos, ni para Zé Pedro. Para esos hombres no existían relojes ni calendarios, horas de sueño regular, domingos ni vacaciones. Para ellos sólo existía el partido y la lucha, la inmensa tarea por realizar. «No morirá —pensaba Mariana. No puede morir, le necesitamos demasiado...». Le parecía, sobre todo, injusto. Siempre había considerado así aquella enfermedad que corroía el pecho del camarada: una injusticia. Un hombre como aquél, sobre cuyos hombros recaía tanta responsabilidad, debía ser inmune a toda enfermedad, fuerte como un tronco de árbol. Imaginaba cuánto debía de estar sufriendo, no por la enfermedad en sí, sino por verse obligado a estar tumbado en aquella cama, inútil, mientras el partido necesitaba de él más que nunca, cuando el Ejército ocupaba el puerto de Santos y la policía masacraba a los huelguistas. Iba a ser duro verle así. ¿Cómo podría ayudarle?

Con él ha aprendido casi todo lo que sabe. Fue trabajando bajo su dirección como Mariana cobró consciencia plena de su responsabilidad de militante. Él le daba confianza, la modelaba, le infundía valor, corregía sus errores y le indicaba el camino correcto por donde marchar. Y así lo hacía con decenas y decenas de militantes, con dirigentes de zona y de distrito, con todos aquellos que estaban vinculados a él en las tareas de partido. Él los modelaba, y era mucho más que un escultor trabajando la piedra o el barro; él trabajaba con seres humanos y daba un rostro más bello a cada uno, les hacía mejores. Era como uno de esos profesores dedicados por entero a sus alumnos, vertiendo en ellos la ciencia acumulada en largos años de estudio.

El conductor del único taxi detenido en la parada, dormitaba sobre el volante. Al principio no quería llevarla, el recorrido era grande. Pero ella le dijo, deshecha en lágrimas:

—Voy a buscar un médico para mi hermano. Está muy mal.

El conductor le miró con ojos somnolientos y, al ver aquel bello rostro cubierto de



lágrimas, se decidió:

—Vamos, mujer, vamos...

Iba inclinada hacia delante, como si quisiera empujar al coche, darle mayor velocidad. Pidió al conductor:

—Lo más rápido que pueda...

—¿Y qué le pasa a su hermano?

—Los pulmones...

—También un hermano mío la palmó así, por el pecho. Era obrero, el dinero no llegaba para dar de comer a los chiquillos. Muere un montón de gente de tuberculosis, por no tener qué comer...

Evitó un bache. Continuó:

—Cuando mi hermano empezó a echar sangre por la boca, el médico dijo que la única solución era enviarle a un sanatorio. Pero ¿con qué dinero? Sólo con el tratamiento aquí, en São Paulo, gasté todo lo que tenía. Tenía un auto, comprado a plazos. Apenas había pagado el último, se puso mal mi hermano. Lo vendí, con pérdida, para pagar al médico y las medicinas. ¡Dios santo, qué precios! Al fin se murió, y aquí me tiene, conduciendo el auto de otros, haciendo dos turnos por día para poder mantener a la familia, a la mía y a la suya... Un día acabo yo también escupiendo sangre. Vida de pobre es sólo esto: trabajo y enfermedades...

Cuando llegaron a la casa del médico, el conductor no quiso cobrar la tarifa nocturna:

—Le diré al patrón que fue carrera de día. Los pobres han de ayudarse, ¿no?

Y se quedó con ella hasta que el portero atendió a la llamada del timbre y la ayudó a convencerle para que la dejara entrar:

—Pero, hombre... Tiene a su hermano muriendo y aún anda poniendo pegas. ¿No ve cómo está la chica? Déjela pasar, hombre. ¡Hay que ver qué gente anda por el mundo!

Quería esperarla para llevarla de vuelta, pero Mariana —no quería ir en taxi a casa del Rubio— le dio las gracias y le dijo que el médico la llevaría en su coche.

—Pues, nada: buena suerte y que se mejore su hermano.

El taxista la había consolado con su anónima solidaridad. Mariana iba ya más calmada en el ascensor. El médico se pasaba los dedos por los ojos para acabar de despertarse. Al reconocer, en la puerta entreabierta, a su antigua empleada (Mariana había dejado el consultorio al casarse), pensó inmediatamente en el Rubio:

—Le ha pasado algo a Alberto, ¿no? —era el nombre por el que le conocía. Era de esperar, con la vida que lleva...

Oyó los pocos detalles que Mariana conocía (la chica se cuidaba de no decir el nombre de la ciudad donde había tenido el vómito de sangre; él tampoco hacía más preguntas que las necesarias), movió la cabeza con reprobación. La dejó un momento para ir a cambiarse de ropa. Hablaba desde el cuarto, su voz llegaba por la puerta abierta:

—Nunca en mi vida he tenido un cliente más difícil... Yo le estaba diciendo siempre: Alberto, una caverna en el pulmón no es un resfriado que se cura con calditos... ¿Pero quién podía con él? ¿Quién podía convencerle? ¿Cómo hacer que obedeciera? Aparecía por aquí de Pascua a Ramos, y siempre por asuntos del partido, cuando quería dinero o cualquier otra cosa.

Cogió la maleta del instrumental, buscó en un armarito unas cajas de inyecciones, al tiempo que comentaba:

—La policía dice que sois unos monstruos, y es verdad, pero en otro sentido: sois unos monstruos para sacrificaros, monstruos de dedicación. Yo, te lo digo con toda franqueza, jamás sería capaz de tanto sacrificio. Por eso no entro en el partido.

—¿Sacrificio? Nunca pensé que me estuviera sacrificando, ni yo ni los otros. No es sacrificio, es un deber. ¿No se levanta usted de noche para atender a sus clientes?

El médico cerraba el maletín.

—Lo peor es que vuestra clientela es muy grande. No deja tiempo ni para comer, ni para dormir...

Hizo un gesto, invitándola a ponerse en marcha:

—Vamos a coger un taxi...

—¿Y su coche? Yo preferiría...

—Está en el taller, recargando la batería...

—Entonces vamos a tener que andar un poco a pie. No puedo llevar un taxi hasta la puerta donde él está...

El médico sonrió:

—Por Alberto, por uno de vosotros, soy capaz de hacer leguas y leguas a pie, pequeña.

Se fijó en la cintura de Mariana, en su rostro:

—Has engordado... —cerró la puerta del piso, abría la del ascensor. ¿Se trata realmente de unos kilos de más, o es que viene en camino un pequeño comunista? —dijo bajando la voz, a pesar de que toda la casa estaba durmiendo.

Una sonrisa cruzó el rostro grave de Mariana. Bajó los ojos; el médico le dio una palmada en el hombro:

—Pasa por el consultorio cualquier día de éstos. Te voy a dar una recomendación para un especialista amigo mío. Él también piensa como yo, aunque no conoce a nadie del «club». Con esa vida que lleváis es un peligro un embarazo sin cuidados médicos. Él te atenderá, seguirá el embarazo, no te costará nada ni va a hacer preguntas. Es un buen tipo...

—Muchas gracias. Y acepto. Ya había pensado en eso.

—Pero no hagas como Alberto. Tú misma puedes ver los resultados. Y en tu caso, ya no se trata de ti, se trata de un niño, de otro ser.

En el taxi, el médico volvió a preguntarle los detalles ya oídos. Iba haciendo consideraciones:

—Tiene una caverna en el pulmón izquierdo, pero el derecho, al menos la última

vez que le vi, estaba sano. Lo peor es si ya ha aparecido algo en el pecho.

Le daba explicaciones científicas sobre la enfermedad, le explicaba que ya había pasado sin duda lo peor, si había resistido la hemoptisis del viaje:

—Fue una locura ese viaje. ¿Por qué no le dejaron en donde estaba? Al menos por unos días, hasta que recuperara fuerzas... Podría haberse muerto en el viaje...

—No había médicos allí, y era peligroso que se quedara. Hubiera sido peor...

Mariana mandó al taxista que parara en una calle aún lejos de la casa del Rubio. Luego anduvieron dando vueltas, atravesaron un campo, llegaron al fin a la callejuela donde vivía el dirigente. Olga abrió la puerta. Era una mujer de rostro sufrido, parecía más vieja que el Rubio y tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Era gordezuela y vivaz, pero el golpe le había dejado atónita. Estaba desconcertada, sin saber qué hacer. Mariana le dio un abrazo.

—Valor, Olga. El médico está aquí y todo va a arreglarse, no tengas miedo...

—Ahora está durmiendo. ¿Vale pena de que le despertemos? —miraba con ojos asustados.

—No —dijo el médico—. Cuénteme primero todo lo que sabe. Todo lo que ha ocurrido desde que llegó.

Mariana les dejó en la sala. Olga le contaba la llegada del camión, el estado de debilidad, la respiración difícil del Rubio. El médico oía atento. Mariana se acercó a la puerta del cuarto. La lámpara estaba envuelta en un papel para mitigar la luz. El Rubio tenía los ojos abiertos y volvió la cabeza hacia la puerta al oír los pasos:

—Olga... Vete a dormir, mujer...

Mariana se asomó a la puerta. Susurró:

—Soy yo, Rubio...

Él intentó verla en la luz difusa. Reconoció su voz amiga:

—¿Eres tú, Mariana? Siéntate aquí, en la cama...

Se sentó a los pies de la cama, y podía verle ahora, el rostro descarnado, terriblemente pálido, en el que el pelo rubio, cortado casi al cero, ponía una nota discordante. Se notaba su respiración difícil bajo la sábana.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Algunos días más y me levanto. Olga es quien está mal. Peor que yo. Tienes que cuidarla. Oblígala a irse a dormir. —Y luego cambió de tema, con la voz animada, como siempre—: João está bien. Está haciendo un gran trabajo. La cosa en Santos está dura. Una semana de huelgas no es una broma. Mucha gente empieza a desinflarse. La policía está haciendo horrores. Tengo que volver inmediatamente para ayudar a João. Y en seguida...

Una tos angustiada sacudía su cuerpo flaco, el pecho corroído, el rostro en fiebre. Mariana dijo:

—No debes hablar tanto. Está ahí el médico. El doctor Sabino. Voy a llamarle...

—Espera... —murmuró el Rubio entre los restos de la tos—. Espera...

Mariana se levantó, se inclinó para oírlo.

—¿Qué es lo que sabes de la huelga en la Paulista? ¿Va adelante, o no?

—No sé nada... Es Zé Pedro quien la lleva. Hoy estaré con él, puedo decirle que has preguntado...

—Sí, sí, sin falta. Esta huelga puede ayudarnos mucho allá en Santos. Hay que darle un empujón...

—Ahora, calla. Voy a llamar al médico.

Se quedó con Olga en la sala, animándose y confortándola mientras esperaban el regreso del médico. El doctor Sabino tardaba, y los minutos parecían eternizarse. ¿Qué iba a decir? ¿Habría esperanzas? Daba la impresión de que el Rubio estaba al cabo de sus fuerzas. Jamás había visto a alguien tan pálido y enflaquecido, jamás había escuchado una respiración tan entrecortada y angustiada. Y, sin embargo, el mismo fuego apasionado mantenía viva su voluntad ardiente, su pensamiento trabajaba lúcido, estudiando las necesidades del movimiento huelguista.

Al fin el médico apareció. Venía sin chaqueta, la camisa arremangada. Traía en la mano una jeringuilla. Le dijo a Mariana:

—Hierva la aguja.

No quiso preguntar nada delante de Olga. Intentó buscar en el rostro del doctor alguna indicación, pero éste le daba ya la espalda, de vuelta al cuarto. Olga fue a buscar la botella de alcohol. Mariana esperó a que hirviera el agua. Después llevó la jeringuilla al cuarto. El médico estaba sentado al pie de la cama, donde ella había estado antes. El Rubio tenía los ojos cerrados.

—Ya está.

Pero el médico pareció no oírla, el rostro pensativo, mirando al enfermo. Ella repitió la frase, y sólo entonces el médico levantó los ojos. También el Rubio abrió los suyos. El médico dijo:

—Vamos a ponerle una inyección...

La caja de las ampollas estaba abierta a su lado, en la cama. El médico empezó a hablar mientras con la jeringuilla iba extrayendo el líquido de la ampollita:

—No puedo decir nada definitivo hasta efectuar un análisis más a fondo, pero tengo la impresión de que el pulmón derecho sigue bien, no tiene nada. En cambio, la caverna del izquierdo debe de haber aumentado mucho. De todos modos, su estado es grave, muy delicado. Voy a dejar aquí unas inyecciones. Mariana te pondrá una al mediodía, otra al cabo de seis horas. Dejo también una receta, para que la preparen en la farmacia. Volveré por la noche.

Puso la inyección. Mariana veía el brazo esquelético del Rubio. El médico le pasó la jeringuilla:

—¿Pero cómo diablos voy a encontrar la casa? No tengo ni idea...

—Puedo ir a buscarle —dijo Mariana.

—Muy bien. Entonces, pasa por el consultorio después de las seis. Poco antes de las siete, mejor.

Se sentó de nuevo en la cama, como si aún tuviera algo que decir. Se dirigió ahora

a Mariana:

—Cuando esté un poco menos debilitado, hay que llevarle a otra casa, más próxima al centro, donde yo pueda hacer un examen en mejores condiciones. Hay que hacer radiografías, exámenes de sangre. ¿Será posible encontrar una casa en esas condiciones?

Mariana pensó en Marcos de Sousa:

—Tal vez... Es probable.

—Entonces, búscala cuanto antes. Voy a conseguir un coche para llevarle. Si pasa la noche bien, podríamos llevárnoslo mañana.

El Rubio intentó interrumpirlo:

—Pero...

—Y tú, a callar. No hables, no te muevas, descansa. Está terminantemente prohibido hablar. Tú, Mariana, trata de evitar que hable y se fatigue. Una cosa sí es segura: va a tener que abandonar toda actividad durante un tiempo...

—¿Qué? —El Rubio levantó la cabeza de la almohada, los ojos abiertos en una protesta.

—Si no quieres abandonarla para siempre, amigo... Tú eres comunista, y no te voy a engañar: si quieres salvarte, tienes que obedecer mis órdenes a ciegas. Cualquier esfuerzo puede costarte la vida. Si crees que tu muerte le va a ser útil al movimiento, entonces haz lo que te dé la gana, mátate si quieres, y al diablo todo. Pero si es tu vida lo que quieres dar a la causa, entonces tienes que quedarte en la cama, tranquilo.

Mariana habló:

—Explíqueme todo, doctor. Y yo sí que obedeceré a ciegas. Si no le obedece a usted, tendrá que obedecer al partido.

El Rubio pasaba los ojos de uno a otro, parecía hacer un esfuerzo para no hablar. Olga apareció en la puerta, miró al médico, conteniendo las lágrimas.

—Y usted, Olga, vaya a dormir. Su marido sigue bien, no se preocupe. Con tal de que no hable ni haga esfuerzos, vamos a dejarle como nuevo. Ahora le pondré una inyección a usted para ayudarla a dormir. Mañana se hará cargo del enfermo.

—No, no necesito dormir...

—¡Claro que lo necesita! Y lo necesita porque mañana vamos a llevárnoslo a otro lugar y va a tener usted mucho trabajo, y si no duerme no va a poder hacerlo.

Olga se acercó a la cama. El Rubio le sonrió:

—Obedece al doctor, déjate poner la inyección.

Mariana acompañó al médico, de madrugada, en la difícil búsqueda de un taxi. Él le fue dando detalles sobre la alimentación del enfermo, sobre las medicinas:

—Por ahora no puedo arriesgar ningún pronóstico, hasta hacerle un examen completo. Su estado es de extrema debilidad. No sé si podrá resistir. En fin, si podemos mantenerle en reposo e iniciar un tratamiento serio... Trata de buscar una casa... Si no encuentras nada, lo mejor va a ser llevarle a un hospital, a pesar del

peligro que eso va a representar...

—Ya tengo pensado un lugar para llevarle. Hoy mismo voy a resolver eso.

—Sois el mismo diablo. Tenéis de todo. Pero mejor así... —concluyó riendo.

Al fin encontraron un taxi, uno que volvía a la ciudad. Lo pararon, el médico se metió en él:

—Y, sobre todo, no dejes que se preocupe por nada.

Mariana volvió a la casa. Se sentía cansada, los nervios deshechos, los músculos le dolían. Era como si aquella noche le hubieran pegado una paliza.

Olga dormía en el sofá de la sala. El Rubio, en su cuarto, dormía también. Mariana fue a la cocina a prepararse un café. Bebió una taza, se encontró mejor. Trajo una silla para el cuarto, la colocó sin ruido al pie de la cama. Después, volvió a la cocina. Conocía aquella casa, sabía donde estaban guardados algunos libros. Cogió de entre ellos la edición en español de un librito de Gorki sobre Lenin. «Siempre había tenido ganas de leer este libro... voy a aprovechar la ocasión». Volvió al cuarto, se sentó en la silla. La luz mitigada por el papel le fatigaba la vista. Mariana cerró el libro, se abismó en sus pensamientos. La respiración del Rubio, en sueños, salía como un silbido agudo, doloroso.

Cuando Olga se despertó, hacia las once, Mariana había barrido ya la casa, puesto la comida al fuego, ido a la farmacia distante para llevar la receta y traer las medicinas.

Olga quiso que se acostara, pero ella se negó:

—Tengo que poner pronto la inyección.

El Rubio se había despertado también, pero Mariana evitaba quedarse en la habitación para que no hablara. No permitió tampoco que Olga se quedara allá, la llevó a la sala.

—Déjalo solo a ese desobediente. Así no tendrá con quien hablar.

Pero se asomaron a la puerta varias veces para ver cómo seguía. Al mediodía, Mariana le puso la inyección y, después de comer, se preparó para marcharse. Fue a despedirse del enfermo. Él le preguntó:

—¿Vas a ver a Zé Pedro?

—Sí.

—No te olvides de traer noticias de lo de la Paulista. Lo más detallado que puedas... Y dile a Zé Pedro que sería conveniente que él o Carlos vinieran aquí. Tengo que discutir con ellos unas cosas de Santos...

—Pues no voy a hacer nada de eso. Ya has oído lo que dijo el médico. Ahora tienes que descansar.

—¡Qué tontería! ¡Pero si ya estoy mejor! Si se cree que me va a tener aquí enterrado, se equivoca.

Y como la viera dispuesta a protestar, añadió:

—Hay enfermos, y no enfermedades, Mariana, lo sabe cualquier médico. Y yo no puedo curarme sin saber si las cosas marchan bien o no. Me quedaría algo royéndome por dentro...

—Bien. Hasta luego. Pero promete estar tranquilo hasta que vuelva. Si no, no te doy noticias...

—Prometido.

Encontró a Carlos en compañía de Zé Pedro discutiendo la marcha de las huelgas de solidaridad con los estibadores de Santos, pero interrumpieron la discusión para oír las noticias traídas por Mariana. Les comunicó la opinión del médico, la sugerencia de trasladar al Rubio a otra casa donde se le pudieran hacer los exámenes necesarios, donde tuviera un poco más de comodidad. Y la prohibición de cualquier esfuerzo, de cualquier actividad del partido:

—Y él, que está empeñado en que le lleve noticias de la preparación de la huelga de la Paulista, y quiere que uno de vosotros vaya a verle para discutir lo de Santos.

—Uno tiene que ir, sí —dijo Zé Pedro— pero para convencerle de que se trate en serio. No podemos perder un dirigente como él.

—¿Y dónde vamos a encontrar una casa para meterle? Y, además, en el centro...

No va a ser fácil. Para una reunión, aún se encuentra, pero para meter a un camarada enfermo...

—Tal vez valiera la pena hablar con Cícero d'Almeida... —sugirió Zé Pedro.

—¿En su apartamento? No creo. Allí hay siempre mucha gente por las noches, visitas, escritores, sus parientes. Ni siquiera creo que sea la adecuada para reuniones. Va mucha gente por allá, y su mujer no tiene nada en la cabeza, es una señorita-bien y va a poner el grito al cielo...

—Yo pensé en Marcos... —dijo Mariana.

—¿El arquitecto?

—Sí. Es soltero, tiene una casa estupenda, con muchas habitaciones, en el centro y al mismo tiempo en un lugar tranquilo...

—No está mal... —consideró Carlos.

Zé Pedro vacilaba:

—No es miembro del partido. Es sólo un simpatizante...

—Buen simpatizante —defendió Mariana con calor—. ¿Cuántas veces se ha reunido ya allí el secretariado? ¿Y dónde hicimos la reunión ampliada? ¿Quién llevó al Rubio a Santos la otra vez? Marcos es un tipo cabal...

—Es bueno, sí. Me gusta —dijo Carlos.

—Lo es... —aceptó Zé Pedro—. Y no veo otra posibilidad. Y además es peligroso meterle en casa de un camarada, donde puede aparecer la policía de repente. Tu arquitecto es la solución mejor. ¿Crees que estará de acuerdo?

—Creo que sí. Es un hombre bueno y leal al partido. Voy a hablar con él cuando salga de aquí.

—¿Y Olga? —quiso saber Zé Pedro.

—Iría también, naturalmente. Alguien tiene que cuidar al Rubio, y nadie mejor que su mujer.

—Desde luego. Puedes hablar con Marcos. ¿Cuándo va a ser el traslado?

—Depende de lo que diga el médico. Volverá hoy a las siete. Quizá hoy mismo.

Zé Pedro se dirigió a Carlos:

—En ese caso es mejor que esperemos a verle mañana, en casa de Marcos. Tú estuviste ayer en esa casa. Mariana está yendo y viniendo constantemente. Y, encima, el médico. Es mejor no ir allá. En cuanto le hayamos llevado, iré a verle.

Mariana se despidió:

—¿Y qué le digo de lo de la Paulista?

Zé Pedro sonrió:

—Dile que mañana hablaré con él personalmente.

Antes de salir, Josefa, la mujer de Zé Pedro, apareció con un paquete:

—Dale esto a Olga. Es un gallo, para que le prepare unos caldos al Rubio. Ya está desplumado y limpio...

En el despacho de Marcos de Sousa, Mariana tuvo que esperar. El arquitecto no estaba. Había ido a inspeccionar las obras de un rascacielos cuya dirección le había



encargado la Comendadora da Torre. En el estudio, donde trabajaban unos delineantes, Mariana se empezaba a impacientar. Tenía mucho que hacer y nadie había podido decirle con seguridad a qué hora regresaría Marcos. Decidió preguntar dónde estaban las obras y se dirigió hacia ellas.

El arquitecto estaba en medio de la recién iniciada construcción, discutiendo con los aparejadores. Le pidió a un muchacho que mezclaba la cal que fuera a llamarlo. Marcos vino en seguida, con su sonrisa abierta sobre la chalina de amplio lazo bohemio, los rebeldes cabellos en ondas plateadas, mostrándole las manos sucias de cal y cemento. Pero perdió en seguida el aire jovial al verla seria y triste. Mariana dijo al darle la mano:

—¿Podemos hablar a solas un minuto?

—Todos los minutos que quieras. Espera un momento, voy a encargar unas cosas y a buscar la chaqueta. Estaré a tus órdenes en seguida.

Mariana le veía, lavándose las manos bajo un grifo, tras haber cambiado unas frases rápidas con los hombres. Fueron andando por la calle, silenciosos. Entraron en un café medio vacío, tras haber pasado ante otros dos o tres repletos de gente.

—¿Qué hay? —preguntó Marcos tras pedir dos cortos al camarero.

—Ya hablaremos cuando nos haya traído los cafés...

—Te veo tan seria que no sé qué pensar...

—Es algo muy desagradable.

El camarero trajo las dos tazas olorosas de café. Mariana hablaba en voz baja, revolviendo el azúcar:

—El Rubio está muy enfermo... Tuvo una crisis en Santos, y por poco se muere. Lo trajeron ayer. Estaba aún muy grave. El médico, un amigo de confianza, dice que hay que llevarle inmediatamente a una casa del centro, o próxima al centro, donde se le puedan hacer los exámenes necesarios. Lógicamente, no podemos internarle en un hospital aquí en la ciudad. Es peligroso. La policía examina las fichas. En fin: necesitamos una casa donde puedan estar, él y su mujer, durante unos días... Pensamos que...

—Mi casa está a vuestra disposición. Podéis ocuparla cuando lo creáis conveniente. Yo me voy unos días a un hotel, para no molestar...

—Lo sabía. Sabía que iba a responder así.

—¿Lo sabías?

—Sí, tenía confianza en usted.

—Pues te voy a decir que si me hubieras pedido eso antes de llevar al Rubio a Santos, no sé qué te habría contestado. Quizá que sí, pero también es posible que respondiera que no.

—Sería que sí. Lo sé. Como hoy.

—Hoy es distinto, Mariana. Tengo muchas cosas que contarte. Tengo que hablar largo y tendido contigo o con Carlos. Estaba pensando en que iba a hablar con el Rubio, pero como está enfermo, no va a ser posible...

—No es posible, desde luego. Le han prohibido cualquier esfuerzo. Pero puede hablar con otro...

—Lo necesito, sí. Hay algo dentro de mí que tengo que decírselo a alguien. He pensado mucho desde ese viaje a Santos. No te sorprendas si pido el ingreso en el partido...

—Sería una noticia espléndida.

—¿Quién sabe? Tengo que hablar con alguien que me ayude a ver claro dentro de mí...

Mariana se interesaba:

—Vamos a arreglarlo. No va a ser difícil con nuestro amigo en su casa. Irá gente a verle, usted puede hablar con ellos. Y no es preciso que vaya a un hotel. No es usted quien molesta, somos nosotros los que le molestamos.

Tomó el último sorbo de café:

—La pena es que no tenga tiempo de hablar con usted hoy... Y tampoco soy la persona más indicada. Para discutir con un intelectual, con un arquitecto famoso, sólo uno de los responsables... —le tendió la mano.

—¿Cuándo vais a llevarle?

—Quizá esta misma noche. Le avisaré. ¿Estará en casa entre las ocho y las nueve? El médico va a ir a verle a las siete... ¿Tiene usted algún compromiso?

—Nada importante. Iba al teatro, pero queda para otra vez. Voy a mandar que preparen una habitación. Estaré en casa esperándoos.

Mariana, al dejar a Marcos, miró la hora en su reloj de pulsera. Tenía el tiempo justo para ir a casa, tranquilizar a su madre, decirle que no la esperara aquella noche. Y tendría que darse prisa para estar antes de las siete en el consultorio de Sabino.

Cuando llegó, el médico, despachados los últimos clientes, la esperaba leyendo una revista.

—Ya tengo el coche listo. Iremos en él.

Cuando salió del difícil tráfico de las calles del centro, yendo ya por las calles tranquilas, preguntó:

—¿Y la casa? ¿La habéis conseguido?

—Sí.

—¿Dónde? Hay que llevar allá todo el material necesario para los exámenes.

Le indicó la calle y el número. Él se volvió, mirándola:

—¿No es la casa del arquitecto Marcos de Sousa?

—Exactamente.

—Dios santo... —se rió—, le conozco muy bien. Y nunca hubiera podido imaginar que fuera... En fin, que pensara como vosotros. ¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Es un viejo amigo. Tomó parte en la Alianza. Si no me engaño, fue incluso del Directorio del Estado.

—No lo sabía... Siempre le vi metido entre esos millonarios, construyendo palacetes y rascacielos para los ricos, citado en los periódicos como una gloria de la

arquitectura brasileña. ¡Este mundo nos da cada sorpresa...!

—Es una excelente persona. Muy firme... —Firme como las casas que construye. ¿Sabes que fue llamado para alzar un edificio público en los Estados Unidos? Los periódicos hablaron de eso...

—Lo sé... Le llamaron y se negó a ir. ¿Lo sabía?

—¿Se negó? No lo sabía. ¿Y por qué? ¿Por esa historia del imperialismo? Ya ves lo que son las cosas en este país: uno convive con un hombre, habla con él, tomamos café, hablamos de mil cosas y ni se sabe que piensa como uno... Qué cosa...

Mariana se rió. Era su primera risa desde la víspera:

—Y así debe ser. ¿Para qué saberlo? En nuestras condiciones de lucha, cuanto menos sepamos unos de otros, mejor. Hay más seguridad para el trabajo...

—De todos modos, está bien saber que somos muchos. Da cierta confianza, ¿comprendes?

—¿Muchos? Somos aún muy pocos para los que serían necesarios. Pero vamos creciendo lentamente, y un día seremos muchos...

—Sí.

—Y ya no será preciso que nadie se mate trabajando, como Alberto ahora...

—Cuantos más seamos, más trabajo tendrán los dirigentes. Piense en Stalin. ¿Quién trabaja en el mundo más que él? Es el responsable de decenas de millones de hombres. El otro día leí un poema sobre él: el poeta decía que cuando ya todos están durmiendo, de madrugada, hay una ventana iluminada en el Kremlin, es la de Stalin. Los destinos de su patria y de su pueblo no le dan reposo. Era más o menos eso lo que decía el poeta, con palabras más bonitas, claro...

El médico no respondió. Una noche, meses atrás, había ido a casa de Mariana a llevar un recado del Rubio. La chica trabajaba entonces en su consultorio, se sentaba en una mesita en la sala de espera y recibía a los clientes. Era una especie de portera. No era siquiera una enfermera que pudiera ayudarle en el gabinete de consulta. Apenas se había fijado en ella. Sabía vagamente que era hija de un comunista muerto por la policía, y le había dado empleo atendiendo la petición de un dirigente. Era una forma de ayudar al partido. Pero aquel día, cuando la fue a ver para darle el recado del Rubio, Mariana le pareció irreconocible. Ya no era la joven silenciosa sentada en la mesita, con las fichas y el cuaderno de las horas de consulta, sino una figura de impresionante belleza, con un sentido de responsabilidad que le hizo comprender a Sabino qué extraños hombres y mujeres se ocultaban en aquellos miserables empleos, modestas y anónimas figuras dispuestas a transformar el mundo. En aquella rápida visión de la muchacha concentrada en sus pensamientos, visión que se había grabado en su cerebro como una instantánea fotográfica, vio concretamente algo que antes era para él una frase sin sentido: la clase obrera. Había oído hablar y había leído más de una vez algo sobre el papel dirigente del proletariado en los destinos actuales y futuros de la humanidad, pero aquel concepto era para él algo literario. Desde su consultorio médico, frecuentado por burgueses, no podía sentir ni entender la fuerza

del proletariado. El Rubio, a quien conocía por Alberto, y de quien poco sabía, le parecía una figura excepcional. Pero fue al ver a Mariana, a su tímida empleadita, revestida de una dignidad tan responsable, cuando comprendió la significación exacta de la clase obrera. Y luego, cada día más, esta impresión fue confirmándose en las conversaciones que empezó a sostener con Mariana. La muchacha le asombraba por su firmeza al decir las cosas, por la seguridad de los conceptos, por su confianza inquebrantable. Cuando dejó el empleo para casarse, sintió su falta, la falta de aquellas charlas al rematar el trabajo del día, cuando él hacía de «abogado del diablo» para obligarla a discutir, a argumentar, llenándole de admiración. Y ahora, allí, en el coche, ella le citaba fragmentos de poemas, de una manera tan natural y sencilla como si no fuera sorprendente que una obrera supiera de cosas como la literatura... Y, oyéndola, se dio cuenta de su propia responsabilidad en aquel momento: no era un cliente cualquiera aquel hombre al que iba a atender y medicar, no era uno de aquéllos cuyos pulmones se habían destrozado en orgías, en noches de juerga y borrachera, en la disipación. Iba a intentar rescatar de la muerte, en una batalla difícil, uno de aquellos hombres-símbolo de la clase obrera, uno de aquellos constructores de la vida y el futuro, cuyos pulmones se habían roto en un trabajo titánico. No era un enfermo cualquiera, era una vida necesaria, tenía que salvarla, costara lo que costara.

—Vamos a dejar a Alberto como nuevo, te lo prometo.

Mariana volvió a sonreír:

—Tenemos confianza en usted.

Después de comprobar el estado del Rubio, el Dr. Sabino decidió llevarle aquella misma noche a casa de Marcos. Cuanto antes pudiera realizar los exámenes necesarios, mejor. Regresó al centro de la ciudad, pero dijo que volvería por la noche para acompañar al enfermo. Mariana se fue con él para ponerse en contacto con el arquitecto. Olga se quedaría haciendo el equipaje que iba a llevarse. No poseían casi nada. Con el propio Rubio habían decidido realizar el traslado en plena noche, para no despertar la curiosidad de los vecinos. Era casi la una de la madrugada cuando salieron. Mariana había ido antes para esperarles en casa de Marcos. Se rió mucho con el encuentro de los dos simpatizantes, y le contó la historia al Rubio, febril bajo las sábanas del blando colchón, de almohadas de pluma. El dirigente se rió también:

—Lo peor es que van a matarme con estos cuidados. Nunca dormí en colchón blando...

Transcurridos unos días, efectuados los exámenes, Sabino le pidió a Mariana que pasara al consultorio. Quería hablarle del tratamiento del Rubio. Mariana fue por la tarde. El médico no le ocultó su preocupación:

—El estado de Alberto es peor de lo que creía al principio. La caverna del pulmón izquierdo ha aumentado, la enfermedad ha avanzado mucho. Y lo que es peor, hay un pequeño punto en el pulmón derecho. Una cosa de nada, pero que puede ir avanzando y convertirse de repente en una caverna. Aparte de eso, está muy débil, su resistencia orgánica es mínima, lo que le sostiene son los nervios, su voluntad de

hierro. Si queremos salvarle, sólo hay un medio...

—¿Cuál?

—Enviarle a Campos do Jordán. Es aconsejable por muchos motivos: el tratamiento que precisa se puede realizar mejor en un sanatorio. Aquí, en cuanto pueda ponerse en pie, desaparece, se lanza otra vez en el trabajo, y eso va a representar fatalmente su muerte. Por otro lado, tenemos el clima: el de aquí es horrible, y ahora va a empezar el frío, esa humedad que mata año tras año a centenares de tuberculosos. Allá el clima es idóneo, y tendrá una vida regulada, sujeta a horario y una alimentación de acuerdo con su estado de salud. En fin, allá es posible salvarle. Si lo dejamos aquí, no puedo asumir la responsabilidad.

—Eso plantea toda una serie de problemas... —dijo Mariana.

—Lo sé. Pero uno de ellos está resuelto ya: el financiero. Conozco un sanatorio de un amigo mío, que piensa como nosotros, donde él puede quedarse. Tengo buenos amigos que trabajan allá, le recomendaré personalmente. Y, en cuanto a los gastos, ya hemos hablado Marcos y yo. Nos responsabilizamos nosotros. Cuando yo les mando un cliente, hacen un precio especial. No va a ser muy pesado para nosotros...

—¿Y Olga?

—¿Crees que ella podría ocupar tu lugar en el consultorio? Aún no he puesto a nadie para sustituirte. Es Marlene —se refería a una enfermera— quien se ocupa de eso. Es un trabajo fácil...

—Creo que sí. Pero ¿aceptará él la idea? A pesar de que le han desligado de cualquier trabajo de partido, está siempre hablando de eso, sólo piensa en el momento en que pueda levantarse de la cama y reanudar su actividad. Se pasa el día preguntando por Santos, por... en fin, por el trabajo. Hasta me da pena.

—Ése no es problema mío. Es problema vuestro, y vosotros tenéis que resolverlo. Yo sólo te digo esto: dejarle aquí, aunque sea sin encargarle ninguna tarea, es jugar con su vida. Y permitir que vuelva a la actividad, es realmente condenarle a muerte. Lo afirmo bajo mi responsabilidad de médico. Campos do Jordán es la única esperanza.

—Va a ser difícil convencerle.

—Te diré más: si se queda aquí, os ruego que busquéis otro médico. No quiero, no quiero que un hombre como él muera en mis manos.

La llegada a São Paulo de un miembro de la dirección nacional facilitó la tarea de convencer al Rubio. Pero fue precisa una dramática sucesión de escenas: todo aquello coincidía con el fin de la huelga de Santos, con el aplastamiento, bajo los golpes de la policía, del movimiento de huelgas de solidaridad iniciado por las fábricas de São Paulo y que se había extendido por Rio, Bahía y Pernambuco, del aborto de la huelga de la Paulista, veinticuatro horas después de su inicio, al verse obligados los obreros a volver al trabajo bajo la amenaza de las ametralladoras del ejército. Por todo eso, cuando Carlos le planteó tímidamente el problema de su envío a Campos, el Rubio se enfureció. Jamás le había visto así Mariana. Entre aquellos hombres tan diferentes

entre sí, y, no obstante, animados por una única voluntad, como si algo de común marcara la personalidad de todos ellos dando el mismo tono a voces tan diversas, era el Rubio el que le parecía menos capaz de enfurecerse, de perder la cabeza, de estallar en cólera. Le parecía más fácil que lo hiciera el alegre Carlos o el silencioso Zé Pedro, hasta João, con su austeridad un tanto brusca. Pero en el Rubio, con su blanda alegría sonriente, con su espontánea bondad, como si todo en él obedeciera a un ritmo armonioso, parecía imposible. Y, sin embargo, aquel día perdió la cabeza, elevó su voz ronca de enfermo, tiró las sábanas a un lado:

—Cuando tú te integraste en el partido yo era ya viejo en la lucha. No necesito que me digas lo que he de hacer, sé dónde está mi puesto cuando están matando a obreros y acabando a tiros con las huelgas, cuando el partido se enfrenta con la reacción fascista. Y no me digas que mi lugar está en Campos do Jordán, porque estás hablando con un comunista...

El médico, presente en la conversación a instancias de Carlos, se apoyaba en la pared, como temiendo la violencia del enfermo. Mariana vio desaparecer del rostro de Carlos la sonrisa, tensos todos los músculos de la cara:

—Ahora no estás hablando como un comunista. —Mariana admiraba la suavidad de la voz de Carlos, era como si estuviera intentando convencer a un niño en pleno berrinche. Lenin dijo una vez que morir por la revolución no es difícil, que lo difícil es vivir para la revolución. ¿Qué es lo que quieres? ¿Continuar tu trabajo en el secretariado? Ya sabes lo que dijo el médico: tu muerte será cierta. Es bonito, es heroico: «Nuestro camarada, el Rubio, murió heroicamente en su puesto de lucha». ¿Y después? Es heroico, es fácil. Lo difícil es ir a Campos do Jordán, obedecer la decisión del partido, pasar allá el tiempo necesario para ponerse bien y poder volver a la lucha, a la tarea de cada día. ¿Cómo debe obrar un comunista? A ver, responde, ya que eres un viejo comunista.

—Hay mil cosas que hacer. Tú sabes tan bien como yo todo lo que tengo entre manos y cuántas cosas dependen de mi presencia, de mí personalmente... —Volvía a elevar la voz. Le fallaba la respiración.

—Nada depende de ti personalmente, y nada depende de mí, todo depende del partido. ¿O es que crees que eres insustituible, que se va a paralizar el trabajo del partido, que todo se va a venir abajo sólo porque tú no estés? No, amigo mío, no. Nada va a detenerse, el partido va a continuar, nadie es insustituible.

¿Por qué Carlos decía cosas tan duras?, se preguntaba Mariana. ¿No comprendía que el otro estaba enfermo, con los nervios a flor de piel? Sin embargo, Carlos continuaba hablando, y su voz ya no era suave y como si hablara con un chiquillo, era seca como la voz de João en algunas ocasiones:

—Prestes está en la cárcel, amigo mío, y nadie discute la inmensa falta que nos hace, pero el partido continúa ¿no? Y tú no eres Prestes. ¿Dónde está tu sentido de la disciplina? No soy yo quien te envía a Campos do Jordán. Es una decisión del partido. Y el deber de un comunista es cumplir las decisiones del partido. Y, de

manera especial, cuando se trata de un viejo comunista.

El Rubio levantó la cabeza de la almohada, se apoyó en el codo, había perdido toda su irritación:

—Tienes razón, me he portado como un idiota. Debía de haberme preocupado antes de la salud y ahora no me vería así... Sé que no soy insustituible, no es de eso de lo que aquí se trata. Ni tampoco de buscar la gloria de una muerte heroica. Sabes que no es eso. Lo difícil es acostumbrarse a la idea de quedarse descansando en un sanatorio cuando los otros se matan a trabajar. Me siento como un inútil, es más fuerte que mi voluntad, no puedo apartar esa sensación...

—Cuando un soldado es herido en un campo de batalla, va a curarse antes de volver a la lucha —la voz de Carlos volvía a su suavidad anterior, voz fraterna y cálida—. Es el mismo caso. No veo por qué tienes que ponerte así. Debes emplear tu energía en curarte, y en hacerlo lo más rápidamente posible para volver. Haces mucha falta...

Sonreía al Rubio. La tensión había desaparecido del cuarto, el médico ya no se apoyaba en la pared, Mariana sentía la cálida atmósfera de amistad comunista.

—Comprendo lo que te pasa... —Carlos continuó hablando—. Sé que no es fácil. Pero si somos comunistas no es para realizar cosas fáciles ni para dominar pequeños sentimientos. Tu tarea actual es curarte. Y tienes que enfrentarte con esta tarea con la misma seriedad con que hasta ahora lo has hecho con todo lo que el partido te ha encargado. Es tu tarea: ir al sanatorio.

—Bonita tarea —refunfuñó el Rubio. Parecía convencido, y aquel mismo día el Dr. Sabino se puso en contacto con sus amigos del sanatorio.

Pero al día siguiente, el Rubio estaba de nuevo emperrado en no ir. La noticia de la represión de la huelga de la Paulista había acabado con su sosiego. Cuando Mariana fue a verle, le encontró ardiendo de fiebre, nervioso, pidiendo que revisaran la decisión que habían tomado sobre su internamiento. Estaba seguro —decía— de que con unos pocos días más de cama podría levantarse, ya muy mejorado, y volver al trabajo. Mariana veía, casi con pavor, como se acercaba el día del viaje a Campos do Jordán. Iba a ser, por lo menos, doloroso. Sin embargo, la llegada desde Rio de un miembro de la dirección nacional, vino a facilitar todo. Era un negro gordo y bajo, de pelo crespo y canoso, de gestos lentos y voz sonora y pausada. Veterano en el partido, conocía al Rubio desde hacía muchos años. Llegó a casa de Marcos por la noche. Mariana estaba un poco emocionada mientras le acompañaba. Era la primera vez que trataba con un dirigente de la nacional. Hicieron a pie gran parte del camino, y durante todo el tiempo el camarada le estuvo hablando de su mujer y de sus hijos, que vivían en Alagoas, y a los que hacía bastante tiempo que no veía. Siempre hacía planes de llevárselos a Rio, pero las condiciones de la lucha no lo permitían. Mariana acabó por conocer los nombres de los chiquillos y todos los detalles sobre las habilidades culinarias de la mujer del dirigente. Éste quedó asombrado, casi se enfadó, al enterarse de que Mariana no había comido nunca vatapá<sup>[4]</sup>.

—¿Que no lo has comido nunca? ¡Pero es increíble! No sabes lo que es bueno... Si no tuviera que volverme en seguida, yo mismo iba a prepararte un plato en tu casa. Porque tampoco yo soy mal cocinero, no sólo es ella la que anda entre los fogones allá en casa. Yo aprendí a hacer vatapá allá en Bahía, uno tiene que saber de todo. ¡Ah! ¡Un buen vatapá, eso sí que es comida! ¡Y no esos raviolis que coméis por aquí, comida para chiquillos pequeños...!

Y se reía, con una risa amplia y bondadosa, como si no tuviera otra preocupación en la vida.

Tiempo después, João le contó algo de la vida de aquel compañero, y ella se enteró de la sucesión de hechos que la habían marcado, de su heroísmo en la cárcel, donde había sido horriblemente torturado varias veces, de su prestigio entre los ferroviarios. Al saberlo, Mariana se sintió un poco defraudada. ¿Por qué, pues, no había aprovechado aquella larga charla para transmitirle algún conocimiento? Hizo la pregunta a João, y éste le respondió:

—Si lo piensas un poco, verás que te ha enseñado una cosa preciosa.

—¿Qué cosa?

—Que un comunista es un hombre de carne y hueso, como los demás, y no la máquina que muchos creen, que la burguesía dice que somos. Te mostró cómo un militante obrero no se deshumaniza, no se transforma en un autómatas, no pierde el amor a la familia ni a las cosas sencillas de la vida.

Sin embargo, desde luego, no fue de aquello de lo que habló con el Rubio, a solas los dos en el cuarto, durante más de una hora. Porque, cuando salió, el otro estaba tranquilo y sonriente, sin oponer la menor resistencia a la ida a Campos do Jordán.

De todos modos, fue triste la partida del Rubio. Había dejado ya la cama hacía unos días y pasaba la mayor parte del tiempo en una tumbona al sol, en el jardín. Daba algunos paseos por la casa, pero al atardecer volvía la fiebre, y estaba en los huesos. El médico le llevó en su automóvil, un domingo.

En el cuarto, antes de salir, el Rubio le hizo a Mariana una recomendación y un ruego:

—Cuida de Olga, está muy abatida. Ven a verla siempre que tengas tiempo — Olga se iba a quedar provisionalmente en casa de Marcos. —Te aprecia mucho, trata de distraerla. Y otra cosa: escíbeme por medio de Sabino, dame noticias, cuéntame lo que ocurre. Si quedo aislado no podré resistirlo, no podré superar la enfermedad. Sabino irá a verme de vez en cuando. Mándame por él copia del material y de los informes. Así no me sentiré tan solo.

Mariana se lo prometió. El Rubio sonrió y dijo:

—En tres meses voy a estar otra vez en forma.

Cuando arrancó el coche, Mariana fue a sentarse un momento en aquel banco donde, una noche, João le había hablado de amor. Olga, llorando, se refugió dentro de la casa. Mariana veía aún la mano del Rubio agitándose en un gesto de despedida a Olga, a ella y a Marcos. ¿Volvería a verle algún día? ¿Regresaría del sanatorio? ¿O



tendría que guardar sólo su imagen, como ya guardaba otras, en el fondo del corazón? La de su padre, pidiéndole, en su lecho de moribundo, que ocupara su lugar en el partido; la del viejo Orestes, que hizo saltar la imprenta para no entregarla a la policía; la del joven Jofre, que murió desangrado, cosido a balazos; la de aquella negra Inácia, del puerto de Santos, a quien ella, Mariana, no había conocido, pero de la que tanto le había hablado João, cuando vino de Santos un día para una reunión de la regional. Veía a su padre calándose las gafas de aros rotos para leer sus amados libros, veía al viejo Orestes, con sus bigotes ásperos, riéndose, la cara joven y angulosa de Jofre con su pelo lacio caído sobre la cara; veía la mano de la negra Inácia apretando contra sí la bandera brasileña.

Se volvió al oír pasos sobre la arena del jardín. Marcos de Sousa se detuvo ante ella y dijo:

—Seguro que se cura. Aún le queda mucho por hacer...

Aquellas palabras tranquilizaron a Mariana. Sí, el Rubio, con su extraordinaria fuerza de voluntad, vencería la dolencia, recobraría la salud. No era imposible, el médico tenía esperanzas. Habló en voz baja:

—João dice que debemos extraer una lección de todo. Con esa enfermedad del Rubio he aprendido hasta qué punto es estimado el partido, cuántos sentimientos nobles despierta en los hombres.

El arquitecto jugueteaba en la tierra con un palito. Se había sentado en un banco del jardín al lado de Mariana:

—Eso es lo que yo mismo pienso —murmuró—. Creo que nunca me casaré. Soy un solterón empedernido, y ya se me pasó la edad de hacerlo. Pero si un día me caso y tengo una hija, le pondré Inácia de nombre.

Mariana se volvió hacia él con curiosidad:

—¿Inácia? ¿Por la compañera de Santos? ¿Qué sabe usted de ella? ¡Ah! Claro... estaba en Santos entonces... —añadió al acordarse.

—Más que eso. Estaba presente cuando ella murió.

—¿Usted?

—Te contaré todo.

Dejó el palito, levantó el rostro bondadoso, empezó a contar. Hablaba de violencias, de sangre derramada, de dolor, pero en su narración no se evocaba la muerte, ni la angustia, ni la pesada soledad. En su voz brillaba la vida, la profunda esperanza, la conquistada certidumbre de la victoria, y él mismo no sabía por qué hablaba así.

Santos ocupada por el Ejército. Como una ciudad de un país en guerra, conquistada por fuerzas enemigas. Bayonetas reluciendo al sol, ametralladoras en posición ante los tinglados del puerto, a la entrada de los barrios proletarios. Las escuelas transformadas en cuarteles, y en ellas, no ya la risa alegre de los niños, sino órdenes de los oficiales, gritos. Santos ocupada por las tropas del Ejército. Santos bajo la pesada bota de los soldados.

En el mundo se hablaba de guerra, en España, hogueras encendidas. Los japoneses saqueando China; cadáveres pudriéndose en el Chaco. Por el mundo se arrastraba la guerra. ¿Pero esos soldados, fusiles, ametralladoras, esos clarines, cornetas, tambores retumbantes, esas órdenes del día repetidas, contra qué otros soldados se levantaban?

¿Qué terribles enemigos, qué Ejército, qué tropas invasoras, qué crueles adversarios viene a combatir el ejército brasileño, qué ávidos extranjeros amenazan a la patria que esos soldados han jurado defender? ¿Dónde se esconden esos enemigos extranjeros? ¿Dónde están sus tanques, sus cañones, sus batallones y regimientos? ¿Contra quién se alzan las armas brasileñas, por qué está la ciudad de Santos ocupada, convertida en plaza de guerra, gimiendo bajo la bota de los soldados?

Para el coronel-comandante de la ciudad, nombrado por el gobierno federal, aquellos hombres contra quienes conduce a sus valientes soldados brasileños son los peores enemigos.

No, no son los alemanes de Hitler, hablando de transformar al Sur del Brasil en una colonia septentrional del III Reich. Contra éstos nada tiene el coronel, dirigente de la Acción Integralista, con ellos sueña marchar en guerra contra Rusia, a ganar sus estrellas de general.

No, no son los ricos yanquis masticando chicle y las riquezas minerales de la patria. Contra éstos nada tiene el coronel, americanos somos todos, y este país es grande y rico, sobra espacio y riqueza para todos, para alemanes y para norteamericanos.

No, no son los rubios ingleses, cuyo navío de guerra ha anclado amenazador en el puerto para mejor guardar el capital que les queda en los ferrocarriles, en aquellos tinglados ocupados de los muelles de Santos. Contra ellos nada tiene el coronel, durante mucho tiempo este país fue casi de ellos, vamos a dejarlos con sus restos de riqueza, blancos son ellos también, de nuestra misma familia de arios.

No, no es contra ese navío de guerra, de bandera inglesa e intenciones de desembarco, contra quien el integralista piensa lanzar a sus soldados brasileños. Aún ayer cenó en el barco, hizo chasquear la lengua satisfecha en homenaje al sabor escocés de aquel güisqui delicioso. Cambió unos brindis con los oficiales británicos, bebiendo por la derrota de sus comunes e implacables enemigos.

¿Contra quién, pues, dirige el coronel sus armas brasileñas, contra quién manda a

sus soldados?

En las casas pobres de aquellos barrios sucios, sin comida para los hijos, sin dinero para pagar los alquileres, los cinturones apretando las barrigas flacas, ellos son los temidos enemigos contra quienes establece el coronel sus planes de campaña. No visten uniformes, ni calzan botas, ni gorra militar, no tienen pistolas, ni fusiles, ni ametralladoras, no tienen armas los temibles enemigos.

No tienen armas, a no ser una llama interior que crece en sus pechos: la solidaridad que entre sí se deben los trabajadores. Contra estibadores en huelga, descargadores, ensacadores, contra los trabajadores de las fábricas solidarios con ellos, contra los marineros de los remolcadores, contra la hambrienta población obrera traza el táctico coronel sus planes de campaña, dicta el estratégico coronel sus órdenes de mando.

Se llama proletariado el enemigo peligroso, la huelga fue su temeraria acción de guerra; el crimen que hay que castigar con las armas de los soldados fue el no haber cargado un barco con café robado al pueblo para ofrecerlo a un asesino de poetas y de obreros. Su crimen fue amar a otros pobres como ellos, fue amar a su patria oprimida, no querer mezclar su nombre con los crímenes falangistas al otro lado del mar.

Por eso están las cárceles abarrotadas, por eso fueron torturados y corrió sangre abundante por las calles. Por eso dispararon contra ellos los desalmados inspectores de la policía secreta, los técnicos de la lucha contra el comunismo, contra las huelgas, contra los movimientos proletarios. Encerraron entonces a decenas de huelguistas en los calabozos, amontonados como fardos en la bodega de un navío, los cuerpos deshechos a porrazos; y aquellos enemigos temibles no se rindieron.

Mandaron después a la policía militar, a las patrullas a caballo, como refuerzo para la policía. Barrieron a balazos los muelles, y allí cayó Bartolomeu. Lanzaron a los caballos contra su entierro, lo disolvieron aplastando con sus cascos a los obreros, muchos más cayeron junto a su ataúd. En las batallas de esa guerra extraña, sólo uno disparaba, tenía pistolas, ametralladoras, soldados a caballo. Los otros tenían una llama interior que les crecía en el pecho. Una negra cayó bajo los caballos, era la flor del puerto de Santos, la perfecta negra Inácia, y primero asesinaron al hijo que llevaba en el vientre. La sangre corrió por las alcantarillas, centenares y centenares llenaron de nuevo las cárceles, sobre ellos vibraron nuevos latigazos, nuevas porras de goma pesadas como plomo. Tenían sólo la llama de una idea, un solidario fuego, y no se rindieron esos temibles enemigos.

Vino entonces el Ejército, el coronel con sus soldados. Sus objetivos eran claros y precisos: cargar el café en el barco nazi, ayudar al general Francisco Franco, que combatía en España al mismo enemigo alzado en Santos. El coronel integralista obligó a sus soldados a cargar el barco. Cargado el barco, quedaba sólo acabar con la huelga. Bastaba colocar tras cada huelguista irreductible a un soldado con bayoneta calada y, con este argumento respetable, hacerle marchar hasta el muelle a trabajar. Mantener los ojos vigilantes y la mano alerta en el gatillo de la ametralladora para

impedir cualquier protesta tras haberles forzado a trabajar. Un soldado con fusil tras cada obrero...

Y terminada la huelga, el coronel volvería a Rio a recibir las felicitaciones, quizá el ascenso. Lo que no habían conseguido el hambre, el látigo, las patas de los caballos, lo había conseguido el coronel integralista. No tenía más que dar unas órdenes, claras y precisas órdenes militares.

Así lo explicó el coronel integralista indicando al joven capitán la relación completa de los domicilios de los huelguistas, trabajo de la policía:

—Los soldados los traerán de sus casas, otros vendrán directamente de las cárceles a los muelles; vendrán todos, menos los jefes y los extranjeros. A esos malditos les llevaremos a la isla Fernando de Noronha. Manos a la obra: ponga a un soldado armado detrás de cada uno de esos canallas.

El capitán no era integralista, era sólo un capitán del Ejército, jamás se había interesado por la política. Tenía el orgullo de sus estrellas y deseaba honrar su uniforme. No le gustaba ver en el puerto aquel barco inglés, sus cañones apuntando a la ciudad, le parecía una afrenta a su patria. No le gustaban tampoco esas órdenes que recibía de arrancar de sus casas a los obreros, de llevarlos al trabajo a la fuerza. Hubo un tiempo, allá durante el Imperio, en que empleaban al Ejército para cazar esclavos. Los oficiales dijeron: «No somos jefes de bandas de facinerosos». Y se negaron a enviar a sus hombres a cazar a los negros huidos de los señores de los ingenios.

¿No pasaba ahora lo mismo? ¿Para eso había ido a la Academia Militar y había estudiado táctica y estrategia, había hecho solemne juramento a la bandera? Había soñado siempre con el fuego de los combates, con el olor a pólvora, con la gloria sangrienta de las batallas. Y ahora se sentía defraudado; iba a verse convertido en un facineroso a la caza de obreros desarmados.

En su honrado rostro se reflejó la repugnancia ante aquellas órdenes que le daba el coronel integralista con solemne voz de mando.

—¿Qué piensa, capitán?

—No es ésta la guerra con la que tanto he soñado. No son soldados enemigos.

—No hay enemigo peor que esos malditos comunistas. Enemigos de Dios, de la Patria y de la Familia. Enemigos del orden establecido, gente que obedece órdenes del extranjero. Es un honor combatir contra ellos, capitán. Esto es una verdadera guerra.

Se calló el coronel, feliz por su discurso. Se calló el capitán, nada convencido. En el silencio hostil buscó el coronel nuevos argumentos decisivos. Encontró uno, irrefutable:

—Y aquí soy yo quien manda, y su deber es obedecer. Usted es militar y sabe qué es una orden. Le he dado una orden y usted no tiene por qué discutirla.

El capitán se puso firme. «Un militar tiene que obedecer», pensó.

—Puede irse, capitán.

Eso ocurrió en Santos, ocupada por los soldados como una ciudad enemiga

conquistada, al finalizar la huelga de los estibadores. Contra ella se alzaron fusiles, ametralladoras, contra ella se declaró la guerra.

Era una guerra, sí, guerra de clases; era una ciudad enemiga, sí, enemiga de la constitución fascista, del Estado Novo, de las banderas nazis en los barcos, de los regalos de café a Franco. Ocupada por soldados, conquistada, pero no apagada la llama interior que la sustentaba. Así era Santos en aquellos días, aurora de la libertad empedernida, bandera desplegada al viento, roja ciudad comunista.

Blanco soldado Antonio; Manuel, mulato pardo; negro, negro de carbón, era el soldado Romão. Estaban en Santos tres soldados, de bayoneta calada.

Antonio, soldado blanco, había sido antes fundidor. Amaba el resplandor del fuego y el calor de la fragua. En el cuartel estaba callado. ¿En qué pensaba Antonio?

Pensaba en su fragua, también en su hija: tenía dos años y medio y los ojos embrujadores de su padre. En su mujer pensaba Antonio con su fusil.

Estaban en Santos tres soldados de bayoneta calada.

Manuel, mulato pardo, escarbaba en tierra ajena antes de convertirse en soldado. En la tropa aprendió a leer, y aprendió otras cosas también.

Soñaba con tener tierra un día, trabajar tierra suya, no labrar tierra ajena. No tenía novia, pero tenía madre en quien pensar. Y en ella pensaba Manuel con su fusil.

Estaban en Santos tres soldados de bayoneta calada.

Negro, negro carbón, era el soldado Romão. Había sido estibador en el largo muelle de Bahía. Grabado en el pecho llevaba el nombre de su novia, María.

En su novia pensaba, y en el verde mar de Bahía. Y por las tardes cantaba sentado, con su fusil.

Blanco soldado Antonio; Manuel, mulato pardo; negro, negro de carbón era Romão. Estaban en Santos tres soldados, de bayoneta calada.

Antonio leyó un papel. Circulaba entre los soldados, de mano en mano, escondido. «¿Qué haces, soldado?, les preguntaba el papel. ¿Vas a apuntar tu fusil contra los huelguistas de Santos, tus hermanos trabajadores?».

Había sido fundidor, había participado en huelgas, un día volvería al calor de su fragua. Pensaba el soldado Antonio al lado de su fusil.

Estaban en Santos tres soldados, de bayoneta calada.

Encontró la octavilla en su camastro el mulato pardo Manuel. Alguien la había puesto allí, también en los otros lechos. «Soldados y campesinos, obreros, marineros, todos están oprimidos». «Soldado, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a disparar tu fusil contra otros pobres como tú?».

Escarbaba en tierra ajena, era el más pobre de los pobres. ¿Contra los pobres? ¿Disparar? Manuel mira su pesado fusil.

Estaban en Santos tres soldados, de bayoneta calada.

Le dieron un papel a Romão. Muchos otros pasaban de mano en mano en el cuartel. «Soldado, ¿vas a obligar a los estibadores de Santos a trabajar para los fascistas? ¿Vas a usar tu fusil para derramar nuestra sangre, sangre de tus hermanos? Soldado, ¿qué haces?».

Había sido estibador en el largo muelle de Bahía. Entre los soldados salió el soldado negro Romão. Dejó el fusil en el suelo.

Estaban en Santos tres soldados, de bayoneta calada.

Muchos soldados estaban en Santos, de bayoneta calada.

Empezaron cargando un barco de café. Un soldado es para guerrear. ¿Dónde se ha visto soldados cargando barcos de café? Pero peor sería mañana. Un oficial había dicho: «Ponerles el fusil en el pecho a los estibadores en huelga. Llevarlos al trabajo, vigilarlos en el trabajo».

Estaban en Santos tres soldados, de bayoneta calada.

Muchos soldados había en Santos. Todos leen su papel: «Soldado, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a obligar a tus hermanos a trabajar para los fascistas? ¡Soldado, no lo hagas!».

Hablaron en el cuartel: «¡Soldado, no lo hagas!». ¿Cómo iban a poder hacerlo? «¡Soldado, no lo hagas!». Decidieron no hacerlo, el soldado está para guerrear.

Estaban en Santos tres soldados, de bayoneta calada.

Muchos soldados en Santos, todos leen su papel: «¡Soldado, no lo hagas!».

Cuando se enteró el coronel de la resistencia de los soldados, cogió la pistola y se dirigió al cuartel.

Los soldados decidieron sortear entre ellos quién iba a hablar con el coronel. El primero fue Antonio. Manuel fue el segundo. No sortearon el tercero: había sido estibador en el largo muelle de Bahía, y por eso se presentó voluntario el soldado negro Romão.

Ni siquiera empezaron a hablar.

Estaban en Santos tres soldados, de bayoneta calada. Blanco soldado Antonio; Manuel, mulato pardo; negro, negro de carbón, era el soldado Romão.

Estaban en Santos tres soldados, los tres de espaldas a un muro, blanco soldado Antonio; Manuel, mulato pardo; negro, negro de carbón era el soldado Romão. Roja sangre de los tres, de los tres soldados de Santos.

Estaban en Santos tres soldados, roja sangre de los tres...

Tal vez porque los ojos grandes habían quedado abiertos, como espantados ante la muerte, tal vez por el rostro moreno, de belleza meridional, la muchacha caída entre los naranjos le recordó a Apolinario, al mismo tiempo, a su hermana distante, rezando trémula por él en Rio de Janeiro, y a aquella camarada de São Paulo que le había llevado al hotel el falso carnet de identidad y que luego fue a despedirle a Santos. Se llamaba Mariana, ¿qué sería de ella?

Era una noche clara, a pesar de que la luna aún no había salido. Apolinario marchaba con sus hombres, cansados del combate. También él iba cansado, terriblemente cansado. Había vuelto del hospital pocos días antes, con la herida del muslo apenas cicatrizada. A lo lejos, se veían las luces de una aldea, abandonada por los falangistas. Hacia allí se dirigían. A pesar del cansancio y de que llevaban varios heridos, los soldados cantaban en voz baja, satisfechos de la victoria.

Tal vez también procedía de los naranjales aquel obstinado recuerdo de Brasil que asaltaba a Apolinario desde que había encontrado el cadáver de la muchacha, el vientre rasgado por la ráfaga de ametralladora. Consuelo, Encarnación, Dolores, ¿cómo se llamaría, muerta aún tan joven, cuando cogía naranjas en su huerto? Las naranjas estaban a su alrededor, derramadas de la cesta que llevaba, y su sangre había dado tonos rojos a la monda color dorado. Algunas frutas habían sido reventadas por las balas, y su miel sabrosa se mezclaba con la sangre de aquella campesina muerta. Y en los ojos de la muchacha, aquel espanto. Muchas veces, en los días de combate intenso, la muerte había estado al lado del capitán Apolinario y de sus soldados. Había visto a varios hombres caer bajo las balas alemanas de los falangistas, pero sólo había sentido verdaderamente la presencia de la muerte, su gélida realidad, al encontrar a la muchacha muerta caída entre los naranjos, los grandes ojos abiertos, la mano crispada sobre las hojas verdes.

Un poco más allá dieron con la ametralladora abandonada. Era, sin duda, un arma alemana, los nazis mataban indistintamente a soldados y civiles, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Los soldados de Apolinario recogieron la ametralladora. La casita próxima estaba vacía y silenciosa, tal vez los padres de la muchacha habían tenido tiempo de huir y esconderse en alguna parte. Apolinario vio rosas plantadas ante la casita, claveles floridos: como su hermana, la muerta amaba las flores, con ellas adornaría su pelo negro, sin duda... Sin saber siquiera por qué, cogió una rosa y la llevó consigo. No se había apartado muchos pasos cuando encontraron, uno al lado del otro, los cadáveres del viejo y de la vieja. La mujer había recibido la descarga en la cara, y cayó de bruces en la tierra. A los nazis les gustaba no hacer distinciones al matar.

—¡Miserables! —dijo un soldado.

Era un joven paraguayo, venido también del campo. Tal vez tuviera allá, en la patria lejana, a una madre esperándole, una vieja madre como aquella campesina



caída de bruces, una hermosa hermana como la muchacha del vientre segado por las balas. La luna empezó a salir, y una ráfaga de luz amarilla saltó entre los naranjos, recordando paisajes brasileños. Uno casi igual había visto Apolinario una vez que fue a ver a un amigo, dueño de un huerto de naranjos en Nova Iguazú: la luna se derramaba en la noche sobre los árboles, aunque allí no había cadáveres dispersos. El capitán pensaba en Brasil, en medio de la guerra, avanzando al anochecer hacia la aldea. Estaba lejos de Brasil, al otro lado del mar, ¿qué estaría ocurriendo allí a esta hora? ¿Cuántos de entre sus soldados, voluntarios llegados de toda América, no pensarían en sus patrias en este mismo instante? El soldado paraguayo recordaría sin duda los campos de hierba mate donde dejó, curvada sobre la tierra en las duras labores de cada día, a su madre india, de sufrido rostro silencioso. La visión del cadáver de la vieja campesina, el rostro destrozado contra el suelo, le había arrancado un grito de animal herido.

A Apolinario, el cadáver de la muchacha le recordó a su hermana, y también a Mariana, morena como ella. Desde aquel recuerdo, su pensamiento divagó hasta el de sus compañeros, al partido y a la lucha. En un diario de Madrid había leído una información sobre el inicio de la huelga de Santos: los descargadores y estibadores se habían declarado en huelga para no cargar el café ofrecido a Franco por el gobierno del Estado Novo. Se hallaba entonces en el hospital, y recordaba la noticia en el periódico. Aún ahora lo llevaba consigo en el bolsillo de la guerrera y se preguntaba cómo habría terminado aquella huelga, la primera desde el establecimiento del Estado Novo fascista.

El recuerdo de la patria persistía en él, intenso, y era raro el día en que sus pensamientos no se volvían a Brasil. Cuando en los días de permiso iba en busca de otros brasileños —luchaban unos cincuenta en España— la conversación no tenía otro tema: hablaban constantemente de Brasil, de donde raramente llegaban noticias. Formulaban hipótesis, hacían cálculos sobre la duración del Estado Novo, se inquietaban por lo que pudiera ocurrirle a Prestes y a los demás presos políticos. Sabían que la mayoría de los presos y condenados por los sucesos de 1935 habían sido enviados a la isla de Fernando Noronha, al terrible presidio en medio del mar, perdido entre las costas de Brasil y de África. Y se interrogaban también, ansiosos, sobre qué trabajos y peligros correrían los demás, los que estaban en libertad y dirigían la lucha ilegal.

Apolinario tenía sed y hambre de noticias de Brasil, y las buscaba impaciente en los periódicos españoles y franceses. Y le irritaba el no encontrar casi nada: sólo de vez en cuando un telegrama en el rincón de una página. Le parecía entonces que la prensa daba poca importancia a Brasil, que los redactores no se daban cuenta de lo que representaba la lucha del pueblo brasileño. El telegrama sobre el inicio de la huelga de Santos era excepcionalmente más amplio. Pero luego no había aparecido ninguna otra información, ¿qué estaría ocurriendo allá?

Cuando llegó a España, desde Montevideo, había vivido días de intensa emoción

al encontrar en todas partes, en el país en guerra, en las calles bombardeadas de ciudades y aldeas, en los muros del Madrid irreductible, las pintadas pidiendo la libertad de Prestes. Le rodeaba el calor de la inmensa solidaridad desarrollada por los trabajadores y los combatientes españoles con los antifascistas brasileños presos, y, especialmente, con Prestes. ¿Cómo encontraban tiempo para pensar en los presos brasileños, cuando la guerra era su trágico destino cotidiano, cuando aviones alemanes derramaban bombas sobre las ciudades, cuando los camisas-pardas de Hitler y los camisas-negras de Mussolini invadían España en ayuda de los traidores, cuando los dirigentes socialistas franceses y los laboristas ingleses traicionaban al pueblo español y montaban la comedia de la no-intervención? Sin embargo, en aquellos mismos muros de Madrid, donde se leía la consigna famosa de La Pasionaria: NO PASARÁN, Apolinario encontraba las letras desiguales que reclamaban la libertad de Prestes. Era una sola lucha en todo el mundo, pensaba Apolinario ante aquellas inscripciones, el pueblo español lo sabía y, en medio de sus pesadas tareas y múltiples sufrimientos, tendía su mano solidaria al pueblo brasileño. Apolinario había amado a España desde su primer contacto con la tierra y los hombres españoles, pero aquel amor por el paisaje restallante de color, por el entusiasmo combativo de soldados y civiles, creció y se consolidó al comprobar la popularidad de Prestes y la campaña por su libertad.

Luego, al día siguiente de su llegada a Madrid, se encontró, junto con otros compatriotas, el corazón casi saltándole del pecho, en un acto de protesta contra la prisión de Prestes. Hablaron en él dirigentes republicanos, y célebres poetas recitaron versos. «Todo lo que haga aquí, será poco para pagarles lo que están haciendo por nosotros», pensaba, mientras resonaba en sus oídos la melodía de los poemas dedicados a Prestes.

Sí, el partido sabía bien lo que hacía al enviarle a España. En aquellos meses de combate en el frente, Apolinario había comprendido en la práctica la inmensa significación de aquella guerra. De su resultado iba a depender mucho la suerte del Estado Novo en Brasil, la suerte de la democracia en el mundo, la suerte de la paz amenazada por Hitler. Allí se estaba jugando el destino inmediato del mundo y de la humanidad, allí se estaba decidiendo no sólo el futuro de España, sino también el de Europa y el de los más distantes países del globo. Veía el cerco capitalista sofocando las victorias del pueblo español; los hombres de gobierno de Francia, de Inglaterra y de los Estados Unidos, los mismos que se llamaban demócratas y socialistas, vendiendo a Hitler aquella España gloriosa, y sentía que el pueblo español y los pueblos del mundo entero tenían que ganar aquella guerra. Si la perdían, la paz estaría perdida. Hitler tendía ya sus garras asesinas sobre Checoslovaquia, la cuestión sudeta dominaba las primeras páginas de los periódicos.

Apolinario no se sentía ya inquieto por no estar en su patria, entregado ya por entero a sus nuevas tareas. Había sido enviado al frente con el grado de teniente. Muy pronto fue herido en campaña, de un metrallazo en el muslo, y en el hospital no podía

contener su impaciencia. Apenas iniciada la convalecencia quería ya convencer al médico para que lo dejara salir, para que le considerara de nuevo apto para el combate. El médico se reía de sus débiles argumentos, pero aun así Apolinario consiguió abreviar el tiempo de hospital y, poco después de haber regresado al frente, conquistó de manera heroica las estrellas de capitán. Se fue enamorando de España, de su belleza, del heroísmo de sus hijos, de la bravura y la inteligencia de los obreros convertidos en soldados y generales, en hombres públicos y ministros, de la firmeza de los campesinos que tomaban el fusil para defender las conquistas de la República, de las melodías cantadas al partir para el combate, de la capacidad de sacrificio del pueblo, de los grandes dirigentes proletarios, como Pepe Díaz y La Pasionaria. Y a eso se unía su consciencia de la significación de la guerra de España. Se sentiría enteramente feliz allí, combatiendo arma en mano contra el fascismo, si no fuera por el persistente recuerdo de Brasil.

Aún ahora, avanzando entre los naranjos rumbo a la aldea de luces entrevistas, el rostro de la muchacha muerta le había traído a la memoria la figura familiar de su hermana y el recuerdo amigo de la camarada de São Paulo. Y al recordarlas, su pensamiento volvió hacia las preguntas siempre repetidas: ¿Qué ocurrirá ahora allí? ¿Cómo vivirán los compañeros en Fernando Noronha? ¿Cómo marchará la lucha? ¿En qué habrá acabado la huelga de Santos?

Oye a los soldados, que hablan, susurrantes, un poco rezagados. Una variada mescolanza de acentos sudamericanos, algunos duros acentos de hombres de habla inglesa. Son compañeros llegados de los más diversos países para luchar al lado del pueblo español. Hay de todo entre sus soldados, incluso un negro de Trinidad, y en los combates de aquel mismo día había caído un muchacho rubio llegado del Canadá. Había sido un día difícil, habían perdido muchos hombres defendiendo una colina, aislados del grueso de las fuerzas, bajo la metralla permanente de los fascistas. La orden era mantener la cota hasta que los enemigos, vencidos por las fuerzas republicanas, retrocedieran en toda la extensión del frente.

Haciendo y deshaciendo trincheras y parapetos destruidos por la artillería fascista, habían pasado días y noches, prácticamente sin comer, obligados a ir a buscar agua en la ladera, en un descampado batido por los cañones. Un avance parcial de los fascistas aisló a sus hombres del resto de la brigada y quedaron cercados en la colina. Había que esperar la noche para arriesgarse a ir a por agua. Pero no se rindieron: «Moriremos todos aquí, si es necesario, pero no entregaremos la colina», había dicho Apolinario, y sus hombres estuvieron de acuerdo. Parecía una tropa de fantasmas, los uniformes sucios de barro y tierra, desgarrados por las piedras, la barba crecida, los ojos inyectados de sangre por las noches en vela, hambrientos. Muchos habían caído bajo la metralla, pero se mantuvo la posición hasta que, batidos por las fuerzas republicanas, los fascistas retrocedieron. El fuego cesó al caer la tarde, el enemigo abandonó sus posiciones. Pocos hombres le quedaban a Apolinario, y casi estaba sin municiones. En lo alto de la colina yacían los cadáveres de compañeros queridos, y

varios de los que avanzaban entre los naranjos estaban heridos y se apoyaban unos en otros. Dos eran transportados en camillas improvisadas. Pero se mantuvo la cota. Los fascistas no habían pasado.

Marchando entre los naranjos, fatigado y somnoliento, sintiendo el agudo dolor del muslo herido, Apolinario piensa en Brasil. ¿Cuándo podrá volver? Desde luego, no antes de que la guerra termine, cuando hayan derrotado completamente a los falangistas, expulsado de la Península a los invasores nazis y fascistas, cuando la bandera de la República ondee en cada ciudad y en cada pueblo de la España liberada. Volverá entonces y tendrá que entrar clandestinamente, pues ha sido condenado en Brasil a ocho años de cárcel por haber participado en la insurrección de 1935. Había sido dictada sentencia cuando ya estaba en España, y se enteró al salir del hospital. Expulsado del Ejército, condenado a ocho años... Tendría, pues, que entrar ilegalmente, vivir bajo nombre falso, escondido de la policía. Tal vez vuelva, ¿quién sabe?, a atravesar la frontera entre Uruguay y Brasil por aquellos campos próximos a Bagé. Pero ¿y si pierden la guerra? ¿Y si España es entregada a Hitler y a Franco? No, más fuerte que la conspiración interna y externa ha de ser el pueblo... Vencerán, y él volverá a Brasil, ¿pero cuándo? Apolinario se interroga avanzando entre los naranjos, en la mano una rosa abandonada, cogida en el pequeño jardín de la muchacha campesina asesinada.

Un ruido próximo, pasos de quien se esconde. Algunos soldados lo habían notado ya, y se detenían a escuchar. Apolinario se acerca.

—Algún falangista que se quedó atrás y anda intentando esconderse...

—A lo mejor es el que mató a los viejos y a la chica...

—Vamos a buscarle.

Los soldados se dispersan entre los árboles, inclinados, silenciosos, con la esperanza de encontrar al nazi asesino de campesinos desarmados. El propio Apolinario se interna entre los árboles. También a él le gustaría encontrar al alemán de la ametralladora, al que había desgarrado el vientre de la muchacha y el arrugado rostro de la anciana, al que había manchado de sangre la monda jugosa de las naranjas. «¡Miserable...!».

El sargento Franta Tyburec, de la brigada Dimitrov, oye el rumor sofocado de los soldados que le buscan. Se detiene, trata de esconderse entre los árboles de tal forma que pueda descubrir si son amigos o enemigos los que avanzan y cuchichean. Le duele la cabeza, ¿cuántas horas habría estado sin sentido? Mucho tiempo, seguro. Al volver en sí, ninguno de sus compañeros de batallón se hallaba en las proximidades. Fue en el último avance contra las posiciones falangistas. Un cañonazo hizo volar las paredes de la casa, y las piedras alcanzaron a Franta, que avanzaba, derribándole y dejándole sin sentido. Al restablecerse del desmayo, comprobó que no tenía ninguna herida grave. Estaba con el cuerpo molido, una piedra le había rozado la cabeza arrancándole un jirón de piel, fue ésta sin duda la que lo derribó. Se levantó y se dio cuenta de que había terminado la batalla. Ya no se oían los truenos de la artillería ni el

silbar de las balas. Empezó a andar con esfuerzo, le dolía el cuerpo, tenía una rodilla hinchada.

«¿Habrán retrocedido los fascistas?», fue su primer pensamiento, y no para saber si estaba en territorio dominado por los republicanos o por los enemigos, si corría o no peligro. Se preguntaba esto, porque el sargento Franta Tyburec vivía ansiosamente cada minuto de la guerra, cada victoria y cada derrota, por mínimas que fueran. Sobre su patria pesaban también las amenazas del nazismo, hacia Checoslovaquia dirigía Hitler sus ojos codiciosos, y Franta sabía que en España se estaba decidiendo la suerte de Praga. Los periódicos venían llenos de noticias sobre la tensión creciente en el caso de los sudetes, sobre las conversaciones iniciadas entre los gobiernos de Francia e Inglaterra, de Alemania e Italia. También el sargento Franta Tyburec pensaba en su patria en medio de la guerra. Había que vencer a los fascistas en España para impedirles avanzar sobre Checoslovaquia y desde allí contra la Unión Soviética, contra toda Europa, llevando consigo el luto, el dolor y la muerte.

Encontró él también el cadáver de la muchacha española entre las naranjas, y también a él, aquel rostro moreno, con los ojos abiertos de espanto, le recordó a alguien: a su amada española, Consolación, muerta por los fascistas en 1936. Aquél había sido el gran amor de Franta, nacido y terminado al comienzo del drama español. Se quedó parado ante el cuerpo de la campesina, era como si estuviera de nuevo ante el cuerpo de Consolación. Franta tenía raíces profundas en España, allí había amado y sufrido, le parecía a veces que la mayor parte de su vida había transcurrido en aquellas tierras, a pesar de haber llegado comenzada ya la guerra, como uno de los primeros voluntarios. En los últimos tiempos, sin embargo, las amenazas que se cernían sobre su patria le dividían: era al mismo tiempo soldado republicano y obrero checo, y no siempre podía fundir los dos aspectos en un único ser. Últimamente, el deseo de volver se había intensificado, ¿no estaba Hitler reclamando un pedazo de su patria? ¿Y se detendrían ahí sus amenazas? ¿No había llegado el momento de volver a su puesto de lucha en Praga? Pero cuando se detenía a pensar, comprendía que España era la mejor trinchera para defender a su patria. Después de la victoria, volverá. Entonces ya no pesarán amenazas sobre Checoslovaquia; la derrota de España pondrá coto a los proyectos nazis. Él se irá, pero algo suyo quedará aquí, en tierras españolas, junto a la tumba de Consolación. El recuerdo de aquel amor, lo mejor de su vida, va a acompañarle para siempre.

De entre los árboles, Franta distingue, a la luz de la luna, el uniforme republicano de los soldados que andan en su busca. Sonríe: los fascistas han retrocedido. Para él cada palmo de terreno ganado en España es una barrera levantada en la frontera entre Alemania y Checoslovaquia. Se dirige a los soldados, cojeando.

Apolinario oye ruido de risas y exclamaciones. Desde luego, no es un nazi alemán. Los soldados no se reirían así... Aparecen entre los naranjos. Al lado del joven paraguayo viene el desconocido. Es un sargento que se pone firme y se presenta:

—Sargento Franta Tyburec...

Rostro de obrero, manos callosas saliendo de las mangas de la guerrera cubierta de polvo. Apolinario responde al saludo. El sargento explica cómo perdió a sus compañeros de batallón. Indica su cabeza herida y sonríe. Una risa simpática de hombre sencillo y bueno. Apolinario sonríe también, sigue con interés la narración del sargento, reconoce su aire eslavo:

—¿Ruso?

El sargento habla español con pesado acento:

—Checo. Minero y comunista. Sargento de la compañía Gottwald, de la decimotercera brigada, la brigada Dimitrov...

—Capitán Apolinario Rodrigues.

—¿Español?

—Brasileño y comunista. Brigada Lincoln. Lo mejor es que vengas con nosotros. Vamos a pasar la noche ahí, en esa aldea.

Reanudan la marcha. El sargento va al lado de Apolinario. De alguna parte llegan distantes melodías de acordeón.

—Están celebrándolo... —murmura un soldado.

Apolinario le cuenta al sargento:

—Cuando oímos tus pasos, creímos que eras el nazi que mató a una muchacha y a dos campesinos...

—Encontré el cadáver de la chica. Esos bandidos no tienen alma. Hay que acabar con todos uno a uno... —Había en su voz una nota de odio que hizo volverse a Apolinario.

El sargento notó que debía dar una explicación:

—No creas que tengo sed de sangre, pero mataron a mi novia, una madrileña que lo era todo para mí. Se parecía a esa que hemos encontrado ahí...

—Es curioso. También me recordó a gente mía, de Brasil... Me recordó a mi hermana por los ojos y, por el rostro moreno, a Mariana...

—¿Tu novia?

—No. Una camarada del partido, allá en Brasil. Una brava chica...

—¿Brasil? —preguntó el sargento. ¿No es en Brasil donde hay un puerto que se llama Santos?

Y, antes incluso de oír la respuesta de Apolinario, concluyó:

—Sí, es allí, en Brasil, el país del café. Esta misma mañana he leído en un periódico de Barcelona un reportaje sobre ese puerto, sobre la huelga, fue algo formidable...

Apolinario se detiene, agarra el brazo del sargento:

—¿Sobre la huelga de Santos? Perdona —dijo al notar la fuerza con que le apretaba el brazo—, pero todo lo que sé de esa huelga es que empezó, y no volví a tener la menor noticia.

El sargento se echó a reír:

—Pues yo sí sé como ha ido. Uno vive con la mitad de la cabeza en esta guerra y la otra mitad en lo que pasa en su propia tierra. Estoy aquí desde 1936, y a veces tengo la impresión de que he vivido siempre aquí. Las cosas más importantes de mi vida han pasado en este país —su pensamiento estaba otra vez en Consolación—. Pero la mitad de mi cabeza está en Praga, con los compañeros de la mina, con los camaradas del partido checo... Sé lo que es eso...

—¿Y la huelga? ¿Qué decía el periódico?

—Bueno, contaré lo que recuerdo... Qué pena, le di el diario a un soldado, después de haberlo leído.

Apolinario inclinó la cabeza, aflojó el paso, para oír mejor. La voz del sargento sonaba en la noche:

—Si no recuerdo mal, era una huelga para impedir el envío de café a los falangistas...

—Exactamente. Café que le mandaba a Franco el gobierno brasileño. Los estibadores de Santos decidieron no cargar el barco... Y se declararon en huelga. Eso es todo lo que sé.

—Pues hubo mucho follón allá. La huelga duró más de diez días. La policía hizo horrores. Detuvo a varios huelguistas, otros fueron muertos. Y, a pesar de todo, continuaron la huelga. Hubo que movilizar al Ejército para cargar el barco, y aún tuvieron que obligar a algunos soldados que se negaban...

Apolinario oía en silencio. Todos los recuerdos de Brasil le venían ahora en torbellino, y veía a los descargadores de Santos, cuya tradición de lucha conocía, batiéndose con los policías, veía a los soldados murmurando contra las órdenes reaccionarias. Los soldados a quienes amaba, sus compañeros de uniforme.

—¿Los soldados? ¿Se negaron a obedecer?

—Parece que sí. Es un gobierno fascista, ¿no? Y así y todo los trabajadores hicieron la huelga para ayudarnos. Es formidable...

El checo sonreía. También su patria estaba amenazada por los fascistas, y el gesto de los estibadores de Santos tenía para él una significación especial.

Anduvieron unos pasos en silencio, entregado cada uno a sus propios pensamientos. Franta volvió a hablar:

—Tenemos que ganar... Tenemos que ganar. Somos decenas y decenas de millones y si nos ayudamos unos a otros en todas partes, no hay fuerza que pueda con nosotros, con los obreros.

—No la hay... No puedes imaginar lo que esa huelga representa. La constitución fascista prohíbe las huelgas y castiga a los huelguistas. La policía es salvaje: aporrea, tortura, mata. Nadie tiene ningún derecho. Declararse en huelga hoy, en Brasil, es tan heroico como estar en una trinchera. No hay diferencia...

Apolinario hablaba con ardor. Franta continuó:

—No sé lo que va a pasar en el mundo. No sé lo que va a pasar en mi patria. No sé como va a acabar esta guerra de España. Pero, cuando leí el reportaje sobre Brasil,

sentí que, pase lo que pase, venceremos al fin... Cuando todos los trabajadores lo comprendan... Somos los más fuertes...

—Y tenemos con nosotros a la Unión Soviética.

—Y a papá Stalin... —El sargento sonreía al pronunciar aquel nombre amado—. Tenemos que ganar.

Las notas del acordeón estaban más próximas. Venían de una carretera a donde Apolinario y sus hombres fueron a desembocar poco después. Grupos de soldados republicanos se dirigían a la misma aldea que ellos. El sargento checo salió en busca de sus compañeros de batallón. Pero, al no encontrarlos, volvió junto a Apolinario:

—Voy con vosotros. Tal vez los míos estén en la aldea. Pensarán que me he muerto...

En la aldea, llena de soldados, les fue designada una casa donde un viejo campesino de rostro arrugado, exhibiendo en una amplia sonrisa un único diente enorme, les dijo con voz llena de cariño paternal:

—Pónganse a su gusto. Es la casa de un español. Pónganse a su gusto que voy a buscar vino. De mi vino no beberán esos alemanes asesinos. Cuando estuvieron aquí, lo buscaron por todas partes, pero bien escondido lo tenía yo. Dinero no tengo. Y mi nieto, que es todo lo que me queda, está de soldado con los republicanos.

El sargento checo se despidió, siguió en busca de su batallón. También Apolinario había salido para recibir órdenes del mando, mientras los soldados se quedaban preparando, con ayuda del viejo campesino, una cena de circunstancias. Cuando volvió, ya le esperaban para iniciar el improvisado banquete. El viejo campesino exhibía orgulloso un garrafón de vino.

Apenas habían empezado a cenar cuando el sargento checo apareció en la puerta.

—¿No has encontrado a los tuyos?

—Ven a cenar con nosotros...

—Los encontré, sí, pero he vuelto —y sonreía con su amplia sonrisa cordial— porque un soldado tenía el diario del que te he hablado. Lo había guardado en el bolsillo de la guerrera para leerlo después. Se lo traigo para el capitán...

Apolinario se levantó y cogió el periódico:

—Gracias, muchas gracias, amigo...

Se sentó y empezó a leer. Era un amplio reportaje, enviado desde Santos por un español, relato circunstanciado de la huelga desde sus inicios. Allí se hablaba de las primeras detenciones, cuando los estibadores declararon que no cargarían el café para Franco en el barco alemán. El inicio de la huelga para pedir la libertad de los detenidos, la intervención del ministro de Trabajo, el asesinato de Bartolomeu, la congelación de los fondos sindicales, las huelgas de solidaridad en São Paulo, el ataque de la policía en el entierro de Bartolomeu, la carga brutal contra los obreros, las despedidas y detenciones en masa, la intervención federal, los soldados cargando el barco, el inicio de la revuelta contra las órdenes del coronel integralista, los estibadores obligados luego a trabajar a la fuerza. Y las amenazas que pesaban sobre



los que estaban detenidos aún, contra quienes se intentaba iniciar un proceso. Los descargadores españoles habían sido amenazados de expulsión, querían entregarles a Franco, pero, decía el reportaje, la huelga, aunque vencida, era una prueba de que los trabajadores brasileños estaban del lado del pueblo español y lo demostraban en su patria.

Apolinario empezó a leer en voz alta. Los soldados escuchaban en silencio aquellas noticias llegadas de tan lejos, viejas ya. El calor de aquella solidaridad brasileña ofrecida con sangre y sacrificio, les demostraba una vez más la justicia de su causa y les compensaba de aquellos días de duro combate en defensa de la pequeña cota sobre la colina y los alentaba para nuevos combates. Poco a poco habían ido dejando de comer para escuchar. El sargento checo, a quien el viejo campesino había dado también un vaso de vino, escuchaba apoyado en la puerta. Cuando el capitán terminó, con voz emocionada, de leer aquellos sucesos lejanos, el sargento Franta Tyburec, minero checo, alzó su vaso de vino:

—Camaradas, bebamos por los obreros brasileños. A la memoria de los que cayeron en esta huelga.

El campesino paraguayo se levantó:

—Y a la salud de Prestes, nuestro gran camarada.

Apolinario alzó el vaso, sosteniendo aún el periódico con la otra mano. Sí, era una sola lucha la que se libraba en Brasil contra el Estado Novo, en Checoslovaquia contra las amenazas de Hitler, en España contra la reacción en armas. Bajo la guerrera del capitán del Ejército republicano, él seguía siendo un soldado del partido brasileño, como los estibadores de Santos. Allí, en una perdida aldea española, tras el combate, reencontraba de repente a su pueblo, a sus camaradas brasileños, alzados en huelga, aplastados por la policía, pero jamás vencidos.

—¡Salud! —dijo, y su voz salía ronca de emoción.

João había permanecido en Santos durante algún tiempo, tras el fin de la huelga. Así lo habían decidido, a pesar de la falta que hacía en São Paulo, donde el secretariado se encontraba en cuadro tras la marcha del Rubio a Campos do Jordán, y donde aumentaba la tarea, especialmente después de la traición de Saquila. Pero ¿cómo abandonar Santos, uno de los bastiones del partido, en aquel momento? Era preciso levantar el ánimo de los trabajadores. Varios de ellos se sentían defraudados al ver que, pese a todo, el barco había sido cargado. Fueron los soldados quienes lo hicieron, pues los estibadores se habían negado pese a todas las amenazas. Aún así, el día en que el barco nazi con la carga de café apilada en las bodegas lanzó el pitido de marcha y abandonó el muelle, hubo descargadores que lloraron de rabia. Una atmósfera mezclada de odio y de desaliento, melancólica y pesada, dominaba el muelle. Sentían la rabia de lo que habían sufrido y seguían sufriendo por los compañeros detenidos y procesados, por los españoles amenazados de expulsión del país, por los muchos despedidos del trabajo, pero había sin duda también un movimiento de desánimo, y varios se preguntaban de qué había servido todo aquel tiempo de huelga, con heridos y muertos, los encuentros con la policía, el hambre rondando sus casas, el llanto de los chiquillos sin nada que comer, los presos y torturados, ¿de qué había servido todo aquel sacrificio, si al fin el café había salido en el barco alemán e iba a servir a los falangistas? ¿Para qué?, se preguntaban los grupitos que murmuraban en los muelles aún vigilados por el Ejército.

João se quedó para capitalizar aquel sentimiento positivo de odio y para combatir y liquidar el sentimiento negativo de desánimo. Durante la huelga, la organización del partido había crecido considerablemente, y no sólo entre los estibadores, descargadores y ensacadores del puerto, sino también en todas las empresas de la ciudad, donde se habían desarrollado movimientos de solidaridad con los huelguistas. En fábricas y barrios habían surgido nuevas células, y las antiguas habían ganado nuevas adhesiones. Pero todo este trabajo podía venirse abajo si el desaliento, la sensación de inutilidad, dominaba sobre el orgullo de la lucha y el odio contra la reacción sangrienta. Aquellos días que siguieron a la huelga fueron para João los más difíciles, los de más delicado trabajo. Era necesario levantar el ánimo no sólo de los compañeros, sino de todos los trabajadores, mostrarles concretamente que la huelga, a pesar de haber sido vencida, había sido una victoria, la primera gran victoria de los trabajadores contra el Estado Novo. La constitución fascista que prohibía las huelgas había sufrido su primer gran golpe; los obreros demostraban, con la huelga de Santos, que no estaban dispuestos a permitir que la prohibición se aplicara. El gobierno había intentado negociar y tuvo que recurrir a la violencia más brutal para conseguir sofocar el movimiento. El saldo era positivo. La huelga de Santos había animado otras, por todo el país, despertando un profundo sentimiento de solidaridad entre los trabajadores, y de solidaridad también con la España republicana. Debido a la

repercusión de la huelga de Santos, escritores y artistas habían publicado en Rio un manifiesto de apoyo a los republicanos españoles y de repudio a Franco. La huelga había demostrado que la clase obrera no estaba dispuesta a consentir la fascistización del país, que no aceptaba la constitución del 10 de noviembre, que no admitía la política internacional del gobierno de alianza con los regímenes fascistas, de aproximación a Hitler y Mussolini. Al contrario, se levantaba, en una huelga política, para combatir por la democracia. No sólo era João quien lo comprendía así, sino también el gobierno, empeñado en la tarea de aplastar toda actividad de los comunistas.

Pero muchos trabajadores no analizaban la importancia y la repercusión de la huelga, y se limitaban a considerar el hecho de no haber logrado impedir el cargamento del barco y de que varios compañeros estuvieran presos y otros hubieran sido despedidos de su trabajo en el muelle. En primer lugar, pensaba João, es necesario que los compañeros del partido comprendan exactamente el significado de la huelga, porque incluso entre muchos comunistas dominaba aquel sentimiento de frustración y de desaliento. Unas hojas llegadas de São Paulo, muy bien impresas, firmadas por Saquila y sus secuaces, criticaban duramente la política del partido, la forma como la huelga había sido lanzada y dirigida, y empezaban a tener eco en los muelles. Aquellas hojas, que hablaban en nombre de una supuesta nueva dirección regional del partido, condenaban la huelga como táctica de lucha contra el Estado Novo en aquel momento, y predicaban la alianza del proletariado con los elementos «democráticos» de São Paulo para deponer a Getúlio Vargas por medio de un golpe de estado. Muchos compañeros, desconcertados ante el contenido de aquellas hojas, buscaban a los dirigentes de célula para que les aclararan qué significaba aquella situación extraña en la que Saquila aparecía al frente de una nueva dirección y con una nueva línea política. Saquila era muy conocido en el seno del partido, y aún rodeaba su nombre un resto de prestigio. Todo eso hacía indispensable la presencia de João en Santos, incluso después de terminada la huelga.

No era fácil reunir a la gente en aquellos días. La vigilancia policíaca no había disminuido con el fin de la huelga. Santos estaba llena de policías de paisano, llegados de São Paulo y Rio, que, temerosos de nuevos movimientos en los muelles, vigilaban también a los soldados del Ejército que ocupaban la ciudad. No tenían la menor confianza en ellos, y buscaban afanosamente a los dirigentes que habían escapado a la detención, como Osvaldo y Aristides. El trabajo avanzaba lentamente, y João, a veces, pese a ser normalmente tan dueño de sus nervios, se exasperaba. Veía como iban apareciendo, cada vez en mayor número, las hojas de Saquila y su pandilla, provocando confusión creciente en militantes y trabajadores. Veía el peligro que se cernía sobre la labor del partido, sobre su propia organización. Era un trabajo muy distinto del que había realizado antes, en la preparación de la huelga y durante su transcurso, cuando lo importante era sembrar la agitación, ampliar la base, cuando era fácil llevar adelante las consignas, cuando el fuego del combate bastaba para

impulsar a los hombres y al movimiento. Ahora era un trabajo de paciencia, de explicación, que no tenía ante él un objetivo inmediato, como la huelga. João se lanzó a la tarea, y en pocos días se fue transformando la atmósfera del muelle. Jamás iba al puerto, jamás andaba por los tinglados, entre los embalajes y los fardos, no oía las canciones nostálgicas de los marineros, pero a él se debía que los muelles se animaran de nuevo y que la ilusión emergiera de aquella atmósfera pesada de confusión y de derrota.

Se reunió primero con los dirigentes locales del partido que permanecían en libertad. Les explicó detalladamente el significado de la huelga, desenmascaró a Saquila y a su grupito, les mostró las perspectivas abiertas por el movimiento huelguista, y no les dejó hasta que notó que estaban convencidos, con la necesaria consciencia para continuar su labor. Luego les envió a discutir con los demás compañeros en las organizaciones de base. Pero no le pareció suficiente, y fue él mismo ante ellos, en un trabajo largo, difícil y peligroso, y allí volvió a discutir, a explicar, a levantar los ánimos, a crear entusiasmo. Con algunos compañeros habló incluso particularmente, en especial con ciertos militantes incorporados al partido durante la huelga, atraídos por la lucha, y que ahora se sentían un poco desconcertados, sin saber qué hacer. Fueron días y días de pacientes intervenciones, de largas charlas. Desde São Paulo, enviado por la regional, había llegado material sobre Saquila, comunicando su expulsión del partido, y con la suya la de todo su grupito. João decidió que aquel material circulara, y no sólo entre los compañeros, sino también entre los simpatizantes y los trabajadores en general. Se hacía necesario hacerlo llegar a toda la masa obrera, pues ya toda la ciudad, y no sólo el puerto, estaba inundada por las hojas de Saquila, aquellas octavillas impresas en buen papel y con buena tipografía. João le dijo a Osvaldo, cuando los primeros textos de Saquila aparecieron en Santos:

—Jamás se vio material del partido tan bien impreso —sonrió con una breve sonrisa en la que aparecía una nota de desprecio hacia Saquila—. Cualquiera militante se da cuenta en seguida de que estas hojas no han salido de las imprentas del partido.

—Quizá hayan salido de las de la policía...

—Serán de los talleres de *A Noticia*. Son los armandistas los que están detrás de Saquila. Y él hace lo que puede para arrastrarlos a esa aventura. En el fondo, Saquila siempre quiso colocar a la clase obrera a remolque de la burguesía de São Paulo... Un cerdo traidor...

—Un policía —clasificó Osvaldo.

—De gente así se puede esperar de todo. Los enemigos usan contra nosotros todas las armas, desde las porras de goma para machacarnos nuestra gente, hasta tipos como Saquila, infiltrados en el partido.

Su primera gran victoria fue la unanimidad con que las células locales del partido aprobaron la decisión de la regional al expulsar a Saquila y sus secuaces. Por otro lado, João estaba consiguiendo poner en marcha de nuevo el trabajo de cada día,

encaminando hacia él a los militantes llegados con la huelga. En principio los dedicó a preparar un movimiento de solidaridad con los huelguistas detenidos y procesados, recogiendo dinero para enviárselo a las cárceles.

Poco a poco fue cambiando el ambiente en el puerto, y restableciéndose aquella atmósfera anterior de valentía y decisión revolucionaria a la que Santos debía su título de «ciudad roja». Veinte días después de terminada la huelga, João se dio cuenta de que el peligro mayor estaba superado, y de que se acercaba el momento de mostrar a la policía que no estaban vencidos, que el partido no había sido aplastado en Santos. Estudió con Osvaldo y otros dirigentes la acción que convendría efectuar: llenar los alrededores del puerto de pancartas y pintadas pidiendo la libertad de los presos.

Estaba preparando la manifestación cuando una mañana, un camarada llegado de São Paulo le trajo una nota del secretario regional. Era aquel mismo camionero que había llevado al Rubio al iniciarse la huelga, un camarada de confianza y del que jamás había sospechado nada la policía. Bebió un vaso de agua y se sentó, mientras João leía la nota. Y notó como, a medida que iba leyendo, el rostro del dirigente se cerraba angustiado, cubierto de tristeza.

—¿Cuándo vas a volver, Pedro? —la voz de João era casi dolorosa.

—De madrugada. Sólo espero a cargar el camión. Me dijeron que es posible que vinieras conmigo. De madrugada es mejor, no hay tanta vigilancia en las carreteras...

João se sentó también, volvió a leer la carta. De repente, se decidió, y su voz era otra vez la de siempre. Sólo con mucho esfuerzo podría notársele un leve temblor. Su rostro iba recuperando la apariencia cotidiana, un poco fatigado, un poco severo. Sólo seguían tristes sus ojos, clavados en la pared del cuarto, como si quisieran ver a través de las paredes, en algún punto distante.

—No. No voy a ir contigo. Tengo que hacer aún aquí. Pero, espera, te voy a dar un recado para los de allá.

Tenía ganas de preguntar más al camarada. Las preguntas subían de su pecho, pero sabía que era inútil, que Pedro, desde luego, no sabría nada. Escribió la nota casi maquinalmente. Su pensamiento estaba con el niño perdido, que no llegaría a nacer, el hijo aquel que tanto había esperado, con quien tanto soñara... Y Mariana, pobre, cómo debía de estar sufriendo...

Mariana había abortado a consecuencia de una caída, al saltar de un tranvía en marcha. Había tenido la impresión de que le seguía un policía y, para despistarlo, saltó del vehículo entre dos paradas. Cayó de mala manera, sobrevivió a la hemorragia, pero perdió al hijo. Ya se encontraba mejor, le habían contenido la pérdida de sangre, pero se sentía destrozada. Era Zé Pedro quien le escribía, diciéndole, en nombre de la dirección regional, que volviera ahora, cuando ya lo más duro del trabajo estaba hecho. Pero en el mismo papel en que le escribía Zé Pedro, había unas líneas de Mariana, escritas con letra insegura de enferma: «Si tienes que hacer, no vengas. Estoy bien. Puedo esperar».

«Buena chica. Y valiente», pensaba João mientras entregaba al chófer la carta para Zé Pedro. Sabía anteponer, también ella, el trabajo del partido a sus intereses personales. João podía imaginar hasta qué punto necesitaba Mariana de él en estos momentos, midiendo la necesidad que él mismo sentía de estar junto a ella, de buscar en su amor el consuelo para soportar la dolorosa noticia. Si estuvieran juntos, sería, sin duda, mucho más fácil. En el primer momento había pensado sólo en volver, en ir a acariciar el rostro amado de la esposa, a consolarla y consolarse con su afecto. Fueron las líneas escritas por Mariana las que le hicieron comprender que el trabajo no estaba terminado en Santos, que aún no había llegado el momento de partir. Por doloroso que le resultara quedarse allí, sólo con aquella noticia, con la pérdida de aquel hijo tan ansiosamente esperado...

Soñaba desde hacía mucho tiempo con aquel hijo. Incluso antes de casarse, de conocer a Mariana, de amar a cualquier mujer, había soñado con aquel hijo, capaz de llenar de vida y de alegría su difícil y peligrosa existencia. Cuando, durante la huelga, el Rubio le habló de la gravidez de Mariana, João se había sentido leve y matinal, despojado de toda fatiga, y el trabajo le había parecido más fácil, y las noches de vela más cortas. En sus raros momentos de descanso imaginaba cómo sería cuando el niño hubiera nacido y él le tomara en sus brazos, viéndole agitarse, articular sonidos ininteligibles, abrir los ojos ávidos a la vida entorno. Le veía después, crecido ya, pronunciando las primeras palabras en la lengua embarullada de los niños, que tanto amaba, dando los primeros pasos indecisos, y era como si ya lo tuviera consigo, de tanto como soñaba con él. Con él y con Mariana, pues en su pensamiento madre e hijo se juntaban en el mismo infinito cariño.

Afortunadamente, Mariana no corría peligro. Sólo estaba destrozada moralmente, y muy triste. ¿Cómo no iba a estarlo? También ella ansiaba aquel hijo, también ella soñaba con aquel niño que crecía en su vientre, y João recordaba aquella noche pasada en casa cuando fue a São Paulo, durante la huelga, a reunirse con el secretariado. Había sido una noche encantada, uno de esos raros momentos en la vida totalmente llenos de alegría: la alegría de volver a verse los dos, tras la separación, y de volver a verse cuando una nueva vida se gestaba, creada por su amor, aquella vida que iba a completar la ternura de João y Mariana. Ella le había mostrado los zapatitos que tricotaba en sus noches libres, las camisitas que le iba haciendo su madre, aprovechando los retales traídos de casa de la hermana. Y hablaron del niño horas y horas, mezclándole en sus sueños, en su esperanza, en su lucha. Cuánto debía de estar sufriendo Mariana, y, pese a todo, su consciencia de militante prevalecía sobre el dolor y la tristeza, y le decía que se quedara mientras tuviera trabajo por hacer. João, tras la marcha del camionero, se quedó algún tiempo entregado a sus pensamientos. Y el recuerdo de Mariana le trajo el recuerdo de un trabajo por hacer y que había ido aplazando días y días por saber que era una tarea dolorosa. Tenía que ir a ver al negro Doroteu, a ayudarle en la crisis que el compañero estaba atravesando. Ya debería haber ido a ver al negro, de quien tenía noticias por medio de Osvaldo. Pero sólo

ahora comprendía lo que debía de estar sufriendo su compañero, y qué lógica era aquella crisis en que se debatía. João decidió ir a verle aquella misma noche.

Buscado por la policía, el negro Doroteu estaba escondido en una casa de São Vicente, adonde habían ido algunos compañeros para intentar que se interesara de nuevo por los trabajos del partido, por las noticias sobre el fin de la huelga, por las nuevas tareas que planteaba la ruptura con Saquila. Pero el negro era la imagen misma del desaliento, de la indiferencia ante todo.

En los primeros días, tras la muerte de Inácia, había vivido como atolondrado, hablando solo, con frases sin sentido, queriendo matar a policías para vengarse, y habían hecho lo posible para alejarle del puerto, para esconderle lejos de la atmósfera de la huelga. Osvaldo había estado con él, finalizado el conflicto, para hablarle en nombre del partido. Pero Doroteu oía sus palabras sin entenderlas, no reaccionaba, como si la vida no le importara ya nada. Sólo al saber que el barco alemán había sido cargado por los soldados, murmuró:

—Y para eso murió ella...

João estimaba al negro Doroteu, le gustaba su alegría, su bondad, su dedicación. Tímido y reservado, João amaba la desenvuelta alegría del negro, aquella poesía que parecía embargarle, el agreste lirismo de su armónica. Solía decir que para el negro Doroteu la revolución era una fiesta, que la sentía así. Desde el día de los tumultos del entierro de Bartolomeu, João había decidido ir a hablar con Doroteu, pero había ido aplazando la visita, con el pretexto de que tenía cosas más inmediatas y urgentes por hacer. Ahora, tras la noticia llegada de São Paulo, João se preguntaba si no habría ido aplazando la visita inconscientemente, temeroso de aquel dolor abierto en el negro como una llaga. Comprendía ahora que no había tarea más inmediata y más urgente que la de devolver el ánimo al compañero Doroteu, la de ayudar a aquel camarada tan despiadadamente herido. «El hombre es el capital más precioso», se encontró repitiendo para sí mismo. Debía ir a verle aquella misma noche, ya que no podía estar en São Paulo para consolar a Mariana.

João había aprendido a dominar sus emociones en los largos años de su vida revolucionaria. De él decían sus compañeros que era un «témpano» inmune a las emociones. Pero sintió que se le humedecían los ojos cuando, en la pequeña salita pobre, el negro Doroteu le abrazó, le apretó contra sí, sin intentar siquiera ocultar las lágrimas. También el negro esperaba un hijo, y ese hijo no nacería ya. También Inácia estaba grávida, como lo había estado Mariana. João apretó los dientes, hizo un esfuerzo, pero aún así su voz sonaba trémula cuando le dijo, en voz muy baja:

—Nadie dio más por la huelga que tú, Doroteu, que diste a tu mujer y a tu hijo. ¿Qué te voy a decir? Tú sabes que todos nosotros compartimos tu dolor...

El negro se cubrió el rostro con sus manos enormes. João continuó.

—También en España están muriendo mujeres y niños. Cumplimos con nuestro deber. De esas muertes nacerá la paz para todos. No somos hombres para quedarnos llorando en un rincón. La sangre de los nuestros no pide lágrimas, lo sabes muy bien.

No es llorando como nos hacemos dignos de ellos...

De todos los hombres que él conocía, João era el más respetado por el negro Doroteu. Jamás había visto a Prestes, no conocía a ningún dirigente nacional. João era para él el símbolo del partido. Tal vez hubieran sido aquellas palabras las primeras que atravesaron la coraza de dolor que le había cubierto desde la muerte de Inácia.

—Si al menos hubiéramos ganado... Pero allá se fue el café, para España. ¿De qué sirvió todo? ¿Para eso murió ella?

—Sé lo que sientes. Sé que es duro. Pero un comunista es un comunista. Dicen que un gato es un gato y un hombre, un hombre... Y yo te digo que un comunista no es un hombre como los demás. Por algo somos comunistas. Para saber soportar también con más valor que los otros los malos momentos.

—Eso es fácil de decir... Pero cuando uno...

—Mira Prestes: su mujer está en un campo de concentración en Alemania. Y eso es peor que la muerte. Su familia anda dispersa por el mundo. Su hija nació en la cárcel, está en manos de los nazis. Y mira cómo se comporta Prestes.

—Para eso es Prestes... No todos podemos ser como él.

—Él es el ejemplo para todos nosotros, para todos los comunistas brasileños. Nuestra obligación es intentar ser tan valerosos como él.

Doroteu le miró, vio la tristeza en los ojos de João. Recordó aquella noche de la huelga, cuando el dirigente le dijo que también su mujer esperaba un niño. Habían estado riéndose los dos, hablando de los chiquillos que iban a nacer. Ahora ya no nacería ningún hijo de Doroteu, hijo y mujer habían muerto bajo los cascos de los caballos. João podía hablar, porque su hijo estaba creciendo en el vientre de su madre y, pasados unos meses, lo tendría en sus brazos. Una cosa es estar triste por los demás, y otra es perder todo lo que uno tiene en el mundo...

—Perdí todo lo que tenía...

—¿Y el partido? ¿Y la lucha? ¿Y nuestra causa, Doroteu?

—¿Nuestra causa? Lo he perdido todo, João, de una vez: Inácia, el niño, hasta la huelga que perdimos... Si al menos el barco no se hubiera llevado ese maldito café para los fascistas...

—¿Qué es lo que crees? ¿Que la huelga es el objetivo final de nuestra lucha? ¿Que la huelga es un fin en sí? La huelga es un medio de lucha. Nosotros, Osvaldo, yo y los demás, ya se lo hemos explicado a los compañeros del puerto. No somos un partido para ganar huelgas, somos un partido para hacer la revolución. Una huelga que se gana, una huelga que se pierde, son sólo pasos en el camino de la revolución. Y esa huelga, que tú dices que hemos perdido, ha sido un paso enorme...

El negro se iba interesando. João volvió a dar las mismas explicaciones, largas y pacientes, que ya había dado a tantos otros.

De vez en cuando, Doroteu le interrumpía con una pregunta. Osvaldo tenía una media sonrisa en los labios. Veía al negro resurgiendo de su dolor.



—Ahora es cuando empieza el trabajo más duro. Hay mucho que hacer. Capitalizar todo lo que la huelga nos dio, consolidar la organización del partido, alzar un movimiento de solidaridad con los detenidos, preparar las condiciones para un movimiento aun mayor...

João veía a Doroteu debatiéndose entre el interés por la política y el dolor por la definitiva ausencia de Inácia, por aquella brutal desgarradura de su ilusión de tener un hijo. No bastaban las consideraciones políticas. Puso una mano en el hombro del negro, con un gesto solidario:

—¿Qué diría Inácia si te viera así, desmoralizado, entregado a la desesperación, sin hacer el menor esfuerzo para vencer esa crisis? ¿Qué diría? —hablaba ahora como para sí—. Era alegre y buena, nunca conocí a nadie tan alegre como ella... Tenía más entusiasmo que todos nosotros... ¿Qué diría ella, Doroteu? Inácia no estaría satisfecha, estoy seguro...

—Mi alegría era la suya, camarada...

—¿Qué te diría Inácia si ella estuviera aquí, en mi lugar? Sé que te diría que queda mucho aún por hacer, que un comunista no tiene derecho a dejarse dominar por el sufrimiento cuando luchamos por la causa mayor del mundo...

—Eso es fácil de decir, camarada, cuando uno no ha perdido a la mujer y al hijo, cuando la mujer de uno está esperando un hijo... Es otra cosa...

—No. Puedo decírtelo. Sé lo que es eso. Mi compañera también ha perdido el niño que esperaba —y decirlo le costó un esfuerzo inmenso. Tenía un íntimo pudor de su sufrimiento, no le gustaba exhibirlo.

—¿Qué? —dijeron al mismo tiempo Osvaldo y Doroteu.

—¿Cómo fue? ¿Cuándo?

—Hace dos días, en São Paulo. Cayó de un tranvía. Tenía la impresión de que un policía la seguía y, para despistarle saltó del tranvía en marcha. La caída provocó el aborto...

Y ahora ya no miraba al negro Doroteu. Sus ojos se perdían en una niebla de tristeza.

Doroteu se puso en pie, con las manos tendidas. Pero João no lo veía, y continuó, en voz baja:

—Sé que a veces es difícil...

Doroteu le apretaba la mano:

—¿Y no has ido a São Paulo? ¿No has ido a ver a tu compañera?

—Me he enterado hoy. Pero hay mucho trabajo aquí. Cuando acabe, volveré...

La voz de João recobraba su tono normal:

—La verdad es que cuando recibí la noticia, mi primera idea fue volver. Debe de necesitarme, la pobre. Pero en la misma nota en que me lo comunicaban los camaradas, había unas líneas de ella diciendo que no fuera hasta que no tuviera aquí ninguna tarea por hacer... Si Inácia pudiera, te diría eso también...

La voz del negro era casi un sollozo:

—Perdona, camarada João. Estoy todavía muy lejos de ser un comunista. Estoy aquí, enterrado, con todos mis pensamientos en Inácia y en el niño. Tienes razón... ¿Qué diría ella si me viese así?

Dio algunos pasos por la sala. Hablaba de espaldas a João.

—El día antes de su muerte estuvimos hablando y prometió que, si moría uno, el otro no tenía que llorar. Lo que tenía que hacer era continuar el trabajo en el partido... Y había olvidado todo eso, sólo pensaba en mí mismo, en que ya no la tenía, en que el niño ya no nacería jamás...

Se volvió hacia João:

—Y tú, con el mismo derecho que yo para quedarte en un rincón llorando, ni vas a ver a tu mujer. Te quedas aquí para venir a ayudarme... Ahora sé lo mal que obré con el partido...

Y completó con un susurro:

—... con Inácia...

—¿Qué es lo que se gana llorando? —preguntó João—. Son tantas las mujeres, tantos los niños amenazados... Si no nos damos prisa va a haber mucha gente por quien llorar en el mundo entero. Lo que hay que hacer, es apretar los dientes y meterle duro al trabajo...

—Mañana mismo quiero volver... —pidió Doroteu—. Debe estar difícil aquello en el puerto ¿no? La gente desanimada...

—Ahora va mejor... —explicó Osvaldo. Pero en los primeros días era terrible. Nos hacías falta. Nos podías haber ayudado mucho.

—Aún nos ayudará mucho... —Y João sonrió entre su tristeza al negro Doroteu. Pero no sé si vale la pena que se quede en Santos. Está muy marcado por la policía, y además... En fin, quizá sea mejor que Doroteu salga de aquí por una temporada, que vaya a trabajar a otra parte. No puede siquiera volver al muelle, está despedido. Discutiré todo esto en São Paulo, con los camaradas...

—Pero yo quiero un trabajo peligroso. Qué me importa...

—¿Qué? ¿Qué es lo que quieres? ¿Volver al trabajo del partido, o matarte?

—Tienes razón, camarada. Haré lo que me digáis. Aún ando medio alelado y no sé qué digo ni qué hago. Pero os prometo que voy a reaccionar...

João sonrió otra vez. Ahora también él sufría menos. Aquella conversación le había sido útil también a él.

—Uno aprende y se forma a base de vivir... No se nace comunista...

Se levantó para despedirse. Antes de salir, le dijo a Doroteu:

—¿Sabes que los camareros del hotel han dado el nombre de Inácia a su célula? Ahora tienes que ser un militante todavía mejor: por ti y por la memoria de Inácia, que pertenece a todo nuestro partido...

—Era tan alegre... —recordó también Osvaldo.

Y los tres volvieron a ver, como si estuviera allí en la sala pobre, entre ellos, a la hermosa negra Inácia, flor del puerto de Santos. Osvaldo la veía bailando en la blanca

arena de la playa, aquella noche en que las linternas saludaban al barco soviético anclado en la rada. João la veía, reciente militante entusiasta, recogiendo dinero entre los camareros y los empleados de los hoteles, colocando una hoja ilegal en la *suite* del ministro de Trabajo, tirándose entre las patas de los caballos para levantar la bandera brasileña. Doroteu la veía a la hora de la muerte, sonriendo entre el dolor, animándole. ¿Cómo había podido él apartarse de todo, abandonar el trabajo, olvidar al partido, encerrarse en su tristeza, cuando Inácia era la misma alegría, la misma esperanza, la imagen misma de la lucha revolucionaria?

—Estoy a las órdenes del partido, camarada.

Días después, las calles próximas al puerto de Santos aparecían cubiertas de inscripciones en las paredes, banderas rojas en los hilos de la electricidad, una pancarta reclamando la libertad de los huelguistas detenidos, había sido audazmente colgada en una esquina. Los policías iban y venían, invadieron las calles, enviaron un informe a Barros, en São Paulo, se pasaron el día retirando banderolas e intentando cubrir las negras inscripciones de alquitrán. Estibadores, descargadores, ensacadores, marineros de los remolcadores y de los barcos sonreían furtivamente ante las amenazas de los policías, y muchos de ellos, una vez terminado el trabajo, fueron a beber un trago en la taberna, para celebrar aquello. El puerto de Santos resplandecía al sol; sobre el mar volaba una banderola roja arrancada por el viento.

Aquella misma noche, João salió para São Paulo.

## **CAPÍTULO SEGUNDO**

# 1

Los hombres rondaban a su alrededor, era su cuerpo esbelto, su rostro azul de porcelana, su frágil belleza tentadora lo que ellos deseaban. Los había cínicos, como el director del Casino, que la había invitado a irse con él la noche misma de su estreno en el grill, donde los jugadores nerviosos o aburridos cenaban durante el show de cantores, bailarines y el número de varieté importados de París o Nueva York. Su presentación en el Teatro Municipal («Jandira, la misteriosa bailarina india descubierta en el Valle de Rio Salgado», decían los diarios), la campaña de publicidad desencadenada por Shopel, le habían valido aquel contrato y la invitación para participar en el reparto de una película nacional. No era aquélla la carrera que la bailarina había soñado, pero Paulo la había convencido fácilmente para que aceptara ambas propuestas:

—Éste es un país de palurdos, chiquilla... Ni siquiera tenemos compañía de ballet. ¿Cómo quieres seguir bailando, si no es en los casinos?

Y dejó el libro de poemas sobre el diván, para añadir:

—¿Qué es lo que puedes hacer, fuera de eso? Dar un espectáculo de ballet al año, uno aquí y otro en São Paulo, cuando más... Y aunque fueras rica y te limitaras a eso te olvidarían de un año al otro. En Brasil, pequeña, quien no está permanentemente en cartel es derrumbado como un trasto viejo... Trata de aprovechar todo lo que te ofrezcan: casinos, cine, teatro, fotografías para anuncios. En este país hay que hacer de todo al mismo tiempo. No hay lugar para especialistas. Mira a Shopel: si intentara vivir de la poesía andaría pidiendo limosna en la puerta de las iglesias... Y ya ves, se está llenando de dinero sirviendo de testaferro a Costa Vale. ¿Y qué es lo que hago yo? ¿Por qué me sujeto a los horarios del Itamarati? ¿O crees que he nacido para funcionario público? Tú tienes al menos la suerte de poder quedarte en los suburbios de tu arte... Firma el contrato, hija mía, fírmalo pronto, antes de que se arrepientan...

Y volvió a la lectura de los versos surrealistas, sin querer esperar respuesta.

Los cínicos, los que exponían brutalmente sus proposiciones, los que la trataban como si fuera una ramera, a éstos no era tan fatigante y doloroso decepcionarles: al oírles, Manuela se ponía furiosa, con la ira explosiva de los tímidos, y les respondía con inesperada violencia. Así había ocurrido con el director artístico del casino. Tras haber bailado —tuvo éxito y le hicieron repetir dos números— el hombre la invitó a cenar. Como el día de su estreno en el casino coincidía con una recepción en la embajada inglesa, a la que Paulo no podía dejar de asistir, Manuela aceptó, más que nada para pasar el tiempo y evitar así llegar a casa mucho antes que él. Quería hablar de su éxito, de aquel éxito en el casino, que le proporcionaba una alegría tan pequeña que era casi melancolía... El director artístico, un experiodista que había pasado unos años en Europa viviendo a salto de mata, encargó una botella de champán. Durante la cena alabó sus danzas, le prometió una renovación del contrato cuando finalizara el recién iniciado, dentro de tres meses...

—Si eres buena conmigo, claro...

Manuela no le entendió:

—¿Buena? ¿Cómo?

—No te hagas la ingenua. Soy perro viejo, formado en la escuela de París...

Manuela empezaba a entender. El hombre se inclinó hacia ella, entornando los ojos:

—No tengo nada que hacer esta noche... Tomamos un taxi y en cinco minutos estamos en mi apartamento...

Manuela sintió ganas de abofetearle:

—¡Cerdo! ¡Cállese!

Se levanta, con el rostro encendido. En el camerino no pudo contener las lágrimas. Nunca más volvería allí, se juraba. Estaba ofendida en lo más íntimo de su ser. ¿Cómo se había atrevido aquel hombre a tratarla así, como a una cualquiera? Tal vez porque sabía que vivía con Paulo sin estar casada...

Al día siguiente, domingo, Shopel fue a almorzar con Paulo, y fue el poeta quien notó la tristeza de Manuela:

—¿Qué le ocurre a nuestra Isadora Duncan? ¿Por qué vistes de melancolía tus hermosos ojos, creados por Dios para la alegría de los pobres pescadores, oh Pavlova indígena?

Paulo se interesó también:

—¿Qué te pasa?

Y como ella no respondiera, insistió:

—Dímelo... No me gusta ver gente triste... Me destroza... Cuéntanoslo...

Manuela no puede contener las lágrimas. Le caen por el rostro, casi azul de porcelana, transparentes gotas de cristal. Paulo se enfada:

—No hay quien te entienda... Nunca se puede saber cómo vas a reaccionar... En lo mejor de la fiesta, empiezas a llorar. Es horrible...

En aquel momento, ella casi llegó a odiarle. Y fue eso es lo que le hizo contar la escena de la víspera, dramáticamente. Concluyó diciendo que para ella el Casino había acabado. Jamás volvería a poner los pies allí. Hablaba cubriéndose el rostro y los ojos con las manos, avergonzada. Pero las retiró al oír la resonante carcajada de Shopel, toda su panza estremeciéndose de risa. Paulo sonreía también, pero se acercó a ella, le tomó las manos, le acarició el pelo:

—Pobrecita... Mi pobre loquilla, que no está acostumbrada a esas cosas de las ciudades grandes y de los medios artísticos... No llores por eso, mujer. Vas a oír proposiciones de ésas muchas veces, tantas que ya ni te importarán. Basta con que digas que no, y se acabó todo. Eres muy bonita, y los hombres se sienten tentados. Esas proposiciones son incluso una forma de homenaje a tu belleza... Simplemente, no tienes más que aceptarlas o rechazarlas...

—Es un miserable homenaje... —murmuró Manuela—. ¿Tendré aspecto de mujerzuela?

—No. Pareces realmente la doncella más inocente, una de las pocas que aún quedan sobre la faz perversa de este mundo depravado. Rostro virginal, ojos de inocencia... —declamó Shopel.

—¿Y entonces? ¿Por qué se atrevió?

—Pues porque... —respondió el poeta—. Eres realmente inocente, Manuela. No sabes nada de estos ambientes, de este condenado medio artístico... Apréndelo ahora, señora de la danza, y no lo olvides jamás: literatura y arte son sinónimos de prostitución. La inteligencia tiene en sí algo de prostituta. ¿Qué es una actriz de teatro? ¿Qué es un escritor? ¿Qué son una cantante, una bailarina? Nadie cree que pueda existir una que sea decente, que no se acueste con el primero que se lo pida. Y con los hombres, lo mismo: de una manera o de otra prostituimos nuestra inteligencia. Las mujeres comprando contratos con su cuerpo, comprando críticas, éxito... Los hombres, ¡ay, Manuela! Con los hombres es aún peor... Si uno es crítico literario tiene que cubrir de alabanzas el libro más infame cuando ha sido escrito por un político o por un millonario... Si es poeta, acaba como yo, metido en negocios, haciendo artículos de publicidad comercial. Si es novelista, trata de buscarse un empleo en una agencia de publicidad y acaba haciendo propaganda de dentífricos. El destino de los artistas es prostituirse de una manera o de otra. De eso no escapa nadie... Tú te estás prostituyendo ya al bailar en un casino. ¿Createste acaso tus danzas para el ambiente de un casino donde los hombres van sólo para jugar? ¿Por qué te sorprendes, entonces?

—Es horrible...

El poeta volvió a reírse, divertido:

—No es nada horrible, ¡oh flor de las Manuelas! El arte está por encima de las contingencias mediocres de la vida. Planea como una nube sobre la vida cotidiana. Las pequeñas reglas morales no se han hecho para nosotros... Nuestra tarea es escribir, danzar, cantar, actuar en el escenario, pintar para los pocos que pueden pagar nuestra inteligencia... Somos una especie de criados de lujo, tenemos también algo de payasos. Pero al mismo tiempo tenemos también nuestros privilegios. Podemos prostituirnos si nos da la gana, y nadie presta demasiada atención a eso. Al contrario, hasta se convierte en publicidad, en un factor del éxito. Mientras fui sólo poeta, Manuelinha, comiendo el pan de la miseria, el amargo pan del diablo, sólo un grupito de amigos, como Paulo, leían mis versos. Hoy, cuando ando metido en grandes negocios, todo el mundo me habla de mis poemas... Y siempre ha sido así... Antiguamente los artistas y escritores dependían de las casas nobles, de los príncipes, de los duques... Hoy se han acabado los aristócratas, y pertenecemos a los banqueros, a los industriales, a los financieros. Paulo y yo somos de la casa de Costa Vale... —Y se reía, contento de sus condiciones de actor más aún que de su teoría. Al día siguiente la repetiría en una de las librerías frecuentadas por los literatos. No tardaría en popularizarse.

Manuela le escuchaba sin saber qué decir. ¡Todo aquello era tan diferente de

como lo había imaginado...! Paulo parecía entusiasmado con las teorías de Shopel:

—Exactamente. Tienes razón... Todos somos una especie de rameritas vendiendo nuestra inteligencia...

—Pero ¿por qué eso es así? —Manuela movía la cabeza desorientada—. ¿Por qué hay que venderse? Yo siempre he querido bailar, tengo necesidad de bailar, pero nunca pensé en el dinero que podría ganar con esto. Os lo juro, nunca. En lo que pensé siempre es en bailar para todo el mundo, y me es igual si pueden pagar o no, eso no me importa... Me gusta bailar también cuando estoy sola. Es mi manera de decir lo que siento, lo que me pasa... Cuando bailaba ayer en el casino, tuve que cerrar los ojos para poder continuar... Cerré los ojos y pensé que estaba sola, o que estaba en un tablado, en un inmenso estadio lleno de gente... Sólo así puedo danzar...

—Es absurdo —le interrumpió Paulo. El pueblo no podrá entender nunca tu danza... Sólo unos pocos...

—Cuando uno empieza, siempre piensa así... —Shopel se mostraba de acuerdo con Manuela—. También yo, cuando empezaba. Los versos nacían dentro de mí, y yo los iba escribiendo. Eran sonetos a una rubita de mi pueblo, una chiquilla que jamás supo que fue mi primera fuente de inspiración... Yo creía entonces que mis sonetos, cuando se publicaran, emocionarían a millares y millares de personas. Son las ilusiones de la inexperiencia...

Dejó caer los brazos, como para liquidar tales ilusiones:

—Pero cuando vine a Rio, me di cuenta inmediatamente de que si quería tener éxito, tenía que tirar los sonetos al cubo de la basura y empezar a escribir poemas modernos. Los sonetos habían pasado de moda...

—Y como el crítico literario más importante era tomista, decidiste escribir poemas católicos... —sonrió Paulo—. Ya que estás en plan de confidencias, cuéntalo todo, hombre...

—Una poesía original, eso era lo importante. Introduje el sentimiento católico en nuestra poesía: ésa es mi originalidad —se defendió Shopel.

Se volvió hacia Manuela:

—Hay que educar a esta chiquilla. Quitarle de la cabeza esas nubes de color de rosa. Si no, no va a imponerse, y nuestro esfuerzo será inútil...

Manuela aún no comprendía:

—Pero ¿cómo va a hacer una algo que no siente?

—El arte es mentira, hija mía. Esto es un tópico, pero es verdad. Y cuanto más mentira es, más hermosa la obra...

—Quizá sea verdad eso para la poesía. No sé. ¿Pero cómo puedo yo inventar otros pasos de danza que no sean los que brotan de mis sentimientos, del recuerdo de mi infancia triste, de la alegría de mi amor? No puedo...

—¡Vaya si puedes! Ya verás, ahora mismo vas a hacerlo... Escucha: Estamos preparando un espectáculo en homenaje al presidente. Es una idea del director del



Departamento de Prensa y Propaganda. Yo le ayudo. Será un espectáculo de gala en el que los artistas —de teatro, de la radio, del cine— van a demostrar su gratitud a nuestro Gegé... Y, naturalmente, tú tienes que participar; al fin y al cabo fue él quien patrocinó tu estreno. He pensado que para ese homenaje tendrías que preparar un ballet, con ayuda de un compositor, cuyo tema fuera la alegría del pueblo por tener a Getúlio de presidente. Una cosa de encanto, de cuento de hadas, que sea algo sensacional. He hablado ya con el compositor, el maestro Cidade. Está ya de acuerdo...

Convencieron a Manuela para que volviera al casino. Ella se mostraba reticente:

—Pero he insultado a ese individuo. Ahora me va a tratar mal...

—¿Quién? —preguntó Shopel—. ¿Daniel de Faria? Ni lo pienses. Él es así. Mira a ver lo que saca, y casi siempre saca algo. Y si la cosa le falla, pues se aguanta y no vuelve a pensar en eso. ¡Qué va a tratarte mal! Te llevará en palmitas. Y en cuanto a la renovación del contrato, no te preocupes, sabemos cómo presionarle...

Paulo tenía razón, comprobó Manuela con el paso del tiempo. Desde aquella primera, tuvo que oír muchas otras proposiciones. Algunas cínicas y brutales, como la del director del casino, y a éstas le era fácil responder. Bastaba una negativa brusca, una frase agresiva. Pero había también las de quienes no se declaraban al principio, los que escondían sus propósitos bajo la cobertura de la admiración por su arte y la cortejaban largo tiempo, insinuándose a veces: periodistas, escritores, colegas de Paulo en el ministerio. Le llevaban flores, chocolate, libros; un joven pintor usó como pretexto el pintarle un retrato para ir todas las tardes a su apartamento. Y eran siempre las mismas palabras repetidas, los elogios a su hermosura, la misma fastidiosa representación de un amor fatal... Con éstos era más difícil, pues no podía alejarles con una frase áspera, y tenía que explicarles que amaba a Paulo y que deseaba serle siempre fiel. Algunos aceptaban las explicaciones, pero otros, como había ocurrido con el pintor, insistían aún más, obligándola a escenas desagradables.

Cuando comprendió que no había diferencia entre los cínicos y los pseudoadmiradores, y que todos tenían las mismas intenciones, Manuela se aisló del mundo, se mostraba distante, y rechazaba las invitaciones a cenas, fiestas y espectáculos. Nadie le ofrecía una verdadera amistad, la que tanto necesitaba, nada de lo que hacían o le decían era gratuito, en todos había una oculta intención, era su cuerpo esbelto lo que deseaban.

Todo esto terminaría, pensaba, el día en que se casara con Paulo. Una mujer casada es respetada, no la tratan como a una cualquiera. Pero el mismo Paulo, cuando la conoció ¿no había actuado también como estos supuestos admiradores de ahora? ¿No se había aprovechado de su deseo de bailar para, al fin, poseerla? Sí, pero con Paulo no era igual, a Paulo ella le amaba, e iban a casarse, lo único que habían hecho era precipitar los acontecimientos... Y, naturalmente, casada con Paulo no podría seguir en el casino, ni rodar películas (por otra parte, lo de la película estaba parado desde hacía más de un mes, los improvisados productores se habían peleado entre

ellos). ¿Pero qué le importaba? Su trabajo en el casino no le proporcionaba ninguna satisfacción, los que frecuentaban las mesas de juego sólo tenían ojos para su cuerpo semidesnudo y apenas se fijaban en la danza... Y, en cuanto a la película, Manuela ya se había dado cuenta de que se trataba de una astracanada, una especie de comedia con la que los productores esperaban ganar lo más posible reduciendo al mínimo los gastos. Ella serviría sólo como reclamo publicitario, su retrato andaba ya en todas las revistas...

Allí estaban las revistas, en una mesita al lado del diván. Manuela las mira con asco. ¡Era todo tan diferente de lo que había soñado cuando conoció a Paulo, cuando empezó a estudiar baile, cuando Shopel hacía proyectos para su lanzamiento...! Todo tan diferente y tan aparte de su amor con Paulo...

Últimamente andaba él un poco frío y apartado, y aunque prodigaba las caricias cuando venía a verla y le repetía que la amaba cada vez más, y que un día, después del ascenso, se casaría con ella, Manuela notaba que había cambiado, que no era el mismo de antes, que no había ya calor en su voz, que se enfadaba fácilmente, que aquel aire de hastío dominaba de nuevo su rostro escéptico. Antes vivían prácticamente juntos, como casados, y él iba raramente al apartamento que Artur tenía en Rio. Pero en los últimos tiempos vivía siempre allí, con el pretexto de que allí tenía sus libros, sus objetos más necesarios, y que todo aquello no cabía en el reducido apartamento donde vivía Manuela. Allí iba sólo a cenar y a dormir, y eso no todos los días... Antes no la dejaba un momento, iban juntos al cine y al teatro, a la playa, y daban largos paseos por el barrio. Y fue él mismo quien se empeñó en alquilar aquel pequeño apartamento en Copacabana, sacándola de la pensión de Flamingo donde ella había vivido al principio, diciéndole que así ahora podrían estar juntos sin esperar los formalismos jurídicos para iniciar su vida matrimonial. Manuela había aceptado jubilosa, a pesar de la reprimenda de Lucas, que ya no tenía la menor semejanza con aquel empleadillo de comercio de zapatos de tacones torcidos y camisa de cuello deshilachado. Ahora se vestía en sastres caros, con las mejores telas, viajaba en avión, y hablaba, él también, de alquilar un apartamento en Rio.

Manuela le había hablado a Paulo de sus temores, pero él los alejó con un gesto despreocupado:

—¿Y por qué tiene que saber que vivimos juntos? Oficialmente viviré en el piso del viejo, como siempre. Si tu hermano me encuentra, por casualidad, en tu apartamento —se encogió de hombros— pues vine a verte, de visita, ¿qué tiene eso de particular?

Miró a Manuela a los ojos:

—Dime una cosa, ¿crees realmente que él no lo sabe?

—¿Lucas? No, no lo sabe. ¡Dios me libre! Sabe que nos queremos, que pensamos casarnos. Y nada más... Si lo supiera, sería capaz de matarme...

Paulo sonrió, irónico e incrédulo:

—Puede ser, pero lo dudo, pequeña. Creo que está cansado de saberlo, y que cierra los ojos...

—No, no. Tú no conoces a Lucas como yo...

—En fin, no tiene importancia. Alquilamos el apartamento, oficialmente será el tuyo. Eres una artista, comienzas a ser conocida, no puedes vivir en un cuartucho de una pensión. Se lo dices a tu hermano, y él lo entenderá. Y yo viviré oficialmente en el piso del viejo, pero en realidad estaremos los dos juntos, en nuestra pequeña guarida...

Eran buenos tiempos aquéllos, cuando Paulo no podía estar sin ella... Durante días vivió la alegría de todos los instantes: juntos recorrieron las tiendas comprando muebles. Era un pequeño apartamento, con un salón, cuarto de baño y una minúscula cocina. No era difícil amueblarlo, pero Paulo quería muebles especiales, quería un apartamento original. Juntos eligieron las cortinas, los floreros, la vajilla. Manuela se sentía como una novia en vísperas del casamiento. Tal vez aquéllos habían sido sus días más felices.

Se trasladaron una tarde, al fin. «Se trasladaron», se repetía Manuela, porque al principio Paulo vivía allí: había llevado alguna ropa, pijamas, las zapatillas. Durante unos meses ella se sintió enteramente feliz. Lucas había aprobado el alquiler del apartamento y no le preguntó siquiera quién iba a pagarlo. También él opinaba que debía aceptar el contrato en el casino y un puesto en el reparto de la película.

—Has empezado con el pie derecho... Y creo que yo también. Parece imposible que aún ayer nos pudriéramos en aquella casa inmunda, en un suburbio de São Paulo... Ha salido el sol para nosotros...

Para ella, el sol era el amor de Paulo, su cariño, la esperanza de tenerle toda la vida. Si estaba a su lado, le era fácil olvidar aquellas sórdidas proposiciones insultantes, el lujoso y podrido ambiente del casino, el horror de aquel escenario en el que exhibía sus danzas entre chistes verdes de teatro de revista, se sentía a su lado llena de un entusiasmo renovado, se entregaba con ardor al estudio (continuaba estudiando baile en Rio, con una profesora del Teatro Municipal. Había comprendido que no le bastaban la vocación y los pasos improvisados si quería aprender su arte). Pero cuando él no venía, cuando sonaba el teléfono y él le decía —Manuela lo había adivinado ya por el tono— que aquella noche tenía cualquier compromiso, entonces se sentía humillada y solitaria, y los números que bailaba en el casino le pesaban como fardos insoportables, bailar allí le parecía una traición al baile, a la danza, a sus inquietos pies. ¿Por qué tenía que prostituir su arte? ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué, Dios mío? Paulo estaba en una recepción cualquiera, o visitando a una familia amiga, y ella se entregaba a los más diversos pensamientos. Si estuviera casada, podría ir con él... ¿Cuándo, al fin, sería su esposa, y no tendría que bailar en el casino, y esperarle allí, llena la hermosa cabeza de pensamientos pesimistas, llenos de tristeza los ojos azules? Pero Paulo se alejaba de ella cada vez más, ¿en qué acabaría todo aquello?

Y ahora, para colmo, había ido de vacaciones a Santos, con su padre y los Costa Vale, dejándola allí sola, entregada a sus dudas, a sus incertidumbres melancólicas. Manuela sentía una instintiva repugnancia hacia Marieta, a quien sólo había visto una vez, en la recepción de la Comendadora da Torre, cuando bailó ante el presidente. Pero había leído en sus ojos la enemistad, el desprecio, un profundo rencor. En Santos ¿qué no diría Marieta a Paulo para arrancarle de sus brazos?, y ella, sola y distante, sin poder siquiera defenderse...

Veía claro que Paulo jamás se casaría con ella, que su pasión se estaba extinguiendo, que allá, en Santos, no encontraba siquiera tiempo para responder a sus cartas y a los telegramas cargados de tristeza. Le había mandado sólo dos o tres postales con unas palabras rápidas y la eterna promesa de una carta nunca recibida.

Y ella, que había hecho tantos y tan hermosos proyectos para aquellas vacaciones de Paulo: al fin iba a poder tenerle a su lado todo el día, había proyectado paseos, rápidas huidas al campo, largas horas en la playa, sin pensar en nada, felices con el placer de estar juntos. Sólo el día anterior a su partida le dijo que no iba a poder pasar las vacaciones con ella: Artur le llamaba urgentemente desde São Paulo, donde complicados negocios de familia exigían su presencia durante varios días. Negocios importantísimos, había dicho. Y Manuela le creyó. Le dejó marchar sin una palabra de protesta, esforzándose por no echarse a llorar al despedirle. Pero ahora dudaba ya de aquellos importantes negocios que se trataban en las playas de Santos, en un hotel de lujo... Quién sabe si no era el fin, aquel temido fin que ella sentía aproximarse, inevitable.

Su vida transcurría monótona en aquellos últimos días de verano. Casi no salía del apartamento, a no ser para actuar de noche en el casino, y dos veces por semana a la clase de ballet, su única alegría. Ni siquiera Shopel —«mi único amigo», pensaba Manuela—, estaba en Rio. Andaba por Mato Grosso, metido en la selva...

Manuela se quedaba por las mañanas esperando impaciente el correo, llamando una y otra vez a la portería para saber si había pasado ya el cartero, tragándose las lágrimas cada día que pasaba sin recibir carta, esperando por las tardes el ansiado telegrama que le anunciara el regreso de Paulo. Le amaba con el mismo loco amor de antes, ponía en el tocadiscos los discos que a él más le gustaban, leía los libros de versos que él solía leer —y que ella no entendía, una poesía sin puntuación y casi siempre de exotérico sentido— y confesaba sus quejas a su retrato colocado al lado del diván.

Cuando más sola y triste se sentía, leyó en un periódico la noticia de la vuelta de Shopel, «el gran poeta que ha soñado con llevar la civilización a las regiones ignotas del interior», como escribía el cronista que narraba las peripecias del viaje del autor del «Navío ciego», «hombre que es al mismo tiempo poeta místico e industrial progresista, como exige este siglo nuestro, dominado por la técnica y las máquinas». Manuela no terminó siquiera de leer la crónica y se precipitó al teléfono. El poeta se deshizo en halagos al reconocer su voz, y le trató como siempre de Pavlova y de

Isadora Duncan, le pidió noticias de Paulo, pero cuando Manuela quiso contarle sus penas, preguntarle si había visto a Paulo a su paso por São Paulo, Shopel dijo que lamentaba no poder atenderla en aquel momento, que estaba ocupadísimo. No obstante, iría a cenar con ella el lunes, día en que el casino estaba cerrado y ella tenía la noche libre. Tenía que hablarle del ballet proyectado en homenaje al presidente. Y se despidió, disculpándose una vez más por su mucha prisa.

Manuela esperó al lunes impaciente. Había encargado una cena espléndida en un restaurante próximo. Shopel apareció tarde, pasadas las ocho, tirando de un enorme puro, con aire próspero en su rostro flácido, muy afectuoso con Manuela:

—¿Qué hay? ¿Qué hay? ¿Cómo va la viudita?

—Triste... Hasta los amigos como tú llegan de viaje y no tienen tiempo siquiera para llamarme...

—Joven orgullo del arte brasileño: ¡No admito reproches injustos! Acabo de rechazar una invitación del ministro de Justicia, que quería que cenara con él, ya sabes, el homérico poeta de la Nueva Ilíada, porque yo, antes que la política coloco el arte, principalmente cuando el arte tiene una cabellera y unos ojos como los tuyos. Ante todo, los sagrados deberes de la amistad...

Manuela no podía dejar de reírse. Aunque a veces Shopel le causara una incómoda sensación de repugnancia con su cinismo y su hipócrita adulación a los poderosos, había acabado por estimarle. Notaba, inconscientemente, que él la utilizaba en sus ambiciosos proyectos, pero al menos jamás había intentado conquistarla... Y era un amigo de Paulo, su mejor amigo... El poeta continuaba con aquella voz artificiosa de declamador, con su verbosidad, con sus hipérboles:

—¿Por qué estar triste si es hermoso el día, si ha disminuido el insoportable calor, si el éxito continúa acompañándote, si la hermosura ideal es tu vestido? ¿Por qué estar triste si todo va bien en este bendito país, bajo el paternal reinado de Su Majestad Gegé I el Magnánimo?

—Paulo no acaba de volver...

—Anda por Santos ¿no? —El poeta se sentó, abandonó aquel tono declamatorio con que siempre saludaba a los demás, había un puntito de despecho en su voz. Allí están todos: el padre, Costa Vale y la vaca de su mujer, la detestable Comendadora da Torre y sus detestabilísimas sobrinas, divirtiéndose todos, y sólo yo, el esclavo, tengo que andar por Mato Grosso, entre mosquitos y mestizos armados... Y cuando vuelvo, es para quedarme todo el día en el despacho, velando por los intereses de esa maldita Empresa de Valle de Rio Salgado, tratando con funcionarios públicos, a cual más devorador, pidiendo todos sin parar... Nunca podrás imaginar la voracidad de esa gente, Manuela... Y cuando me libero de los funcionarios es para caer en manos de los yanquis, que son más estúpidos que la misma estupidez, más burros que toda la Academia Brasileña de Letras reunida en sesión solemne, que sólo entienden de negocios y que no acaban de entender por qué no hemos echado a patadas a los cultivadores de las márgenes del río... Trabajo como un condenado, y ellos andan por

Santos en juergas y bacanales... No te entristezcas, Manuelísima, porque entonces también yo me pondré triste y va a ser el cuento de nunca acabar. Terminaríamos los dos nadando en un océano de lágrimas...

Manuela se divertía con las lamentaciones de Shopel:

—¿Y quién te mandó abandonar la poesía por los negocios?

—Hay que vivir, hija mía, hay que vivir. Y no he nacido para vegetar en la miseria. La poesía no da de comer a nadie. Y si algo odio, Manuela, es la pobreza. Este mundo está dividido en dos partes: de un lado, los pobres, con su inmundicia, su mal olor, su insoportable mala educación; de otro, los ricos, su limpieza, sus perfumes, la gran vida. Para estar a este lado hay que tener dinero, Manuela. O, por lo menos, una belleza como la tuya... La belleza es también una moneda...

—Moneda sin valor, Shopel. Con ella no se compra la alegría... —Manuela hojeó distraída una revista—. ¿Fiestas en Santos? ¡Pero si allá andan todos en huelga! Lucas me contó...

—La huelga es en los muelles, joven bailarina, y ellos están en la playa... ¿No te has enterado de la fiesta en honor del ministro de Trabajo, del Gabrielinho ese? Dicen que fue algo divino... Bacanal sin par en la historia... Paulo me lo contó todo en una carta...

—¿Te ha escrito? Pues a mí, ni una carta. Tres postales con unas frases de circunstancias y nada más... No sé, Shopel...

Pero el poeta, que veía venir la escena, le interrumpió:

—Vamos a cenar. Luego hablaremos de todo eso. Tengo un hambre de león.

Ella obedeció, pero no comió apenas. Casi no probó el vino francés traído por el poeta. Éste devoró la cena, se bebió él solo dos botellas, le explicó que estaba ya compuesta la música para el ballet, y que el «gran maestro Cidade» le esperaba para hablar juntos de todo. Era una oportunidad única para Manuela: el maestro, una de las glorias artísticas del país, un nombre conocido en el extranjero, había compuesto un ballet para ella. Era el triunfo definitivo. El maestro estaba muy interesado en el éxito de su ballet, esperaba obtener con él el pago de un viaje a Europa; el presidente no podía negárselo. Y ella, ella también, Manuela, podía empezar a pensar qué pedir: Getúlio, dueño absoluto de Brasil desde la implantación del Estado Novo, era el nuevo mecenas distribuyendo dádivas entre sus protegidos...

Pero Manuela no se animaba con esta perspectiva. Se había abismado en un silencio que inquietaba al poeta. Al llegar del Mato Grosso, Shopel se había encontrado una larga carta de Paulo que le hablaba de la fiesta de disfraces y de su nuevo amor: «Tenías razón, estaba ciego, no veía el amor ante mí. Es algo delicioso, con su carga de picante, con el gusto alucinante del incesto...». La carta se detenía en el relato de la noche en la playa, las locas frases de Marieta, pero hablaba también de la continuación de sus relaciones con Rosinha da Torre. El noviazgo se haría oficial a la entrada del invierno, lo más tardar, y la boda sería por Navidad. «El problema — iba a escribir el negocio, viejo amigo— está completamente resuelto. Me caso con los

millones de la Comendadora y ella me asegura además el ascenso y la designación para la Embajada en París». Y, para terminar, le rogaba que le hiciera un favor: ir preparando a Manuela para la noticia: «Trata de preparar el terreno. Quiero evitar una escena. Va a ser molesto, pero la culpa es mía, por dejar que este asunto se prolongara demasiado. Demuéstrale que, con nuestra “asociación”, al fin y al cabo salió ganando. Hoy está lanzada, y si sabe aprovechar la ocasión...».

El propio Shopel, acostumbrado al cinismo de los jóvenes literatos, cínico él mismo, quedó sorprendido con el final de la carta: el egoísmo de Paulo le exasperaba. ¿Por qué no lo hace él mismo? ¿Era trabajo ese para pedírselo a un amigo? Y tenía cierta envidia del otro: había nacido en cama rica, de familia aristocrática, los fáciles caminos de la vida estaban abiertos para él, no tenía que adular, humillarse, escribir elogios babosos a los políticos y a los industriales, como él se veía obligado a hacer.

Como poseía un nombre sonoro y antiguo, se le ofrecían las herederas de millones, como Rosinha, y las pobres doncellas fascinadas, como Manuela. Y, para colmo, estaba en brazos de Marieta, a quien Shopel había mirado siempre con ojos suplicantes, inútilmente... «No voy a mover un dedo. Que se las arregle cuando venga», pensó.

Pero el mismo día en que recibió la carta, Manuela le había telefoneado. Y el poeta empezó a rumiar proyectos: quizá, si sabía llevar el asunto con tacto, acabaría por heredar a Manuela. Podría ser que ella terminara en sus brazos ávidos. La gran tragedia de Shopel era la indiferencia con que las mujeres le miraban, su fracaso absoluto con las mujeres. Aquellos ciento veinte kilos, las grasas ridículas, la papada inmensa, hacían que las mujeres se rieran de él y, cuando alguna se le entregaba, sabía que no la movía el amor y sí cualquier otro interés. Era novio, desde hacía años, de una huérfana criada por sus tíos, amigos de Shopel. Era una gente pobre, y el matrimonio de su sobrina con Shopel les parecía un regalo del cielo. Pero Alzira, la novia, introducida por él en los medios literarios, acostumbrada a sacarle todo lo que necesitaba para vestir bien y divertirse sin demasiadas consideraciones, iba aplazando el casamiento como podía, con la esperanza de encontrar un candidato tan ventajoso como el poeta y con mayor atractivo. Shopel organizaba de vez en cuando tremendas escenas de celos: empezaba acusándola y terminaba por llorar como un niño, amenazando con suicidarse. Alzira se ponía en el papel de víctima indignada: ¿es que no podía ser amiga de nadie sin provocar sus sospechas? En cada escena repetía las mismas frases, se declaraba dispuesta a romper el noviazgo, no quería ser su esclava. Era Shopel quien cedía siempre, a cambio de una promesa de felicidad y de una afirmación de amor. En compensación, llenaba a Alzira de regalos, le dedicaba poemas, con el miedo de que ella, que hasta entonces le había aceptado, le plantara.

La idea de «heredar» a Manuela fue tomando cuerpo en su pensamiento. De todas sus «invenciones» con Paulo —la pintora Sibila, el crítico literario Armando Rolin, el poeta esquizofrénico Germano d’Anunciação—, Manuela era la única que tenía una verdadera vocación. Hacía mucho ya que Shopel había dejado de considerar aquello

como una broma. La trataba en serio y hasta le gustaba el candor de la muchacha, sus sentimientos púdicos de pequeña-burguesa, que le recordaban el ambiente de su propia familia, en el interior de Paraná. Aquella fidelidad, aquel amor abnegado (Paulo lo calificaba de «pegajoso»), aquella modestia, eran para él cualidades, las cualidades que Alzira no tenía. Si Manuela llegara a interesarse por él y le dejara ocupar el vacío de Paulo, sería una delicia, tendría la mejor de las mujeres, la más hermosa también... Pero ¿cómo conseguirlo?

Pensó que había encontrado la solución. En las mujeres como Manuela, el amor nace de la gratitud. Hasta en su amor por Paulo, pensaba Shopel, había mucho de gratitud. Paulo le había sacado del ambiente mediocre donde la muchacha languidecía, le había abierto la perspectiva de otra vida. Manuela le pagaba con amor, con aquel amor ilimitado. Verdad es que Paulo era elegante, y que no pesaba ciento veinte kilos. Pero, en cambio, Shopel tenía su poesía, su nombre consagrado. Rumió proyectos para la visita del lunes. Era necesario obrar con tacto.

Ahora, al verla inmersa en su tristeza, no sabía cómo empezar. Bebió el café silenciosamente. Se sentó luego en el diván. Lo peor es que se sentía pesado después de la comida, no debía haber comido tanto...

—¿Tienes coñac?

Manuela fue a buscar la botella. Lo sirvió en las grandes copas panzudas, de cristal, compradas por Paulo. Acercó una silla. Shopel habló:

—Siéntate a mi lado. Es mejor... Vamos a hablar en serio. Ábreme tu pequeño corazón, cuéntame tus tristezas, sin temor... Soy tu amigo, lo sabes bien... Este coñac es magnífico...

Hizo restallar los labios gruesos.

—¿Qué te puedo contar que tú no sepas? Sabes cómo empezó todo y lo que pasa ahora. Tal vez sepas incluso más que yo... Estoy llena de dudas, de preguntas...

—Pregunta, pues, y yo te responderé.

—Esa ida de Paulo a Santos... Teníamos tantos proyectos para estas vacaciones... Me contó que tenía un negocio importante... Y ahora resulta que está allí, en Santos, de fiestas...

—¿Nunca te dijo de qué negocio se trataba?

—No. No se lo pregunté. No entiendo nada de negocios.

Shopel se sirvió más coñac. Se acercaba el momento más difícil. Después vería cómo aprovecharlo. Empezaba a sentirse un poco embriagado.

—Paulo te prometió casarse contigo, ¿verdad?

—Cuando le ascendieran... —Manuela esperaba ansiosa.

El tono poco solemne del poeta, el abandono de sus frases sonoras, la asustaban. ¿Qué iría a contarle?

Shopel movió la cabeza con aire de reprobación:

—Paulo es un chiquillo, y todos los chiquillos son egoístas. ¿Cuántas veces le habré dicho que no prometa nada si no puede cumplir? Pero él sólo veía su deseo.



Mal hecho.

—¿Y por qué no se va a casar conmigo?

—Manuela, esa gente de la alta sociedad, no se casa: firma un contrato comercial, ¿comprendes? La hija del banquero Fulano, contrata casamiento con el hijo del industrial Zutano. Un negocio como otro cualquiera...

—Pero Paulo me ama...

—Por lo menos, te amó. O te deseó, lo que para él es lo mismo...

Manuela suplicaba, con las manos tendidas:

—Cuéntame de una vez lo que sepas; no me tortures...

Shopel le cogió las manos, la acercó más, su voz se llenaba de tonos afectuosos:

—¡Pobre chiquilla! No debería decirte esto. Paulo se va a poner furioso. Pero yo te aprecio mucho, no puedes imaginar hasta qué punto... Aprecio también a Paulo, pero él no ha obrado bien contigo... Se lo dije más de una vez: «No hagas sufrir a Manuela... No es como las otras...».

—Pero ¿qué pasa? ¡Por el amor de Dios...! Shopel engulló otro trago de coñac, como para darse valor:

—Paulo es novio de una de las sobrinas de la Comendadora da Torre... Rosinha... Fue a Santos a concluir las negociaciones... Un buen negocio...

El sollozo de Manuela era doloroso. Shopel le pasó el brazo por los hombros, hizo que ella reposara la cabeza en su pecho gordo al tiempo que tendía la mano libre hacia la copa de coñac. Manuela murmuraba entre sollozos: «¡No puede ser... No puede ser...!».

Entonces el poeta, con la voz un poco torpe por la bebida, sintiéndose terriblemente sentimental, le habló largamente. Procuró consolarla: ¿Por qué sufrir por quien se había portado tan mal con ella, por quien la había engañado, por quien había jugado con sus sentimientos? Paulo no era el hombre que ella necesitaba: era un egoísta, un escéptico, un calculador, un juerguista inveterado, hombre de vida escandalosa. ¿No sabía la historia de Bogotá? Ella, Manuela, necesitaba a alguien que la amara con amor verdadero y profundo, que se consagrara a ella, que supiera valorar debidamente su dedicación, su cariño, alguien que no le llamara «pegajosa» como Paulo.

Ante estas revelaciones crecían los sollozos de Manuela, y Shopel aprovechó la ocasión para demostrarle su amistad, para mostrarse solidario con ella. Continuó hablándole, y poco a poco fue revelándole el rostro verdadero de Paulo, al tiempo que le insinuaba la alegría de otro amor: había, sin duda, muchos que la amarían, y entre ellos no faltaría un hombre digno de ella.

—Jamás —dijo Manuela.

Pero Shopel no se turbó. Era muy pronto aún para esperar otra reacción. Tenía tiempo por delante. Al despedirse, avanzada ya la noche, prometió volver. Hizo que Manuela le prometiera que le llamaría otro día para contarle cómo iba todo, y le dijo finalmente:

—No te entregues a la tristeza. Tienes tu arte y tus amigos...

—¿Mi arte? Bailar en el casino para borrachos y jugadores... Y amigos no tengo ninguno...

—¿Y yo? —El poeta parecía ofendido.

Manuela estaba parada ante él, en la puerta.

—Perdona. Es verdad. Has sido un buen amigo. Mi único amigo. Ahora, es necesario que no me dejes sola... Soy capaz de volverme loca...

Él deseó besarla, pero se contuvo. Le acarició el rostro.

—Puedes contar conmigo. Te quiero mucho más de lo que imaginas. Mucho más, realmente...

En la calle, tomó un taxi, indicó la dirección de Telégrafos. «El terreno estaba preparado. Preparado, para Paulo y para él». Lo importante ahora era no echarlo todo a perder por precipitación. Era preciso que ella se sintiera aún mucho más agradecida, y que esa gratitud se transformara en amor. Dejar que las cosas maduraran...

Ya en Telégrafos, envió un despacho urgente para Paulo: «*Terreno preparado stop lágrimas secas sollozos contenidos recriminaciones terminadas stop puedes volver inconstante corazón alma de bronce pecador stop*».

Leyó el texto ya redactado como quien declama un poema. Se rascaba la barbilla con la estilográfica, con tentaciones de añadir una frase picaresca sobre los amores de Paulo y Marieta Vale. Pero ¿y si un día se enteraba ella del telegrama? «Con la mujer del banquero lo mejor es no andar con bromas... Vamos a dejar a la patrona en paz; con el marido que tiene, hasta sus amores seniles son respetables...», pensó. Firmó el telegrama; pagó.

El taxi se había quedado esperando. César Guilherme encendió su último puro, dio la dirección al conductor, se arrellanó en el asiento, con un suspiro de alivio. «Deliciosa Manuela...». Una expresión de contento se extendió por las grasas de su rostro moreno.

En el avión, Paulo recordó el telegrama de Shopel. Ese César Guilherme tenía ingenio, y, además, era útil. No debía de haber sido fácil la entrevista con Manuela. Paulo imaginaba la explosión inicial de dolor y, sólo con imaginarla, se sentía incómodo. Afortunadamente ahora ya todo debía de estar en otra fase: su encuentro próximo no le amedrentaba tanto. Lo peor de la tempestad ya habría pasado, y podrían hablar más o menos tranquilamente. Habría aun algunas lágrimas, sin duda, pero las primeras, las más difíciles de soportar, habían caído sobre Shopel. Manuela iba a llorar aún, le pediría que no le abandonara. Paulo estaba preparado para aquellas últimas lágrimas inevitables y para aquella trémula petición. Todo podía arreglarse, le diría, conciliador, acariciándola: él aún la amaba y la amaría siempre, pero no podía casarse con ella; ese casamiento sería un absurdo. Lo podría comprender sin dificultad cuando pensara un poco en eso, más serena ya... No es que no la creyera digna de él, nada de eso. Pero él, Paulo, a pesar de la elegancia, del padre famoso y senador, de su carrera diplomática, era un pobretón, último retoño de una arruinada familia de los tiempos del Imperio. Lo que ganaba en el Itamarati no le llegaba ni para los gastos más inmediatos. Realmente, vivía casi a costa de su padre...

Tenía que pensar en su futuro, y la única puerta para la riqueza era la boda, aquella boda con la sobrina de la Comendadora da Torre que aportaba, en principio, una dote de varios millones... Trataría de explicarle aquello teatralmente para que Manuela se convenciera de que él era víctima y no verdugo. ¿Continuar con ella? Pero si eso era lo que más deseaba en el mundo. Pero no podrían continuar como hasta ahora, exhibiendo su amor a plena luz. Tendrían que tomar ciertas precauciones, se había acabado la vida en común, tendrían encuentros más o menos clandestinos, pero eso daría un encanto aún mayor a aquel amor inmenso, que se veía obligado a ocultarse... Una amante oficial podría echar a perder su noviazgo ¿comprendía? Pero, en el fondo, nada habría cambiado entre ellos, y sería incluso mejor, un velo romántico de misterio envolvería esta pasión... Y la veía, de acuerdo en todo, cayendo en sus brazos, en una reconciliación. Y así él estaría libre, y, además, la tendría a su disposición cuando la deseara.

Desde luego, no era esto lo que había prometido a Marieta Vale, pero la mujer del banquero se equivocaba si creía que iba a permitirle dirigir su vida como si él fuera un muñeco de marionetas. Ahora, cuando había perdido aquella especie de respeto filial que ella le infundía, se preguntaba hasta qué punto no estarían sus consejos dictados por los celos...

Incluso después de haberle conquistado, Marieta seguía manteniendo ante Paulo, en las largas conversaciones que seguían a sus encuentros delirantes, el aire de persona práctica y experta que guía a una criatura caprichosa por los meandros complicados de la vida. Se sentía feliz, había alcanzado el bien que más deseaba, y como no se hacía ilusiones sobre Paulo, como no le idealizaba, como lo quería tal

como era, egoísta, escéptico y hastiado de todo, sus esfuerzos se dirigían en un sentido único: conservarle para siempre. Sin él, sería de nuevo la angustia, el deseo incontrolado, la vida despojada de atractivo, todo perdería su encanto... ¿Y qué mejor medio para conservarle que no ser para él sólo la amante fácilmente sustituible, sino también la amiga, la consejera que vela por sus intereses, que evita los tropiezos en su camino?

Un día habían hablado de Manuela. Paulo se sorprendió al ver que Marieta conocía el caso en todos sus detalles.

—¿Pusiste a Barros tras mis pasos? —comentó burlón.

Ella le cogió las manos para decirle:

—Lo que me sorprende es que te hayas enamorado hasta ese punto de una pavisosa, una muchachita del suburbio, sin la menor clase, y que le hayas montado un piso y que hayas vivido públicamente con ella...

—Una artista... —intentó defenderse Paulo como si el hecho de que Manuela fuera bailarina la elevara de su medio pequeño-burgués.

—Artista... Inventada por ti y por Shopel para divertirnos... Que la llevaras a tu piso alguna vez, por hastío, se entiende, pero convertirla públicamente en tu amante, ligarte a ella de ese modo, es algo que te disminuye a los ojos de cualquiera... No puedes imaginarte los comentarios. Y puedo decirlo yo, que tuve que oírlos día tras día. Te defendí como pude, dije que era una aventura sin importancia, pero cuando llegaba alguien de Rio, lo primero que hacía era contar que te habían visto en el teatro, en la playa o en un restaurante con la pavisosa esa... Henriqueta Alves Neto, que también te vio con ella (Paulo lo recordaba perfectamente, había sido en el vestíbulo de un cine, y Henriqueta iba acompañada por Hermes Resende, su último «caso»), me dijo que le dieron ganas de vomitar —Marieta se echó a reír al contarlo, imitando la voz melodramática de la mujer del abogado—: «Con tantas mujeres interesantes que podría encontrar entre las de su clase, y va a liarse con la primera señoritinga...». —Dejó de reírse para añadir—: Y tenía razón...

—Henriqueta es una histérica. Anduvo detrás de mí...

—Es verdad. Pero no por eso tiene menos razón. Aun ayer fue la Comendadora quien me habló. Y eso es más serio, ya sabes...

—¿La Comendadora? ¿Y qué dijo?

—Paulo, amor mío, tú sabes que no soy celosa. No soy ya una chiquilla, para pensar que no vas a engañarme nunca. Todo lo que quiero es que me quieras tú también, que sepas que te adoro y que siempre seré tuya. Pero velo por tus intereses...

Paulo la atrajo hacia él, la besó. Pero ella esquivó su abrazo, tenían que hablar en serio.

—Y, realmente, la responsable de tu noviazgo con Rosinha soy yo. Cuando aún estabas en Bogotá, antes incluso de que volvieras, ya andaba yo amañando la cosa con la Comendadora. Así que llegué de Europa y la vi buscando marido para su

sobrina, insinué tu nombre... Y para que veas lo que son las cosas, por aquellos días los diarios sólo hablaban de ti. Te trataban de correfaldas, de juerguista, de calavera, de no sé qué más... Pero como tu escándalo fue con una mujer de clase, con la esposa de un embajador, nada de aquello tuvo importancia. Creo incluso que fue precisamente eso lo que inclinó a la Comendadora en tu favor... En cambio, ese caso tuyo con la muñequita de arrabal, la tiene preocupada. Aun ayer vino a hablarme: que era un escándalo, que no podía admitir tal cosa, y que si quieres realmente casarte con Rosinha tienes que romper antes con esa aventurera... Me pidió que te hablara... Naturalmente, al principio, me negué. Pero me dijo que si no te hablaba yo, lo haría ella misma...

Paulo se sobresaltó:

—Sería lamentable...

—Lo sé. Por eso le dije que iba a hablar yo contigo, pese al miedo que me da el que pienses que son celos míos... Pero tú me conoces, no va a ser de una chiquilla así de quien yo tenga celos...

Lo que Paulo temía era la entrevista con la Comendadora da Torre. La vieja, con sus millones, sus joyas, su arrogancia y su rudo lenguaje de verdulera, le infundía verdadero pavor. Ella le trataba como si fuera cosa suya, un muñequito decorativo de su palacete, autoritaria, irónica. Verdad es que Paulo parecía gustarle, le había regalado un coche, pero no admitía réplicas cuando hablaba en serio. No era posible discutir con ella. Estaba dispuesto a prometerle a Marieta todo lo que deseara con tal de evitar la desagradable entrevista con la Comendadora. Empezó explicándole:

—Tú sabes cómo son esas cosas... Lo de Bogotá me había dejado asqueado de todo. La culpa fue de Adela, la mujer del chileno... Estaba borracha, y yo también...

—Lo sé. Me lo contaste ya...

—Pues fue eso. Hubo aquel escándalo. Los diarios ya ves como lo explotaron, el viejo Artur estaba furioso. Y a mí, con todo eso, se me metió en la cabeza que necesitaba un amor romántico, una doncellita dulce... Pero hace ya mucho tiempo que estoy harto...

No le gustaba hacerle teatro a Marieta:

—Y ahora que te tengo a ti, claro está que no voy a seguir con ella...

—¿Vas a romper? ¿De verdad?

—Me juzgas mal. Yo estoy enamorado de ti...

Fue entonces cuando escribió la carta a Shopel. Al recibir el telegrama del poeta, le comunicó la noticia a Marieta:

—Ha acabado todo con Manuela. Le pedí a Shopel que fuera a verla... Me ha puesto ayer un telegrama...

Vio la alegría victoriosa, incontenible, de la mujer. Y fue aquello lo que le hizo desear de nuevo a Manuela. Marieta anunció:

—Cuando vayas a Rio, le vas a llevar una docena de corbatas a Shopel, regalo mío...

«Piensa que va a hacer conmigo lo que le dé la gana», rumiaba Paulo. «Vamos a ver quién es más fino, vulpeja del diablo...», y recordaba la desbordante ternura de Manuela.

Antes de ir a Rio, de vuelta ya en São Paulo, fue a cenar a casa de la Comendadora, para despedirse. Bostezaba en el gran salón donde Rosinha y la hermana tocaban el piano a cuatro manos, unos acordes de principiantes, «¡Ignominioso!», murmuraba Paulo. De repente entró la Comendadora, hizo un gesto ordenando a sus sobrinas que continuaran, se sentó al lado del muchacho. Oyó por unos momentos, atentamente, la maltratada melodía, sonrió orgullosa:

—Estas chiquillas están educadas a la perfección... No hay otras como ellas en São Paulo. No ahorré dinero...

Paulo tejió unos breves elogios a las pianistas: «ejecución segura, sentimiento...». Cuando él representaba un papel de éstos, recordaba a Artur posando para el Parlamento y para el mundo. La Comendadora le miraba con sus ojuelos increíblemente jóvenes y maliciosos:

—O sea, que el mozuelo ha decidido plantar a su bailarina ¿eh? ¡Pues ya era hora...! —indicó a la sobrina mayor con su dedo cargado de anillos—. Ya sabes: o la bailarina, o la pianista. No se puede repicar y estar en la procesión...

Es un dilema artístico... —Paulo intentaba hacer como que lo tomaba a broma.

—No empieces con literaturas, muchacho; eso déjalo para el salón de Marieta Vale, para las librerías... Tu lío con esa muertadehambre es una vergüenza, una afrenta a nuestra clase.

—Bueno, pero ya está todo acabado... —afirmó Paulo para cortar la conversación. La brutal franqueza de la vieja acababa con sus nervios. Ni siquiera se preocupaba de dorar la píldora.

—Y a tiempo, muchacho, a tiempo. Por una vez has pensado con la cabeza. Ahora ya podemos hablar en serio de tu noviazgo con Rosinha... Voy a distribuir entre las chiquillas unas acciones, unas casas y dinero para cada una... Alina es aún muy joven para casarse, pero como le doy a la otra, le doy también a ella, así acabo de una vez... Y va a ser una dote de princesa...

Paulo afectó gran dignidad, se colocó aquella máscara de honradez que tan bien le iba a Artur:

—Amo a Rosinha, Comendadora. No me caso por su dinero. Aunque fuera pobre...

La Comendadora le observaba como si fuera un fenómeno de circo, divertida. La risa se le escapó tan violentamente que las muchachas pararon de tocar. Paulo se sentía humillado. ¿Cómo diablos se le había ocurrido decir aquella estupidez? ¿Cuántas veces no se había reído, también él, ante los arranques de afectada dignidad de su padre? Cuando la Comendadora pudo controlarse, dijo:

—Igual que tu padre... Esos aristócratas... No pueden hacer nada con naturalidad, sin ponerse su disfraz de honradez —movió la cabeza, como en una triste

comprobación—. Sois una calamidad, hijo mío, pero tenéis esos nombres largos y sonoros, que aún valen algo... Vamos a cenar.

Se levantó repitiendo: «No es por su dinero... Aunque ella fuera pobre...», y se partía de risa. «¡Qué manera de dárselas de caballero...!».

Paulo jamás se había sentido tan humillado. Todos querían mandar en él, dirigir su vida, sus actos, hasta sus palabras: el padre, ansioso de que aquella boda se realizara, Marieta con su pasión, el banquero Costa Vale como un pariente interesado, la Comendadora con su insoportable falta de educación. Pero mostraría a todos quién era él, lo que valía. Al volver hacia casa iba rumiando su revuelta: iban a ver de qué era capaz. Sin embargo, ni por un momento pensó en liberarse de Marieta y de Rosinha, en romper con el proyectado noviazgo, en irse a vivir de nuevo con Manuela. Estos pensamientos ni siquiera le pasaban por la cabeza. Sus planes de venganza se resumían en continuar sus relaciones con Manuela, a escondidas, naturalmente. Le parecía que de este modo mantenía intacta su personalidad, y le bastaba esto para sentirse en paz consigo mismo. Y, en el avión ya, se preparaba para la escena que veía venir, iba estudiando sus argumentos.

Artur duerme en el sillón de al lado. Viajan entre una espesa niebla sobre las montañas. Paulo se abisma de nuevo en sus pensamientos. Aquel mes de fiestas casi sin interrupción, pasado en São Paulo y Santos, divertido con los rumores despertados por la huelga de los estibadores, con el descubrimiento del amor de Marieta, con la obligación de acompañar a Rosinha a los tes, al cine, de hacerle la corte, le había dejado agotado y ve ya el pequeño apartamento de Copacabana como el lugar ideal para reposar de todo aquello. Los brazos de Manuela le parecían como el tranquilo remanso donde olvidar, por unos momentos, la risa sin fin de la Comendadora, agresiva como una burla, la constante repugnancia ante Rosinha, con su educación («asquerosa») de colegio de monjas, el ansia sexual devoradora de Marieta y sus interesados consejos maternos... Manuela le había pedido que volviera. Él va a consentir, pero con las necesarias limitaciones... El avión desciende, deja atrás la neblina, y entre las montañas y el mar aparece la ciudad de Rio de Janeiro resplandeciente, vestida por la luz de la tarde. Paulo despierta a Artur:

—Estamos llegando.

Artur se despereza, se ajusta la ropa:

—Voy al despacho directamente. Lleva mi maleta al apartamento...

Mientras acompañaba al mozo de equipajes hasta la salida, Paulo vio de lejos a Lucas Puccini. Artur había desaparecido apresurado entre los grupos de gente, en busca de un taxi. Paulo intentó evitar el encuentro con Lucas: quién sabe si no estaría ya informado de la ruptura y vendría a pedirle cuentas de la honra de la hermana... «No conoces a Lucas... Es capaz de matar...», recordaba estremecido las palabras de Manuela. Los tipos como Lucas son unos bárbaros elementales, llenos de prejuicios. Era capaz de una escena violenta en pleno aeropuerto. Procuró evitarle, pasar sin que le viera, pero Lucas se dirigía ya hacia él, con una amplia sonrisa en los labios, la

mano tendida. Paulo lo saludó sin entusiasmo:

—¿Cómo va eso?

—He llegado esta mañana y ya estoy esperando el avión de vuelta. Un negocio a medio resolver. Tenía que hablar con unos individuos... —se daba aires de personaje importante. Ni tiempo tuve para ir a ver a Manuela. Si la ves, dile que dentro de una semana volveré por aquí unos días e iré a verla —reía, disfrutando de su propia importancia—. Los negocios le absorben a uno de tal manera que ni tiempo le dejan para dar un abrazo a la familia, pero ¿qué hacer? La obligación ante todo...

Y, como en la sala de pasajeros el altavoz anunciara ya la salida del avión de São Paulo, Lucas se precipitó con su maleta:

—Hasta la vista...

—Buen viaje...

Paulo respondió, ahora definitivamente aliviado. «No conoces a Lucas... Es capaz de matar...». ¿Ése? ¡Qué iba a ser capaz! No mataría a nadie. Estaba demasiado ocupado en ganar dinero... Buscó con los ojos al mozo, que ya le esperaba al lado de un taxi. Iría a dejar las maletas en el apartamento de su padre. Luego, cenaría en un restaurante del centro, y después se metería en un cine, para matar el tiempo. Iría luego al apartamento de Manuela, poco antes de que ella llegara del casino (tenía las llaves del portal y del piso). Ni le daría tiempo de decir nada, de murmurar una queja, le cerraría la boca con un beso cuando ella entrara, y así sería más fácil luego la charla que iban a tener...

Cuando abrió la puerta vio que la sala estaba iluminada. ¿Por qué no había ido al casino? Manuela levantó la cabeza al oír el ruido, y Paulo retrocedió al vislumbrar la palidez de su rostro, como si estuviera gravemente enferma, abandonada sobre el diván, desgredada, tumbada como un fardo. Manuela lo miró sin decir nada y las lágrimas empezaron a fluir de sus grandes ojos matinales, a resbalarle por el rostro. Ni siquiera intentó secarlas. Él desvió la mirada, vio el apartamento desordenado: «¡Y era así como Shopel veía el terreno preparado...!».

—¿Estás enferma? —y avanzó hacia ella, tendiendo los brazos.

Manuela se encogió en el diván, su voz sonó severa, una voz desconocida para Paulo:

—¿Qué haces aquí? Ya he mandado todas tus cosas a tu casa...

Él había visto el bulto de papel pardo en el apartamento del padre, colocado en una silla por el portero, pero ni lo había abierto. Pensó que sería ropa que llegaba de la lavandería.

—¿Pero qué tienes? ¿Qué es eso?

—Lo sé todo. Vete, déjame en paz... —No gritaba, como si fuera incapaz de excitarse, pero su voz ordenaba, imperiosa.

—Shopel te contó...

—¿Qué te importa quién fue? Vete...

—Fui yo quien le pedí que te lo contara.



—¿Tú? Eres peor aún de lo que pensaba. Ni siquiera tuviste valor para hablar conmigo. Enviaste a otro...

La escena no se iba desarrollando tal como él había previsto en el avión, pero Paulo aún no había perdido las esperanzas de transformarla de acuerdo con sus intereses y con su vanidad: no quería retirarse expulsado por la muchacha, quería verla pidiéndole que se quedara. Lo que más le impresionaba era el rostro dolorido de Manuela, su aire de abandono, aquella voz severa.

—Sí. No tuve valor para venir a contártelo. —Su voz no parecía salir todo lo triste que él deseaba—. Te quiero tanto, tanto, que no podía verte sufrir... —Ahora le parecía que había dado con el tono necesario—. ¿Pero qué puedo hacer? O esta boda o pasar la vida entera entre estrecheces, privaciones, una vida gris, miserable...

—¿Quién, tú?

—Soy pobre, Manuela, a pesar de las apariencias. Mi padre nunca ha sabido ahorrar dinero; aunque gana mucho, gasta mucho también... Todo lo que tiene es su bufete de abogado, la casa de São Paulo, unas cuantas acciones de ferrocarriles... Y yo soy sólo un segundo secretario de Embajada... Si no me caso bien, nunca llegaré a ser nada. Ni siquiera puedo pagar el alquiler de tu apartamento. Para pagar estos meses he tenido que pedirle dinero al viejo...

—Nunca te lo he pedido... Y si lo acepté fue porque dijiste que nos íbamos a casar. Lo aceptaba como si viniese de mi marido... —Y al recordarlo enterró el rostro en el almohadón.

—¿Y cómo iba a casarme contigo si no tenía con qué...?

—Los pobres también se casan...

Se quedó un momento silencioso buscando nuevos argumentos:

—Ya sabes... Cosas de familia...

Se sentó al borde del sofá, alargó la mano hacia los revueltos cabellos de Manuela como para reforzar la frase con una caricia. Pero ella lo apartó con un gesto brusco, levantaba la cara y erguía el cuerpo, era otra Manuela, Paulo nunca la había visto así:

—Sal de aquí... Sí, lo sé... No soy digna de pertenecer a tu familia. Soy una cualquiera, indigna de entrar en casa de Costa Vale, de ir a una recepción. Sólo sirvo para la cama, para eso sí que sirvo... Como una prostituta, ya lo habíais dicho... Y yo aquí pensando que no podía haber hombre mejor, más sincero... Me deshonraste porque me prometiste casarte. Tonta de mí que me lo creí... —retrocedió hasta el fondo del sofá.

—Ahora sales con tus tonterías de la honra perdida... ¿Cuántas veces te he explicado que eso es una tontería que sólo existe en este país de analfabetos? —Paulo empezaba a irritarse.

—Para mí es importante. ¿Por qué me lo prometiste? Me has engañado. Te has reído de mí, ¿qué más buscas aquí?

Paulo procuraba contener su irritación:

—No seas boba... ¿Qué impide que continuemos como antes? Tú hablas de

amor... ¿es que para ti el amor sólo es el matrimonio? ¿No somos felices sin él? ¿Por qué no continuar como hasta ahora? —Se dio cuenta de que era él quien pedía quedarse y se irritó de nuevo—: Casarse... Casarse... Sólo piensas en eso. Y llamas a eso amor... Quien ama de verdad no pone precio a su amor...

La voz de Manuela sonaba ahora sin aspereza, casi la misma que Paulo conocía:

—¿Quieres continuar? ¿Como antes? ¿Viniendo aquí a comer y a dormir?

La partida estaba ganada, pensó él. La tristeza de la chica se debía seguramente a que creía que la iba a dejar para siempre... Se puso muy tierno:

—Seremos los mismos con nuestro amor... Tendremos que tomar algunas precauciones, no vamos a exhibirnos tranquilamente por ahí. Incluso para ti, para tu futuro, no conviene que se sepa... Si se te presenta una boda, comprendes...

—Tu amante...

¡Otra vez la voz de cólera, una voz salvaje como él jamás hubiera imaginado en aquella figura de porcelana antigua!

—Tu fulana... Venir aquí a comer y a dormir de vez en cuando... ¡Qué asco, Dios mío!

—¿Pero, por qué? ¿Qué tiene de horrible? ¿No lo hemos hecho hasta ahora?

—Eres aún peor de lo que pensaba... Me alegro de que hayas venido aquí. Estaba desesperada, desesperada por haberte perdido.

—Por haber perdido una boda. Lo único que quieres es casarte.

—Humillada por no casarme, es verdad. Pero desesperada por perderte porque yo te creía diferente, porque no te veía aún como eres. Me alegro de que hayas venido y de que hayas hablado. Ahora sólo me queda la humillación, ya no tengo por qué desesperarme más. No vales la pena...

Se levantó, Paulo continuaba sentado al borde del sofá y le veía los pies desnudos, aquellos nerviosos pies de bailarina. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Ya no lloraba:

—Quiero que sepas una cosa: ahora que sé como eres, no sólo me niego a ser tu querida. Ni que me pidieras de rodillas que nos casáramos aceptaría. La única cosa buena que me has hecho ha sido precisamente no casarte conmigo... —Señalaba la puerta—. Ahora, vete...

«Un último esfuerzo», pensó Paulo:

—¿Por qué este teatro, este dramón pasado de moda? ¿Por qué no hablamos como dos personas normales? —Y, en su interior, sabía que era él quien representaba, ella era sincera en su cólera, en su desprecio, en sus gestos dramáticos.

—Vete...

Se encogió de hombros, la cosa no había salido como había previsto. En fin, fuera como fuera, se había librado de ella, eso era lo más importante. Había otras por ahí. Se levantó con una media sonrisa en los labios:

—Parece un folletín... Es ridículo... Pero si lo quieres así, paciencia. Adiós, querida Manuela, gracias por todo —se quedó sin saber si tenderle o no la mano.

Ella le dio la espalda, fue hacia la gran ventana abierta sobre el mar. Oyó el ruido de las llaves que Paulo dejaba encima de la mesa. Después el de la puerta al cerrarse. Unos instantes después vio a Paulo andando por el paseo en dirección a la parada de taxis. Todo había acabado, acabado para siempre. Deshonrada, rotos a la vez todos sus sueños... ¿Todos? Incluso antes de conocerle había soñado con danzar, librar sus pies sobre un escenario, decir con ellos lo que su corazón sentía. ¿Por qué no continuar con su carrera? Shopel la apoyaría, parecía un buen amigo. El estudio y el trabajo la ayudarían a olvidar. Pero, se hacía tan difícil olvidar, no al que acababa de irse, sino a aquel otro Paulo que ella había conocido meses antes, en un parque de atracciones, en São Paulo. El carrusel giraba en una confusión de luces, ¿cómo era aquella melodía antigua de la anticuada pianola?

*Vuelve que la noche es larga,  
triste por tu ausencia,  
mi infinito amor...*

Hacía pocos meses, había sido el último día de octubre del año pasado, en vísperas del golpe de estado, y, sin embargo, parece que hacía tanto tiempo... ¿Era otro Paulo o ya era el mismo, sólo que entonces sus ojos no lo sabían ver? Era ella la que era otra Manuela, ahora se daba cuenta de cómo había cambiado en esos meses. ¿Qué quedaba de la tímida jovencita encerrada en la casa húmeda de los suburbios? Su foto en los periódicos, su inocencia perdida, su sueño de hogar terminado para siempre, sólo le quedaba la danza, la misma que la había acompañado en los tiempos melancólicos de la casa en los suburbios que olía a moho, la misma a la que se apegaba ahora cuando las noches eran largas, largas y tristes por la ausencia de amor...

### 3

Saquila hizo un gesto de desprecio al leer la octavilla de la regional que anunciaba su expulsión del Partido. A su nombre seguían otros, calificados todos como «traidores trotskistas, sectarios, elementos colocados al servicio del latifundio paulista, enemigos de la clase obrera». La octavilla se refería a la caída del taller y a la muerte de Orestes y Jofre. Había una referencia especial al extesorero de la regional, Heitor Magalhães, joven médico sin clientes, acusado de haber robado dinero de la organización: «aventurero de la peor especie». Saquila empujó a un lado la octavilla, tenía otras cosas en qué pensar. Estaba redactando el manifiesto del Partido Comunista Obrero y estudiaba la composición de su ejecutiva. Los políticos armandistas le daban prisa, el momento del golpe se acercaba.

No podía, sin embargo, dejar de pensar en el trozo de la octavilla dedicado a Heitor Magalhães. Aunque no fuera verdad la acusación —y Saquila temía que lo fuese— era, como mínimo, desagradable. Y él no podía separarse de ninguna manera de «Luis» (éste era el nombre de guerra del extesorero), tan conocido en el seno de la organización, un nombre que había tenido un momento de celebridad y cuyo prestigio entre muchos simpatizantes le convertía en uno de los valores más serios de su grupo. Realmente, Heitor aparecía como el más responsable e importante de los secesionistas, después de Saquila. Activo y ambicioso, sabiendo hacerse el simpático, utilizando hábilmente su pasado —el proceso ruidoso que había sufrido cuando era estudiante—, Saquila le veía a veces como un contrincante. Sin duda, el médico tenía también sus planes, y Saquila los imaginaba bastante más turbios que los suyos. Había en la personalidad del médico algo que molestaba al periodista: Heitor no sabía encubrir sus propósitos, hablaba demasiado, se vanagloriaba de su falta de escrúpulos. Saquila cuidaba mucho su fama de «hombre de bien», de «tipo honesto» repetida en los círculos intelectuales y políticos por los tipos más distintos. Incluso en el Partido esta fama de honestidad personal, de decencia intelectual, consiguió que durante mucho tiempo los compañeros le tuvieran confianza y atribuyeran todos sus actos a errores enmendables de visión política. Con Heitor no pasaba ya lo mismo: incluso los políticos armandistas que como Antonio Alves Neto, escondían bajo el rótulo «realismo» su falta de escrúpulos, notaban en él la ausencia de cualquier convicción, la sordidez de las pequeñas ambiciones inmediatas. Una vez Saquila le había llevado a una entrevista con el jefe armandista, después de la escisión del Partido. Alves Neto no le había ocultado la desagradable impresión que el joven le había producido:

—Muy frívolo... Es preferible que no esté al tanto de los detalles importantes de nuestros planes. No tiene cualidades de político, como usted...

Pero de cualquier forma era imposible pensar en librarse de Heitor, al menos inmediatamente. Después del triunfo del golpe, sería otra cosa... Habría que ver cómo librarse de él, era una compañía incómoda y tal vez perjudicial... Saquila no

podía evitar una cierta sensación de terror al pensar hasta dónde podía llegar el médico en su deseo de «vengarse de esos desgraciados del Partido», como le había dicho Heitor al leer la octavilla. Era la misma sensación incómoda que le causaba Camaleão cuando aparecía por la redacción para darles un sablazo de diez o veinte mil reis... Al abandonar el Partido, Saquila se había trazado una línea de acción que debía llevarle a grandes triunfos políticos, a altas posiciones, y para eso era necesario conservar aquella aureola de hombre honesto, de «revolucionario puro», víctima de los «métodos implacables de los estalinistas». Tipos como Heitor y Camaleão, ambiciosos de pequeña ambición, capaces de cualquier vileza, podían echarlo todo a perder. Saquila no deseaba que se le confundiera con ellos, pero sabía que le era igualmente imposible prescindir de ellos, al menos en esta fase inicial de su nuevo «partido».

Y ahora debía colocar los cimientos de este partido. El plan de la conspiración armando-integralista estaba prácticamente maduro y, aunque Antonio Alves Neto no había querido revelarle los detalles esenciales, le había encargado de ciertos sectores intelectuales. Pero lo que los armandistas esperaban de él, ante todo, era la utilización de la influencia del Partido Comunista entre los sargentos, cabos y soldados. También entre la masa obrera, para impedir que se opusiera al golpe.

—Mientras hable sólo en su nombre, por mucho prestigio que tenga —no discuto su prestigio...—, no tendrá éxito. Esa gente confía en el partido... ¿Dónde está la nueva ejecutiva? —le preguntaba Antonio Alves Neto, después de la escisión.

Saquila temía ver flaquear su posición, su prestigio de líder popular, temía comprometerse ante los «políticos importantes». Explicaba al abogado que estaba contactando con elementos de otros estados para poder formar una ejecutiva nacional, para extender el prestigio del «partido» a todo el país. Realmente había mandado gente a Rio, a Rio Grande do Sul, al Nordeste. Y Heitor Magalhães se preparaba para partir hacia el Mato Grosso y Goiás, donde era conocido por haber estado antes en una misión de partido. Sólo unos días más —prometía Saquila— y la nueva ejecutiva sería presentada a toda la base del partido y la masa sería influenciada por él. Le había profetizado al «armandista» una ejecutiva nacional con nombres respetados, capaz de obtener el apoyo total de la inmensa mayoría para la nueva línea política. La huelga de Santos, según él, había demostrado a la clase obrera que el único medio de derribar a Getúlio era un golpe de Estado, que esa historia del frente popular para impedir la implantación del fascismo era un error histórico, un absurdo político.

Se esforzaba en probar a Alves Neto su importancia como líder, su fuerza en los medios obreros. El golpe —garantizaba— contaría con la solidaridad de la clase obrera: durante los últimos días él y sus compañeros habían realizado una intensa labor de difusión. Miles de octavillas circulaban por el estado y por Rio. Si por casualidad, después de estallar el golpe, la lucha armada se prolongase y fuese necesario movilizar a la gente, él podría proporcionar miles de hombres.

Alves Neto se llevaba las manos a la cabeza alarmado:

—Nada de eso, nada de eso... Ni pensarlo... Ya le he dicho que lo que deseamos es un golpe inesperado y decisivo. Y rápido, sobre todo rápido. Una lucha larga, señor Saquila, sabemos cómo comienza pero no como va a terminar. Acuérdesse de 1932. No vamos a repetir aquella tontería. El plan actual es simple y perfecto: un levantamiento en los cuarteles de Rio y São Paulo, apoyado por la Marina, que obedece a los integralistas, como ya sabe... Se toma el palacio de Catete y el de Guanabara en Rio, y el de los Campos Elíseos aquí, y todo habrá terminado. Preso Getúlio, los demás estados caerán como fruta madura, sin necesidad de movilizar a las tropas...

—¿Y en Rio Grande do Sul? Es tierra de Getúlio...

—Eso está previsto también. Flores da Cunha, que es mucho más popular que Getúlio, atravesará la frontera, llegará a Porto Alegre en triunfo, ya lo verá...

Resumía con voz convincente:

—Todo pasará en una noche. Cuando Brasil despierte al día siguiente, Getúlio estará en la cárcel y Armando Sales en el Gobierno. Eso es lo que queremos. Nada de lucha larga y mucho menos armar a los obreros. Nada de desórdenes, no vamos a perturbar la vida económica del país. Nada de huelgas, nada de manifestaciones de trabajadores. Hay que evitar la anarquía...

Bajaba la voz para darle nuevas explicaciones:

—Esas agitaciones obreras sólo serían útiles a los integralistas. Ellos se aprovecharían de la confusión para intentar gobernar solos... Guarde a sus obreros, ellos pueden ser muy necesarios después, si los integralistas intentaran traicionarnos. Pero, en el momento del golpe, lo que deben hacer es mantenerlos tranquilos para no causar perturbaciones al nuevo gobierno. Como ve, es urgente que su partido empiece a hacer algo...

Saquila prometía darse prisa pero, en realidad, no esperaba gran cosa de los viajes de sus enviados. La confusión causada por su escisión casi no repercutía en las otras regiones. Se había limitado a São Paulo e, incluso allí, estaba siendo rápidamente dominada por la enérgica actuación de la regional. El secesionista comprendía que su influencia en el Partido estaba definitivamente comprometida, había sido aislado en los meses siguientes al golpe estado-novista, sus errores y su actuación como dirigente habían sido discutidos por la base, y gran parte de ella pedía, incluso antes de escindirse, su inmediata expulsión.

La idea inicial de Saquila, al lanzar, con Heitor Magalhães y otros, su manifiesto denunciando a los dirigentes de la región de São Paulo, era constituirse con sus amigos en ejecutiva regional y obtener, si fuera posible, la aprobación de la ejecutiva nacional, colocada ante una situación de hecho. Por eso su primer manifiesto estaba lleno de juramentos de fidelidad al Partido, a la Unión Soviética, a Lenin y a Stalin. La respuesta fue su expulsión y la de sus compinches. Expulsión aprobada por la ejecutiva nacional, que trataba de hacer llegar a todas las regionales la verdad sobre los acontecimientos de São Paulo. Por eso los viajes de sus enviados habían sido

inútiles. Al mismo tiempo que ellos, llegaban los materiales de la ejecutiva nacional con la noticia de la expulsión de Saquila y su grupo. Y, en São Paulo, en el seno del Partido, había una atmósfera tensa contra él. En los días siguientes a su primer manifiesto, buscó a algunos obreros a quienes conocía desde su época de militancia. La gran debilidad de su grupo, veía Saquila, estaba en la falta de elementos obreros realmente ligados a la masa. Él había soñado obtener adhesiones valiosas, había contado con su antiguo prestigio. Pero había sido recibido con hostilidad casi en todas partes, algunos se negaban incluso a hablar con él, a darle la mano. Uno de ellos, un obrero de Santo André, reclutado por Saquila para el Partido hacía dos o tres años, y que por eso mismo siempre lo trataba con deferencia y amistad, le había echado de su casa:

—No hablo con traidores...

Y había añadido cerrándole la puerta en las narices:

—Sólo eres bueno para hablar con Camaleão, sois de la misma ralea...

Caminando en dirección a la parada de autobús, Saquila pensaba en Camaleão. Desde que se había difundido la noticia de su rompimiento con la ejecutiva, el extipógrafo había vuelto a aparecer por la dirección del periódico, a buscarle. Camaleão, después de ser puesto en libertad, acostumbraba ir al periódico de vez en cuando, por la noche, a darle un sablazo. Casi no hablaba, se sentaba en silencio en una silla al lado de la mesa de Saquila, éste ya sabía de qué se trataba: le extendía el billete de diez mil reis, cambiaba con él unas rápidas palabras, le despedía pretextando trabajo. El otro se tocaba el ala del sombrero en un gesto de despedida, desaparecía durante una semana por lo menos. Después desapareció del todo, sin dejar rastro. Decían los miembros del Partido que andaba liado con la policía, que había intentado «vender» a algunos militantes, y a sus denuncias habían sido atribuidas las detenciones de ciertos camaradas que él conocía. El Classe Operaria había publicado una advertencia a todos los militantes, responsabilizando a Camaleão de la caída del taller de tipografía y del asesinato de Jofre y Orestes, denunciándole como traidor al servicio de la policía. Aunque Camaleão, cuando el periodista le apretó para arrancarle la verdad, lo negó y se declaró totalmente inocente de cualquier actividad policial, Saquila estaba seguro de que el tipógrafo estaba ligado a la Delegación de Orden Político y Social. Camaleão, durante la conversación, casi había llorado, juró que sólo había dado la dirección de la imprenta después de haber sido bárbaramente torturado, y aun así la había dado porque creía que no había compañeros allí... Saquila echaba una parte de la culpa de aquellos sangrientos acontecimientos a la regional: los responsables no habían sabido controlar a Camaleão, le habían tratado con absoluta falta de tacto, con una rudeza innecesaria, facilitando el trabajo de la policía... Con eso intentaba disminuir la culpa de Camaleão, pretexto bajo el cual se excusaba él por recibirle y darle dinero, pero no liberaba a Saquila de la certeza de que Camaleão trabajaba para la policía. Así, cuando el extipógrafo dejó de buscarle, respiró aliviado.

Sin embargo, apenas empezó a circular su manifiesto de ruptura, Camaleão volvió a aparecer. Esta vez no se contentó con el billete de diez mil reis, no aceptó la disculpa del periodista: «El trabajo de la imprenta está atrasado, tengo mucho que hacer, vuelve otro día». Dijo que podía esperar, deseaba hablar con Saquila. La manera fue llevarlo a un café frente a la redacción, ¿qué diablos quería?

En la tarde de aquel mismo día, Barros había llamado a Camaleão a su despacho de la Delegación de Orden Político y Social. De una cartera, sacó las octavillas de Saquila, aquellas octavillas bien impresas; las dejó en la mesa frente a él.

—Eras hombre suyo, ¿no?

Camaleão movía la cabeza, asintiendo:

—Ya se lo he contado todo a usted...

Barros estaba interesado en identificar a los otros tres nombres que firmaban el manifiesto de ruptura de Saquila. Camaleão explicó otra vez las diferencias entre Saquila y la ejecutiva, habló de las promesas que el periodista le había hecho. Según él, aquella ruptura había tardado más de lo que esperaba.

—Ese Luis, es un médico, el doctor Heitor...

—Heitor Magalhães, lo sé...

—Un tipo listo... Hay quien dice que se llevaba una parte del dinero del Partido...

Sobre los otros dos nombres no sabía nada: eran nombres de guerra que había oído muchas veces pero no los podía identificar. ¿Los camaradas que apoyaban a Saquila? Citó varios nombres que le había dicho el periodista en los días de confidencias, en la imprenta...

Barros tomó nota, después le explicó:

—Debes ir a buscar a Saquila... Has continuado viéndolo como te dije ¿no?

—Hace algún tiempo que no aparezco por allá...

El delegado se estaba hartando:

—¿Y por qué? ¿No te dije que estuvieras en contacto con él? Eres un inútil, no sirves para nada...

Camaleão se disculpaba: le habían dado otros trabajos en la delegación, durante la huelga de Santos había estado vigilando la carretera, había sido por eso...

—Pero, al menos, ¿él sospecha que trabajas con nosotros?

—No. Ni mucho menos... Pensaba que andaba buscando trabajo...

—Pues le dices que has encontrado un empleo y que por eso no has ido a verle últimamente... Vamos a ver... —Y pensaba en la historia que Camaleão debía contar a Saquila.

Después de haber aleccionado al traidor, le dijo:

—Arráncale todo lo que puedas. Luego ve a buscar al otro, al médico, a Heitor... Hazte el amigo, el aliado. Tienen mucho que contar y, si tienes cabeza, puedes hacernos un buen servicio. Especialmente sácales todo lo que puedas sobre los otros...



—¿Los otros?

Barros se levantaba, la colilla del puro prendida en los labios:

—Sí, sobre los otros. Saquila debe de saber mucho sobre ellos, Heitor también... Sobre João, el Rubio, los demás, sobre el Partido. ¿Comprendes? Ésos son los que nos interesan, métetelo en la cabeza...

Le explicaba cómo actuar:

—Di que quieres trabajar con ellos. Están conspirando con los armandistas, puede que también descubras algo sobre esto. Lo más importante, sin embargo, es lo que te puedan contar sobre los otros...

Por eso Camaleão había vuelto a la redacción y, en el café, contó a Saquila la historia que Barros había inventado: había conseguido un empleo en una pequeña imprenta de los suburbios, donde imprimían recordatorios, tarjetas de visita y porquerías de ésas. Mal pagado, pero daba para vivir. En los primeros tiempos había estado muy ocupado con la mudanza, por eso no había aparecido. Ahora que tenía un descanso había venido a saber noticias de Saquila, no olvidaba que el periodista fue el único que le ayudó a salir de la cárcel. Los otros lo primero que hicieron fue acusarle de ser de la policía, decir que estaba trabajando como espía. Precisamente cuando él, sin trabajo, se veía obligado a vivir de «sablazos» de cinco y diez mil reis, como Saquila sabía muy bien...

En una mesa al fondo del café semidesierto, el periodista escuchaba en silencio. Se daba cuenta de que Camaleão había sido enviado por la policía para «sonsacarle», pensaba cómo librarse de él. Camaleão se refería ahora a la ruptura de Saquila:

—Un compañero me ha enseñado tu manifiesto... Es justo lo que debías hacer. Y aquí estoy, para ponerme a tus órdenes...

Y recordaba las palabras del secesionista prometiéndole un puesto dirigente cuando asumiese la dirección, prometiéndole incluso la secretaría sindical. Pero él no tenía ambiciones: lo que quería era trabajar, poder rehabilitarse, probar que no era un traidor como decían por ahí. Procuraba llevar la conversación hacia el asunto que Barros le había encomendado: la verdadera ejecutiva del Partido. Gritaba contra Carlos, contra João, esperando que Saquila soltara algo. Sin embargo, el periodista, amedrentado por aquella visita inesperada y sospechosa, respondía con monosílabos, de una manera tan reticente que Camaleão se ofendió:

—¿No será que tú también crees que soy de la policía?

—No, no es eso...

—Si fuese policía, al primero que entregaría sería a ti, que eres el hombre de quien sé más...

Saquila notaba en la voz del extipógrafo una nota desagradable de amenaza; había que contemperizar si no quería echarlo todo a perder.

—Nunca dudé de tu lealtad. Pero ellos dijeron públicamente en la Classe que estabas trabajando para la policía...

—Esos perros...

—... Y mucha gente lo ha creído. Es necesario explicar a los otros tu verdadera posición antes de ponerte a trabajar...

Ahora hablaba mucho, intentando convencer a Camaleão de que nada estaba aún resuelto sobre el Partido, que estaba cansado de todo aquello, dispuesto a abandonar toda actividad, a dedicarse sólo al periódico.

—Eso de la política sólo da dolores de cabeza y desilusiones...

Pero Camaleão le recordaba trozos del manifiesto, de las octavillas que Barros le había hecho leer:

—¿Ahora que has formado una nueva ejecutiva?

—Sólo es un intento... Aún no sé si va a resultar. Si resulta, te busco. No me voy a olvidar de ti, naturalmente...

Camaleão se había despedido al final, prometiendo volver para saber las novedades; quizá entonces Saquila ya tuviera tareas para él:

—Puedo organizar una base allí en mi zona...

No sólo Camaleão aparecía ahora, constantemente, en busca de octavillas para distribuir, sino que Saquila le había encontrado con Heitor Magalhães, hablando los dos animadamente, en el apartamento del médico. Aquella intimidad le había inquietado y le dijo a Heitor una vez estuvo fuera el tipógrafo:

—Este tipo no es de confianza. Todo indica que trabaja para la policía.

Heitor dudó:

—Todos los que son expulsados del Partido son luego tachados de soplones... Dentro de poco lo dirán también de nosotros... ¿No dicen de mí que soy un ladrón?

—Y se reía como divertido por la acusación.

—No sé, pero no tengo confianza en él.

—Pero tú mismo le encargas misiones... le das trabajo...

—Sólo le doy octavillas. No puedo romper con él de repente. Sería peor...

—Es lo que hago yo también. Si es de la policía, es mejor tenerle vigilado...

—De todas formas no debe saber nada de nuestras relaciones con los armandistas.

—Claro que no. Además, sólo se interesa por los tipos del secretariado. Se la tiene jurada... Como yo...

Se arregló el pelo y continuó:

—Esos tipos creen que tienen todos los derechos: llamar policía a uno, ladrón a otro... Necesitan una buena lección...

Todo esto preocupaba a Saquila: gente como Heitor y Camaleão podían crearle dificultades, eran unos tipos temibles que esperaban obtener de la ruptura pequeñas ventajas inmediatas, no tenían las ambiciosas perspectivas del periodista. Por otro lado, sabía que era imposible mantenerse en la posición inicial sostenida tras la ruptura: presentarse como la verdadera ejecutiva regional del Partido Comunista. El hecho de que la ejecutiva nacional hubiera aprobado inmediatamente su expulsión, le separaba definitivamente del Partido. Y ahora, sólo podían fundar otro partido; aceptar la alianza con los elementos trotskistas conocidos desde mucho antes como

tales, y que habían ido a buscarle cuando se hizo público su manifiesto.

Los trotskistas, unos cuantos intelectuales esparcidos por el país, «revolucionarios de biblioteca», como muchas veces les había definido el propio Saquila, buscaron un contacto con él, inmediatamente después de la escisión. Y ahora Saquila ya empezaba a llamar a la ejecutiva del Partido «gangsters stalinistas», usando el lenguaje de los trotskistas, el crítico literario Lauro Chaves, el dibujante Abrunhosa, el poeta João Pequeno, eran citados como ejemplos de honestidad, de pureza revolucionaria. En el pasado, Saquila les había criticado varias veces, diciendo que así era fácil ser revolucionario: unos revolucionarios que se contentaban con las discusiones teóricas y las conversaciones, distantes de cualquier actividad, nunca molestados por la policía, limitándose a hablar mal del Partido, a combatir la actuación comunista. No rehusaba, sin embargo, los contactos podría necesitarlos en un futuro. Aún no era el momento de aliarse con ellos, pues eso liquidaría de una vez sus posibilidades de influencia sobre la masa obrera. Pero, en un futuro, ¿quién sabe si esos intelectuales no podrían estar con él, en el partido legal que surgiría después del golpe, bajo el rótulo de socialista o izquierdista...?

Desaparecidas sus posibilidades de presentarse como ejecutiva regional del Partido, y de acuerdo con Heitor y otros escindidos, había decidido la creación del Partido Comunista Obrero: como cosa provisional, para que existiera sólo antes del golpe, transformándose luego en otro partido al entrar en la legalidad, después de la victoria. Lo peor era la ejecutiva: aparte de Heitor y de él mismo, los demás poco o nada significaban para la masa obrera y menos aun para los intelectuales y políticos burgueses. La falta de un elemento obrero de prestigio y de un elemento intelectual de fama reducía la posible influencia de «su» partido, debilitada su posición ante Alves Neto. Había sido una pena que Cícero d'Almeida, con quien Saquila contaba, se hubiese negado a acompañarle.

Cícero era el nombre ideal: conocido no sólo en el Partido, sino también fuera de él, escritor de fama, respetado por todos, incluso por sus enemigos políticos. Su valiente comportamiento en la cárcel, tras la revolución de 1935, le había hecho popular entre los militantes de São Paulo, y sus libros de historia le habían dado un nombre prestigioso en la vida cultural del país. Por otro lado, había demostrado también, durante la campaña electoral, ciertas divergencias con la línea política seguida por el Partido. En varias ocasiones se había mostrado de acuerdo con Saquila, incluso a veces le había apoyado en sus discusiones con los dirigentes. Se conocían desde hacía muchos años, procedían los dos del movimiento de vanguardia, sus gustos coincidían en literatura, en pintura, en poesía. Ciertamente Cícero estuvo de acuerdo con la regional cuando Saquila fue criticado, pero sus relaciones personales no se habían roto, aún no hacía mucho habían hablado largamente durante una comida sobre la cuestión agraria. Saquila pensaba así que podría conquistar fácilmente el apoyo de Cícero para el nuevo partido, especialmente si le ofrecía un puesto dirigente. El propio Alves Neto se impresionaría: en la alta sociedad paulista,

Cícero, hijo de una familia importante y antigua, era considerado una «oveja negra» y había quien afirmaba que era, después de Prestes, la figura más importante del Partido Comunista.

Saquila le había telefoneado, había ido a cenar a su apartamento. El periodista no tenía mucho tiempo, debía volver a la redacción, trató de cortar la conversación sobre el informalismo —en el Salón de Mayo se exhibían algunos cuadros de informalistas ingleses, los primeros vistos en São Paulo—, trató de llevarla hacia los recientes acontecimientos del Partido. Comenzó criticando ásperamente la actuación del Partido en la huelga de Santos, «inútil prueba de fuerzas; unos cimientos en el vacío... Aquella gente de la ejecutiva había perdido la cabeza, estaban enterrando el movimiento...».

Cícero defendió la huelga, pero Saquila no encontraba en sus argumentos una sólida convicción, como si también el escritor tuviese dudas sobre la justicia del movimiento. Se sintió lleno de esperanzas y empezó a explicarle a Cícero las perspectivas del nuevo partido: «El verdadero partido comunista, con una línea realmente revolucionaria, capaz de terminar con Getúlio y con el Estado Novo... Un partido que consiguiese la legalidad después del golpe antigetulista, y cuya línea equilibrada, la única justa en las condiciones semicolonias de Brasil, le abriese las puertas del parlamento, de la prensa legal, de la existencia a cielo abierto». Habló midiendo las palabras, convincente y entusiasta. Lo que exponía eran sus proyectos políticos, y al hacerlo los veía ya realizados: se veía ya en la Cámara, tratando con los políticos de todos los sectores, hablando en nombre de «su» partido, siendo tratado de «Su Excelencia»... Hablaba como abriendo para Cícero las mismas posibilidades, dispuesto a asociarle a tan prometedora empresa. El escritor escuchaba en silencio, con aquel serio interés con que escuchaba a todo el mundo. No le interrumpía, pero tampoco perdía palabra. Saquila entendía aquel silencio como una tácita aprobación y se alegraba de que fuera así: necesitaba a hombres como Cícero, no como Heitor y Camaleão... Entró en detalles, se refirió a las garantías de éxito que ofrecía el golpe armandista y le confió finalmente, que estaba encargado, «por compañeros de todas las regiones», de invitarle a participar en la ejecutiva del nuevo partido, del «verdadero partido comunista»...

—No puedo aceptar... —contestó Cícero con su voz calmada, un poco suficiente—. El Partido es el Partido, Saquila, no existen dos partidos comunistas. Cuando esto sucede, uno de ellos termina siempre sirviendo a los enemigos —atajó con un gesto la objeción que el otro iba a formular—. Yo te he escuchado en silencio, escúchame tú a mí también: quizá tengas razón en algo de lo que dices, en ciertas críticas que haces. Reconozco que no siempre estoy de acuerdo con ciertas posiciones de los compañeros. Sin embargo estas cosas se discuten en el seno del Partido, las divergencias sobre la línea a seguir no se solucionan fundando un Partido paralelo... Así sólo se debilita el movimiento, nuestras propias fuerzas.

Saquila consiguió interrumpirle:

—Sabes que es imposible discutir con esa gente. Totalmente imposible... No admiten ninguna discusión.

—No es verdad. Tú mismo discutiste cuanto quisiste, defendiste tus puntos de vista.

—Ya sabes lo que pasa: una mayoría de ignorantes vota contra nosotros y se ha terminado la discusión... Los hombres capaces de pensar y de dirigir son ahogados por esa mayoría.

—Espacio, espacio: la gente sólo vota después de discutir. Si alguien es vencido en la votación es porque sus ideas y sus argumentos no han convencido a la mayoría. El principio de la mayoría es un principio democrático, amigo mío. ¿Qué debe hacer entonces un comunista?

—¿Inclinarse ante la mayoría? —interrumpió de nuevo Saquila, agitando las manos—. ¿Aceptar tesis falsas sólo porque la mayoría tiene los ojos cerrados? ¿Error porque los demás persisten en el error? Lenin mismo, querido Cícero, se colocó contra la mayoría cuando ésta se equivocó...

—¿Cómo? ¿Dónde has descubierto esta novedad? ¿Cuándo rompió Lenin con el Partido para imponer una idea suya? ¿Cuándo dividió el Partido?

—¿Novedad? ¿Y la división entre mencheviques y bolcheviques? Lenin no vaciló...

—Naturalmente, Lenin se quedó con la mayoría o, mejor, la mayoría estaba con Lenin. ¿O es que no sabes, docto Saquila, que bolchevique en ruso quiere decir partidario de la mayoría?

Miraba al periodista al otro lado de la mesa:

—No, Saquila, no tienes razón. Has discutido tus divergencias, la mayoría no te ha apoyado, tu deber era aceptar la decisión y, si no estabas convencido, tratar de encontrar la manera de continuar discutiendo. Eso era lo justo, lo demás es dividir el Partido, unirse a los enemigos.

—Pero ¿cómo iba a seguir discutiendo, si empezaron por expulsarme?

—Tampoco eso es cierto. Sólo fuiste expulsado cuando rompiste la unidad del Partido, cuando tomaste una postura pública contra la ejecutiva, contra la línea política. Ya te he dicho que yo mismo no estoy siempre de acuerdo con todo lo que la ejecutiva decide, durante la campaña electoral no estuve de acuerdo con la línea seguida. Pero de ahí a meterme en un movimiento contra el Partido... No, amigo mío, muchas gracias por tu ofrecimiento, pero no lo acepto.

—Estás aplicando mecánicamente ciertas fórmulas y ciertas tradiciones de la rutina del Partido. Y eso no es admisible en un hombre de tu cultura marxista... ¿Quién te dice que estoy haciendo un movimiento contra el Partido? Para mí, para nosotros, los que nos apartamos de la ejecutiva regional, el partido somos nosotros, somos nosotros los que defendemos realmente los intereses del proletariado, somos nosotros los que tenemos una concepción justa de la línea táctica.

—Vosotros sois los que defendéis los intereses del proletariado —sonrió Cícero

—, pero el proletariado está con los otros, contra vosotros... ¿Dónde se ha visto, maestro Saquila, un Partido Comunista sin obreros? Puedo contar uno a uno los elementos que están contigo: no hay ningún obrero...

—Simeão y Adalberto...

—Simeão es un artesano, un zapatero. Y Adalberto es funcionario de la Prefectura. ¿Es obrero sólo porque un día trabajó en una fábrica? Es el tipo de mentalidad más pequeño-burguesa que conozco. Basta con decir que obliga a sus hijas a que os traten de usted... —Sonreía levemente, después se ponía serio para continuar—. Saquila, te digo una cosa: exceptuándote a ti y a un par más, el personal expulsado ahora tenía que haberlo sido hace ya mucho tiempo. Ese Heitor, por ejemplo... Un ladrón.

—Calumnias... Es todo lo que esa gente sabe hacer: calumniar a todos los que no obedecen ciegamente. Fueron precisamente cosas como ésta las que me hicieron tomar la decisión que tomé... Para estar en paz conmigo mismo, con mi conciencia.

—Eso no son razones políticas. Saquila, soy amigo tuyo, creo que eres una de las personas más capaces que ha habido en el Partido. No dudo de tus escrúpulos, de la honestidad de tus propósitos. Pero te has equivocado y ahora no sabes soportar las consecuencias, estás hundiéndote. Te daré un consejo: deja todos esos proyectos, vuelve a tu redacción, apártate de esa sarta de aventureros, trata de rehabilitarte ante el Partido por el trabajo de masas. No te quedes ahí comentando tu expulsión, conquista el derecho a volver al Partido. Eso es lo que debes hacer.

—No he venido a pedirte consejo.

Cícero se irritó también, pero su voz continuó educada, aquella voz de hombre de mundo:

—Es todo lo que puedo darte. Nada más...

Saquila se arrepentía de su pronto. ¿De qué le servía romper con Cícero d'Almeida?

—Perdona. No vamos a pelearnos por eso... Tú piensas de una manera, yo pienso de otra y el tiempo dirá quién tiene razón. Yo no soy sectario y el día en que te des cuenta te recordaré esta conversación. Aparte de esto tenemos muchas cosas de las que hablar... —Y empezó a elogiar una serie de artículos de Hermes Resende sobre la psicología de los mestizos de Valle de Rio Salgado y la civilización rural brasileña, artículos aparecidos en A Noticia. «Es un maestro», afirmaba Saquila, y sus ensayos, aunque eclécticos en sus métodos de análisis, aunque faltos de conclusiones, eran lo más importante que había producido la cultura nacional en los últimos años, y, en conjunto, la obra de Hermes Resende poseía un inestimable valor revolucionario.

Con estos elogios a Hermes Resende, Saquila esperaba vengarse de Cícero d'Almeida, ya que los críticos literarios se dividían entre Hermes y Cícero al señalar al mayor ensayista brasileño vivo... Sin embargo, Cícero no pareció darse por aludido y empezó a discutir los artículos citados, con el mismo aire serio con que había discutido antes la posición política del periodista. Saquila miraba el reloj, se

sorprendía: la discusión continuaría otra vez, ya llegaba tarde a la redacción.

La negativa del escritor a participar en la ejecutiva del nuevo partido había afectado a Saquila más de lo que él daba a entender. Contaba con aquel nombre prestigioso para impresionar a Antonio Alves Neto y para la posible conquista de algunos obreros. Ahora estaba obligado a componer una ejecutiva con aquellos pocos elementos que poseía, en realidad aquello no era ni siquiera un partido, ¿por cuánto tiempo le sería posible disimular ante los armandistas? Después del golpe, todo sería más fácil; para un partido legal contaría con mucha gente, los buscaría entre los muchos izquierdistas de todo tipo existentes en los medios intelectuales. Para un Partido así, podría contar incluso con Hermes Resende... Pero, para un partido ilegal, en vísperas del golpe...

Aquella noche Camaleão volvió a aparecer por el periódico, acompañado por Heitor Magalhães. El médico estaba a punto de salir hacia Mato Grosso y Goiás para ver si era posible ganar adhesiones entre los compañeros de allí. Quizá no hubiera llegado aún a aquellos lugares la noticia de la expulsión de Saquila y de su grupo. Venía a concretar las cuestiones monetarias y parecía no tener secretos para Camaleão. Éste estaba al corriente del viaje que se proyectaba, se había metido de lleno en el nuevo partido... Tan dentro estaba que Saquila ya no podía pensar ni siquiera en apartarle. Lo importante, pensaba, era neutralizarle. Después del golpe todo sería distinto, en el partido legal sabría evitar a tipos como Camaleão y Heitor.

Sí, estaba metido de lleno en el nuevo partido, y, aunque Saquila se mostrase aún desconfiado y prudente, Heitor, al contrario, se había hecho amigo suyo en aquellos días y le había contado muchas cosas sobre el golpe proyectado. Camaleão se sentía triunfante cuando esperaba, en plena noche, el regreso de Barros a su despacho en la comisaría. El delegado había salido a cenar, pero iba a volver pronto, eso le habían dicho. Camaleão esperó, mientras escuchaba interesado la narración hecha por otro policía de un lío en una sala de fiestas. Pero, apenas el delegado entró en el despacho, Camaleão abandonó el animado grupo, e insinuó a través de la puerta semiabierta su largo cuerpo:

—¿Da usted permiso, jefe?

—Entra.

Se quedó de pie ante la mesa, con el sombrero en la mano.

—Bien. ¿Has conseguido algo en esos días? ¿Los hombres han hablado?

Una sonrisa victoriosa se abrió en el rostro verdoso del traidor. Se frotaba una con otra las manos sudadas:

—Va a estar usted contento...

—Veremos. Siéntate.

Se sentó. Aceptó rápidamente el puro que el delegado le ofrecía.

—Estoy metido en el partido... Saquila quiso echarme, dejarme de lado. Pero me agarré fuerte y ahora cada día voy allí a buscar octavillas. Están todas ahí...

Contaba sus conversaciones con Saquila y, principalmente, con Heitor, las revelaciones que le había hecho el médico sobre la proximidad del golpe, las perspectivas posteriores. El jefe de la conspiración era por lo visto el doctor Alves Neto, el que había sido candidato a gobernador del Estado antes del 10 de noviembre...

—Estoy metido en el partido, un día de éstos me llamarán para la ejecutiva...

Barros golpeaba con el lápiz en la mesa. ¿Dónde estaban los elogios entusiastas que Camaleão esperaba? El delegado no parecía conceder gran importancia al hecho de que estuviera metido en el partido, a sus revelaciones sobre el golpe.

—Eres medio idiota, Camaleão. Te voy a explicar lo que pasa... —Barros gozaba de aquel momento en que iba a demostrar su superioridad, su «finura» como policía. Había quien decía que sólo servía para la violencia; los que ambicionaban su puesto hablaban siempre de su escasa inteligencia. Desearía que pudieran estar allí en aquel momento—. Has hecho un buen trabajo, estás en una buena pista. Pero si crees que ese partido donde estás metido es el Partido Comunista, te equivocas rotundamente...

—Pero Saquila...

—Está conspirando con los armandistas, es cierto. Está con Alves Neto, también es cierto. Están preparando un golpe. Hace mucho tiempo que lo sé todo, y nada de lo que me has dicho es una novedad para mí. Saquila quería que el Partido se metiese en



la conspiración, pero los otros no aceptaron, no creen que el golpe pueda resultar. Por eso Saquila decidió romper y fundar su propio partido. —Se levantó, abrió un armario, sacó una cartera—. Tengo aquí todo lo que ha publicado, sé dónde está la imprenta. Sé mucho más que tú, Camaleão, sobre esa gente, sobre Alves Neto y lo que están tramando. Y, ¿por qué no me meto y dejo a Saquila en paz? ¿Por qué dejo que publique y distribuya sus boletines? Porque él con ese partidito de nada, nos ayuda contra el otro, contra el verdadero Partido Comunista, el que tenemos que liquidar... ¿Comprendes? Esta historia del partido de Saquila causa confusión entre los comunistas y nosotros nos aprovechamos... Pero ese partido no avanza, terminará como todos los que han querido fundar los trotskistas. Por falta de gente...

—¿Quiere decir que debo irme?

—No, no quiero decir eso. Debes continuar con ellos. Porque así puedes tenernos al corriente de sus actividades y, tal vez, si eres hábil, descubrir algo más sobre el golpe, sobre la gente envuelta en la trama. Están conspirando desde hace mucho tiempo, estamos hartos de saberlo. Pero, quizá, por medio de Saquila consigas algunos detalles. Pero no es eso lo que nos interesa más. Lo importante, pon atención, es sacarle a esa gente todo lo que saben sobre los otros, sobre los del Partido, del verdadero, al que habías pertenecido... Ya te lo dije una vez. Eso es lo que nos interesa, métetelo en la cabeza —subrayaba sus palabras con golpes de lápiz sobre la mesa—. ¿Quién es João? ¿Dónde están el Rubio y Zé Pedro? ¿Quién es Carlos? ¿Dónde está la nueva imprenta? Esto es lo que necesitamos saber. Saquila tiene que estar al corriente de mucho, era un dirigente. Heitor también, era el tesorero regional... Ese Heitor... Trata de sobornarle, ¿quién sabe si no se interesaría por un buen pellizco? O quizá podamos hacerle un lavado de cerebro aquí. Sondéalo, hazle hablar de Saquila, de los otros también. Trata de sacarles todo lo que puedas sobre el otro Partido... Ése es el que tenemos que liquidar... Los integralistas, los armandistas, Saquila, se mueven, conspiran, pero el peligro, el verdadero peligro son los otros, los «rojos»... ¿Entiendes?

Camaleão movía la cabeza asintiendo, Barros encendió un nuevo puro, fanfarroneaba:

—Para ser un buen policía, para hacer frente a los comunistas, hay que tener el brazo fuerte, pero también se necesita cerebro. Yo tengo las dos cosas... —cerraba el puño, lo enseñaba. Muchos comunistas conocen la fuerza de esta mano... Pero tengo cerebro también, sé pensar... Una cosa es Saquila con su partidito y su conspiración con Alves Neto. ¿Qué quieren? Derribar a Getúlio. Naturalmente no les vamos a dejar. Si se mueven, les daremos hasta que se nos canse la mano... Pero aprende a distinguir: todo lo que quieren es eso... Los otros, los otros quieren subvertir el orden —pronunciaba la expresión lentamente, como para revalorizarla—, quieren destruir la sociedad, implantar el comunismo... Son ellos los que nos interesan ante todo, y para combatirlos nos dan el poder que tenemos. Son ellos sobre quienes debes sonsacar a Saquila y a los otros todo lo que puedas, lo máximo que puedas...

Camaleão dijo, con voz adulatora:

—Realmente tiene usted cerebro, señor... Barros sonrió...

—Es necesario... Te voy a dar un cheque, una gratificación por tu trabajo, cobra en caja. Pero el día en que me traigas algo concreto sobre João, sobre el Rubio, sobre Carlos, sobre Zé Pedro, algo que me permita meter mano en la ejecutiva del Partido, te garantizo un ascenso. Ese Heitor... Trabaja directamente con él, puede contarte mucho. Depende de que trabajes con inteligencia. Cerebro, muchacho, cerebro...

—Cerebro, amigo mío, materia gris, fósforo... —se reía al afirmarlo Lucas Puccini, ajustándose el cinturón de los pantalones, sentado en un sillón frente a Eusebio Lima. Estaba en el gran edificio del Ministerio de Trabajo, en Rio de Janeiro, en el despacho de Eusebio, después de una copiosa comida en un restaurante del Mercado, célebre por sus platos de pescado.

—Yo siempre lo he dicho: inteligencias como la tuya no hay muchas... No sólo lo he dicho —recordaba Eusebio— no me he contentado con eso. Te he echado una mano, estabas empleado en la tienda de unos turcos, ¿no es eso?

—En O Barateiro... —recordó Lucas. No soy ingrato, Eusebio, no temas. Llegue hasta donde llegue, suba hasta donde suba, nunca olvidaré que fue mi amigo Eusebio Lima quien me tendió la mano.

—Y que aún manda un poco en este país, Lucas... Que tiene a sus órdenes el Ministerio de Trabajo, las cajas, las ricas cajas de ahorros y pensiones... y que goza de la simpatía de nuestro jefe, del ilustre doctor Getúlio.

Lucas participaba del entusiasmo del oficial de despacho:

—El presidente es un hombre bueno de verdad. Lo que yo más admiro en él es su sencillez. Trata a todos como a sus iguales. No es como ciertos tipos de São Paulo que parece que tengan un rey en el cuerpo. —Lucas estaba aún indignado con Costa Vale que, en la víspera, le había hecho esperar, en una antesala del banco, en São Paulo, más de media hora antes de recibirle, y cuyas primeras palabras habían sido: «Tengo diez minutos para usted. Exponga su asunto brevemente...».

Había buscado a Costa Vale para proponerle un proyecto comercial, una verdadera mina de oro. Desde el negocio del café, que le había proporcionado su primera cantidad fuerte de dinero, Lucas Puccini se había lanzado a los negocios. Dos o tres pequeños golpes, seguros y rápidos, habían duplicado su capital. Pero ambicionaba ahora algo más sólido, más estable, más permanente. Había descubierto de esta manera el negocio del algodón. Los norteamericanos dominaban el mercado a través de unas cuantas firmas exportadoras. Dejaban a los campesinos debatiéndose en la miseria para poderles comprar el producto a precios ridículos. Después de largas reflexiones, Lucas había decidido financiar la siembra de algodón en el estado, monopolizar la producción, imponer los precios después. Registró en Santos una firma comercial: «L. Puccini, exportador». Pero su capital era pequeño para la enorme envergadura del proyecto. Para eso había ido a ver a Costa Vale, símbolo para él de todo aquel mundo de los negocios, a quien tantas veces había admirado y envidiado desde la puerta de la tienda, dueño de fábricas y bancos. Costa Vale había alcanzado la meta que él, Lucas Puccini —exempleadillo de comercio, funcionario subalterno del Ministerio de Trabajo iniciándose en la vida financiera, deseaba un día conseguir.

Pero Costa Vale, preocupado por la Empresa de Valle de Rio Salgado, con sus

ferrocarriles, sus industrias, su banco, no tuvo oídos para el proyecto del joven desconocido de voz intimidada que tenía enfrente. («Una vez nos presentaron. Yo me trato con Shopel y con Paulo Carneiro Macedo da Rocha...»), había recordado Lucas, y aquello no era ninguna recomendación comercial para el banquero). Antes de que hubieran pasado cinco minutos, Costa Vale le despedía, mandándole a ver a uno de los subgerentes del banco:

—Eso de los créditos no es cosa mía. El Sr. Fonseca le atenderá —cerraba la conversación, tocando la campanilla para llamar a un botones—. Acompaña a este señor al despacho de Fonseca...

Lucas siguió por el frío pasillo del banco; el entusiasmo con que había llegado había desaparecido con el desinterés de Costa Vale. Y con voz débil y poco convincente expuso otra vez su proyecto al subgerente, un tipo flaco y tieso, vestido como un maniquí de sastrería. Éste tomó algunas notas, le dijo que estudiaría el asunto, Lucas debía volver unos diez días después. Era una lástima que no hubiera traído ninguna recomendación comercial, aquello dificultaba el éxito de su petición. «Era», pensó Lucas, «la despedida clásica. No valía siquiera la pena volver...».

Incluso cuando pasó a dedicarse casi por completo a los negocios, Lucas no abandonó su empleo en el Ministerio de Trabajo. Aparecía muy raramente, el jefe cerraba los ojos, no iba a llamarle la atención a un amigo íntimo de Eusebio Lima. Gracias a Eusebio, Lucas había conseguido un empleo para su cuñado, un lugar en la Prefectura de São Paulo, le había hecho venir desde el interior, le había dado un poder para cobrar su sueldo en el Ministerio. Era su contribución a los gastos de la casa, a donde iba, por otra parte, muy pocas veces, incapaz de soportar el aire de víctima de tía Ernestina, la tos del abuelo, el barullo de los niños.

Al salir del banco, desanimado, entró en el Departamento situado al otro lado de la calle. Los compañeros le saludaron, envidiosos de sus prerrogativas. Lucas entró en el despacho del jefe para darle las «buenas tardes». Éste le recibió muy cordialmente, le preguntó por su familia y le pidió que cuando viera a Eusebio Lima no olvidara saludarle en su nombre... Eusebio Lima... Y ni siquiera había pensado antes en él, había ido directamente a ver a Costa Vale. Era su manía de tener en cuenta sólo a los hombres de negocios, aquella atracción suya por los industriales, por los banqueros... Pasar media hora esperando en una antesala, soportar las frases groseras de Costa Vale, las frías disculpas del subgerente tieso como un maniquí, cuando tenía a mano la solución más práctica, más fácil, la mejor de todas. Se despidió del jefe, salió casi corriendo del Departamento, fue a reservar un pasaje para el primer avión del día siguiente. ¿Qué mejor socio para su proyecto que Eusebio Lima? Tanto dinero de los empleados y obreros depositado en los bancos, el dinero de las cajas de ahorros y pensiones... Con él había hecho el negocio del café. Con él haría el negocio del algodón. Tendría que dar una participación importante a Eusebio cuando el asunto se realizase, pero, aparte de que sería menos que los intereses que tendría que pagar a un banco, había la ventaja de que así él sería el único jefe de su

empresa, no tendría un banquero que controlase sus pasos. Y él, que ni siquiera había pensado en Eusebio Lima...

El jefe del despacho del ministro de Trabajo tenía una confianza ilimitada en la inteligencia de Lucas Puccini desde aquel negocio de la cosecha de café (con el dinero que había ganado, Eusebio se estaba construyendo una casa en Gávea). Escuchó durante la comida el nuevo proyecto. Las cifras de la posible ganancia le asombraban:

—¿Tanto, Lucas?

—Quizá mucho más. Con todas esas amenazas de guerra, comprendes, el algodón vale oro... Los americanos pagan lo que quieren porque compran a uno y a otro pequeños stocks. Pero, cuando la cosecha esté en manos de uno solo, éste impone el precio. Y si no lo quieren pagar, se lo vendemos a los alemanes. Imagina que los campesinos quieren abandonar el cultivo debido al bajo precio del producto. Éste es el juego de los americanos. Pero nosotros entramos en el mercado comprando...

—Hace falta mucho dinero, Lucas. ¿Y si no resulta? ¿Y si no podemos reponer el dinero?

—No hace falta tanto dinero. Lo bastante para adelantárselo a los campesinos bajo promesa de la venta posterior de la cosecha. Para pagar el resto después, negociaremos con el propio algodón.

—Aun así, es peligroso...

—El riesgo es mínimo...

Pero Eusebio no quería correr ni siquiera ese riesgo, tenía experiencia en negocios de ese tipo:

—En esos negocios, viejo, lo mejor es cubrirse las espaldas. Aunque tengamos que dar pasta a los otros, lo mejor es liar a un grupo de gente importante en el negocio. Déjame que piense... Entiendes: si la cosa no resulta, es necesario que estemos a cubierto. ¿Quién puede echársenos encima si está otra gente involucrada, gente importante, Lucas? Ése es el sistema... ¿Te acuerdas del negocio del café? Di dinero a mucha gente: pero, con aquella historia de la huelga, nadie se atrevió a gritar contra nosotros. ¿Por qué? Porque había peces gordos en el negocio, gente con las espaldas bien cubiertas... Déjame a mí, voy a pensarlo y a poner la cosa en pie... Unos días más y tendrás el dinero a tu disposición.

Ya de vuelta al ministerio, Eusebio, después de desabrocharse el chaleco para liberar la barriga —pescados succulentos, vino blanco portugués delicioso— se admiraba:

—¿Dónde vas a buscar tantas ideas? ¿Dónde descubres tantos negocios?

—Cerebro, amigo mío, materia gris, fósforo...

Ahora, Lucas Puccini, solucionado su negocio («¡mi gran negocio!»), proclamaba su lealtad al jefe del Estado Novo:

—Para servir al doctor Getúlio soy capaz de todo... Como tú. Y además, mi hermana Manuela, va a bailar en un espectáculo para él... Un ballet compuesto

especialmente por el maestro Cidade. Dicen que es el no va más de la música.

Eusebio estaba ya enterado del espectáculo que se proyectaba. Preguntó:

—¿Es cierto que tu hermana ha roto con Paulinho da Rocha?

Lucas Puccini no sabía nada:

—Cuando estuve aquí la semana pasada no pude verla. Para mí es una novedad. Incluso —recordaba— encontré a Paulo en el aeropuerto. Él llegaba y yo me iba...

—Fue Shopel quien me lo dijo. Hace bien Manuela, ese Paulinho no vale nada, es un borracho con aires de intelectual. Si no fuese por el nombre de su padre, ya habría perdido incluso el empleo en Itamarati...

—Para mí esa noticia es una sorpresa. Hoy mismo iré a ver a Manuela. Debe de estar triste, pobrecilla.

—Hace dos días la vi en el Casino. Pero naturalmente no hablamos del asunto. Además, sólo la saludé cuando terminó de bailar. Shopel también estaba allí, salió con ella. Ese Shopel, muchacho, es una novedad —añadió cambiando de tema—: Cuando empezó a forrarse de dinero con Costa Vale, se hizo insaciable. Y pensar que hace tres años era un don nadie, que garabateaba versos lacrimosos y adulaba a Dios y a su madre... Y ahora nada le basta: acaba de fundar una compañía de seguros. Naturalmente no es cosa suya, es Costa Vale, con gente de Minas Gerais, quien está detrás. Pero con eso Shopel va forrándose, sólo con dar su nombre para lanzar las empresas... Ya es director de unas cuantas compañías... Con su panza, con esa cara de haber tenido meningitis de pequeño... Se dice muy amigo del Dr. Getúlio, pero anda conspirando con los armandistas y es uña y carne con los integralistas. No me resulta de confianza... —Balanceaba la cabeza.

—¿Entonces es verdad que están conspirando? En São Paulo se habla mucho del golpe... —preguntaba Lucas, queriendo apartar de su cabeza la pelea de su hermana con el pseudonovio.

—¿Quién? ¿Los armandistas? Claro que están conspirando. Ellos y un sector de los integralistas. Incluso gente que ocupa cargos en el gobierno está metida en la cosa. Pero el Dr. Getúlio los espera en la esquina...

—Pero ¿cómo?

—Los deja que se metan bien en la conspiración, y de repente los mete a todos en la cárcel, con pruebas; y su prestigio sale reforzado. Ya verás...

—Es gato viejo... —comentó Lucas con admiración.

—Lo es... —No estaba menos llena de admiración la voz de Eusebio Lima. Inteligente y audaz como él solo. Ese Getúlio es todo un tipo, Lucas. No hay quien pueda con él. Del Palacio do Catete ya no sale si no es para ir al cementerio. Y quiera Dios que sea dentro de muchos años...

—Amén —asintió Lucas Puccini, recostándose en el sillón. Que los ángeles te oigan.

## 6

La dirección de Cuiabá, dejada por Carlos para un caso de necesidad urgente, era la de un profesor de escuela primaria. Gonçalo, después del trabajo en la aldea de Tatuacu, cuando tuvo sentadas las bases para una primera organización del Partido en las tierras de Venancio Florival —una pequeña célula de cuatro hombres, con Nestor como responsable—, ante la continuada falta de noticias desde São Paulo, decidió viajar hasta la capital del Mato Grosso para entrevistarse allí con gente del Partido. Durante muchos y muchos días había discutido la idea consigo mismo y terminó por considerar indispensable su viaje. Había empezado un trabajo de organización, debía, por lo tanto, hablar con los camaradas de la regional; era a ellos a quienes competía dirigir y controlar aquella primera célula de campesinos. De ella podían nacer muchas otras: aquellos campos estaban abonados con el dolor y la miseria de los hombres, aquella semilla inicial podría dar con el tiempo un amplio movimiento de lucha por la posesión de la tierra, una lucha que fuera más allá de las palabras, que se desplegara en acciones prácticas. La idea de la división de las tierras encontraba eco incluso entre los campesinos más incultos. La dificultad residía en hacer llegar hasta ellos la política del Partido: una inmensidad de tierras donde era urgente implantar el Partido.

Gonçalo se lo pensó mucho antes de emprender el viaje a Cuiabá. Había vuelto al valle, donde los mestizos, tras la precipitada marcha de la caravana, se preguntaban qué iba a suceder. El árabe Chafik, al volver de un viaje, contó que la Empresa de Valle de Rio Salgado había iniciado un proceso en la capital para apoderarse de aquellas tierras. Había llegado de São Paulo un gran abogado para dar comienzo a la causa. Gonçalo decidió aprovechar aquellos días de calma en el valle para ir a Cuiabá. El riesgo no era tan grande así: la policía del Mato Grosso, como la de los demás estados, debía de tener fotografías suyas, copias de su expediente, de sus antecedentes, órdenes de captura expedidas por la policía de Bahía. Pero de eso hacía casi tres años, su rastro se había perdido, tomaría todas las precauciones, sólo una mala suerte absoluta podría provocar su caída. Por otro lado no podía él sólo con el trabajo de implantar el Partido en las haciendas, no podía tampoco lanzarse a él sin el conocimiento previo de los camaradas. Ese trabajo era competencia de la regional del Mato Grosso. Y, sobre todo, él, Gonçalo, debía quedarse en el valle, esperar allí la vuelta de los americanos, de los hombres de la empresa que tenían orden de desalojar a los mestizos... Ésa era su tarea, para eso habían venido a aquellos lugares: «No van a tardar en extender sus garras sobre las riquezas de ese valle. ¿Por qué no los esperas allí?», le parecía oír la voz de Vitor definiendo su tarea.

Carlos le había recomendado mucho cuidado, le había explicado que sólo en caso extremo utilizase aquel nombre y aquella dirección. Le advirtió que el compañero de Cuiabá no sabía la verdadera identidad de Gonçalo. Carlos le había dicho solamente que un camarada de São Paulo había ido a establecerse en el valle y que le prestase ayuda si él le buscaba. Si aparecía por allí, debía presentarse como Manuel. Pero

debía evitar hacerlo tanto como pudiese, la organización del Partido no era fuerte en aquel estado, por esa época, y Gonçalo no debía jugar con su seguridad. Estado casi completamente sin industria, y como consecuencia sin proletariado, los pocos cuadros del Partido eran gente entusiasta y abnegada, pero sin gran capacitación ideológica, y el trabajo poco amplio se reducía casi a la capital y a Campo Grande.

A Gonçalo, sin embargo, le parecía que había llegado el momento de utilizar el contacto: Carlos no le había dado más noticias y se encontraba frente a una serie de problemas. Debía preparar la resistencia —armada, si era posible— de los mestizos del valle ante la invasión de sus plantaciones por la empresa imperialista. Eso exigía su permanencia en las márgenes del río, distante de las tierras de Venancio Florival. ¿Quién ayudaría así a Nestor, a Claudionor, a los recientes camaradas surgidos en el campo? ¿Quién organizaría la solidaridad de los peones, de los aparceros con los mestizos, cuando la cosa se pusiera al rojo vivo en el valle? Y, además, no podía desencadenar esa lucha que él sabía imposible de llevar adelante sin que su repercusión entre los campesinos estuviera garantizada. Sería sacrificar inútilmente a los mestizos, si la lucha no servía como ejemplo capaz de despertar la conciencia de miles de hombres curvados sobre la tierra de los señores en los campos de Mato Grosso. Y ¿quién podría encargarse de ese trabajo, más que los compañeros de Cuiabá? Valorados los argumentos, le pareció indispensable el viaje a la capital del estado. Y cuanto antes mejor. Los técnicos e ingenieros norteamericanos no tardarían en ponerse en camino otra vez hacia Valle de Rio Salgado, y Gonçalo debía estar de vuelta antes que ellos. Se puso en camino hacia Cuiabá, haciéndose pasar por un buscador de diamantes sin fortuna.

Se alojó en una pensión barata, donde se hospedaban pequeños negociantes venidos de pueblos y aldeas, campesinos pobres, gente en busca de trabajo. Esperó la noche para ir a buscar al camarada, era más seguro encontrarle entonces. En la pensión se informó de la situación de la calle indicada en la dirección y por la noche salió, procurando pasar inadvertido en la ciudad pequeña, donde casi todos se conocían y donde se reparaba fácilmente en un extraño.

Un hombre delgado de unos cincuenta años, cuyos cabellos empezaban a blanquear, gafas de oro montadas sobre una nariz de loro, la voz cantarina, abrió la puerta de la casa pobre, en la calle mal iluminada:

—¿Qué desea?

—Busco al Sr. Valdemar Ribeiro...

El hombrecillo procuraba ver, en las sombras de la calle, el rostro del forastero:

—Soy yo mismo. ¿Qué desea? Gonçalo aproximó su cuerpo gigantesco:

—Mi nombre es Manuel. Vengo de parte de Carlos.

—Entre... —vaciló el otro.

En el pasillo, Gonçalo le vio cerrar la puerta con llave. Después el hombrecillo le dio la mano:

—Mucho gusto, camarada. Espera aquí un momento.



Entró en la sala, cerró las ventanas. Desde el pasillo, Gonçalo veía la mesa de trabajo sobre la que descansaban cuadernos escolares, una estantería vieja al lado, con libros y revistas de Rio y de São Paulo. En las paredes, las clásicas ampliaciones coloreadas de las fotografías de dos viejos, sin duda los padres del profesor o de su esposa, un cuadro del Corazón de Jesús, y una pequeña fotografía enmarcada, de un hombre barbudo, vestido de soldado, con botas. Desde el interior de la casa una mujer quiso saber:

—¿Quién es, Valdo?

—No pasa nada, querida. Un amigo mío...

Gonçalo oía el remusgar de la mujer en el comedor. El hombrecillo volvió, le dijo con una tímida sonrisa:

—Entra, por favor. —Señalaba las ventanas cerradas—. Una precaución... Puede pasar alguien por la calle, mirar adentro, ver a un desconocido. Todo el mundo se conoce aquí...

Gonçalo miraba ahora de cerca la pequeña foto descolorida, en la pared junto a la reproducción católica:

—¡Pero si es el viejo!...

El hombrecillo asentía a su lado:

—Es él mismo, nuestro Prestes... Es un retrato del tiempo de la Columna, cuando andaba por aquí. Él mismo me la dio, tiene su firma detrás. Yo acompañé la Columna un tiempo, cuando pasó por el estado. Pero mi salud es débil, no pude continuar... Tuve que quedarme aquí, aguantando persecuciones. Me echaron, viví de dar clases particulares, hasta 1930 no me readmitieron en mi cargo...

Gonçalo parecía fascinado por la fotografía: nunca había visto ningún retrato de Prestes de aquellos tiempos heroicos y legendarios de la larga marcha a través de Brasil. Allí estaba, joven de veintiséis años, la barba negra cayéndole sobre el pecho, la guerrera sencilla, los ojos profundos. La fotografía era la ampliación de una instantánea tomada en plena selva. Detrás del general revolucionario se veían los troncos sarmentosos de los cipós, la bravía naturaleza de la meseta. El hombrecillo continuaba hablando:

—Soy profesor del Grupo Escolar. Sería el director si no fuese porque desconfían de mí —enseñaba los cuadernos sobre la mesa—. Ahora mismo estaba corrigiendo los ejercicios de los alumnos...

Pero, como Gonçalo seguía mirando la fotografía, le dijo:

—Mucha gente me aconseja: «Valdo, saca esa fotografía de la pared. Un día te va a dar un disgusto...». Hasta mi mujer me importuna: «¿Por qué no la cuelgas en la habitación, para qué exhibirla en la sala?». Pero yo no doy mi brazo a torcer. La casa es mía, tengo derecho a tener en la pared el retrato de quien quiera. ¿O es que voy a esconder la foto de Prestes sólo porque está en la cárcel? No, no lo haré... Se va a quedar aquí mismo en la sala, y a quien no le guste que no mire...

Desde el fondo de la casa, llegaba la voz de la mujer:

—¿Quieres café, Valdo?

El profesor sonrió a Gonçalo:

—Está muriéndose por saber quién hay aquí... La mujer es un animal curioso. — Gritaba respondiendo a la pregunta de su esposa—: No hace falta que lo traigas, voy a buscarlo. —Seguía con Gonçalo—: Siéntate, voy a buscar el café, ahora hablamos.

Le dejó solo en la sala, tardaba en volver. Gonçalo se sentó: ¿Hasta dónde podría ayudarle Valdemar? Si los demás compañeros de la región eran como él, iba a ser difícil. Parecía un buen hombre, sincero; aquel entusiasmo por Prestes había conquistado las simpatías del gigante. Pero el mismo hecho de que, siendo comunista, colgara el retrato de Prestes en la pared de la sala, en esos tiempos difíciles de clandestinidad, demostraba su poca experiencia. En fin, ya que había venido, debía discutir con el camarada.

El maestro volvía, con una bandeja y dos tazas de café; la colocó sobre su mesa de trabajo cerrando la puerta que daba al corredor:

—Ahora podemos hablar tranquilamente —tendía una taza de café a Gonçalo, admiraba la estatura del compañero.

—Fue formidable la huida de los americanos de esos canallas de Costa Vale y de Venancio Florival. Naturalmente nadie sabe que estuviste metido en eso. Nadie sabe siquiera que existas. Sólo yo y el compañero que ha llegado de São Paulo...

—¿Un compañero de São Paulo? —interrumpió Gonçalo, interesado por la noticia. «Un compañero de São Paulo, naturalmente responsable, podría ayudarle a solucionar todos los problemas que le habían traído a Cuiabá». Era una noticia magnífica.

—Sí, llegó hace unos tres días. Te lo cuento porque él mismo quiere hablar contigo. Me pidió que te llamara. ¿Pero cómo mandarte llamar? Si Chafik estuviese aquí, aún habría algún modo, enviarte una nota... ¿qué sé yo!

—No creo que valga la pena mandar cosas por Chafik. Él no puede saber por qué estoy en el valle.

—¿Qué estás pensando, camarada? ¿Que iba a mandar un recado, así sin más ni menos? No hay mejor solución que utilizar a Chafik. Cuando Carlos te mandó aquel material no tuve otro recurso. Pero Chafik no sabía lo que llevaba... Y esta vez, aunque hubiese querido, no hubiera podido utilizarle. No estaba por aquí... Pero si tuviese que servirme de él, sabría tomar mis precauciones.

Zé Gonçalo cortó la conversación; no servía de nada discutir ahora aquel detalle:

—¿Y el compañero de São Paulo?

—¡Ah! Sí... —Pero el profesor estaba aún picado por la observación de Gonçalo y volvía al asunto anterior. Es que no pareces muy satisfecho de que haya utilizado a Chafik. Pero...

—No tiene importancia. Luego veremos cómo podemos establecer otro contacto. Sigamos...

El maestro dijo aún algunas palabras, pero terminó por dejar de lado el asunto:

—Es un camarada dirigente. Como te dije, te cuento esto sólo porque él me dijo que quería hablar contigo... Sólo por eso, no por ligereza... —Flotaba aún en su voz un aire de resentimiento.

—¿Dirigente de la regional de São Paulo?

—Dirigente de la nacional. Ha venido a explicar en la región los cambios en la ejecutiva y en la línea política. Cosas muy serias... Una transformación radical.

Zé Gonçalo estaba cada vez más interesado: ¿qué significaba todo aquello? Cambios en la ejecutiva, nueva línea política. Un dirigente nacional trasladándose hasta allí, arriesgándose a un viaje tan peligroso, debía tratarse de algo muy serio.

Si ya antes dudaba de hablar de sus problemas con el maestro —¡tan simpático, pero tan inexperto!— ahora había decidido no hacerlo antes de hablar con el dirigente. Él le diría cómo actuar, con él podría profundizar la discusión no sólo sobre el trabajo iniciado en el campo, sino también sobre sus proyectos para cuando los americanos volviesen al valle. Había valido la pena venir, estaba contento.

—¿Cuándo podré hablar con él?

—Dependerá de él... Quizá mañana mismo. Mañana por la mañana le comunicaré que estás aquí.

Gonçalo le avisó:

—Cuanto menos tiempo esté aquí mejor...

—Hoy es ya muy tarde para ir a verle. Y yo aún tengo que corregir todos estos ejercicios para mañana temprano. Pero, antes de ir al Grupo, pasaré por el hotel.

—¿Está en un hotel? —se sorprendía Gonçalo—. ¿Un dirigente nacional? ¿No es peligroso?

—Nadie le conoce. Es un médico, ha dicho a todo el mundo que está estudiando la posibilidad de abrir un consultorio aquí. Incluso ha visitado el hospital... Es muy fino: elegante, nadie imaginaría que es un camarada...

—¿Y cómo sabré la respuesta?

Quedaron de acuerdo para el día siguiente, después de la comida. Gonçalo se levantó, preparándose para salir. El profesor casi se ofendió.

—¿Ya quieres irte? Pero si no has dicho lo que te ha traído aquí. Quería contarte aún lo de Chafik...

Zé Gonçalo no pudo por menos de echarse a reír:

—No te preocupes. No tenías otra posibilidad. Pero, antes de que me vaya, buscaremos otro contacto.

—Pero ¿por qué has venido desde el valle, por qué has venido a verme? No habrás venido así como así...

—Óyeme, camarada: tengo unos asuntos que discutir. Quería hacerlo con los camaradas de la región, por eso he venido. Pero si hay aquí un dirigente nacional y quiere hablar conmigo, es mejor que hable primero con él. ¿No es verdad?

—Bueno, si es así, no digo nada.

El gigante volvió a mirar el retrato de Prestes, incluso en aquella vieja fotografía

descolorida podía ver la firme decisión en los ojos del revolucionario, ojos profundos y ardientes. Se volvió al maestro, señaló con el dedo:

—Creo que tu mujer tiene razón. Esa fotografía en la pared de la sala es una invitación para la policía...

—Prestes debe estar en el lugar de honor... —Su tímida voz se levantaba casi indignada.

Era simpático, pensaba Gonçalo. Le puso en el hombro la mano enorme:

—Tengo la certeza de que el propio Prestes te diría lo mismo, camarada —le sonrió amistosamente—. Sé que tu intención es buena, pero puede traerte los peores resultados...

Miró una vez más la fotografía de la pared:

—Basta con que le llevemos en el corazón...

«Te espera en el hotel a las cuatro», le dijo el maestro, y le explicó rápidamente que se trataba del camarada Heitor Magalhães, cuyo nombre de guerra era Luis, uno de los cuadros más conocidos de São Paulo. Estaba en la habitación n.º 6, en el primer piso, lo mejor era que Gonçalo entrara sin preguntar nada a nadie, tenía que subir por la escalera, la habitación estaba en frente. A aquella hora habría poca gente en el hotel, habría terminado la siesta, podrían hablar tranquilamente, sin riesgos.

El nombre de guerra nada le decía a Gonçalo; él nunca había militado en São Paulo, y de los camaradas de esa región sólo conocía a Carlos que en su visita al valle le había causado una impresión excelente. Pero el verdadero nombre del médico le recordaba una gran campaña de masas, desencadenada hacía unos cinco o seis años, por la libertad de un estudiante detenido, acusado de haber disparado contra un policía en un mitin. La policía había atacado un mitin relámpago de la Juventude Comunista, había habido lucha, un inspector recibió tres balas, la policía acusaba a un estudiante y lo procesaron por «causar heridas graves». El Partido levantó en todo el país una gran agitación en torno al caso: no había ninguna prueba contra el estudiante, cuyo nombre y cuya fotografía se hicieron famosos por aquel entonces: Heitor Magalhães. Gonçalo recordaba aún las fotografías en los periódicos: un joven de ojos románticos, pelo negro bien peinado, parecía un galán de cine. Su juicio fue sensacional, con los estudiantes manifestándose en las calles. Fue absuelto; sus compañeros de Facultad le llevaron en triunfo al ser puesto en libertad; durante un tiempo se habló de él como de un héroe. Después, Gonçalo no supo más de él, otras campañas ocupaban el Partido. «Había llegado rápidamente a la ejecutiva, aquel muchacho, ¿cuántos años hacía de su proceso? Cinco... No, un poco más, seis o siete tal vez...», pensaba Gonçalo camino del hotel.

Una voz soñolienta respondió a sus llamadas a la puerta de la habitación:

—Entre...

La puerta estaba entreabierta, Gonçalo la empujó; la cerró tras de sí. Un joven se levantaba de la cama, le tendía las manos:

—Mucho gusto, camarada Manuel...

«¿Sabe o no quién soy?», se preguntaba Gonçalo. Los altos cargos debían estar informados de su paradero, por lo menos algunos, los más responsables. Examinaba al mismo tiempo al guapo muchacho que tenía en frente. No había cambiado mucho en esos años, era el mismo de las fotografías publicadas por la prensa cuando su juicio: los ojos muy grandes y húmedos, las pestañas y el cabello negros, las manos bien cuidadas, de uñas manicuradas.

«Soy un sectario», se acusaba Gonçalo, refrenando la sensación de desagrado que le producía la visión de sus uñas tan brillantes, de su pelo aplastado con brillantina. ¿Cuántas veces los compañeros habían criticado su sectarismo? Creía haberse corregido con el tiempo, y sin embargo no podía vencer una cierta repugnancia por la

figura del médico que le tendía las manos muy cordial. «¿Qué importan las apariencias? Quizá todo aquello fuese artificial, una máscara para engañar a la policía». Gonçalo sonrió con su sonrisa bonachona, apretó la mano que se le tendía.

—Mucho gusto, camarada...

Heitor sonreía también, y, al soltar las manos del gigante, le dio amigables palmadas en la espalda, rebosante de simpatía:

—¿Y los americanos, eh? Una buena paliza, buen trabajo.

Heitor había leído en los periódicos los reportajes sobre las aventuras de la expedición de técnicos y periodistas a Valle de Rio Salgado. Había comentado con Saquila y otros la valentía de los mestizos y, a cambio, había oído del periodista una larga explicación política sobre el asunto, crítica violenta a una octavilla del Partido donde se denunciaba a la Empresa de Valle de Rio Salgado como un vehículo de penetración imperialista en Brasil.

—Esos tipos del secretariado son primarios... —le había explicado Saquila—. Viven asustados con el fantasma del imperialismo norteamericano. No ven nada, ni las verdades más evidentes. ¿Cómo pensar en una revolución proletaria en un país sin industria, en un país semifeudal? Y ellos van y se colocan contra cualquier esfuerzo de industrialización...

—Pero, Saquila, nuestro objetivo es la revolución democrático-burguesa... Nadie habla de revolución proletaria... —atajó uno de ellos.

—Ya lo sé. ¿Pero qué es la revolución democrático-burguesa sino la industrialización del país? Ésa es la primera etapa. Una vez industrializado el país, creado un proletariado, podremos entonces pensar en la reforma agraria, en el problema del campo, y en la lucha contra el imperialismo. El Partido desconoce la existencia de una burguesía nacional, de tipos como Costa Vale, que están iniciando la industrialización...

—Pero el capital es extranjero, Saquila...

—Sólo en parte. Es imposible, en la práctica, industrializar un país como Brasil, inmenso, sin la colaboración del capital extranjero. Mientras éste no prevalezca sobre el nacional, la cosa no es grave. Ésta es hoy la tendencia de la burguesía nacional, una tendencia progresista. Nuestro papel es apoyar la industrialización, dejar de lado las románticas ideas de reforma agraria, ésta vendrá a su tiempo. En un país semicolonial como el nuestro, sólo la burguesía nacional puede realizar la revolución democrático-burguesa. Ella es nuestro aliado fundamental.

—Pero, en China... —objetó otro.

—Ahora me sales con China... Amigo mío, vamos a confesar la verdad: el Partido chino ha enterrado la revolución. La ha enterrado para siempre. Con su sectarismo, rompiendo la alianza con Chang Kai-Chek, ¿qué ha conseguido? Está aislado en una región perdida, y ahora los japoneses terminarán con todo rápidamente. Esto es lo que pasa por aplicar mecánicamente ciertos conceptos... Y es lo que está pasando aquí. Ya lo dije una vez: quieren romper un muro de piedra a

cabezazos. Para romper este muro feudal tenemos que construir antes el ariete del capitalismo... O sea: aliarnos con la burguesía progresista, con los capitalistas nacionales, como Costa Vale, para industrializar el país...

—Para romper el muro del feudalismo hay que construir el ariete del capitalismo... Una bella frase, Saquila —había aplaudido Heitor.

No había vuelto a pensar más en la Empresa de Valle de Rio Salgado hasta que aquel camarada de Cuiabá, para quien Saquila le había dado un contacto, le habló de la existencia en el valle de un hombre del Partido, el organizador de la fuga de los americanos. Con la naturalidad que le caracterizaba, Heitor dijo que sabía de la existencia de aquel compañero y afirmó que tenía necesidad de hablar con él. El maestro quedó en encontrar una manera. Y, de repente, el hombre aparecía en Cuiabá inesperadamente. Al principio, al saber la noticia, temió que el otro fuera enviado por el Partido para esclarecer en la región su verdadera posición y la de Saquila. ¿Pero cómo era posible eso, si el hombre estaba enterrado en el valle más allá de las montañas, en el fin del mundo? Decidió hablar con él.

Lo que llevaba a Heitor a desear conocer a ese camarada del valle era el interés de conquistarle para su grupo, para el «nuevo partido comunista». Poco le importaba a él ese partido de Saquila, al que se encontraba ligado porque le habían confiado las rentables funciones de «encargado de finanzas», y debido a las perspectivas del golpe: si la gente de Alves Neto tomaba el poder, bien podría él conseguir un enchufe en cualquier departamento que le garantizara un fácil sueldo mensual sin trabajo. Los vastos proyectos políticos de Saquila le dejaban escéptico y desinteresado: no creía en la posibilidad de un partido legal, que consiguiera diputados y senadores, ¿dónde irían a buscar la masa que debía votarles? Además era un aventurero de baja ralea, de corta imaginación, sin altos vuelos, un vulgar mentiroso, y sus proyectos eran mucho más inmediatos. A través de las conversaciones con Camaleão se había afirmado en una convicción que tenía ya hacía mucho: el conocimiento de la vida del Partido, de sus secretos, de la clandestinidad, constituía un capital precioso para un hombre como él. Bastaba con saber utilizarlo y podía producirle un buen dinero. Por ejemplo: ese hombre del Partido confinado en el valle, misteriosamente, organizando incendios de los campamentos de las expediciones de la Empresa de Valle de Rio Salgado, qué excitante capítulo para un libro, qué reportaje sensacional para un periódico anticomunista. Heitor acababa de leer la edición argentina de un libro que causaba furor: *Desde el fondo de la noche*, de Jan Valtin, un renegado del movimiento comunista al servicio de la Gestapo. La lectura le había apasionado y había hecho nacer proyectos en su cabeza.

En él existía un único sentimiento profundo y decisivo: su horror al trabajo. Hijo de un pequeño funcionario de pocos recursos, había oído durante toda su infancia las lamentaciones del padre, quejándose de las injusticias del despacho, del sueldo magro, despotricando contra el trabajo, elogiando a aquellos que habían sabido «solucionarse la vida». Fue el padre quien le escogió la carrera: un médico siempre se

las apaña, se va al interior, se casa con la hija de un rico hacendado, «ha hecho algo en la vida». Sobraban los abogados sin pleitos, no había trabajo para los ingenieros. Había hecho la carrera de medicina luchando contra las dificultades financieras y contra la falta de vocación. Su padre murió súbitamente de un ataque al corazón cuando él estaba en el segundo año. Mientras acompañaba al pobre entierro, Heitor enjugaba unas pocas lágrimas, jurando construirse una vida muy distinta de la del padre, una vida fácil. En sus primeros años como estudiante, sus únicas preocupaciones eran el agenciarse chuletas para pasar los exámenes y el frecuentar los burdeles, donde su negra cabellera engomada y sus ojos románticos obtenían un éxito inmediato. De aquellas infelices criaturas sacaba el dinero para sus gastos.

Un compañero le habló de la Juventud Comunista, un día en que él, recordando a su padre, despotricaba contra los ricos. Su espíritu de aventurero le llevó a unirse a los jóvenes comunistas. Y en seguida vinieron el lío del mitin, el proceso, la celebridad momentánea que rodeó su nombre. Le fue agradable posar como un héroe y, al salir de la cárcel, ascendió rápidamente en el Partido. Se reveló como un excelente activista en los trabajos de finanzas. En los últimos años de Facultad se había dedicado casi exclusivamente a aquel trabajo: recoger dinero entre los simpatizantes. ¿Quién iba a sospechar siquiera que él se quedaba una parte considerable del dinero dado por médicos, escritores, abogados, estudiantes, por los varios círculos de simpatizantes que él había organizado?

Ya licenciado, había ido a São Paulo, se había asociado al consultorio de un médico de enfermedades venéreas donde de vez en cuando aparecía algún raro cliente. En compensación, había montado rápidamente toda una red de contribuyentes para el Partido. Su nombre aún sonaba en los oídos de muchos simpatizantes, rodeado de aquella aureola que el proceso le había dado. Le era más fácil que a cualquier otro recoger dinero para la organización. Entregaba mensualmente al Partido una buena cantidad, más que varios encargados de finanzas juntos. En las condiciones difíciles de la clandestinidad no era fácil para la ejecutiva controlar la vida de todos los militantes, especialmente de ciertos intelectuales como Heitor. Mucho menos sus cuentas, ese dinero venido de decenas de simpatizantes, dado sin recibo, muchas veces anónimamente. Todo descansaba sobre la confianza y durante mucho tiempo Heitor fue considerado un excelente cuadro en el trabajo financiero. Y así, cuando detuvieron al antiguo tesorero de la regional —un antiguo obrero, despedido de la fábrica por su militancia, al cual muchas veces faltaba comida para la familia y que ni así tocaba el dinero de la organización, ni siquiera como adelanto sobre su pobre salario—, Heitor fue designado para el cargo a propuesta de Saquila, de quien se había hecho amigo. Primero provisionalmente, después, en una reunión de la regional, de forma definitiva. Pasó entonces a controlar las finanzas de la regional y no tardó en dejar el cuarto de la pensión donde vivía por un pequeño apartamento en un rascacielos.

Como tesorero, sin embargo, estaba mucho más a la vista. Incluso antes de que la



tesorería fuera colocada bajo el control de Carlos (Saquila fue su primer contacto con la regional, antes de que se radicalizaran las diferencias del periodista con la ejecutiva), ya el viejo Orestes, responsable en aquel tiempo del Socorro Rojo de su barrio, manifestó sus dudas sobre las cuentas de Heitor. Su vida confortable empezó a llamar la atención de Carlos. Heitor trató de explicarla mediante la clínica, pero podían comprobar fácilmente su falta de clientela. También João se interesó por el asunto y empezaron a apretar a Heitor por todos los lados, en una investigación que no tardó en dejar patente su falta de honestidad. Heitor estaba alarmado: toda la financiación de la huelga de Santos se hizo a sus espaldas, otros habían sido encargados. Empezó desde entonces a prepararse para cuando las cosas saltaran y él perdiera «su fácil medio de vida». Necesitaba asegurarse otro aún más fácil y más rentable. Tejía proyectos. Fue entonces cuando Saquila le buscó para la escisión. Heitor se adhirió entusiasmado a la idea.

A pesar de que desde hacía un tiempo la regional estaba retirando de las manos de Heitor gran parte del trabajo de finanzas (las finanzas orgánicas habían sido encargadas a otros desde hacía meses), fue éste el sector más perjudicado por la decisión de Saquila. Heitor había establecido la mayor parte de los «círculos de amigos», era él quien conocía a la mayoría de los simpatizantes más distantes, aquéllos cuya única prueba de solidaridad con los comunistas era el auxilio monetario. La ejecutiva no conocía a muchos, sólo Heitor tenía contacto con ellos. Recuperar todos esos elementos era tarea ardua y, en los primeros tiempos, tras la expulsión de Saquila, las finanzas de la región sufrieron un rudo golpe.

Heitor veía con escepticismo los planes de Saquila, pero se guardaba bien de decirlo: le habían hecho responsable de finanzas del grupo secesionista, y eso significaba dinero durante algún tiempo: además de la red de contribuyentes que no habían sido alertados por el Partido sobre sus fraudes, estaba el dineral que Alves Neto había soltado para los gastos iniciales de sus aliados. Por eso, para controlar este dinero de los armandistas, Heitor se había quedado en São Paulo lo más posible. Sólo se decidió a salir hacia Mato Grosso y Goiás cuando Saquila le insistió:

—Estos estados son la única posibilidad de extender la influencia de nuestro partido... Y, si no vas ahora, los otros mandarán gente allí y se habrá acabado todo...

Le interesaba menos ganar aquellas regiones para la organización de Saquila que ponerse al corriente de la actividad del Partido en aquellos estados. De Goiás sabía algo, había estado allí una vez para organizar las finanzas. Pero no sabía nada sobre el Partido en el Mato Grosso y, por poco que descubriese, ya era algo para añadir a sus conocimientos sobre las regiones de Rio y São Paulo. Y, además, el Mato Grosso sonaba a la gente de la costa como un país lleno de misterio, la mejor atmósfera para una historia como las de Jan Valtin, un buen capítulo...

Porque no tenía dudas sobre la necesidad de recurrir en breve a sus conocimientos sobre la vida del Partido. Ese «arreglo» del partido de Saquila no podía durar mucho. Los simpatizantes, unos primero, otros después, acabarían por descubrir la verdad,

por ser recuperados por el verdadero Partido. ¿Y él de qué iba a vivir? Si el golpe armandista tenía éxito, muy bien. Pero ¿y si fracasaba? Si fracasaba, los planes de Saquila se hundirían totalmente, y él, Heitor, se quedaría con las manos vacías. Por eso, cuanto más supiese sobre el Partido, mejor... Y estaba de suerte: lo primero que le sucedía en el Mato Grosso era ponerse en contacto con el militante que dirigía la lucha de Valle de Rio Salgado.

Heitor estaba contento del viaje: los camaradas de la región habían aceptado sin desconfiar la sarta de mentiras que les había contado: los errores cometidos por la regional de São Paulo, la expulsión de los principales responsables como el Rubio, João, Pedro, Carlos, el alejamiento de algunos elementos de la nacional que les habían apoyado, la formación de una nueva ejecutiva, homogénea, la discusión de la nueva línea política... Él había sido enviado para poner a los compañeros al corriente de la situación, para impedir cualquier tentativa de engaño por parte de los expulsados, que continuaban diciendo que eran de la ejecutiva regional... El profesor y tres compañeros más admitidos a la reunión abrieron la boca asombrados.

Uno de los participantes, un ferroviario, expuso ciertas dudas sobre la nueva línea política. Manifestó algunas objeciones con voz vacilante de hombre poco habituado a hacer discursos. Pero, poco a poco, se fue animando, los argumentos le venían naturalmente, dictados por su misma condición de clase. Heitor le dejó hablar, descargó después sobre él una fulminante tormenta de citas, la mayor parte de ellas inventadas en aquel momento y atribuidas a los líderes mundiales del movimiento obrero. El ferroviario movía la cabeza ante tantos nombres célebres y tantas palabras complicadas:

—Camarada —dijo, cuando Heitor terminó—, yo apenas sé leer y escribir mi nombre, sólo fui dos meses a la escuela cuando era niño. Pero hay una cosa que yo sé, y esa nadie me la va a sacar de la cabeza, la aprendí viviendo: el obrero y el burgués son enemigos. ¿Dónde se ha visto decir que el obrero debe juntarse con el patrón? Los que dicen eso son los capitalistas, para arrancarnos mejor la piel.

El maestro, deslumbrado ante la «cultura» de Heitor, reprendía al ferroviario:

—La ejecutiva nacional ha estudiado el asunto, no nos corresponde a nosotros discutir la nueva línea...

—¿Y por qué no? —preguntaba el trabajador—. ¿Cómo no voy a discutir una cosa que no entiendo? ¿Quién ha puesto esa novedad en el Partido? Para mí es una novedad...

Pero terminó callándose ante una nueva avalancha de «teoría» descargada por Heitor, y se cerró en un mutismo interpretado por el médico como una tácita aceptación de sus argumentos. En verdad, el ferroviario, lejos de estar convencido, miraba cada vez con más desconfianza a aquel joven elegante y hablador. «Qué diferente es de Carlos», a quien él había conocido cuando su estancia en Cuiabá y en la reunión con la regional...

«Qué distinto era de Carlos, de Vitor, de los otros camaradas dirigentes que

conocía», pensaba ahora también Gonçalo al sentarse en la silla que el otro le ofrecía. Heitor sonreía, se sentaba en la cama, ¿cómo iniciar la conversación? El compañero que tenía enfrente le era completamente desconocido, a pesar de que él había tratado a la mayor parte de los camaradas de São Paulo durante su época de tesorero. Éste no sabía quién era, pero debía convencerle de lo contrario, debía ganarse su confianza, descubrir su historia (un capítulo sensacional para su libro, si llegaba a escribirlo...):

—No te conocía personalmente, pero sé quién eres. Los camaradas me dijeron, antes de salir de viaje, que estabas por aquí. Y me encargaron que te pusiera al corriente de las novedades y que recogiese un informe de tu trabajo...

Esta frase vaga confundió a Gonçalo. El gigante, lejos de imaginar los sucesos de São Paulo, creyendo que Heitor era un dirigente responsable, pensó que se refería a su verdadera identidad.

—Los camaradas de aquí no saben nada. Creen que he venido de São Paulo. Mi opinión es que es mejor que continúen sin saberlo...

—También es la mía —aprobó Heitor conteniéndose ante la inesperada revelación del otro. «No era de São Paulo. ¿De dónde había venido, quién era? Quizás era un tipo de la ejecutiva nacional. Había que descubrirlo. La cosa se estaba poniendo más interesante de lo que había imaginado».

—Esos compañeros de aquí son de una debilidad que da pena. El responsable de la organización es un ferroviario más burro que una piedra...

—Sólo conozco al maestro...

—Un pobre diablo... Pero al menos con él se puede hablar, al menos sabe dónde tiene la nariz.

Gonçalo no estaba satisfecho del comienzo de la discusión, ¿por qué diablos no se le iba de la cabeza aquella tendencia a comparar al muchacho que tenía enfrente con Vitor y con Carlos? Aquel desprecio hacia los camaradas de Cuiabá... Las uñas brillantes, el pelo cuidado, el perfume de la brillantina esparciéndose por el cuarto, nada de todo aquello le gustaba. El gigante procuraba sacarse de la cabeza aquellos pensamientos. Todo le llevaba a depositar su entera confianza en Heitor: sabía quién era, conocía sus antecedentes, la historia del proceso y, además los camaradas no le revelarían jamás que estaba en el valle si no fuera un compañero totalmente seguro. ¿Por qué entonces aquella mala voluntad inexplicable? Era su aspecto de galán de Hollywood lo que chocaba a Gonçalo, el desprecio con que se refería a los camaradas del Mato Grosso. «Lo que pasa es que soy un sectario...», se repitió a sí mismo. Heitor bajaba la voz, conspirativo:

—Sabes quién soy, ¿no?

—Sí.

—Pero quizá no sepas que después de los últimos acontecimientos he entrado a formar parte de la ejecutiva nacional...

—¿Qué últimos acontecimientos? No sé nada. Vivo en el fin del mundo, las noticias no llegan allá. Es la primera vez que vengo a Cuiabá.

—Luego te lo contaré todo minuciosamente. Pero primero quiero oír tu informe. Sé que Carlos estuvo contigo, pero... Carlos ha sido expulsado y no sabemos hasta donde dijo la verdad.

—¿Expulsado?

—Trotskista... Desviacionista de izquierda... —Heitor lo decía con voz pesarosa —. Enterró el Partido en São Paulo.

Carlos era el elemento de la regional que él más odiaba. ¿No fue él el que empezó a controlar su actividad, a meter las narices en su vida?

Gonçalo no escondía su sorpresa:

—Es increíble... Me causó tan buena impresión. Parecía tan dedicado al Partido, tan capaz.

—A mí también me costó creerlo. Pero tuvimos las pruebas en la mano. Trotskista de los peores... Pero, ahora, vamos a oír tu informe. Después te daré el mío...

Gonçalo empezó a hablar aún bajo el efecto de aquellas revelaciones: durante el tiempo que vivió solitario en las márgenes del Rio Salgado, en medio de la selva, entre los mestizos, Carlos fue el único camarada que vio. Guardó de aquel encuentro una impresión inolvidable. Luego se hicieron amigos, se habían comprendido con mucha facilidad, juntos habían trazado los planes para la llegada de la expedición de técnicos y periodistas. Y ahora aquella noticia espantosa: era un trotskista, un enemigo del Partido. Si era así, hasta su propia seguridad estaba amenazada: de un trotskista puede esperarse de todo, son el camino de la policía... Tenía que discutir eso con Heitor.

Inició su informe diciendo cómo se había enterado de la formación de la Empresa de Valle de Rio Salgado, como había empezado un trabajo de proselitismo entre los mestizos. Pero Heitor le interrumpió para ordenar:

—No. Me han pedido un balance completo de tu actividad. Empieza desde el principio, desde tu llegada aquí.

—Después de mi condena, los camaradas de Bahía decidieron que viniera aquí... —Aquella desconfianza persistía y fue sobrio en su narración, hablando sólo de cosas generales, guardando los detalles.

Pero aun así, desde el principio de la narración, Heitor había adivinado la verdadera identidad del gigante: una referencia a los indios de Ilheus había sido suficiente. No había historia más conocida en el seno del Partido que la de la lucha de los indios del Posto Paraguaçu, presentada siempre como un ejemplo de las perspectivas del trabajo en el campo. ¿Quién podría ser este camarada encargado de una misión tan importante sino aquel famoso José Gonçalo, desaparecido hacía años sin que nadie supiese su paradero?

—Creo —dijo cuando el gigante terminó su narración, después de haber expuesto a Heitor los problemas que le afligían— que la nueva línea política aclarará todas tus dudas, camarada Gonçalo... —soltó el nombre como si se le hubiese escapado por

casualidad.

—Es mejor que sigas llamándome Manuel.

—Es verdad, ha sido un descuido. —Ahora sabía quién era el otro, y era un descubrimiento que valía su peso en oro. Aunque no escribiese el libro, ¿qué no darían por esa revelación Costa Vale o los que dirigían a Camaleão? (Era necesario no dejar de lado totalmente a Camaleão, también él contaba en sus proyectos)—. Bien, escúchame ahora atentamente, te voy a explicar lo que sucede en el Partido. Y, después, sacaremos juntos las conclusiones necesarias para tu trabajo. Además, si he venido aquí ha sido principalmente para entrevistarme contigo, para dar una orientación justa a tu trabajo... Escucha...

Esta vez se abstuvo prudentemente de hacer citas falsas. Con un camarada como Gonçalo podría ser peligroso. Se contentó con la historia de la expulsión de los elementos de la regional de São Paulo, de las modificaciones en la ejecutiva nacional, en la que habían entrado él y otros cuadros que se habían opuesto a la política «estrecha y sectaria» del Rubio, Carlos, João y Zé Pedro.

Hasta allí Gonçalo no encontró nada que objetar. A excepción de Carlos, los otros nombres citados no significaban nada para él, no los conocía. Pero cuando Heitor empezó a criticar extensamente la línea política seguida por el Partido y a exponer las ideas de Saquila sobre industrialización a cualquier precio, sobre la alianza con la «burguesía nacional» (y como ejemplo de burgués progresista citaba a Costa Vale), sobre la necesidad de abandonar la consigna de «reforma agraria», de la repartición de tierras, la inevitabilidad de la colaboración del capital extranjero para el establecimiento de la industria, Gonçalo sintió que se resquebrajaba en su cerebro todo el edificio de conceptos en el cual había basado hasta entonces su actividad revolucionaria. Heitor seguía, y afirmaba que había fracasado del todo la estrategia de un frente democrático para impedir la fascistización del país. El Partido había decidido, según él, que sólo un golpe de Estado podía derribar a Getúlio y terminar con el Estado Novo.

A Gonçalo todo aquello le parecía extraño. Aquella nueva concepción de la revolución democrático-burguesa, aquella alianza con la burguesía para industrializar el país sin poner en primer lugar la reforma agraria, y, sobre todo las ideas sobre el golpe, estaban en contradicción no sólo con lo que había leído en los libros, sino también con la realidad cotidiana. Cada una de aquellas tesis le parecía discutible, los argumentos de Heitor no lograban convencerle. El médico sacaba, al final, las conclusiones para el trabajo de Gonçalo: debía abandonar aquel trabajo con los aparceros de Venancio Florival —«Eso queda para después, cuando hayamos puesto los cimientos de nuestra industria»—, debía sacarse de la cabeza la idea de actuar violentamente contra la entrada de la Empresa de Valle de Rio Salgado en el valle rico en manganeso. El establecimiento allí de una empresa industrial poderosa significaba, según Heitor, un gran paso hacia la revolución democrático-burguesa. Y además, añadía, significaba la formación de un núcleo obrero: Gonçalo tenía que

esperar que llegaran esos obreros para trabajar con ellos; debía introducirse desde ahora en la primera expedición de la empresa que apareciese en el valle, y empezar el trabajo para organizar el Partido en base al nuevo programa, que era amplio y adaptado a la realidad económica de Brasil, un país semifeudal.

—Para romper el muro del feudalismo, camarada, aprende esto, hay que construir primero el ariete del capitalismo...

Gonçalo no estaba convencido. Una serie de preguntas, de dudas, le llenaba la cabeza. Pero la primera pregunta que salió de sus labios fue la que le llenaba el corazón:

—¿Y los mestizos? Lo esperan todo de nosotros. Están dispuestos a defender la propiedad de sus tierras sea como sea. Aunque tengan que morir con las armas en la mano. Como los indios de la Colonia Paraguaçu. ¿Vamos a abandonarles ahora? Los campesinos de los alrededores empiezan a confiar en nosotros. ¿Cómo podemos hacerlo?

Heitor sonrió, con gesto de superioridad:

—Sentimentalismo...

—Vamos a discutirlo, camarada. Ten paciencia conmigo, soy un hombre rudo, no he tenido ocasión de estudiar mucho. Pero todo lo que dices me parece que está en contradicción con lo que he aprendido y con las condiciones de vida del pueblo. Vamos a discutirlo. No adelantamos nada si salgo de aquí sin estar convencido. — Había en la voz del gigante un tono tal de sinceridad que por un instante, un solo instante, Heitor sintió que vacilaba.

—Vamos a discutirlo, pero de todos modos, debo decirte que se trata de una decisión de la ejecutiva nacional. Estés o no convencido, tu deber es acatarla y cumplirla.

—Y el de la ejecutiva es convencerme, es explicarme, es capacitarme. — Nuevamente aquella mala voluntad hacia el muchacho, aquella desconfianza inexplicable, se apoderó de Gonçalo. Aquella manera de imponer las teorías le parecía muy lejana de la democracia interna del Partido, del espíritu fraternal al que se había acostumbrado en el trabajo con Vitor y con los demás camaradas de Bahía.

Heitor notó la reacción del gigante:

—Vamos a discutirlo, naturalmente. No es fácil convencerse al principio, estábamos acostumbrados a la vieja línea. Incluso en la ejecutiva hubo mucha gente a la que le costó entenderlo. A pesar de que la nueva línea es resultado de un documento de la Internacional...

—¿De la Internacional?

—Sí. Un estudio hecho por la Internacional debido al fracaso de la revolución china. Lo hemos recibido ahora... —Heitor mentía con facilidad, le resultaba más fácil que buscar argumentos, ya había agotado el stock de frases de Saquila oídas en las conversaciones de São Paulo.

El viento de la tarde levantaba una polvareda roja en las calles de la ciudad y

cubría con ella los cristales de la habitación. El gigante intentaba comprender. En su ancho pecho latía un generoso corazón. Todo lo que él deseaba era servir al pueblo y a su país, a los trabajadores de todo el mundo, sirviendo al Partido Comunista. Por eso abandonó un día la tranquilidad, el trabajo seguro, la novia nunca olvidada, por eso se había levantado en armas con los indios y había sido condenado a cuarenta años de cárcel, por eso había atravesado después la selva y los pantanos y había construido su cabaña en las selvas desconocidas hacia las que estaban vueltos los ojos codiciosos de los extranjeros millonarios, de los señores de la guerra y de la desgracia del hombre. Frente a él, encendiendo un cigarrillo, otro hombre sonreía levemente: su corazón estaba lleno de deseos mezquinos, había sido en el seno del Partido el inevitable arribista, el aventurero que acaba siempre siendo expulsado, y para él la suerte de los mestizos del valle, el hambre de los aparceros de Venancio Florival, la esperanza encendida en las cabañas, el valor indómito y la dedicación ejemplar de Gonçalo, significaban sólo secretos descubiertos que podían ser vendidos a los periódicos, a las editoriales, a Costa Vale o a la policía. Y se sentía orgulloso de sí mismo, de la habilidad con que había descubierto la real identidad del gigante, de la manera como le había mentado y en aquel momento él ya sabía, sin ningún tipo de duda, que acabaría trabajando para la policía.

Gonçalo miraba a través de los cristales, veía levantarse en la polvareda roja traída por el viento los rostros de los mestizos del valle, Nhó Vicente con su carabina de caza, los aparceros de la hacienda de Venancio Florival, Nestor con su apasionado entusiasmo. Ellos le llamaban Amigo, veían en él al Partido Comunista, el futuro y la esperanza. Su voz se elevó severa:

—Vamos a discutirlo, camarada. No estoy convencido ni mucho menos...

La límpida noche de los campos, más allá de la ciudad, cálida noche de infinitas estrellas, le acogió, apaciguadora y maternal. Los estrechos límites de las paredes mal encaladas de la pensión no podían contener la tempestad desencadenada en la cabeza del gigante del Valle. Había salido, en el silencio de la ciudad adormecida, había tomado el camino de los campos que la rodeaban, necesitaba aire, grandes espacios libres, para no ahogarse con el peso de sus extraños pensamientos, de su enorme angustia nacida de la duda persistente y dolorosa como una espina inflamada.

Se sentía como si le hubiesen vaciado el corazón de sus sentimientos cotidianos, que lo alimentaban, y en su lugar hubiesen colocado la amargura de la duda más lacerante, que le ahogaba. Gonçalo amaba los refranes, en ellos se reflejaba la segura sabiduría popular, y uno de ellos decía que «saco vacío no se tiene en pie». Así estaba él, vacío de todo lo que había dirigido hasta entonces su vida, y esa duda que ahora le dominaba era extraña a su franca naturaleza, a su carácter claro como una mañana de sol. Esas sombras densas de angustia, que le habían quedado tras la discusión con Héctor, le rodeaban en la noche afligida del cuarto de la pensión, de repente era como si la tierra le fallara bajo los pies. Todas aquellas teorías y argumentos con que el joven elegante y seguro de sí había llenado el resto de la tarde en una discusión sin fin, le parecían absurdas a Gonçalo, estaban en oposición con la vida que le rodeaba, con el hambre y la miseria de los aparceros y mestizos, con el dolor esparcido en aquellas tierras explotadas. «Sin embargo era la ejecutiva del Partido quien afirmaba tales argumentos y tesis, venían éstas de la misma Internacional, luz que iluminaba desde Moscú el camino de los comunistas de todo el mundo». Su angustia nacía de no poder comprender y, al no poder comprender, no poder aceptar. Y, sin embargo, debía aceptar, levantarse contra el Partido fue algo que ni se le pasó por la cabeza. El Partido sabía más que cualquier hombre solo, había aprendido, con la experiencia cotidiana, que la razón está siempre con el Partido. ¿Cuántas veces habían sido vencidas sus opiniones en las reuniones de célula? Después comprobaba en la práctica que la decisión era justa, que su idea no era la mejor. Si el Partido había deliberado, y después de deliberar había decidido, entonces debía ser justo. Era él, Gonçalo, quien no estaba capacitado para comprender. «Dos cerebros piensan mejor que uno», solía repetir. ¿Cómo pensar entonces que él, aislado de todo y de todos en las selvas de Rio Salgado, podía tener razón en contra del Partido? Y una vez más pasaba revista a los argumentos de Heitor, analizándolos uno por uno, buscándoles una solidez convincente, y desesperaba al comprobar que eran cada vez más frágiles, incapaces de resistir a cualquier análisis. ¿Qué pasaba?, ¿por qué no podía comprender la nueva línea política? Dudaba de ella, dudaba a pesar del esfuerzo que hacía para asimilarla, para convencerse de su verdad, de su justicia. Y esa duda le llenaba de una angustia jamás sentida, era como una criatura a quien de repente faltaran el padre y la madre.



La gran noche de los campos le acogió cuando, sintiéndose ahogado en la pequeña habitación de la pensión, atravesó los caminos con largos pasos y empezó a andar al azar. Y la paz de la noche, el silencio perfumado de la tierra, el distante croar de las ranas en un zarzal, la música de los grillos, le fueron calmando, como si trajeran de nuevo a su corazón el equilibrio perdido. El joven se rió, casi con risa de escarnio cuando él le habló de Nhó Vicente y de los mestizos del valle, de Nestor y de los agregados de las haciendas, de Claudionor y de los campesinos de Venancio Florival. «Sentimentalismo...», había dicho, cargando la palabra, dándole un tono de acusación. Pero aquel sufrimiento, aquella miseria de los mestizos, de los trabajadores del campo, Gonçalo la llevaba en el corazón, y, de repente, en la noche de grillos y silencio, sintió toda la falsedad de la frase con la que Heitor había apartado a los mestizos y a los aparceros de la discusión. «La política se hace con la cabeza...». Pero no, los comunistas no hacen política sólo con la cabeza, como si la política fuese sólo cálculos inmediatos y fríos objetivos. Para ellos la política era vida, y la vida se vive con la cabeza que piensa y con el corazón que ama.

Sí, aquel nombre le era familiar, sabía de su proceso, de la campaña por su libertad, había oído hablar mucho de Heitor Magalhães. Había llegado a él mediante un responsable de la región y el muchacho hablaba en nombre de la ejecutiva nacional, pero en aquel momento, andando sin rumbo por los campos bajo las estrellas de un cielo distante, Gonçalo comprendió la verdad. No la adivinó por arte de magia, no conoció sus detalles. Pero la descubrió, como puede hacerlo un militante dedicado al Partido: «¿Y si este tipo fuera un agitador? ¿Si estuviera aquí, no por orden del Partido, sino de los enemigos del Partido?». ¿Y por qué no podía ser? Gonçalo sabía de otros que habían entrado en el Partido por los más variados motivos y un día lo habían dejado o los habían expulsado, y trabajaban luego para los enemigos. Nada de Heitor le gustaba: ni sus cuidadas uñas, ni sus argumentos, ni su pelo lustroso de brillantina, ni su forma muda de discutir, ni sus ojos de seductor, ni el modo como hablaba de los camaradas... La noche de los campos le rodeaba, esparcía las nubes pesadas que oprimían su corazón, se llenaba de nuevo aquel vacío hecho de dudas, le llenaba otra vez la alegría de vivir.

Sin embargo, si fuese verdad, si él tuviese razón, un peligro enorme se cernía sobre el Partido en aquella región, sobre la lucha de Valle de Rio Salgado, sobre mestizos y aparceros, sobre el propio Gonçalo. Ante todo era necesario saber la verdad, pero ¿cómo hacerlo? Y después de haberlo aclarado todo, ¿cómo proteger la región, su trabajo en el valle y entre los campesinos?

Nuevos problemas y nuevos pensamientos llenaban su cabeza. Pero, a pesar de la gravedad de la situación creada por la llegada de Heitor a Cuiabá, Gonçalo se sentía leve como el fino aire de la noche, aspiraba a pleno pulmón el perfume poderoso de la tierra, escuchaba el rumor musical de los grillos y de la brisa que anunciaba la madrugada. No temía aquellos problemas concretos: su único temor era no entender la voz de su Partido, no sentir latir su corazón con aquel mismo ritmo con el que,

sobre el dolor y la miseria, el Partido construye la vida, el mañana feliz de los hombres.

Cuando Gonçalo le fue a buscar por la mañana temprano, para preguntarle cómo había aparecido Heitor por allí, qué credenciales traía, el maestro se quedó asombrado. No había dudado ni un momento de que Heitor pudiese ser otra cosa que lo que él afirmaba: un dirigente nacional. Había traído una presentación de Saquila, a quien el profesor conocía de un viaje a São Paulo. Ese nombre no era totalmente desconocido para Gonçalo, Carlos le había hablado de ese tipo cuando había estado en el valle. Y lo que le había dicho del tal Saquila confirmaba ahora sus sospechas sobre la verdadera personalidad de Heitor. El maestro se llevaba las manos a la cabeza, no lo podía creer. ¿Qué hacer para descubrir la verdad?

Era un hombre crédulo y bueno, conservaba algo de la infancia en sus ojos alegres tras las gafas, y no intentaba esconder su desconcierto, el confuso mundo al que le arrojaban las categóricas declaraciones de Gonçalo.

—¿Y si no fuera un provocador? ¿Si todo eso no pasara de sospechas sin fundamento? Después de todo, él es conocido... ¿Qué dirá la ejecutiva nacional de nuestra actuación?

—Dirá que somos prudentes, es todo lo que puede decir. Yo asumo la responsabilidad.

—Trajo una presentación de Saquila.

—Saquila tenía problemas con el Partido. Lo sé, estaba a punto de ser expulsado...

—¡Dios mío, qué confusión! Y nosotros que le entregamos anoche todo el dinero que teníamos y el que conseguimos recoger en estos días como contribución de la región para la nacional.

—¿Este tipo va a estar aquí aún mucho tiempo?

—Debe seguir hoy o mañana hacia Goiás...

El maestro iba y venía por la habitación con pasos nerviosos. Gonçalo se levantó de la silla, su cuerpo de gigante pareció llenar la sala, había en él algo tan sustancialmente honesto que el profesor creía en sus sospechas a pesar de la ausencia de pruebas contra Heitor:

—Sólo podemos hacer una cosa. Tú u otro camarada responsable debéis salir inmediatamente hacia São Paulo. Debéis contactar con el Partido para poner las cosas en limpio. Si el hombre está en orden, si ha venido enviado por el Partido, yo asumo toda la responsabilidad. En cuanto al dinero, si es un agitador como creo, el dinero está podrido... Pero eso es lo de menos. Lo importante es salvar la región, los compañeros, el trabajo. ¿Has pensado en el peligro que corre toda la región? Es preciso que alguien vaya cuanto antes.

—Yo no puedo ir; me es imposible. Pero Paulo, el responsable de la organización, conoce São Paulo y a los camaradas de allí. Tampoco él creyó la nueva línea política...

—¿Quién es?

—Es un ferroviario, un buen camarada. Discutió mucho con Heitor.

Gonçalo se alegró de la noticia:

—¿Ves? No soy el único que desconfía. Envíale a él entonces.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Dejé la pensión de madrugada. Era peligroso seguir allí. Consígueme un lugar donde pueda esperar el regreso del enviado a São Paulo. No voy a volver al valle sin saber la verdad, sería imposible trabajar. ¿Sabes de algún lugar seguro donde pueda quedarme?

—Creo que sí. La misma casa donde estuvo Carlos. Es una granja en las afueras de la ciudad. Es de un camarada que militó en el Partido. Después se casó, dejó de militar, pero es un buen sujeto, muy fiel. Y es una casa segura.

Sí, era segura aquella pequeña granja en los límites de una gran hacienda, sin vecinos. Gonçalo ayudaba a su huésped en los trabajos del campo, la mujer no hacía preguntas, curvada ella también sobre la tierra.

Una noche, dos días después de su llegada, el dueño de la granja entró en la habitación donde habían colgado una hamaca para que durmiera Gonçalo; era la habitación donde guardaba las herramientas de trabajo, las palas y los azadones, los arreos para el caballo también:

—Valdemar está aquí, con otro. Quieren hablar contigo.

Gonçalo saltó de la hamaca. ¿Qué significaba aquello? Sólo hacía un día desde la salida del ferroviario, debía estar aún viajando rumbo a São Paulo, no esperaba su regreso hasta dentro de una semana. Fue a la sala casi corriendo. Dos hombres se levantaron a su entrada: el profesor y un joven delgado, de rostro serio, que avanzó en su dirección:

—Me llamo João, vengo de São Paulo y te traigo una presentación de Vitor —y le enseñaba su credencial en la mano entreabierta.

Gonçalo miró el pequeño trapo de paño rojo; su rostro se abrió en una sonrisa:

—¡Ah, camarada! ¡Has llegado a tiempo! Yo lo sabía, sabía que el Partido no tardaría en llegar...

Se abrazaron largamente, Gonçalo sintió que su corazón latía más rápido y abrazó al camarada, como para comprobar la verdad física de su presencia.

—No, no he llegado a tiempo, he llegado muy tarde, ese bandido lo ha liado todo en la región, y lo peor es que sabe que tú existes.

—¿Es de la policía?

—Si no lo es, va en camino de serlo.

El profesor se frotaba las manos una contra otra:

—Tenías razón. ¿Pero cómo iba a desconfiar?

—Va hacia Goiás —avisó Gonçalo.

—La gente de allí ya está alertada, lo van a recibir como se merece. Es un agente de Saquila, el peor de ellos. Son una verdadera cuadrilla de bandidos...

—No sé nada... —sonrió Gonçalo.

—Es verdad... —João dejaba escapar su breve sonrisa—. Pero vamos a hablar...

El profesor se retiraba hacia el interior de la casa:

—Voy a charlar un rato con Quincas mientras habláis. Cuando terminéis, llamadme.

Cuando la narración terminó, después de que Gonçalo hubo leído los materiales, el número de Classe Operaria con la noticia de la expulsión de Saquila y su grupo, la denuncia de los fraudes de Heitor, las características de la «línea política» de los secesionistas que era el más sórdido reformismo al servicio del latifundio y del capital extranjero, le dijo a João:

—Me sentía como si tuviese todo el peso del mundo en el corazón. Ahora me siento aliviado... En este momento lo único que quisiera es tener a este canalla aquí, frente a mí, para darle una lección.

Cerró la mano enorme; después la dejó caer como si no valiese la pena. Continuó:

—Camarada, ante todo quiero autocriticarme: he sido poco prudente. Ni siquiera le pedí una credencial a ese tipo; tampoco le pregunté al camarada Valdemar qué credenciales tenía. Fui inmediatamente a hablar con él. Sólo desconfié cuando empezó a decir aquellas estupideces. Sólo después de haberle contado todo sobre el valle.

—¿Sabe tu verdadera identidad? ¿O cree que tú eres Manuel de São Paulo?

—Sabe quién soy. Me pidió un informe completo de toda mi actividad. Entonces lo supo...

—Es más grave de lo que creía.

—Hasta la noche no se me ocurrió que podría ser un agitador. La verdad es que actué con frivolidad.

—Los camaradas de aquí también deben ser criticados. Y nosotros, los de São Paulo, también. Debíamos haber mandado a alguien aquí para hablar con los camaradas y contigo. Nos olvidamos con el trabajo enorme que había por allí. Pero eso no explica ni disculpa el descuido, es una falta grave. Nos hemos jugado la seguridad de la región y de un trabajo importante. Este asunto debe discutirlo la ejecutiva nacional.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntaba Gonçalo—. Él sabe que estoy aquí, sabe que estoy preparando a los mestizos para actuar contra una nueva expedición al valle, sabe que hay una célula fundada en el campo...

—Vamos a mandar a alguien para ese trabajo del campo y para ayudarte.

—¿Crees que puedo seguir allí? No deseo otra cosa en el mundo. Les gusto a los mestizos, no sé si acogerían a otro con la misma confianza. Llevo allí tiempo, ¿sabes? se han acostumbrado a mí...

João sonrió nuevamente, aquella modestia le gustaba:

—Claro que debes quedarte. Nadie puede llevar a cabo este trabajo mejor que tú. Pero no puedes continuar como hasta ahora, como un habitante del valle, cultivando

tus tierras. Ha llegado la hora de que pases a la clandestinidad, de que desaparezcas oficialmente del valle y de las haciendas, de que seas un fantasma en los bosques... —Y su breve sonrisa se ensanchaba llena de simpatía.

El gigante se levantó, su rostro cubría la luz de keroseno, la sala se oscureció:

—Te voy a contar cómo están las cosas en el valle y en las haciendas... Aún no sé cómo va a evolucionar la situación, quiero hablar de esto contigo.

—Muy bien, hablemos. Debo volver pronto, y explicaré a la nacional lo que hayamos hablado, y el camarada que va a venir aquí te traerá instrucciones concretas...

Hizo una pausa y añadió antes de que el otro comenzase:

—Te vamos a mandar a un camarada activo, con experiencia en la lucha, pero que conoce poco el campo y que acaba de pasar por una crisis grave: su mujer fue asesinada en la huelga de Santos. Por eso le enviamos aquí: para apartarle de aquel ambiente lleno de recuerdos y para librarle de la policía. Está buscado como uno de los responsables de la huelga. Es un negro, su nombre aquí va a ser Ezequiel. Es de toda confianza.

La luz de keroseno proyectaba la sombra de los dos hombres en la pared, sombras enormes. Gonçalo comentó antes de exponer sus problemas:

—Es bueno que venga. Vamos a plantar el Partido en estas tierras como si fuese café. Y vamos a hacer imposible la entrada de los americanos en el valle... Te voy a decir cómo veo la situación...

Las sombras crecían en la pared, la voz del gigante era como el eco de las selvas vírgenes, de los ríos enormes, de los pantanos donde habitaban las fiebres, de las haciendas donde gemían los esclavos, del hambre y de la miseria, pero ¡ah!, ¡también de la esperanza!

Cuando João despertó, con los músculos aún doloridos por la incómoda noche en el asiento de tercera clase, reconoció la estación del suburbio: una hora más y estaría en la capital. Había tomado el tren hacía dos días en Campo Grande; nunca había necesitado tanto un baño en toda su vida. Tenía polvo por todo el cuerpo, sus manos estaban negras, el pelo pegajoso. Miró a su alrededor y vio a los pasajeros en la estación disputándose los periódicos matutinos de São Paulo. A través de la ventana leyó un titular: «TENTATIVA DE GOLPE DE ESTADO INTEGRALISTA». Se levantó, se precipitó fuera del vagón, consiguió comprar un ejemplar, arrancándose casi al vendedor. Leyó los titulares, volvió al vagón, cogió su maleta: «La estación de São Paulo debe de estar infestada de policías. Es más seguro bajar aquí y continuar en autobús».

Encontró, cuando llegó a São Paulo a media tarde, la ciudad en calma, la vigilancia de las calles se limitaba a unas patrullas a caballo. Había comprado las ediciones extraordinarias de los periódicos, sabía ahora que los integralistas, aliados con los armandistas, habían intentado la noche anterior un putsch contra el gobierno. Habían atacado por sorpresa el Palacio Guanabara, residencia del presidente de la República, y poco había faltado para que mataran a Vargas. El dictador, con ayuda de sus guardaespaldas, había conseguido resistir hasta la llegada de los refuerzos. Se habían producido luchas en otros lugares, especialmente en el Arsenal de Marina, donde los soldados del Batallón Naval abortaron la tentativa de los oficiales integralistas. El golpe había fracasado, había mucha gente detenida, dirigentes integralistas y algunos políticos ligados a Armando Sales. Uno de los periódicos había publicado que el excandidato a la Presidencia de la República estaba detenido en su residencia. Se habían efectuado detenciones también en São Paulo, donde el periódico *a Noticia* había sido ocupado por la policía. En la relación de detenidos, João leyó el nombre de Antonio Alves Neto. El paradero de Plinio Salgado parecía, según otro periódico, desconocido por las autoridades, que buscaban al jefe de la Accão Integralista para saber hasta qué punto estaba implicado en el golpe. João sonrió sarcásticamente al leer esta noticia: cómo no iba a saber la policía dónde estaba Plinio Salgado... ¿Y por qué dudar de que estaba implicado en el golpe? Naturalmente, no le pasaría nada; la prisión sería para los integralistas de base. Los jefes, bien relacionados con los peces gordos, no tardarían en ser puestos en libertad. Acabarían entendiéndose con Getúlio... De todas maneras, aquél era un acontecimiento de considerable importancia, y João estaba ansioso por encontrar a sus compañeros del secretariado.

Mariana no estaba en casa cuando él llegó. Su madre le dijo que había salido por la mañana, después de leer el periódico, y aún no había vuelto. João estaba acabando de bañarse cuando Mariana regresó. Al salir del baño, la encontró en la cocina,

comiendo algo. Aún no había comido, había salido del taller para ir a abrazarle, cada vez que se iba ella no sabía si le iba a ver volver con la misión cumplida. Procuraba vivir preparada para la noticia de su caída en manos de la policía. Por eso, cuando él volvía, era incapaz de pronunciar ni una sola palabra en el primer momento, enteramente dominada por la alegría de verle de nuevo, de abrazarle y besarle nuevamente.

—Así que... —dijo João—. Los integralistas han armado el lío y han recibido palos como habíamos previsto. Y Saquila quería liarnos en esa aventura...

—Hay una reunión del secretariado mañana por la noche —le notificó ella—. Van a alegrarse de tu llegada. Nadie sabía cuándo ibas a volver...

Miró el rostro bienamado una vez más, enternecida, y le hizo, sólo entonces, la pregunta acostumbrada:

—¿Ha ido todo bien?

—Debía de haber ido antes. Ese cínico de Heitor ya había pasado por allí y había creado una confusión brutal entre los compañeros. ¿Por qué es mañana la reunión? —cambiaba de tema. ¿Por qué no hoy? Debemos estudiar inmediatamente la situación creada por el golpe integralista.

—Zé Pedro cree que debe llegar hoy o mañana alguien de la ejecutiva nacional.

—Claro, pero no podemos perder tiempo. Hay que explicar a la masa el significado del golpe, llevarla a pedir el castigo de los integralistas, la detención de Plinio Salgado. Y, al mismo tiempo, exigir a Getúlio medidas democráticas, la anulación de la Constitución de Noviembre, la amnistía para los presos del 35. Debemos aprovechar la oportunidad para acentuar el combate al integralismo y conjuntamente, al Estado Novo. Hay que tomar algunas medidas prácticas inmediatamente.

—Ya han sido tomadas. Hoy mismo hay una manifestación antiintegralista. La base ya ha recibido instrucciones...

—Eso está bien. Ahora vuelve y avisa a Zé Pedro de que he llegado. Puedo encontrarme con él hoy mismo para empezar a trabajar. Mientras vas, yo me quedo escribiendo un informe sobre el viaje. Pero ve rápida, por favor...

Mariana terminó de comer:

—Ahora mismo voy.

Se secó la boca con la servilleta, se levantó: él la miraba y se sentía orgulloso de ella, de esa compañera valiente y abnegada, y se conmovía con su silenciosa comprensión. Tenían poco tiempo para ellos, pero jamás la menor queja había salido de los labios de Mariana. Ninguna ausencia conseguía distanciarles, aquel amor nacido en la lucha, crecía con el crecer del movimiento revolucionario y, como éste, se hacía más profundo cada día.

—Cuando vuelva por la noche, hablaremos.

Mariana se rió dulcemente:

—Ya será mucho si vuelves de madrugada... Prométeme que me despertarás



cuando llegues. Tengo una noticia para ti...

Se ruborizó sonriente:

—Es mejor que te lo cuente ahora. Tal como están las cosas, es posible que empalmes esta noche con mañana y que no te vea hasta la hora de la reunión. No es algo que se pueda decir ante todo el mundo.

—¿Qué es?

—Creo que... que otra vez... estoy...

Su sonrisa confusa decía más que las palabras. João la interrumpió, adivinándolo:

—¿Un niño? ¿Estás esperando un niño? —Vibraba la esperanza en su voz ansiosa.

Mariana asintió, y su rostro aparecía colmado de una nueva belleza. João la atrajo hacia sí, la cabeza de hermosos cabellos castaños descansó en su pecho.

—¡Qué bien, Mariana! Qué bien.

La llevó después hasta la puerta, pasándole el brazo por la cintura, como amparándola:

—Hasta luego, madrecita... Ten cuidado.

¿Confiarle la terrible verdad? ¿Decirle, escondiendo la cabeza de radiantes cabellos rubios en su ancho pecho: «Lucas, estoy embarazada»? ¿Qué voy a hacer? ¿Dónde encontrar el valor para la frase, para mirarle después a la cara, para oír el reproche seguro, las frases amargas de ese hermano cuyo amor es el único bien que ella posee? Más de una vez, en ese atardecer de policías, lleno de noticias contradictorias, las palabras le habían llegado hasta los labios para ser nuevamente devueltas a su doloroso corazón. Le faltaba coraje para pronunciarlas. Sin embargo, necesitaba abrirse a alguien, buscar un consejo, un consuelo, oír una palabra de cariño, algo que iluminara las confusas tinieblas a que la lanzaba la ya indiscutible certeza de su gravidez.

Semitendido en el diván, Lucas habla, con un torrente de frases entusiasmadas, narra los acontecimientos de la noche anterior, los acontecimientos que le habían llevado a la intimidad con el jefe de gobierno, que habían dado nuevas y grandes perspectivas a todos sus proyectos. Vuelve a veces atrás en su narración para relatar un detalle olvidado, para citar una palabra pronunciada en los dramáticos momentos del asalto integralista:

—Casi me olvidaba... En el momento peor, cuando parecía que ellos dominarían la situación, el presidente dijo...

Imitaba el acento gaucho de Vargas y terminaba cada frase con la afirmación:

—El presidente es un macho, Manuela. Nunca he visto tanta sangre fría...

Manuela le sonreía con su cara de tristeza, y a lo menos aquella angustia que la torturaba desde la llamada de Lucas por la mañana, ya había desaparecido. Su hermano se encontraba sano y salvo frente a ella. A pesar de la llamada matutina con que la había despertado, se mostró inquieta hasta que él apareció al atardecer, risueño y glorioso. Al abrazarle, Manuela le había palpado los brazos y el pecho buscando imaginarias heridas. Había respirado al encontrarle intacto, después del barullo de la noche del putsch. Le besaba en lágrimas, se abrazaba a él murmurando:

—¡Gracias a Dios!

Al menos eso. Aquella mañana había sido como una pesadilla. Lucas la había despertado de madrugada por teléfono. Su intención había sido tranquilizarla, pero sólo había logrado lanzarla a la mayor de las inquietudes. Le hablaba desde el Palacio Guanabara, le decía que los integralistas habían intentado un putsch, habían atacado el palacio y él, Lucas, había ido con Eusebio Lima para defender al Presidente. Aunque le había dicho que todo había terminado, que el golpe estaba totalmente aplastado, y que la llamaba para que no se inquietase con las noticias de los periódicos y la vigilancia policial en la ciudad, para que se quedase tranquila en el apartamento («lo mejor es que no salgas hoy, iré a verte por la tarde»), Manuela había vivido algunas horas alarmada. ¿Por qué se había metido Lucas en aquel lío? ¿Y si volvía a empezar durante el día, si le alcanzaba una bala, si perdía hasta su hermano?

Como si no bastasen los sufrimientos acumulados desde aquella tarde en que había ido al médico para un examen (había escogido un médico a través de un anuncio de un periódico: «con gran práctica en los hospitales de París»). Desde ese día vivía inmersa en una confusión de sentimientos producida por la afirmación perentoria del médico:

—Puede dar la buena noticia a su marido, señora. Está usted embarazada de dos meses...

La cortés frase del doctor la había hecho palidecer: su marido... No tenía marido a quien dar la noticia, aquella noticia que sería maravillosa en otra situación, si en casa, ansioso, la estuviese esperando Paulo con las palabras de ternura con que los maridos acogen la noticia del primer hijo. Su marido..., no tenía marido, ese hijo suyo no podía usar el nombre del padre... Su reacción fue tan fuerte que el médico comprendió, bajó los ojos y miró los dedos sin alianza de Manuela. Era un viejo de cabello blanco, una fugaz sonrisa atravesó su rostro bondadoso. Manuela, al notar su mirada, había intentado primero esconder sus manos, después cubrió con ellas su rostro avergonzado. La sonrisa desapareció del rostro del médico: miraba a la muchacha tan bella y tan triste, le dio levemente un golpe en la espalda, para animarla:

—Quizá ahora, con esa noticia, decida casarse... He conocido muchos casos así...

Las lágrimas pasaban entre los dedos de Manuela, tenía ganas de abrir su corazón a aquel médico desconocido, tenía ganas de contarle todo sobre Paulo y sobre el mundo de sentimientos que la agitaba, como los vientos de tormenta arrebatan a un frágil barco sin timón, ¿pero qué adelantaba con eso?

Oía, sin escucharlas, las recomendaciones que le hacía el doctor: andar un poco cada mañana, evitar ciertos alimentos, volver todos los meses para un nuevo examen. ¿Cuántas veces había soñado con el día alegre de la noticia del primer hijo? ¿Cuántos proyectos había hecho? Hubo un tiempo en que todos los sueños parecían estarle permitidos, cuando creía que cada acontecimiento sería una fiesta más en su existencia maravillosa de felicidad. Y ningún día sería más bello, más profundo de armonía y claridad, que el del anuncio del primer embarazo: ni siquiera el día tan soñado de la boda. Hubo un tiempo, ciertamente, pero ese tiempo había terminado, de Paulo sólo le quedaba un amargo recuerdo, una desilusión humillada y aquella soledad en su vida únicamente consagrada a la danza. Había un verso de Shopel donde el poeta decía ser «solitario como el espinoso cactus del desierto», y así se sentía Manuela después de la ruptura con Paulo. Todo lo que le quedaba era la danza y a ella se había dedicado afanosamente, buscando olvidar aquel pasado reciente y doloroso, sus sueños perdidos, sus ilusiones hundidas. La profesora de ballet le había tomado cariño y, al saber el fin de su romance con Paulo, le había dicho algunas verdades que antes no se había atrevido a revelar: le dijo que ella había sido «una aficionada», que le faltaban conocimientos técnicos, que tenía mucho que aprender

antes de convertirse en una verdadera bailarina. Le sobraba vocación, había nacido para aquello. Pero si continuaba como hasta el momento viviendo de los elogios de la prensa —debidos sin duda a su éxito inicial, pero debidos también a su belleza y al prestigio de Paulo y Shopel en los medios artísticos—, creyéndose señora de su arte, no le sería posible seguir adelante, llegaría el día en que su falta de conocimientos prevalecería sobre su vocación, y entonces no pasaría de ser una bailarina de casino, nunca llegaría a dominar los secretos del verdadero ballet. Manuela escuchó y comprendió. La actitud de Paulo, al abandonarla para comprometerse con la sobrina millonaria de la Comendadora da Torre, le había abierto los ojos, no sólo sobre él y su verdadera personalidad, sino que también le mostró de golpe la inmensa suciedad que se encubría bajo el brillo de los juegos de palabras y de las teorías divertidas de los medios literarios y artísticos, todo el egoísmo y la cínica ambición que la rodeaban. El mismo Shopel a quien ella se había confiado como a un amigo, ¿acaso no se hacía cada vez más insistente, rondando también él su cuerpo, intentando suceder a Pablo en su lecho, al principio con insinuaciones, después con retóricas declaraciones de amor, con promesas de organizarle *tournées* por Europa, financiadas por el Gobierno?... Solitaria, encerrada en sí misma, en su herido orgullo de tímida, incapaz de mirar a su hermano a los ojos cuando él iba a verla en sus viajes a Rio.

¿Acaso no había deshonrado el nombre de la familia al entregarse a Paulo como una loca? ¿No estaba acabada para siempre para el amor? Sentimientos diversos le agitaban en esos días: si una gran parte de su sufrimiento venía de una sensación artificial de deshonra, resultado de la educación familiar, su decisión de aislarse de todo, de cerrarse en su arte, de entregarse al estudio, de no utilizar nunca su belleza como una escalera hacia la fama, de abandonar aquel ruidoso y fácil éxito de su lanzamiento para conquistar, con el trabajo y el estudio, los secretos del ballet, era fruto de una decencia innata en su carácter. Y de su orgullo humillado: enseñaría a Paulo que era capaz de vivir y de hacer algo sin él, sin las «facilidades» con que él la había programado y había comprado su cuerpo. En los días siguientes a la última entrevista con el joven, había recordado momento a momento su vida a partir de la noche de su encuentro, aquella noche alucinante de las luces en el parque de atracciones. Y se había dado cuenta fácilmente de lo artificial de todo aquello: su deseo de bailar, su vocación de bailarina, aquel sueño profundo que había iluminado su vida mediocre en la casa húmeda del suburbio de São Paulo, habían sido sólo el pretexto para una diversión, para uno de los descubrimientos más sensacionales de Paulo y Shopel con los cuales deseaban, en frase del poeta, «romper la desoladora estupidez de nuestra vida literaria y artística». Para reírse de los lerdos siempre capaces, como explicaba Shopel, «de aplaudir todo lo que les fuera bien presentado, bajo cualquier etiqueta». Para eso y para que Paulo la consiguiese, engañándola con la comedia de una pasión delirante. Todo estaba clarísimo y era muy fácil darse cuenta, sólo ella, ingenua y ciega ante la claridad que había iluminado de golpe las sombras de su melancólica existencia, no se había enterado y había creído en todo, en

el éxito y en el amor.

En sus repetidas visitas después de la partida de Paulo, Shopel había terminado por contárselo todo, detalladamente, echando sobre el otro toda la culpa del aspecto sórdido del caso, guardando para sí la responsabilidad del lado bueno: el estreno de Manuela en la recepción de la Comendadora da Torre al jefe del Gobierno, su lanzamiento en Rio, la gran publicidad. Según él, desde que había conocido a Manuela había abandonado totalmente la idea infantil de divertirse a su costa, jamás le había confundido con los «descubrimientos anteriores», la ridícula pintora Sibila, el pobre loco Germano d'Anunciação, el provinciano Rolin, transformado en un abrir y cerrar de ojos, en crítico literario del periódico más poderoso de Rio, dictando normas a novelistas y poetas. Se había dado cuenta del talento de Manuela, de su vocación, y se había dedicado a abrirlle camino, generosamente, sin esperar ninguna recompensa, pues Manuela estaba loca por Paulo y no tenía ojos ni siquiera para darse cuenta de la devoción de Shopel. Lo decía mirándola con sus grandes ojos bovinos, como sugiriéndole que el momento de la recompensa había llegado; ahora ella sabía ya quién había jugado con sus sentimientos y quién le había sido siempre fiel y devoto...

Pero Manuela ya no se dejaba engañar. Los meses de vida en aquel medio habían transformado a la chica ingenua del suburbio en una mujer herida y desconfiada. No tardó en darse cuenta de las intenciones de Shopel —incluso antes de que él empezara la fase de las grandilocuentes declaraciones de amor— y tomó una viva repugnancia al poeta, empezó a huir de él, a evitarle cuanto le era posible. Durante unos días le había considerado aún como su amigo —su único amigo—, pero ahora Shopel representaba para ella a toda aquella gente que había conocido: Paulo, Artur, Marieta, la Comendadora, Costa Vale, Eusebio Lima, el maestro Cidade, lleno de ambición y vanidad, y todo lo que ellos pensaban, todo lo que deseaban; una gente para la que sólo contaba el dinero, un mundo donde era necesario prostituirse a cada instante, como había dicho una vez el mismo Shopel.

Había decidido dedicarse por completo a la danza, estudiar, transformarse en una verdadera bailarina, entrar por su propio esfuerzo en el conjunto del Teatro Municipal, poder dejar un día el Casino, las películas musicales llenas de intrigas, los espectáculos de homenajes políticos, aquella falsificación del arte por cuyos caminos la habían conducido Paulo y Shopel. Al mismo tiempo se sentía débil e incapaz de vencer los obstáculos, de resistir al éxito fácil, las fotos en los periódicos, los elogios de los cronistas, incapaz de entrar en el camino difícil de un esfuerzo silencioso y de lejanos resultados. En medio de estos conflictos, que no la dejaban dormir cuando volvía del Casino, sintió los primeros síntomas de gravidez. Deseó al principio que fuese una equivocación. ¿Qué iba a hacer si era verdad?, se preguntaba enterrando el rostro en la almohada, tirada sobre la cama como incapaz de soportar esa última prueba. Cuando el médico confirmó sus sospechas, fueron días de lágrimas y aflicción.

Un hijo... Cuánto lo había deseado, cómo había soñado con él en los días de la ilusión de su boda con Paulo, de un hogar, de una vida feliz. Y ahora esa ansiada noticia era una noticia terrible, era para Manuela, la más terrible de todas: ese hijo que no llevaría el nombre de su padre, un bastardo que sufriría durante toda su vida las consecuencias del error cometido por Manuela... Tan desgraciada se sentía, tan incapaz de saber cómo actuar, que llegó a pensar en matarse. Pero a aquella vida que latía en su vientre, a aquel ser en gestación, ella no tenía derecho a matarle. Tenía que luchar por él, hacerse fuerte y conseguirle el nombre del padre, debía buscar un Paulo y...

Buscar a Paulo... No había sabido nada más de él. Shopel le había contado las borracheras continuas del joven diplomático, sus amores escandalosos con Marieta Vale. Ella no sabía nada más y tampoco lo deseaba. No guardaba de él una imagen que le hubiese gustado volver a ver, y cuando le había dicho que no lo aceptaría ni siquiera como esposo, Manuela era sincera. Pero ahora piensa en su hijo que va a nacer y se dispone a buscar a Paulo, a decirle que sólo deben casarse para que esa criatura pueda usar un nombre, pueda tener un padre que la proteja, para que no sea uno de esos marcados para toda la vida...

Frente a ella, Lucas continúa su relato, habla ahora de la liquidación de los grupos asaltantes integralistas, de los camiones cargados de muertos que habían salido por la mañana del Palacio Guanabara. Manuela escucha pero su pensamiento está lejos, no le interesa el asunto desde que ha comprobado que Lucas está vivo y sano. ¿Debería confiarle la terrible noticia? ¿Interrumpir esa narración de tiros y muertes para contarle su desgracia, para pedirle un consejo? Pero su hermano parece tan alegre y feliz contándole las misiones importantes que el dictador le encomendó durante el día, los elogios que de él hizo, la estima que le demostró, que Manuela no se siente capaz de perturbar su tarde triunfal, envolviéndole en su tristeza, en su desesperación. Para Lucas todo va bien, ¿por qué romper su alegría con esa noticia, con ese problema? ¿Cómo podría él ayudarla? Sólo ella puede ir a buscar a Paulo, explicarle, exigirle la boda, que dé un nombre a su hijo, suplicarle incluso si fuese necesario... No, Lucas no podía hacer nada... Era mejor mantenerle aparte de todo eso. Tampoco antes le había contado nada, no le había contado como se había dejado engañar y como se había entregado; y al final no le había dicho nada, esforzándose en reír como si hubiese sido la ruptura de una relación banal, de esas que toda joven tiene antes de comprometerse... También Lucas parecía dispuesto a evitar las confidencias, le decía que no diese mucha importancia al hecho, un día u otro aparecería un novio digno de ella, mejor que Paulo.

—En fin... —había concluido aquella vez despidiéndose—, después de todo te ha sido útil, te ha ayudado a empezar. Lo que debes hacer ahora es continuar, no debes quedarte triste por ahí como si Paulo fuese el único hombre de la tierra. Ocúpate de tu carrera, eso es lo importante. Novios sobran por ahí, y dentro de un tiempo Manuela, podrás escoger al que quieras... Tendré dinero para comprarte un marido con un

nombre mucho más largo que el de Paulo...

Le acarició el rostro en un apresurado consuelo y después se fue. Manuela se quedó sin entender la actitud de Lucas. Había estado durante toda la visita como temiendo que ella le hiciese una narración detallada del caso, intentando evitar una confesión, la revelación de toda la verdad. ¿Lo sabría todo o preferiría no tener la certeza? Era como si las complicaciones sentimentales de su hermana perturbasen el ritmo victorioso de sus negocios. Manuela se sorprendió, pero luego acabó por atribuir la actitud de Lucas a una gentileza, al deseo de evitarle la humillación de tristes confidencias. Seguramente sospechaba lo sucedido y le había dado a entender que aquello no afectaría para nada a sus relaciones fraternales, al cariño que él le tenía. «Seguramente era eso», pensaba Manuela, mientras aumentaba su ferviente admiración por Lucas. Su hermano no era como ella, era fuerte y decidido, sabía conseguir lo que quería.

Nuevamente se halla ante él, oyéndole hablar, admirándole, pero otra vez con el corazón lleno de amargura. ¿Dónde está el valor para contárselo todo, lo que no le había dicho antes, y esa última noticia, al mismo tiempo maravillosa y terrible...? ¿Cómo romper esa excitación entusiasmada de Lucas con aquel problema que la afligía? Seguramente acabaría por no decirle nada, debía buscar ella misma la solución, como hacía Lucas. Buscara Paulo, exigirle en nombre del hijo que iba a nacer...

Lucas ha terminado de contar y Manuela siente que debe decir algo, demostrar un interés, no puede quedarse callada así. Pregunta:

—¿Y por qué estabas en el palacio?

—¿No te lo he dicho? Eusebio Lima fue a buscarme al hotel. Le habían telefoneado del palacio cuando empezó el asalto para que reuniera gente segura y fuese allí. Entonces fue a buscarme, conseguimos algunos más y fuimos. Pero, para abrirnos camino hasta el interior del palacio, fue una ratonera... Dos de los que iban con nosotros, pobres...

—¿Murieron?

—Uno murió entonces; el otro está en el hospital, pero no creo que se salve, tiene una bala en la columna vertebral. Por momentos pensé que todo estaba perdido, que iban a liquidar al presidente y a todos nosotros...

—¡Qué horror!

Lucas encendió un puro:

—Pero todo acabó bien, y ahora, Manuela, estoy dentro del palacio, el presidente sabe bien quién soy. Ahora voy a tener los créditos que necesito, facilidades por todas partes, ahora voy a empezar a ganar dinero de verdad. Con la protección del presidente no va a haber adonde no llegue. Me voy a meter a todos los Costa Vale en el bolsillo, ya verás...

Tomó la mano de Manuela, una sonrisa de triunfo cruzaba su rostro bronceado. Dijo con una mirada afectuosa:

—Prepárate a desear y a tener todo lo que desees... Llegará el día en que podré darte todo lo que desees, aunque sea algo que parezca imposible. —Y era la misma voz llena de ambición desmedida que Manuela había oído en los días de pobreza, cuando él le hacía confidencias en la casa del suburbio de São Paulo.

Manuela se da la vuelta rápidamente para que su hermano no vea las lágrimas que brotan de sus ojos. La tarde cae dulcemente sobre la playa y el mar, sobre los rascacielos, sobre los soldados que patrullan por las calles. Los vendedores de periódicos vocean los titulares de las ediciones extraordinarias de los vespertinos. Lucas emerge de sus sueños de riqueza ante el ahogado sollozo de Manuela:

—¿Estás llorando? ¿Será que aún no has olvidado a Paulo?

Ella niega con la cabeza, tragándose las lágrimas.

—¿Por qué lloras entonces? ¿Qué te pasa?

¿Dónde está el valor para contárselo, para desahogarse con él, para compartir con él su sufrimiento?

—Es que estoy tan contenta de que no te haya sucedido nada. Tan contenta... — Y de nuevo explotaron los sollozos, un llanto desamparado de criatura perdida.



La voz aguda de Henriqueta Alves Neto, históricamente excitada, llegaba hasta ellos atravesando las pesadas cortinas de terciopelo que separaban la sala de estar del despacho donde Costa Vale conversaba con Artur Carneiro Macedo da Rocha:

—Parecen comunistas... ¡Quieren quitarnos lo que tenemos!

—No te exaltes, Henriqueta. No nos van a quitar nada... —Era la voz de Marieta consolando a su amiga.

Costa Vale se pasó la mano por la calva:

—Imbéciles... —Sus palabras estaban cargadas de desprecio—. Aquí mismo, en este despacho, avisé a Alves Neto, y traté de hacerle ver la burrada que iba a hacer. Insistió, y ahora va a sufrir las consecuencias.

—Han ocupado el periódico, ahora es del Gobierno... —gritaba Henriqueta en la sala, cada vez más indignada—. Son comunistas...

Una carcajada divertida de hombre siguió a esta afirmación, alguien murmuraba:

—Ésta sí que es buena...

También Artur Carneiro da Rocha se rió, en el despacho, de la calificación de comunista atribuida por Henriqueta al Gobierno de Getúlio:

—La pobre está desesperada. ¿Qué sabes de Tónico?

—Está bien. En una buena habitación, en el cuartel de la Policía Militar. A todo confort.

—¿Y el periódico?

—Bueno... Tengo algún dinero metido allí, unas acciones. Después tendremos que ver esto. Naturalmente va a tener otra dirección, durante algún tiempo. También, ¿quién le mandó a Tónico ponerse a armar revoluciones? ¿Recuerdas cuando volví de Europa? Ya estabais metidos en esa intriga. ¿Qué fue lo que te dije?

—Tenías razón. Salí a tiempo. Ahora Getúlio va a estar ahí por lo menos diez años. Más firme que una roca. Esta vez ha liquidado todo lo que quedaba de oposición: los integralistas y ese grupo de Tónico...

En la sala, Henriqueta insistía en su afirmación:

—No dejan de ser comunistas...

Costa Vale se inclinó en el sillón.

—Toda la oposición... No, Arturzinho, no es tan simple, por desgracia. ¿Has estado en el centro hoy por la tarde?

—¿En el centro? No, no he estado... ¿Por qué?

—Ha habido una gran manifestación obrera...

—¿De apoyo a Getúlio?

—Bueno, aparentemente. Contra el integralismo. Mucha gente, muchas pancartas, de vez en cuando un tipo echaba un discurso en una esquina. A primera vista todo parecía muy bien, llegué a pensar si no sería una cosa organizada por el Ministerio de Trabajo. Pero al prestar un poco de atención...

—Qué...

—Se veía la mano de los comunistas... Entre las pancartas contra el golpe había otras pidiendo libertad de huelga, de reunión, de imprenta... Y amnistía, y cosas así. Y la policía sin poder hacer nada, ¿comprendes? ¿Cómo atacar a los obreros que se manifiestan contra el intento de golpe?

—Son listos, esos comunistas...

—Es todo lo que ha logrado Tónico con esa estupidez del golpe... Abrir las puertas de la calle a los comunistas... Van a aprovechar estos días en que el Gobierno tiene prácticamente las manos atadas y no puede hacer nada contra ellos. Y esos integralistas idiotas, en vez de ayudar a Getúlio a liquidar a esa plaga, deciden asaltar el Palacio Guanabara... Imbéciles...

Artur Carneiro Macedo da Rocha, con la uña bien cuidada echó la ceniza del puro en el plato de cristal:

—Creía que habían terminado con ellos después de la huelga de Santos...

—¿Terminado con ellos? Esa gente crece como la mala hierba. Te voy a decir algo, Arturzinho, algo que no he dicho nunca a nadie...

Bajaba la voz, su pálido rostro se llenaba de preocupación mientras Artur acercaba la cabeza curioso.

—A veces tengo miedo...

—¿Miedo? ¿Tú?

—Sí, yo mismo. Parece imposible, ¿verdad? Pues bien, es la pura verdad. No podemos movernos sin notar la presencia de esos bandidos. Aparecen manifiestos en el banco, ¿quién sabe si muchos empleados no son comunistas? En la calle, las paredes están llenas de pintadas. En las fábricas los obreros son cada vez más arrogantes. E incluso esos muertos de hambre del valle, incluso ellos, ¡fíjate bien!, incendian un campamento de técnicos... Adondequiera que vayamos, allí están ellos, amenazando. Aunque no se quiera, hay que pensar en ellos.

Se calló por un momento, su rostro se ensombreció aún más:

—Hay que acabar con esa gente... Si no, no se puede vivir en paz, cuidar tranquilamente de los negocios. No se tiene un momento de sosiego. Es imposible.

Artur apagaba la colilla del puro, aplastándola contra el cristal del cenicero, meditabundo:

—A veces me pregunto, José, si no es una batalla perdida... si no será que el mundo va hacia el comunismo, queramos o no queramos. A veces pienso que es imposible evitarlo.

El pálido rostro del banquero volvía a animarse como si hubiese triunfado sobre el miedo, volvía a ser el hombre de voluntad inflexible:

—¿Por qué? Tu teoría es la de mantener los brazos cruzados. No, yo no lo creo así. Algunas veces les tengo miedo de verlos un día quitarme todo lo que he conquistado. Pero, por eso mismo creo exactamente lo contrario de lo que tú dices. Creo que podemos acabar con ellos y que debemos hacerlo cuanto antes.

—Tú mismo has dicho que crecen como la mala hierba...

—Es preciso arrancarla de raíz. No dejar un solo brote que pueda florecer de nuevo... Y las raíces de ese canalla están lejos de aquí, están en Rusia...

El exdiputado hizo un gesto de duda, iba a hablar. Costa Vale no le dejó:

—Espera. No creas que hablo del oro de Moscú y de esas historias de la policía. Eso queda para los periódicos, no para nosotros. Cuando digo que las raíces de esa gente están en Rusia, lo que quiero decir es que la existencia de esa Rusia comunista es el mayor de todos los peligros: es su ejemplo, Arturzinho: les enseña que pueden hacer en todas partes lo que han hecho allí. ¿Entiendes?

Ante el gesto afirmativo del exdiputado, continuó:

—Hay que acabar con la Rusia comunista. Acabar de una vez. Es lo que van a hacer Hitler y Mussolini. Por eso necesitan la ayuda de todos los gobiernos...

—Pero la cosa está ardiendo por lo de Checoslovaquia. Francia...

—Sácate eso de la cabeza. Si crees que Francia e Inglaterra van a ir a la guerra para defender a Checoslovaquia, es que no sabes nada de política internacional. Vamos hacia la unión de todos los países, incluso los Estados Unidos, alrededor de Hitler, para ir a la guerra contra Rusia. Y eso es tan cierto como que uno y uno son dos.

Se animaba, tendía el dedo afirmativo en dirección a Artur:

—Es lo mismo que tendríamos que hacer en política interna: todos unidos con Getúlio para acabar con esa plaga comunista. ¿Te das cuenta ahora de la tontería de Tónico? De él y de esos integralistas sin capacidad política, que no se dan cuenta de una cosa tan simple... ¿Quién ha ganado con ese golpe idiota? Los comunistas...

—Ellos y Getúlio... —añadió Artur.

—Y Getúlio, sí. Esto ha venido a reforzarlo. Pero también ha dado ánimos a los comunistas. Van a tratar de aprovechar este descanso, ya verás.

Se levantaba, se ponía de pie:

—He estado pensando todo el rato en eso, desde que he visto la manifestación en el centro de la ciudad. Mañana voy a Rio, tú vendrás conmigo...

—¿Contigo? ¿Para qué? No olvides que debo volver a Mato Grosso para el proceso de las tierras de la empresa.

—Deja eso a un lado, es causa ganada, no hay que perder tiempo con ella. Yo voy a Rio a hablar con el presidente. ¿Entiendes? Cuanto más tiempo dure esa agitación en torno a los integralistas y los armandistas, cuantos más detengan, cuanto más se hable de ellos como de enemigos del gobierno, mejor para los comunistas. Cuando el palo golpea al vecino, sus espaldas descansan, como dice el refrán... Hay que echar cuanto antes una losa sobre ese asunto, borrar del todo el asunto ese del golpe. Antes de que los comunistas ganen fuerza. Y concentrar la policía sobre ellos, acabar con ellos.

—Sea como sea, al menos los que fueron cogidos con las armas en la mano y los que estaban al frente de la conspiración deben ser detenidos. Si no, ¿qué iba a decir el

pueblo? Sería demasiado. Y, por lo que dicen, cada integralista preso, lo primero que hace es abrir la boca y entregar a otros cincuenta... Corre el rumor de que hay mucha gente en ese lío: el jefe de la policía, generales, dicen que hasta ministros de Getúlio... Cada integralista preso vomita una lista de nombres a cual más importante.

—También he oído eso yo. Mucha gente va a salir del Gobierno. El gobernador de aquí es uno de ellos. Hombre del Dr. Armando. Otro, es el ministro de Justicia...

Lanzó una mirada de través al armandista que tenía enfrente:

—Tú deseas tanto ser ministro de Justicia... A lo mejor ha llegado la ocasión...

—¿Yo? ¿Ministro de Getúlio? Estás bromeando... Ni siquiera sé por qué no estoy en la cárcel...

—No estás porque yo te saqué a tiempo de esa conspiración de bobos. ¿Recuerdas? Y te dije entonces que tuvieras paciencia, no sería la falta de elecciones lo que te impediría ser ministro...

—Pero, José...

—¿Qué?

—Después de todo yo fui el jefe de propaganda de la candidatura de Armando Sales...

—¿Y qué? Getúlio va a necesitar el apoyo de los políticos de São Paulo que no se complicaron en el golpe. Nadie más indicado que tú para el Ministerio de Justicia. Eres un abogado conocido, un político con influencia, paulista desde hace cuatrocientos años. Eres lo que Getúlio necesita.

—Pero no es sólo eso...

—¿Hay algo más?

—Ya sabes... Después de todo, tengo ciertos compromisos morales.

—¿Con quién? ¿Con qué partido, si ya no hay partidos, con qué candidatura, si ya no hay candidaturas ni elecciones, con qué amigos si tu amigo soy yo?

—En el fondo tienes razón...

—Yo siempre tengo razón. Además si necesitas una buena explicación, no tienes más que decir que la Patria exige de ti ese sacrificio. Es lo que dicen todos cuando ocupan un puesto así...

—No deja de ser un sacrificio ser ministro de Getúlio en mis circunstancias... ¡Lo que van a decir de mí. Dios mío! Pero, como tú dices, me necesitan para conciliar las pasiones...

—Yo te necesito. Hay que llevar adelante la Empresa de Valle de Rio Salgado, tengo otros negocios en perspectiva. Y después, Arturzinho, hay que acabar con los comunistas. Mañana mismo voy a hablar con el presidente. Hay que echar tierra sobre la burrada de los integralistas y de los seguidores del Dr. Armando, terminar con el barullo organizado a su alrededor lo más rápidamente posible. Y echarles la mano encima, con fuerza, a los comunistas.

Respiró hondo; añadió:

—No me gusta temer a nadie ni a nada.

De la otra sala llegaba de nuevo la voz exaltada de Henriqueta Alves Neto:

—¡Aún aparecerá alguien que dé una lección a ese bandido de Getúlio!

Costa Vale sonrió, se dirigió a Artur:

—Pasemos a la sala, vamos a consolar a la pobre Henriqueta. Vamos a decirle que aún no ha llegado el día del juicio final. Por ahora es sólo Getúlio, aún no son los comunistas.

Artur se levantó, se arregló la americana. Antes de atravesar las cortinas de terciopelo, el banquero murmuró, con la sonrisa muriendo en sus labios:

—Sueño con ellos, a veces, con esos miserables. Tengo horror a las pesadillas. ¡Hay que terminar de una vez con esos canallas!

Cícero D'Almeida detallaba las noticias y rumores oídos durante el día:

—El gobernador se larga. Sobre eso no hay duda. Incluso hay quien dice que está preso en palacio. Va a haber muchas dimisiones por aquí; hay armandistas en todas partes. También habrá una remodelación en el Ministerio. Parece ser que medio mundo estaba mezclado en la conspiración. Empezando por el ministro de Justicia y terminando por Saquila...

—Ese cretino... —comentó Carlos.

Era antes de la reunión del secretariado y escuchaban al escritor mientras esperaban a Zé Pedro. Cícero estaba de pie y hablaba, animado, transmitiendo informaciones y comentarios oídos en los medios políticos de la ciudad:

—Todos se echan la culpa unos a otros de un modo que ni os podéis imaginar. Los integralistas empezaron a entregar a los demás incluso antes de llegar a la comisaría, cuando iban de camino. Dicen que los mismos policías estaban indignados por tanta cobardía. Dicen que Plinio Salgado ha escrito una carta al Gobierno diciendo que no tiene nada que ver con el asunto. Por otro lado, los armandistas echan toda la culpa a los integralistas, dicen que precipitaron las cosas, que adelantaron la hora del golpe con intención de acaparar el gobierno para ellos dejando de lado a Armando Sales y los suyos... Es algo sórdido... Y unos arrastran a los otros, se entregan, lloran ante la policía, ¡un horror!

—Es la dignidad de las clases dominantes —se rió Carlos.

João preguntó:

—¿Y la manifestación de ayer? ¿Asististe?

Cícero la había visto pasar por las calles centrales. Había sido una gran cosa y, según contaban los periódicos de Rio de Janeiro, una enorme concentración obrera se reunió frente al Palacio de Catete gritando consignas antiintegralistas. El propio Getúlio se había visto obligado a hablar, y en su discurso había atacado al «extremismo de derecha».

—Creo que esta vez vamos a tener unos meses de calma, nos van a dejar tranquilos durante un tiempo. Quieran o no, tienen que ocuparse de los integralistas...

João hizo un gesto escéptico:

—¿Mucho tiempo? No creo que sea por mucho tiempo. Naturalmente en estos primeros momentos deben dar una satisfacción al pueblo. Pero no te asombres si echan tierra sobre todo esto rápidamente. Es una pelea entre amigos, y la reconciliación no va a tardar. No podemos hacernos ilusiones sólo porque Getúlio usó algunos adjetivos duros hablando de los integralistas. Y no olvides que él —¿leíste íntegro el discurso?— atacó a «todos los extremismos, de derecha y de izquierda», —lo que demuestra que no piensa hacer ninguna concesión democrática. Pero lo que sí es cierto es que debemos aprovechar estos días de confusión para conquistar la calle, para exigir medidas democráticas y el castigo de los fascistas. Pero, sin hacernos

ilusiones...

Carlos explicaba:

—Hoy me he encontrado a algunos compañeros que han llegado a decirme que ahora hay que apoyar a Getúlio, que no tiene otro camino más que una alianza con nosotros. Nuestra posición debe quedar muy clara para que toda la masa la comprenda y así podamos obtener algunos resultados concretos: contra el golpe y contra el Estado Novo. Algunos camaradas confunden nuestra posición contra el golpe con el apoyo a Getúlio. Yo tampoco creo que vayan a olvidarse de nosotros por mucho tiempo. Tenemos que trabajar de prisa, antes de que se vuelvan otra vez contra nosotros.

Sonó el timbre de la puerta. Entró Zé Pedro, dio la mano al escritor, saludó a los otros con un gesto:

—Han cogido a gente de Saquila. Estaban metidos en el golpe. Un compañero me ha contado que era Camaleão quien conducía a la policía de casa en casa.

—¿Y Heitor? ¿Ha sido detenido también? —preguntó João.

—Parece ser que no está por aquí... —Menos mal... ¿Y Saquila?

Cícero se adelantó:

—Ha huido. Se escondió en casa de un amigo y me parece que se lo han llevado por la mañana al interior. Lo sé porque vinieron a pedirme dinero.

—¿Y se lo has dado?

—¿Qué podía hacer? Después de todo no podía dejar que le detuvieran por falta de unos cuantos mil reis... Saquila, a pesar de sus tonterías, no es mal tipo.

—Son una banda de idiotas jugando a policías y ladrones...

—De todos modos —defendió Cícero— no podéis poner a Saquila en el mismo plano que Camaleão o Heitor. Él está equivocado, no lo discuto, estoy completamente de acuerdo. Pero es un tipo honesto.

—Es el peor de todos —dijo João. Peor que Camaleão, peor que Heitor. Para mí no hay diferencia alguna entre ellos. Es increíble hasta qué punto un hombre inteligente como tú puede ser al mismo tiempo ingenuo. ¡Crear en la honestidad de Saquila! ¡Es peor que los otros!... Y más peligroso, porque no es tan estúpido como Camaleão, a quien desenmascara su estupidez, o como Heitor. El peligro que Saquila representa no es sólo la simple denuncia a la policía o el entrar a saco en el dinero del Partido, Saquila puede engañar a gente como tú. Con esa máscara de honestidad, puede hacer un trabajo más sutil contra el Partido. Y al engañarnos, puede causarnos un perjuicio mucho mayor que gente como Heitor o Camaleão. Él, en el fondo, está tan podrido como los otros, está vendido al enemigo igual que los otros, pero como es más inteligente que ellos, le reservan una tarea más delicada: ganar a la gente sana del Partido, dividir al Partido, alimentar grupúsculos, hacer campaña contra el Partido. La policía no necesita sólo traidores y soplones notorios. Necesita aún más a traidores enmascarados como Saquila. Es el peor de todos, el más peligroso.

—Exageras... Ni la burguesía es tan sutil, tan inteligente, ni Saquila es un

monstruo...

—Vamos a los hechos: ¿estaba o no estaba liado con Alves Neto, con los integralistas? ¿De dónde salieron las octavillas y los manifiestos que difundió, de qué imprenta? ¿Con qué dinero hizo todo eso? ¿No era uña y carne con Heitor y con Camaleão, no estaban todos a una echando pestes contra nosotros? ¿Cuál es la diferencia?

—Bueno... No dejas de tener razón en cierto modo. Pero lo que yo quería decir es que él no es un soplón, ni un ladrón tampoco...

—Hay tipos aún más miserables que los soplones y los ladrones, mucho más miserables...

—La verdad —Zé Pedro sacó sus conclusiones de la discusión— es que tú, Cícero, militante del Partido, y, más que eso todavía, conocido como comunista, no puedes mantener relaciones personales con Saquila. El simple hecho de confraternizar con él, de hablar con él, de que te vean en su compañía, de ayudarle con dinero, es bastante para darle prestigio, para ayudarle en su labor contra el Partido. Tienes que romper con él.

—¿Es una decisión? —preguntó Cícero, un poco picado en su vanidad por las palabras del dirigente.

—Si quieres saber si es una decisión orgánica, te responderé que no, que no se ha tomado ninguna decisión orgánica en este sentido. Sólo te digo que es una decisión que tú mismo debes tomar. Es tu conciencia de comunista la que debe dictártela.

Cícero se mantuvo callado. Carlos le miraba con una media sonrisa. Se levantó y se acercó a él:

—Amigo, no te enfades. Zé Pedro no ha tenido intención de darte una lección. Pero lo que ha dicho, es verdad. Sólo tu amor propio te impide reconocerlo. Pero te aseguro que mañana mismo tú nos vas a dar la razón, ya verás, cuando hayas pensado sobre el caso...

—Bien. Puede que tengáis razón... —Habló Cícero, ya menos molesto. —Eso de la honestidad es cosa relativa. En cuanto a mí, Saquila no es precisamente un amigo íntimo... No tengo ningún interés especial en seguir relacionándome con él...

Zé Pedro sonrió:

—Bueno, vamos a trabajar.

Le tendió la mano a Cícero, a quien había llamado para tratar cierto asunto. El escritor se retiró. João comentó tras su partida:

—¡Qué difícil es para un hombre como Cícero llegar a adquirir el espíritu del Partido...!

Pero Zé Pedro golpeaba ya impaciente con el lápiz en la mesa:

—Vamos a empezar, camaradas...



Es como si todo lo que antes había sufrido no significara nada, como si sólo ahora empezara el verdadero sufrimiento. Desarbolada, como un barco golpeado en un mar en tempestad, al albur de los vientos y las olas, Manuela atraviesa las calles de São Paulo camino del apartamento de la familia. Su cuerpo se estremece de frío, un calor de fiebre le sube al rostro, y ella camina sin ver ni oír ni el movimiento intenso de las calles comerciales, ni los galanteos que levanta a su paso. Una visión de sus ojos, una voz resonando dulce a sus oídos: la imagen de un niño pequeño, los brazos tendidos hacia ella, balbuceando «mamá». Su hijo, tan esperado.

—¡Esa criatura no debe, no puede nacer! —dijo Paulo a gritos, descompuesto y agitado como jamás ella lo había visto.

La víspera aún había podido soportar los ojos de curiosidad de tía Ernestina, unos ojos que parecían adivinarlo todo, unos ojos que la acusaban, que la insultaban, que se reían de ella. Por la noche, la solterona se había puesto a rezar ante sus imágenes de santos, golpeándose el pecho con las manos reseca, como en penitencia por vivir bajo el mismo techo con aquella «perdida». Manuela debería permanecer en el mismo cuarto que la tía, y se cubrió la cara con las sábanas para huir de las miradas y las oraciones, de la condena sin remisión que salía de aquella figura erecta e inhumana de vieja puritana.

Aquella noche había soñado con el hijo. No recién nacido, sino empezando ya a andar y caminando por las bordaduras de un campo en flores, un niño encantador, de faz rosada, pelo ensortijado, inocente sonrisa. Agitando las manos gordezuelas hacia las mariposas multicolores, extasiado al descubrir la belleza de las flores, asombrado ante un insecto color esmeralda. De súbito, tía Ernestina apareció, con su macerada figura de bruja, sus ojos inyectados de pudibundo horror, sus manos de castigo. El niño intentaba huir con pasos vacilantes. Buscaba, con los brazos tendidos y un grito suplicante, el regazo protector de Manuela, la seguridad de los brazos maternos. Pero no la alcanzaba nunca. La distancia entre los dos no disminuía, y una fuerza extraña sujetaba a Manuela contra el suelo impidiéndole acudir en socorro de su hijo. El niño llamaba, con un llanto perdido, corriendo hacia ella, cayendo a cada paso, y la sombra de tía Ernestina se extendía vengadora y asesina sobre el pequeñuelo. Manuela se arrojaba al suelo, con las manos cruzadas en una súplica ante la tía furiosa, intentando convencerle y apaciguarle:

—El pobrecito no tiene culpa de nada, la culpa es sólo mía. ¿Por qué matarle? ¡No lo mates, por amor de Dios!

Tía Ernestina abría la boca implacable, llena de imprecaciones:

—Es hijo del pecado. Es la deshonra de la familia.

Y se acercaba para matarle, para lavar así el honor familiar, para liberarle de aquel ser sin padre ante la ley. Manuela la veía marchar y una fuerza sobrehumana la retenía imposibilitándole cualquier movimiento, mientras el chiquillo lloroso

intentaba escapar, llegar hasta ella, acogerse a su regazo maternal.

Manuela despertó envuelta en sudor. Pero, apenas se adormecía otra vez, la pesadilla horrible volvía a empezar, el castigo de muerte dictado contra el pequeño, y ella sin poder acudir en su ayuda, sujeta al suelo, mientras tía Ernestina tendía sus garras hacia la criatura de ensortijados cabellos de oro. Un grito atravesó los campos.

Había salido por la mañana, muy temprano aún, diciendo que iba a ver a Lucas en el hotel donde el hermano se alojaba ahora. La verdad es que sólo quería verse lejos del apartamento sofocante, de la egoísta incompreensión de los viejos abuelos, de las preguntas idiotas del cuñado que deseaba saber novedades de Rio de Janeiro, de la mirada acusadora de tía Ernestina. Era muy temprano para ir en busca de Paulo, que no solía levantarse antes de las nueve. Tampoco deseaba hablar con Lucas hasta haberlo decidido todo con Paulo, antes de haberlo convencido. Anduvo por las calles, al azar, dejando que el frío de la mañana le limpiara de las visiones de la noche, de aquel mal sueño que aún le perseguía con sus recuerdos pavorosos. Intentaba imaginar cómo transcurriría la escena con Paulo. Iba a ser desagradable y difícil, pero ¿qué otro remedio tenía, qué otra cosa podía hacer para proteger a su hijo, para darle un nombre, para que sobre él no pesara su culpa? La pesadilla de la noche pasada tenía una significación muy concreta: sobre su hijo iba a pesar, durante toda su vida, la vergüenza de los bastardos, de los hijos ilegítimos. Bastaba esa palabra para producirle escalofríos, para reforzar su decisión de ir a hablar con Paulo. ¿Cuántas veces, de niña, había recibido represiones y castigos por haber jugado con un pequeñín que vivía unas casas más allá de la suya? Sólo años después había comprendido el porqué de la prohibición: aquel chiquillo era hijo de los amores de una joven costurera con el gerente de una gran casa comercial, era un hijo sin padre legal.

Buscó a Paulo, en Rio, primero por teléfono, en casa de Artur. Pero nadie respondía a las llamadas. Fue después al Ministerio y allí le dijeron que Paulo estaba de permiso, para cuidar su salud, que había ido a São Paulo. Shopel, a quien encontró casualmente por la calle, le había explicado —sin necesidad de que ella le preguntara nada— que Paulo había ido a disponer los últimos detalles para el anuncio oficial de su noviazgo con Rosinha da Torre. Una gran fiesta para la que estaban ya todos los figurones preparando sus smokings y sus toillettes, una fiesta que iba a señalar el acontecimiento. De aquella fiesta, le había dicho el poeta, era de lo único que se hablaba ahora en los círculos de la vida social más brillante, y el acontecimiento había relegado a un segundo plano los comentarios sobre el reciente y fracasado golpe de Estado. Manuela decidió ir a São Paulo inmediatamente. Se disculpó, en el Casino, diciendo que estaba enferma, que necesitaba unos días de reposo. Estaba dispuesta a romper el contrato si le negaban la licencia, pero la obtuvo inmediatamente, sin dificultad.

Al llegar, había telefoneado a Paulo, pero no le encontró. Un criado le dijo que el joven estaba cenando en casa de la Comendadora y que no sabía a qué hora iba a

volver. Lo mejor sería ir a verle de mañana, en cuanto despertara. ¿Cómo iba a recibirla? ¿Qué iba a decir cuando le revelara su estado?

Manuela no siente la menor alegría ante la inmediata visita. No guardaba rencor hacia Paulo, ni odio. Peor aún, le había quedado sólo desprecio, asco por el muchacho, por su naturaleza fría y calculadora, incluso por su aspecto físico: aquel rostro escéptico y aburrido de aristócrata que un día la había enamorado le parecía ahora repugnante y vicioso. Hubo un tiempo en que todo lo que ella ansiaba era casarse con Paulo, tenerle para siempre. Hoy, ese casamiento indispensable debido al hijo que va a nacer, será para ella un sacrificio inmenso. La perspectiva de vivir en compañía de Paulo, sin amarle, y sintiendo por él repugnancia y desprecio, la deja amarga y triste. ¿Pero qué hacer? Se dedicará al hijo. Encontrará en él la compensación para la vida de aflicción que la aguarda.

En ningún momento concibió Manuela la idea de que Paulo podría negarse al casamiento. Los sentimientos familiares eran en ella tan poderosos que ni siquiera podía imaginar una negativa. Era soltero. El noviazgo con Rosinha ni siquiera era aún oficial. Y un hijo suyo crecía en el vientre de Manuela, un hijo suyo iba a nacer, y ante aquello no contaban ya los propios sentimientos, ni el amor, ni el desprecio, ni la repugnancia ni el hastío. Es verdad que Paulo le había engañado una vez, que le había prometido que se casaría con ella para poseerla, y que luego le había dejado, riéndose de sus sentimientos humillados.

Pero, en el medio donde él vivía, en aquella alta sociedad, existía una concepción de la honra distinta de la del medio donde Manuela había nacido y se había educado. Ciertas cosas que eran sagradas para la familia pequeño-burguesa y religiosa, resultaban antiguallas ridículas para Paulo y la gente que le rodeaba, y que también rodeaba ahora a Manuela. Pero un hijo era distinto... El niño anunciado venía a dar nueva gravedad al caso, venía a modificar por completo los datos del problema. Ya no se trataba de la simple aventura de una muchacha ingenua que se dejaba seducir por un supuesto príncipe encantado: era la vida toda de un ser, fruto de aquel engaño, lo que estaba ahora en juego.

Jamás pensó que Paulo se negara al casamiento. Eran otros los problemas que la preocupaban cuando iba rumbo a la casa de Artur Carneiro Macedo da Rocha: ¿vivirían juntos después de casados, o iría cada uno por su lado, continuando él su carrera diplomática, dedicada ella a la danza? ¿Exigiría él que Manuela abandonara la carrera artística, el escenario? ¿No le había dicho más de una vez, cuando aún le prometía casarse con ella, que era imposible conciliar su profesión con la condición de esposa de Paulo Carneiro Macedo da Rocha, de ilustre familia paulista? ¿Cómo explicárselo todo a Lucas? ¿Dónde vivir, ya que no iba a poder continuar trabajando cuando la gravidez se hiciera patente? Pero todo aquello importaba poco. Sólo el hijo importaba. Librarle del desprecio y de la persecución de tía Ernestina, de toda la sociedad. Manuela reafirma su decisión al llamar al timbre de la casa aquélla, donde tantas veces había estado en los primeros y alegres tiempos de su relación con Paulo.

Esperó en una sala en penumbra. Se acordaba de ella: allí guardaba Paulo sus libros y allí recibía a las personas cuya presencia deseaba pasara inadvertida a su padre. Paulo apareció minutos después. Ni siquiera se había preocupado de vestirse; sólo se había puesto un batín sobre el pijama. Cierta curiosidad brincaba en sus ojos: ¿qué querría Manuela? Seguro, pensaba, que venía arrepentida y sedienta de amor para renovar las íntimas relaciones anteriores. Más de una vez le había ocurrido eso, ni siquiera tenía el sabor de la novedad. En fin, era una hermosa mujer para disfrutarla de vez en cuando... El aire grave de Manuela le sorprendió, pero no le impidió un galanteo risueño a la manera de Shopel:

—¿Cómo va esa hermosura sin igual? —le tendió la mano, indeciso entre besar o no a su examada.

—Tengo que hablar contigo de un asunto muy serio. Más serio no podría ser...

Él se sentó a su lado, frunciendo el entrecejo:

—Estoy a tus órdenes...

Después fue todo rápido y brutal. Él se echó a reír, con una risa humillante de escarnio, cuando ella, tras haberle comunicado su estado, le dijo que nada podían hacer sino casarse lo más rápidamente posible para legalizar la situación del hijo que iba a venir.

—No se te va de la cabeza esa manía del casamiento. Nunca vi tanta obstinación. ¿Cuánto tiempo tardaste en inventar esa historia?

Ella se quedó atónita, sin saber qué decir. Cuando consiguió hablar, lo hizo con voz tan alterada, tan desconcertada, que Paulo dejó de reír para escucharla:

—¿Crees que es una mentira mía? ¿Que es una invención? ¿Crees que deseo casarme contigo? No hay nada en el mundo que desee menos. Para mí sería el infierno en vida. Es por el niño, sólo por él por lo que he venido hasta aquí y acepto casarme contigo.

Paulo encendió un pitillo. Había perdido su aire irónico:

—¿Realmente estás en estado? Qué fastidio...

—No tenemos por qué vivir juntos. Cada uno puede ir por su lado. No te necesito ni siquiera para vivir. Puedo ganar para mí y para él... Pero el niño no puede..., no puede nacer sin padre...

—Ese niño no ha de nacer...

—¿Cómo?

—Si lo que te preocupa es eso, querida, entonces todo es mucho más simple de lo que había pensado. Realmente, creí que estabas representando una comedia para obligarme a casarme contigo. Como es tan ingenua, pensaba...

—¿Y qué dices? —había una punta de esperanza en su voz. La frase que Paulo había dejado cortada... ¿Sería que él, ante la realidad, habiendo comprobado que no era una invención de ella decidía casarse?

—Es muy sencillo, hija mía... Hay médicos que viven sólo de eso...

—¿De qué? No comprendo.

—¿Serás aún más infeliz de lo que pienso? ¿De qué ha de ser? Si nacieran todos los críos que se hacen, no habría lugar en el mundo en donde meterles. Conozco a un médico que es especialista en eso. Con dos o tres días en el hospital, caso resuelto... Yo lo pago todo.

—¿Qué quieres decir?

—Que vas a abortar.

—¿Qué?

Paulo empezó a darle explicaciones, pero ella le interrumpió con un grito indignado:

—¡Cállate! Si crees que voy a hacer eso que estás diciendo, que voy a matar a mi hijo, es que no me conoces. Antes, preferiría matarme yo.

Y todo se convirtió de repente en una confusión de gritos e improperios. Paulo había perdido la calma y la insultaba en los términos más rastreros. Ella amenazaba con suicidarse dejando una carta donde lo explicaba todo. Paulo procuraba contenerse ante esta amenaza: ¡menudo escándalo se iba a armar! Significaría el final de su noviazgo con Rosinha da Torre, y prácticamente el fin de su carrera de diplomático. ¡Adiós a los millones de la Comendadora, adiós puesto en París si la encontraban muerta y, a su lado, el relato de la historia...! Veía ya los enormes titulares en los periódicos.

—Calma, Manuela. Nos estamos portando como dos idiotas. Hemos perdido la cabeza. Vamos a ver si nos entendemos...

—Degenerado...

—Guarda los adjetivos para después. Ahora, vamos a hablar sin gritos. Por mi parte, te pido disculpas por lo que he dicho...

Manuela se calló. Las lágrimas empezaron a dominarla. Paulo aprovechó la oportunidad para hablar. Tenía que convencerla: juró que la amaba, le habló de remordimientos, le pidió que se compadeciera de él: el nacimiento de aquel niño iba a acabar con su futuro. Y también con el de ella. Iba a tener que apartarse del escenario durante un tiempo, y luego no le iba a ser fácil volver, y, con un hijo en brazos, complicaría toda su vida. Él, Paulo, estaba dispuesto no sólo a cargar con los gastos del médico y del hospital, sino también a darle una importante compensación económica por las molestias que iban a resultar del caso...

Manuela se puso en pie:

—Eres inhumano...

Iba a salir, pero él la cogió del brazo, violento, con el rostro descompuesto. Manuela llegó a pensar que iba a abofetearla.

—¡Esa criatura no ha de nacer!

—Nacerá. Y veo que es mejor que no lleve tu nombre. Es mejor no tener padre que tenerte como padre a ti.

Salió, y el aire frío de la calle le impidió caer ante la puerta. Estaba aturdida, las casas parecían danzar a su alrededor. El criado que la había acompañado hasta la

puerta, al verla así le preguntó:

—¿Se encuentra mal?

No respondió siquiera. Trató de irse. Más adelante se dejó caer en un taxi y le dio al conductor la dirección del hotel de Lucas. Ahora se sentía aún más ligada al niño por nacer, después de aquella horrible propuesta de Paulo. Ella iba a ser su padre y su madre, no mataría a su hijo ni se mataría, y si era necesario, lo abandonaría todo para vivir para él. Iría a fregar suelos o a lavar platos, pero tendría a su hijo, y de él le vendrían el consuelo y la alegría. Lucas la comprendería, le daría su apoyo, perdonaría su falta y protegería a aquel sobrino sin padre como había protegido a los huérfanos de la otra hermana.

Lucas iba a salir cuando Manuela entró en la habitación.

—¿Tú por aquí? ¿Cuándo has llegado?

Pero pronto se dio cuenta de la inquietud de Manuela, vio las lágrimas que brotaban de sus ojos, la palidez del rostro:

—¿Qué tienes? ¿Qué te ha ocurrido?

—Lucas, estoy perdida, hermano mío...

Él la amparó en sus fuertes brazos, la condujo a una silla, fue a buscar un vaso de agua:

—Bebe...

Las manos de la muchacha temblaban al sostener el vaso. Lucas comprendió que era imposible evitar esta vez la temida confesión, aquellas confidencias de la hermana seducida que él había conseguido aplazar y que iban a amargarle, estaba convencido. Y todo eso ¿para qué, si él no podía arreglar nada, si no podía obligar a Paulo a casarse con ella? Le dolía lo ocurrido a su hermana, pero en su nueva vida él había perdido ya aquellos prejuicios que conservaba Manuela. Resolvió abreviar la escena:

—Paulo ¿no? Ha abusado de ti... Hace tiempo que lo adiviné —se sentó a su lado, le limpió las lágrimas con un pañuelo—. No le des demasiada importancia. Hemos sido educados en un ambiente anticuado, en el que ciertas cosas tenían una importancia fundamental, pero en el fondo, eso no es tan grave... Un día u otro aparecerá alguien que se casará contigo sin dar la menor importancia a lo que ha sucedido. Ya verás...

—Si fuera sólo eso...

—¿Qué más puede ser?

—Estoy encinta. Cuando rompimos, yo aún no lo sabía. Lo descubrí luego...

—¿Encinta? —Lucas bajó la voz.

—No pude decírtelo antes. No tuve valor. Pensé que ante esto, Paulo se casaría conmigo. Por eso vine a São Paulo, para verle.

—¿Lo fuiste a buscar?

—Vengo ahora de su casa, Lucas... —Y nuevamente el llanto la dominaba. Escondió la cabeza en el pecho del hermano.

—Cuéntame...

—En vez de casarse conmigo lo que me ha propuesto es que aborte. Dios mío...

Durante un momento se oyeron sólo sus sollozos. Lucas cerró los puños. Un día le daría una lección a aquel Paulo, aplastaría su cara de señorito. No podía hacerlo ahora, no podía estropear, con un impulso incontrolado, todo el mundo de negocios que tenía planeado. Pero un día... Ahora no podía hacerlo, no podía tampoco dejar que Manuela tuviera aquel hijo. No era sólo a Paulo a quien amenazaba la existencia de aquel hijo ilegítimo, aquel escándalo de Manuela, al traer al mundo un hijo sin estar casada. También sobre él, Lucas, sobre su iniciada carrera comercial, prometedora pero aún supeditada a mil cosas diversas, aquella noticia pesaba como un obstáculo que había que superar cuanto antes.

—¿Qué piensas hacer? De nada sirve llorar, eso no resuelve nada.

Ella contuvo las lágrimas. Preguntó:

—¿Me perdonas?

—Pequeña tonta. Hiciste una estupidez. Y lo peor van a ser las consecuencias...

—Lo sé. Voy a tener que dejar el trabajo y las clases de danza... No sé si luego podré empezar de nuevo...

—Pero ¿piensas tener el niño?

Le miró asustada. ¿Qué otra cosa podía hacer, a no ser matarse? La alegría del hijo compensaba el dolor de una vida difícil, compensaba incluso el dolor de abandonar la danza. Lucas bajó los ojos.

—También yo creo que es mejor que abortes.

—¿Tú también?

Él la cogió de las manos, su voz salía con dificultad, le faltaban las palabras, no quería herirla, pero tenía que convencerla, costara lo que costara.

—¿Qué quieres? No puedes tener ese niño. Ya fue una estupidez que fueras la amante de Paulo, pero, en fin... Un hijo ya es otra cosa... Lo va a complicar todo...

Manuela movió la cabeza:

—No, Lucas, no comprendes. Es mi hijo ¿sabes? Mi hijo... ¿Cómo voy a matarle?

—Aún no es un ser, Manuela. Ni siquiera está formado...

—Tú eres un hombre. Sólo una mujer puede comprender lo que siento desde que sé que existe. Para mí es ya mi hijo, es como si hubiera nacido. Hacer lo que tú quieres es peor que matarme.

Creció entre ellos un silencio insoportable. Y, cuando esperaba que el hermano le dijera que comprendía y que estaba dispuesto a ayudarla, Lucas murmuró:

—Debes hacerlo por mí. Estoy comenzando la vida, Manuela. Tengo un enorme futuro ante mí. Esa decisión tuya puede hundirlo todo. ¿Comprendes?

Y continuó exponiendo sus razones, con voz casi humilde, casi llorosa:

—Estoy en tus manos. Tienes que ser una buena hermana...

La mirada de Manuela estaba perdida, veía al niño ahora, oía su voz. Lucas la cogió por la barbilla, le volvió la cabeza hacia su lado.

—Un día te casarás y tendrás hijos. No es tan terrible. Decenas de mujeres lo hacen. Es necesario, Manuela, por mí...

Ella le miraba con ojos sin expresión, como los de una loca. Lucas suspiró. Era difícil, muy difícil.

—Hazlo por mí —le pidió. —Dime que sí...

—Sí...

Él la besó en la frente:

—Eres una buena hermana. Buscaré un médico. Hay muchos que viven de eso. La clientela es grande... —decía como consolándola—. Vuelve a casa y espérame allá. Esta tarde te voy a ver. Y no le digas nada de eso a nadie.

Se separaron en la calle. Manuela no había pronunciado ninguna palabra más. Seguía sola, desarbolada, con una visión ante los ojos, una voz resonando dulcemente a sus oídos, la imagen de un niño pequeñito, con los brazos extendidos hacia ella, una voz infantil balbuceando «mamá», su hijo, tan esperado.



Fue en el hospital donde Mariana conoció a Manuela, una tarde, cuando el médico le permitió dar unos pasos por el corredor y ella la vio, en el cuarto de al lado, sentada en una silla. Era la muchacha de quien la enfermera le había hablado aquella mañana:

—Una chica hermosísima, pero tan triste... Es una artista. Vi su retrato en una revista, vestida con unas plumas de ave. Es bailarina. Pero tan triste... Nunca vi una tristeza igual...

Sentada en una silla, el hermoso rostro de grabado antiguo envuelto en una tristeza infinita. Tan bello y tan triste que conmovió el bondadoso corazón de Mariana induciéndole a detenerse en la puerta del cuarto para dirigirle la palabra, para trabar con ella una conversación de banalidad cordial que se prolongó porque la muchacha, tras haberle invitado a entrar y sentarse, no le quiso dejar marchar, como si tuviera miedo de quedarse a solas con sus pensamientos. Hablaron un poco de todo, del frío invierno que empezaba, de la carestía de la vida, cada vez más difícil, de las películas. Mariana aventuró incluso unas frases sobre la cobardía de los integralistas detenidos a causa de la tentativa de golpe de Estado, cobardía que era celebrada ya en chistes que todo el mundo contaba.

No pasó de eso la primera conversación, pero el calor de solidaridad humana que se transparentaba en el tono y en el aspecto de la joven obrera penetró en el sufrido pecho de Manuela y le ayudó a pasar aquella interminable tarde de espera, semejante a la última noche de un condenado a muerte. El médico había dicho que llegaría a las diez. Manuela no la había dejado volver a su cuarto. Sólo cuando la enfermera vino a buscarla diciendo que estaba servida la cena, pudo salir Mariana, impresionada ante aquella tristeza y aquel abandono, ante la evidente desesperación de la muchacha.

Antes de salir, le preguntó:

—¿Te van a operar?

Manuela desvió la mirada al responder afirmativamente y Mariana imaginó: «Debe de padecer alguna enfermedad muy grave, para estar tan desanimada». Pensaba en ella mientras iba cenando, en ella y en João que hacía ya dos días que no venía a verla. Tal vez estuviera fuera de la ciudad, había mucho trabajo por hacer, era preciso aprovechar aquel momento en que la reacción, a vueltas con sus propias contradicciones, le proporcionaba un relativo respiro.

Las tareas se habían acumulado sobre ella unos quince días después de la tentativa de golpe de Estado: Mariana había tenido un ataque de apendicitis, João se alarmó recordando su frustrada gravidez anterior, y el Dr. Sabino, llamado a toda prisa, creyó necesario operarla en seguida. Él mismo eligió la clínica y dijo que corría con todos los gastos. Un cirujano amigo suyo le operaría sin cobrar nada, pues era también simpatizante, uno de los que daban dinero a Heitor sin mantener ningún otro contacto con el Partido. Y la enfermedad de Mariana se había revelado en definitiva

útil: a través de ella la regional había recuperado todo un amplio «círculo de amigos» formado por Heitor entre los médicos, gente que hasta entonces nada sabía de las trapacerías del extesorero.

La operación —«ésta es la operación más tonta del mundo» se reía el Dr. Sabino, animándola mientras la llevaban a la clínica— había ido muy bien, y al día siguiente apareció por allí João en compañía de su madre con un paquete de fruta y un ramo de flores que llevaba torpemente.

—Cosas de nuestra gente... —explicó al entregarle las flores con cierta timidez—. Ellos las mandan...

Volvió otra vez, y luego desapareció. La madre, que venía todas las mañanas, hacía dos días que no le veía; João no iba por casa, debía de estar muy ocupado. Mariana piensa en él, una sonrisa entreabre sus labios al recordar la figura del marido, torpe con el enorme ramo en los brazos, con la timidez de un adolescente enamorado. Pero la tristeza de la vecina del cuarto contiguo le impedía concentrar en João su pensamiento. Recordaba la faz dolorosa y bella ¿qué terrible enfermedad la consumía para dejarla así, tan vacía de todo, tan despojada de cualquier animación, como si la vida ya no le interesara? La impresión que Manuela le había producido era la de una persona completamente abandonada, ante quien se habían cerrado todos los caminos excepto el de la muerte. Y al pensar en ella, recordaba también al Rubio, con el pecho corroído por la tuberculosis, vomitando sangre, ardiendo por la fiebre, flaco como un junco y, pese a todo, lleno de animación, de interés por la vida, escribiendo carta tras carta desde el sanatorio donde sólo ahora empezaba a experimentar las primeras y aún leves mejorías. Si pudiera, le contaría a aquella muchacha la historia del Rubio, de cómo se había negado a ir al sanatorio, de cómo habían tenido casi que obligarle: no quería abandonar el trabajo, la vida a su alrededor... Era una pena que no pudiera contárselo todo, tal vez así se animara un poco aquel rostro de amargura. Mariana jamás había podido permanecer indiferente ante el dolor, hiriera a quien hiriera, persona amiga o completamente desconocida. Su madre solía decir que había nacido para samaritana. Le gustaría ayudar a la muchacha, y por eso le preguntó a la enfermera cuando ésta vino a prepararle la cama:

—¿Qué tiene esa chica del cuarto de al lado? ¿Es grave?

No era la joven y risueña enfermera de las mañanas. Era una mujer de edad, un tanto envarada:

—¿Grave? No sé... Pero a juzgar por el médico que la trajo, creo que no es nada grave... Esas locas...

—¿Qué quiere decir? —preguntó Mariana sin entender nada.

La otra se encogió de hombros:

—Cosas de la vida... Y se fue.

Mariana se tumbó en la cama. Tenía los periódicos de la tarde y empezó a leer. La cama estaba pegada a la pared y no tardó en oír los pasos de la vecina caminando de un lado a otro de su cuarto. «Está nerviosa...». Intentó concentrarse en los periódicos;

acabó por abandonarlos y coger una novela. Era la traducción, publicada años atrás, de *Torrente de Hierro*, de Serafimovitch. Mariana la estaba leyendo antes de ir al hospital, prendida la atención en aquel relato épico como si estuviera viendo nacer la alborada del socialismo en Rusia. Cuando el médico le permitió leer, le había pedido a su madre que le trajera la novela. Pero los pasos angustiados de la muchacha del cuarto de al lado, el rumor adivinado de un sollozo, le imposibilitaban la lectura. Sentía deseos de levantarse, de entrar en el cuarto vecino y levantar los ánimos de aquella pobre muchacha. ¿Pero con qué derecho? Mariana apaga la luz, intenta dormir. Mil pensamientos e imágenes se cruzan en su cerebro. No puede distraerse, sin embargo, con ninguno de ellos. Los pasos de la muchacha triste resuenan en su cabeza. ¿Qué le ocurrirá? Parecía tan simpática y agradable, tan frágil también...

No conseguía dormir. Quedó despierta, escuchando el caminar de la chica, hasta que oyó ruidos nuevos: alguien entraba en la habitación, debía de ser el médico. Tiempo después sintió que la llevaban por el corredor en una cama de ruedas, seguro que hacia la sala de operaciones. «Ojalá todo vaya bien...», deseaba, sintiendo que su corazón latía por aquella desconocida, sintiéndose ligada a ella sin saber siquiera por qué. Tal vez porque la había visto tan sola y triste.

Al día siguiente, por la mañana, al encontrar a la joven enfermera risueña con su constante parloteo, Mariana quiso saber:

—¿Cómo va la de al lado? ¿Fue bien todo? ¿Cómo fue la operación?

—¡Nada de operación! Por lo que dijo el médico, abortó anteayer, a causa de una caída, y vino aquí a completar la cosa. ¡Quién sabe! Quizá sea verdad... No me gusta juzgar a nadie sin pruebas. Pero lo que sí es seguro es que ese Dr. Agostinho no trae ninguna aquí que no sea por complicaciones de aborto... Si hubiera policía en este país...

Pero Mariana ya no escuchaba, dominada por la ternura y la pena hacia Manuela: ahora comprendía plenamente su tristeza, su aire de abandonada soledad, sus inquietos paseos por la noche. También ella, Mariana, había perdido meses antes a un hijo ansiado, y sabía cuál era la sensación de vacío, cuántas lágrimas había derramado, cuánta tristeza había tenido que ocultar a los demás. También había sido una caída lo que había provocado su aborto, y sólo se había recuperado completamente cuando sintió un nuevo ser, otro hijo, creciendo dentro de ella. Pobre muchacha, tan joven y tan bonita. Era preciso consolarla, hacer que de nuevo recobrara el gusto por la vida, esperar que el hecho maravilloso se repitiera otra vez, como le ocurría a ella, a Mariana...

La enfermera, cuando terminaba de arreglar el cuarto, añadió aún:

—No quiso ni desayunar... No hace más que llorar...

Mariana salió a dar una vuelta por el corredor. El cuarto de al lado estaba cerrado. Después llegó su madre con los periódicos de la mañana y noticias de João: había dormido en casa aquella noche. Si tuviera tiempo vendría a verla por la tarde. Si no, vendría al día siguiente.

—¿Está muy cansado?

—Como siempre. Un día de éstos quien va a tener que internarse en un hospital será él si no se decide a tomarse un descanso...

—No sea ave de mal agüero, madre... —sonrió Mariana.

—Mal agüero... mal agüero... Era lo que tu padre decía cuando hablaba. Y el resultado fue que la primera enfermedad se lo llevó. Y menos mal que murió en casa, que no murió en la cárcel...

Cuando la madre se fue, Mariana ya no pudo resistir más y dio unos golpecitos de nudillos en la puerta del cuarto de Manuela.

—Adelante... —dijo una voz débil.

La muchacha estaba tumbada en la cama, más pálida aún que el día anterior, más abandonada todavía a su dolor.

—¿Molesto? —preguntó Mariana.

Dijo que no con un movimiento de cabeza. La rubia cabellera extendida sobre la almohada. Había lágrimas en sus ojos. Mariana se acercó al lecho, pasó la mano por la dorada cabellera en la que jugueteaba un rayito de sol. Un sollozo agitó el pecho de Manuela.

—Pobre amiga... La enfermera me dijo...

—¿Qué dijo?

—Lo mismo me pasó a mí. Exactamente lo mismo. Fue también una caída lo que provocó el aborto. ¿Sabes? Sé lo que se siente, sé que es difícil aceptar una desgracia así... Cuando me ocurrió a mí, mi marido no estaba, es viajante ¿sabes? Pero hay que tener valor, no dejarse abatir...

Manuela había vuelto el rostro hacia Mariana y no intentaba esconder las lágrimas. Escuchaba aquellas palabras, las primeras palabras consoladoras que oía desde que todo comenzara, y estaba agradecida a aquella muchacha, extraña para ella, a quien jamás había visto antes de llegar allí, de quien nada sabía, tan diferente de toda la gente que ella conocía: pobre, pero sin aquel aire sumiso de la gente pobre de los barrios donde Manuela había vivido, segura de sí, afectuosa como una antigua amistad.

—Perdona que te moleste pero eres tan bonita... No has nacido para vivir así, triste... y luego, cuando la enfermera me lo contó, te comprendí perfectamente, porque yo pasé lo mismo. Tienes que reaccionar, no entregarte así...

Le sonreía a Manuela, continuaba acariciándole el cabello. Por primera vez, Manuela pensó que quizá no todo estaba perdido para siempre. La víspera, antes de la llegada del médico y, peor aun, después de volver de la sala de operaciones, se había sentido acabada, como un trapo, como algo inútil y sin sentido. Lo había hecho por Lucas, por el amor que le tenía a aquel hermano en quien siempre había visto las mejores cualidades de hombre. Pero después de volver de la sala de operaciones (en sus ojos y en sus oídos la imaginada visión de una criatura muerta, su último grito, la misma que ella había visto en sueños, viva y alegre, llamándola mamá), se sintió

también vacía de aquel amor por Lucas. ¿Por qué su hermano le había pedido aquello? Para él sólo existían sus negocios, el dinero que podía ganar, la ambición desenfrenada. Y a aquella ambición había sacrificado ella aquel hijo que iba a nacer. Como antes le había ocurrido con Paulo, una imagen nueva venía a sustituir la idealizada, y la soledad de Manuela crecía y la ahogaba. Nada tenía ya, nadie le quedaba. Ni siquiera la danza, su último refugio, la consolaba ahora. Le parecía que jamás sus pies volverían a sentir deseos de deslizarse sobre un escenario creando pasos que hablaran de sus sentimientos. Tal vez porque en aquel momento la vida no significaba nada para ella, y la danza de Manuela nacía de sus sueños, de sus deseos y emociones. Estaba como muerta. La danza nada le decía. Había perdido su amor, la honra, al hermano, a la familia, había perdido a su hijo antes incluso de que naciera. En el lecho del hospital, tras una noche sin dormir, estaba casi insensible como si todo hubiera terminado definitivamente para ella. Fue entonces cuando Mariana apareció.

Hizo un esfuerzo. Respondió a la sonrisa amiga, tendió la mano, cogió la de Mariana:

—Siéntate...

Mariana acercó la silla a la cama. Continuó hablando. Decía palabras sencillas, sencillas como el pan que alimenta.

—Ya estoy bien, pero el médico quiere que pase aún tres o cuatro días aquí. Te puedo hacer compañía, no tengo nada que hacer... Sé que en momentos como éste no es agradable estar sola...

Manuela no pudo más. Era más fuerte que su vergüenza, necesitaba compartir con alguien su dolor. Y lo contó todo, con una voz casi neutra de tanto sufrimiento. Mariana escuchaba, sin comentarios, sintiéndose plena de comprensión. Manuela aparecía ante ella como una víctima indefensa. Todo lo que le había ocurrido era el resultado de una sociedad injusta y cínica. Aquellos hombres adinerados habían destruido la ilusión de la muchacha, habían hecho de ella un ser amargado y solitario. Al mismo tiempo valoró su resistencia al éxito fácil, comprendió sus prejuicios, y confió en ella como la muchacha confiaba también en la nueva amiga. Cuando Manuela terminó con un gesto amedrentado: «Ahora que lo sabes todo, ya no volverás a llamarme amiga», Mariana comenzó a hablar. Le dijo que mucho de todo aquello no tenía importancia, que era el resultado de una educación falsa en muchos aspectos, que por eso mismo le parecían artificiales y no llegaba a sentirlos ni a entenderlos. Pero muchas otras cosas eran de importancia vital, como la última. Si la hubiera conocido antes, no le hubiera permitido que hiciera aquello. Pero ahora no era de eso de lo que iban a hablar, lo que no tiene remedio hay que dejarlo a un lado. Manuela tenía una vida ante sí: y sobre todo la danza. No, no era como el poeta Shopel decía. El arte era algo grande, superior, sólo aquella gente de la alta sociedad, perdida para todo, podía querer prostituir el arte. Le habló de los poetas que a ella le gustaban, los que escribían para el pueblo, le habló de la novela que tenía en su

cuarto. Y le habló de la vida y del amor, le dijo lo que ella jamás pensó que alguien pudiera decirle. Manuela escuchaba interesada, las lágrimas casi secas ya en sus ojos. Ya no se sentía abandonada, y cuando Lucas llegó para visitarla, se sorprendió al encontrarla así, hablando de la danza. Mariana se había retirado a su cuarto cuando apareció el muchacho.

Durante tres días siguieron aquellas largas conversaciones. Parecía ya que se conocieran desde hacía muchos años. A veces no era fácil para Mariana. Ciertos sentimientos de Manuela escapaban a su comprensión, todo aquello que procedía de la húmeda casa del suburbio, o bien la artificial alegría del pequeño apartamento de Rio. Pero comprendía todo lo que era natural y espontáneo en Manuela, sus sueños y su malograda ansia de amor y de felicidad. Le contó un poco de su historia, escondiendo la parte política, y un día le habló de Rusia. Estaban hablando de danza y Mariana le preguntó si sabía hasta qué punto el ballet era apreciado y cultivado en la Unión Soviética. No, Manuela no lo sabía, y Mariana le dio algunos detalles, lo poco que ella misma conocía sobre el tema.

—No me digas... Yo siempre oí decir que Rusia era un infierno. Nunca pude pensar que hubieran allá espectáculos de ballet.

Mariana sonrió:

—Hay mucha gente que tiene interés en calumniar a Rusia. Todos los que quieren prostituir el arte y explotar a los hombres...

—¡No me dirás que eres comunista!

—Yo, no. ¿Pero qué tienen los comunistas de particular? —preguntó Mariana sonriendo. ¿Son bestias feroces acaso?

—Nunca he conocido a ninguno... Siempre he oído contar horrores de ellos.

—Tú acabas de perder un hijo antes de que naciera. Yo perdí también uno. Sé de otra mujer: también ella perdió al hijo que esperaba, y con él, la vida. Me contaron su historia, yo no estaba allá, pero sé que todo es verdad ¿quieres oírla?

—Habla...

Mariana le habló de Inácia. La huelga del puerto de Santos era un acontecimiento que Manuela conocía: Paulo se divertía en las playas de Santos, era el final de su romance de amor. Lucas también había tenido algo que ver con aquel café, causa de todo lo que había pasado. Ella no lo sabía con exactitud, pero había oído una vez a su hermano y a Eusebio Lima que hablaban sobre la huelga y el café. Escuchó el relato, y se estremeció cuando Mariana le narró el galope de los caballos sobre el vientre grávido de la negra.

—¿Y por qué se metió en esos líos cuando estaba esperando un chiquillo? ¡Qué locura!

—Para que en el futuro ninguna mujer se vea obligada a abortar. Para que el mundo sea mejor que ahora.

Manuela se quedó callada, pensando. Se iba restableciendo poco a poco, había vuelto a vivir, sólo que no sabía cómo sería después, cuando Mariana y ella salieran

del hospital.

—¿Seguiremos viéndonos cuando salgamos de aquí? Me he acostumbrado a hablar contigo...

—Va a ser difícil. Mira, yo vivo en otro medio, trabajo todo el día para vivir, y por la noche estoy normalmente muy ocupada. Tengo a mi marido, a mi madre. Vivo muy lejos, en un suburbio...

Manuela se entristeció. Era la víspera de su salida del hospital. También Mariana se iría al día siguiente. Temblaba ante el hecho de volver a encontrarse sola, en São Paulo o en Rio. Lucas había telefoneado al director artístico del Casino, a Rio, para decirle que Manuela estaba hospitalizada, y había conseguido quince días de prolongación de licencia. El director artístico se había mostrado muy amable, había elogiado los números de Manuela, le dijo que era segura la renovación de su contrato. Lucas le había aconsejado que descansara en un balneario durante aquellos días. Manuela no sabía qué hacer, y de nuevo el desánimo la invadía, después de entender qué difícil sería encontrarse de nuevo con Mariana. Ésta la había dejado porque una enfermera había venido a anunciarle una visita. «Qué buena persona» se decía Manuela, la mejor que jamás había conocido.

Minutos después, Mariana volvía a entrar en el cuarto.

—Quería presentarte a un amigo. Quizá le conozcas de nombre, es muy conocido. Tengo la impresión de que vais a ser buenos amigos, quiero que él siga cuidándose de ti cuando yo me vaya y no te vea más que de vez en cuando, por casualidad. Es una persona de tu ambiente, un intelectual.

Manuela quiso saber:

—¿Y cómo lo has conocido tú?

—Lo conozco desde niña —se rió Mariana—. Voy a buscarle. Y puedes estar tranquila, él no te hará ninguna proposición...

Era Marcos de Sousa. Se había enterado aquel mismo día de la operación de Mariana y había comprado la caja de bombones más grande que encontró.

—¡Qué suerte que hayas venido! Eres la persona necesaria para ayudar a Manuela.

—¿Manuela? ¿Quién es? ¿Alguna compañera?

Fue así como Manuela conoció a los comunistas, en un cuarto de hospital, cuando más sola se sentía, cuando la vida le parecía una carga insoportable, cuando se había olvidado hasta de la danza.

No tardaron en desaparecer de los diarios las noticias sobre el golpe de Estado. Los titulares estaban dedicados a los acontecimientos europeos, los nombres de Chamberlain, de Hitler y Mussolini ocupaban las primeras páginas en toda su amplitud. Chamberlain era presentado a los lectores como el campeón de la paz. Telegramas en negrillas hablaban de sus viajes para conferenciar con Hitler sobre la suerte de Checoslovaquia. Saludaban también los avances militares de Franco en España, donde las armas alemanas e italianas «cerraban el paso al comunismo».

Sobre la tentativa de golpe, sólo alguna noticia que otra, perdida entre las páginas: se había iniciado un proceso contra los oficiales implicados en la conspiración, contra los civiles detenidos durante el asalto a Guanabara. En ese proceso estaban implicados también el excandidato a la presidencia de la República, Armando Sales, y algunos de su grupo político, entre ellos Antonio Alves Neto. Sin embargo, tanto ellos como el «jefe nacional» del integralismo habían obtenido permiso del gobierno para salir del país antes del juicio. Andaban por Europa y por Argentina, en un exilio dorado. A Noticia había vuelto a salir con un nuevo director. El gobierno se había apropiado de las acciones de Alves Neto.

El abogado había salido para Europa en compañía de Henriqueta. En el mismo barco viajaba el sociólogo Alves Resende. Éste no iba exiliado. Las consecuencias del golpe no le habían afectado. Al contrario, había obtenido del gobierno una sustanciosa ayuda para aquel viaje: iba, según había declarado en una entrevista publicada en el suplemento literario de un gran periódico, a estudiar en las bibliotecas y en los museos de Portugal documentos históricos que le eran necesarios para su próximo libro sobre el tiempo de los virreyes.

Cierta calma parecía haberse apoderado de la vida del país en los meses que siguieron al putsch. Incluso de los comunistas se hablaba poco. Hacía algún tiempo que no aparecían en la prensa aquellas curiosas fotografías, sacadas en la cárcel, de «elementos subversivos», detenidos en una pintada o distribuyendo material de agitación, números ilegales de Classe Operaria. La policía se había visto obligada a lanzarse sobre las actividades de los integralistas y armandistas; los elementos detenidos tras el golpe habían confesado todo lo que sabían, y era mucho: el gobierno de Getúlio estaba amenazado por una serie de conspiraciones en curso. Era necesario deslindar el hilo de aquellas tramas antes de que se transformaran en «pronunciamientos militares». La policía vigilaba, los oficiales del Ejército que formaban en la oposición habían sido trasladados, al tiempo que el dictador, en sus discursos, amenazaba a los «políticos carcomidos».

Amenazaba en los discursos y ganaba en las combinaciones políticas. El gobierno había sido remodelado; algunos ministros anteriores habían sido citados por los conspiradores detenidos como vinculados al golpe. Varios elementos apartados de la vida política el 10 de noviembre, cuando el golpe del Estado Novo, se habían



aproximado a Vargas. Entre ellos, Artur Carneiro Macedo da Rocha, a quien fue concedida la cartera de Justicia e Interior en el nuevo gobierno. Su nombramiento sorprendió a ciertos núcleos paulistas, pero su discurso de toma de posesión fue generalmente aplaudido. En él, Artur Carneiro Macedo da Rocha utilizó abundantemente palabras como «patriotismo», «espíritu cívico», «confusa situación internacional». Había llegado la hora, afirmó, en que cualquier razón personal, cualquier divergencia política, fuera orillada ante el supremo interés de la Patria. Dada la grave situación internacional y las amenazas de conflicto bélico, la actitud de oposición intransigente era un verdadero crimen contra Brasil. El deber de los patriotas, «de los hombres de la élite responsable de los destinos del país», era colocarse al lado del jefe del Gobierno en su obra de «reconstrucción nacional», sin volver la cara al pasado. Una de las señales características de la inconfundible personalidad del jefe del Gobierno, dijo en su discurso, era no guardar rencor. Por eso exhortaba a todos los «buenos brasileños» a olvidar las divergencias que les habían separado antes, y les invitaba a «cooperar en la obra de brasileñismo iniciada el 10 de noviembre con la proclamación del Estado Novo, el tipo de democracia más aconsejable para un país joven como Brasil, codiciado por los extremismos de izquierda y de derecha».

La ceremonia de la toma de posesión del nuevo ministro de Justicia atrajo una concurrencia notabilísima; la prensa publicaba la amplia relación de nombres, entre los que se podía leer el del «gran industrial y banquero José Costa Vale, influyente líder de las clases conservadoras» y el del «inspirado poeta César Guilherme Shopel». El gabinete del nuevo ministro, anunciaban los periódicos, sería dirigido por el «culto y brillante diplomático Paulo Carneiro Macedo da Rocha» puesto a disposición del ministro por el Itamarati. Eran aquellos mismos periódicos que hacía apenas un año trataban a Paulo de «borrachín» y de «vergüenza de nuestra diplomacia».

Mucha agua había corrido desde la borrachera de Paulo en Bogotá, tan explotada en la campaña electoral. Y el agua de esos acontecimientos había lavado la reputación del muchacho. ¿Qué periodista se atrevería a criticar ahora los actos del futuro yerno de la Comendadora da Torre e hijo del ministro de Justicia? Aún hacía poco, Paulo había vuelto a emborracharse en un bar de Copacabana, tirando mesas y rompiendo botellas, amenazando a todo el mundo sólo porque había tenido la impresión de que un camarero se reía de él. La policía había aparecido en el local, pero al saber de quién se trataba, no tomó ninguna decisión y los guardias llegaron incluso a amenazar al propietario, deseoso de una compensación de daños. Aquellos días el retrato de Paulo había adornado las crónicas de sociedad de todos los periódicos: con gran lujo de términos franceses, los cronistas describían la fiesta con que la Comendadora da Torre había anunciado el noviazgo de su sobrina mayor con «el último hidalgo de São Paulo», como había escrito con refinada inspiración, el celebrado Pascoal de Thormes. Una revista ilustrada había publicado un reportaje fotográfico, de enorme éxito entre todas las jovencitas pequeño-burguesas, que mostraba a los novios en la

playa, en las calles de la ciudad, en los jardines del palacete de la Comendadora, en la biblioteca, sentados en un diván, él con un libro de versos en la mano, ella escuchándole en éxtasis, parados los dos al lado de un lujoso automóvil.

Manuela había visto este reportaje. El noviazgo de Paulo había sido anunciado cuando apenas empezaba a volver en ella el gusto de vivir. Tiró la revista a un lado, con un gesto de repugnancia. Pero cuando Artur fue nombrado ministro, Manuela leyó, indiferente ya, las referencias a Paulo. Era como si se tratara de una persona extraña a quien no conociera en absoluto. Aún bailaba en el Casino, pero había decidido no renovar el contrato. Su idea era presentarse a un concurso para el Teatro Municipal. Se sentía mucho más segura en su arte, y Marcos de Sousa le acompañaba siempre que venía a Rio. Desde su encuentro en el hospital, el arquitecto, con su aire bonachón y su aspecto de bohemio, se había hecho íntimo de Manuela. Marcos era un apasionado de la música y de la danza, tenía una amplia biblioteca sobre el tema y en aquellos libros se abismó Manuela al salir del hospital. Sólo una vez había vuelto a ver a Mariana: había querido verla antes de regresar a Rio y la encontró en el despacho de Marcos.

—No puedo decirte hasta qué punto te agradezco todo lo que has hecho por mí...

Hablaron mucho tiempo. Mariana prometió visitarla si iba a Rio algún día. Al abrazarla, despidiéndose, Manuela dijo:

—Ya no creo que los comunistas sean unas fieras... Leí un libro que Marcos me prestó sobre teatro y ballet en Rusia. Es formidable...

Marcos de Sousa iba con frecuencia a Rio, donde dirigía la construcción de un bloque de rascacielos. Le telefoneaba y salían los dos a comer juntos, juntos iban al cine, a exposiciones, a conciertos. Por primera vez, Manuela sentía el calor de una verdadera amistad. El arquitecto le llevaba siempre un saludo amable de Mariana, y Manuela le mandaba a su vez pequeños recuerdos, un pañuelo, un libro; una vez le mandó unos zapatitos de recién nacido. A través de Marcos conoció a otros intelectuales, gente de izquierda. Algunos no se diferenciaban gran cosa de Shopel, con su misma máscara, pero otros eran gente seria, dedicados plenamente a su trabajo, deseosos, como ella misma, de realizar algo. Fue así como empezó a relacionarse con un grupo de jóvenes artistas interesados en el lanzamiento de una compañía de teatro para representar obras de calidad, nacionales y extranjeras. A Manuela le entusiasmó la idea. Marcos la animaba diciéndole:

—Lo importante es hacer algo con honradez. Esa gente del Estado Novo está degradando toda la vida nacional y hay que reaccionar inmediatamente. Están degradando la literatura y el arte, y hay que hacer algo para impedir que acabe de pudrirse todo...

Le mostraba, asqueado, los suplementos literarios donde el crítico Rolin escribía artículos pedantes atacando la novela social y afirmando que la forma era esencial en la obra literaria y artística, y donde una nueva exposición de la pintora Sibila era saludada en largos artículos de análisis, donde se anunciaba la concesión de una

fuerte subvención oficial a la compañía teatral Los Ángeles, formada por aficionados de la buena sociedad, y que tenía al frente al «producto más podrido de esa noble burguesía brasileña» como clasificaba Marcos, exaltado, al afeminado Bertinho Soares.

Lucas Puccini no había estado presente en el acto de la toma de posesión del nuevo ministro de Justicia, a pesar de estar en Rio y de que Eusebio Lima le había invitado con insistencia. No quería encontrarse con Paulo, y cambiaba de acera cuando le avistaba por la calle. Envió, no obstante, un telegrama a Artur, felicitándole. El negocio del algodón iba viento en popa. Estaba iniciando otros negocios. Desde la noche del golpe, Lucas había pasado a ser hombre de la intimidad del palacio presidencial y, tal como había previsto, se ofrecían todas las facilidades a sus planes. Empezaba realmente a ganar mucho dinero, y los bancos, antes tan avaros en la concesión de créditos, ahora le hacían sustanciosas ofertas. Había empleado una pequeña cantidad en una fábrica de tintes amenazada de quiebra, y que ahora empezaba a remontar su crisis. Su nombre era ya conocido, y muchos decían que tenía «un brillante futuro».

También él solía visitar a Manuela cuando iba a Rio por cuestión de negocios. Notaba, no obstante, que desde aquella mañana de invierno, cuando le había arrancado la promesa de abortar, algo se había roto entre él y su hermana. Aparentemente nada había cambiado: se encontraban y hablaban del tiempo y de sus cosas. Pero ya no había aquella cálida ternura de Manuela, aquella fervorosa admiración hacia él, aquel interés por la marcha de sus negocios. Hablaban de todo, excepto de ellos mismos, cuando antes era Manuela la única persona con quien Lucas se abría. ¿Pero cómo hablarle ahora de sus negocios, cuando ella se mostraba distanciada y sin interés, con una amabilidad formularia, como si se tratara de un simple conocido sin intimidad? A Lucas se le revelaba así una extraña Manuela, llena de voluntad propia, haciendo y deshaciendo sin preguntarle su opinión, rechazando categóricamente su ayuda financiera, rechazando sus consejos: «Es absurdo que no renueves el contrato con el Casino, precisamente ahora, cuando te aumentan sustancialmente tu cachet. ¡Qué tontería!...».

Ella sonreía, no daba importancia a sus palabras. Y aquello hería a Lucas. Cada visita a la hermana le ponía de mal humor. Como si la admiración incondicional de Manuela le fuera necesaria para la prosecución feliz de sus negocios. Llegó incluso a pensar que existía una relación más profunda entre ella y Marcos de Sousa, a quien encontró dos o tres veces en el apartamento. Manifestó esa duda de pasada, en una conversación, y se asombró ante la reacción violenta de Manuela:

—¿Qué crees de mí? Marcos es un buen amigo. Ahora, al fin, tengo verdaderos amigos...

El poeta Shopel, a quien Lucas visitaba de vez en cuando (tenía participación en uno de sus negocios), se había quejado de Manuela:

—Me dio casi con la puerta en las narices. ¿Qué culpa tengo yo de la canallada de

Paulo? A mí, que cuando rompió con Paulo intenté ayudarla, hacerle compañía... Anda ahora con gente sospechosa...

—¿Sospechosa?

—Sospechosa de comunismo. Marcos de Sousa, por ejemplo. No niego su talento, es un arquitecto extraordinario, pero dicen que es comunista. La gente que rodea a Manuela ahora es toda de izquierdas. Un peligro...

Y el poeta añadió, abriendo los brazos con un gesto de profeta desesperado:

—Esos comunistas... Esos comunistas son la desgracia del mundo. Uno los encuentra donde menos se espera. Basta que alguien revele algún talento y ya buscan la manera de acercarse a él para echarle a perder, para arrancarle su propia personalidad, para convertirle en un autómatas a sus órdenes...

Durante un tiempo los comunistas desaparecieron de las noticias de los periódicos. Los artículos antisoviéticos continuaban llenando columnas y columnas, pero reinaba cierto silencio con relación al Partido. La policía estaba entregada a otros trabajos. Tampoco los comunistas daban señal de vida, como si la tierra se los hubiera tragado. Y la verdad es que en pocas ocasiones había sido tan intensa la actividad del Partido en todo el país. Después de las manifestaciones obreras de los días siguientes a la tentativa integralista, el Partido se había dedicado a reforzar su organización, que en parte había sufrido las consecuencias de la represión ininterrumpida desencadenada con la derrota de la Revolución de 1935. Aprovechando la huelga actual, los camaradas del Partido estaban preparando las condiciones para ampliar la lucha contra el Estado Novo. Y, de pronto, empezó en diversos Estados una oleada de conflictos laborales colectivos planteados ante la Magistratura del Trabajo, un movimiento en los medios sindicales para sustituir las directivas nombradas por el ministerio por directivas elegidas, e incluso se desencadenaron algunas huelgas. Al principio, todo aquello apenas llamó la atención, pero pronto se intensificó el movimiento huelguístico, y los periódicos volvieron a agitar la bandera del «peligro comunista». Estalló en Rio una huelga en el ramo textil, y pronto repercutió en São Paulo. Fueron detenidos algunos obreros. También en Bahía, en Para, en Rio Grande do Sul, estallaron movimientos huelguísticos. Un periódico de Rio publicó una noticia sensacional: el Partido Comunista tenía una nueva directiva formada por elementos nacionales y por otros llegados del extranjero, y actuaba de nuevo en los medios obreros. Él era el responsable de aquella oleada de huelgas, de conflictos colectivos, de descontento salarial. Para su nota, el periodista se había servido de ciertos materiales difundidos en São Paulo por el grupo de Saquila. El periódico terminaba exigiendo al jefe de la Policía Federal que tomara «enérgicas medidas para contener la amenaza moscovita».

Al día siguiente, el jefe de la Policía envió una nota firmada a los periódicos, por medio del Departamento de Prensa y Propaganda: la policía no estaba de brazos cruzados, sino que seguía de cerca la nueva oleada de agitación comunista y se preparaba para «asestar el golpe definitivo a los enemigos de la Patria y de la

sociedad». La realidad, sin embargo, es que la policía estaba desconcertada. Había perdido por completo la pista del Partido. Con excepción de algunas detenciones en Belén y Para, nadie había caído en aquellos últimos meses. En São Paulo, Barros había vuelto furioso de una conversación con la Comendadora da Torre. Una de las fábricas de la Comendadora, la misma donde Mariana había trabajado años atrás, se había declarado en huelga. Y la vieja exigía del delegado de Orden Político y Social el exterminio rápido y completo de los «rojos»:

—Anda usted perdiendo el tiempo tras los amigos del Dr. Armando mientras los comunistas hacen y deshacen a su antojo... Muévase, hombre de Dios, haga algo, meta en cintura a esa gente... ¡Demuestre al fin que sirve para algo!

En las mazmorras de la policía había muchos obreros detenidos, pero de nada servía. Eran simples huelguistas. Barros no había logrado obtener de ellos la menor indicación sobre el Partido, a pesar de que usó los métodos más «convincientes». ¿Cómo hacer para no quedar mal ante la Comendadora, para proporcionarle una satisfacción? Y, encima, tenía que cuidarse de que en los días próximos reinara un orden absoluto en la ciudad, pues el jefe del Gobierno iba a pasar por São Paulo, camino de Valle de Rio Salgado, donde iba a poner la primera piedra de las grandes obras que se iban a iniciar.

Una segunda expedición de técnicos e ingenieros había estado en el valle, protegida por un fuerte contingente de la Policía Militar del Mato Grosso y por un grupo de guardaespaldas mercenarios de Venancio Florival. Esta vez los mestizos no se habían atrevido a manifestarse y se habían quedado en los campos. De toda la población del valle, los ingenieros sólo habían establecido contacto con Chafik. El proceso por la posesión de las tierras se había celebrado en Cuiabá, y había ganado la empresa. Lo único que faltaba, era evitar a un grupo de soldados que expulsara a los cultivadores mestizos. Hecho aquello, podrían comenzar los trabajos. En Rio, en São Paulo, en las ciudades del interior estaban reclutando obreros para enviarles al valle. Se hablaba de establecer allí una colonia de inmigrantes japoneses.

La calma de la segunda expedición de técnicos se debía a las instrucciones del Partido que el negro Doroteu había llevado a Gonçalo: no precipitar los acontecimientos, esperar que la amenaza contra los cultivadores se concretase, ir preparando a los campesinos de los alrededores. A esta última tarea se entregó Doroteu, yendo de hacienda en hacienda, acompañado unas veces de Nestor y otras de Claudionor. Gonçalo había desaparecido de la selva, y aparecía por la noche en las casas de los cultivadores, como un fantasma.

Costa Vale había terminado sus complicadas negociaciones con los norteamericanos. Les había cedido gran parte de las acciones de la empresa, y enormes capitales en dólares iban a ser invertidos en la extracción del manganeso del valle. El banquero había hecho un rápido viaje en avión a los Estados Unidos. El poeta Shopel le había acompañado y escribía ahora, en un matutino carioca, sus impresiones sobre «el coloso yanqui». Fue a la vuelta de aquel viaje cuando Costa

Vale, tras almorzar con Artur en palacio, había invitado al dictador a poner la primera piedra en los trabajos de la empresa. Y estaban preparando un campo de aterrizaje en las márgenes del río. El presidente podía ir directamente en avión desde São Paulo. Venancio Florival se encargaría de preparar un monumental churrasco para la comitiva presidencial, y podían regresar el mismo día. Había sido señalada ya la fecha del viaje. Fue entonces cuando empezaron las huelgas y los conflictos laborales.

Barros no estaba dispuesto a permitir que el dictador viera perturbada su estancia en São Paulo por ninguna manifestación obrera, como había ocurrido el año anterior, antes de ser él nombrado delegado. Había que meter en cintura al Partido, la Comendadora tenía razón. Entró en su despacho de pésimo humor, y cuando Camaleão asomó la cabeza por la puerta preguntando si podía hablar con él, le recibió de mala manera:

—¡A ver! ¡Qué pasa! ¿No ves que estoy ocupado?

Camaleão titubeó, se encogió como un perrillo apaleado, lleno de miedo.

—¡Venga! ¡Habla de una vez si tienes algo que decir!

—¿Se acuerda de Luis?

—¿Qué Luis?

—Heitor Magalhães, el que fue tesorero del Partido y se hizo después del grupo de Saquila.

—Sí. ¿Qué le pasa?

—Está otra vez en São Paulo. Llegó hace pocos días. Me encontré con él por casualidad, estuvimos hablando. Hoy he vuelto a verle...

—Bueno ¿y qué?

—Estuvo todo este tiempo en Goiás, fastidiado. Tenía miedo de volver porque anduvo implicado en lo de Alves Neto, ¿se acuerda?

Barros empezaba a interesarse:

—Sigue.

—Pues ahora, como parece que esto se ha calmado un poco, ha vuelto. En Goiás ha escrito una historia sobre el Partido. Una especie de libro, con todo lo que él sabe... Dice que lo va a vender a un periódico. Creí que quizá pudiera interesarle...

—¿Que ha escrito un libro sobre el Partido? ¿Y lo va a vender a los periódicos?

—Eso es, sí señor.

Barros se quedó silencioso unos momentos. Ya antes, más de una vez, había pensado que Heitor podía ser «trabajado» por la policía. Cuando lo de Saquila, anduvo pensando detenerle para poder hablar con él, apretarle los tornillos un poco a ver qué resultaba. Pero el médico había desaparecido de São Paulo antes de que Barros pudiera realizar sus planes. Y después vino lo del golpe integralista y no volvió a pensar en Heitor.

—¿Dónde vive?

—En una pensión, en la calle del Vizconde de Rio Branco. Sé dónde está. Me

llevó allá.

—Coge un coche, vete a buscarle ahora mismo. Lleva a otro hombre contigo, por si se resiste. Si no está en casa, esperadle hasta que llegue.

—Está bien.

Camaleão se llevó la mano al ala del sombrero con su gesto habitual de despedida, pero antes de que dejara el despacho, Barros cambió de idea:

—¡Espera! No... Es mejor que vaya yo contigo. Así tengo la seguridad de que todo va a salir bien. Quiero leer el original del libro ese...

Se puso la chaqueta. Se caló el sombrero. Días después, A Noticia anunciaba con grandes caracteres el inicio, al día siguiente, de una serie de sensacionales artículos de un exdirigente comunista sobre la vida y la actividad del Partido Comunista en todo Brasil. En veinticuatro horas la ciudad de São Paulo se llenó de carteles invitando al pueblo a leer «las revelaciones de un exjefe del Partido Comunista, el mayor éxito periodístico del año». En la radio, en las pausas publicitarias, los locutores preguntaban: «¿Quiere saber usted cómo funciona el Partido Comunista? ¿Cómo llega el dinero de Moscú? ¿Los juramentos que los comunistas exigen a sus afiliados? ¿Las orgías a que se entregan? ¿Los crímenes que cometen? ¿Sus planes para liquidar a los sacerdotes y a la Iglesia? Lea a partir de mañana A Noticia, que inicia la publicación de las memorias secretas de un exjefe comunista».

El artículo inicial tuvo honores de primera página, con titulares a siete columnas:

#### LA CRIMINAL EXISTENCIA DEL PARTIDO COMUNISTA

Era el planeado libro de Heitor Magalhães. No había llegado a escribir un libro y se limitó a llenar un cuaderno con todo lo que se le vino a la cabeza, pero su imaginación no daba para más, y un periodista amigo de Barros, llamado por éste a la comisaría, tuvo que meter mano en el original y escribir capítulos enteros. Heitor salió en seguida de la cárcel. No había sido difícil su entrevista con Barros. El libro no tenía para el delegado la importancia que había creído, pero era sin duda bueno para el gran público, con sus descripciones absurdas de los comunistas quemando por la noche imágenes de santos y exigiendo a los militantes recién llegados al Partido que firmaran con su propia sangre un juramento de obediencia ciega a las órdenes de matar sin piedad a cuantos se opusieran a los designios de la directiva. Heitor había sacado algunas ideas de Jan Valtin y otras de algunas novelas policíacas traducidas del inglés.

En compensación, otras cosas, que no figuraban en el libro, interesaron profundamente al Delegado de Orden Político y Social: direcciones, nombres, lugares de encuentro y, sobre todo, la noticia de que el célebre Gonçalo, buscado desde hacía tantos años, se encontraba en Valle de Rio Salgado y era el responsable del incendio en el campamento de los técnicos norteamericanos. Tan importantes eran esas noticias, que Barros prefirió ir a Rio, a hablar directamente con el jefe de policía, en vez de utilizar el teléfono interurbano. Un grupo de inspectores salió al mismo tiempo hacia Mato Grosso.

Una mañana de fines de setiembre dos noticias llamaron la atención a los lectores de los periódicos: una trataba de política internacional e informaba de la reunión en Munich de los jefes de Gobierno de Inglaterra, Francia, Alemania e Italia. Chamberlain, Daladier, Hitler y Mussolini habían llegado a un acuerdo sobre la cuestión de Checoslovaquia. «LA PAZ ESTABA A SALVO», gritaban los titulares sobre las noticias ilustradas con las fotografías de Chamberlain, paraguas bajo el brazo, y de Hitler, con el brazo alzado en el saludo nazi.

La otra noticia procedía de la jefatura de policía. Tras un «persistente, metódico y notabilísimo trabajo» la policía paulista había desarticulado toda la organización comunista en el Estado, y la policía de Rio, tras un trabajo «no menos metódico, persistente y notable» había conseguido detener a algunos de los más importantes dirigentes del Partido. El jefe de la Policía Federal afirmaba ante los periodistas, indicando los materiales recogidos y esparcidos sobre la mesa de su despacho:

—Puedo asegurarles que en seis meses extirparemos ese cáncer que corroe el corazón de Brasil: el Partido Comunista. Con las detenciones ahora efectuadas, hemos decapitado a los agentes de Moscú. Sólo nos quedan por liquidar los restos de la organización que quedan aún en el Estado. Y eso es lo que vamos a hacer de inmediato.

Era la segunda vez que prometía liquidar al Partido en seis meses, ya lo había hecho cuando la implantación del Estado Novo. Pero esta vez, los periodistas estaban impresionados por el material aprehendido y por las fotografías de los detenidos en São Paulo y Rio.

Estas fotografías eran reproducidas bajo los titulares de primera página de un periódico carioca, y Marcos de Sousa, que llevaba en Rio una semana, sofocó un grito al verlas:

—¡Dios santo!

Estaba en la calle con Manuela. Salían de un cine y cuando él compró el periódico estaban esperando un autobús que les llevara a Copacabana.

Marcos se detuvo, miró las fotos; la sombra de una aprensión profunda cubrió su rostro de repente:

—Zé Pedro y Carlos...

—¿Qué pasa? —preguntó Manuela, inquieta.

Los ojos del arquitecto se desviaron del periódico para mirarla. Era la primera vez que ella le veía triste.

—¿Qué pasa? ¿Una mala noticia?

Marcos indicó las fotografías del periódico; con voz grave dijo:

—Detenidos en São Paulo. Aquí también. Es muy serio esto.

—¿Conocías a alguno?

—A dos. A los otros no los conozco.

—¿Corres peligro tú también?

—¿Yo? No. La policía nada sabe de mí. Y a esos dos que han detenido, les



conozco bien. La policía no va a arrancarles nada.

Leía las noticias, parado en la calle. Manuela acompañaba su mirada, la expresión aprensiva de su rostro.

—Ese animal de Barros dice que va a acabar en seis meses con el Partido... — Miraba otra vez las fotos—. ¿Y João? Por lo visto no han conseguido atraparlo. Y si João está libre, ni en seis meses ni en seis años van a liquidar al Partido.

—¿Qué João?

—El marido de Mariana...

—¿De Mariana? No está preso, ¿verdad? ¡Qué suerte!... —y Manuela se mostraba solidaria con la tristeza de Marcos. Aquello la afectaba también.

Siguieron andando, lentamente. Marcos continuaba abatido, el ceño fruncido, la cabeza baja. Manuela le tomó del brazo, afectuosamente:

—¿Tienes miedo de que la policía consiga detenerles a todos y acaben con el Partido?

—No, Manuela. Pienso en lo que deben de estar sufriendo, en lo que ya habrán sufrido. No puedes imaginar el salvajismo de la policía. Cuando agarran a uno de éstos se lanzan sobre él como perros... Carlos me contó lo que le hicieron aquí, en Rio, la otra vez que le agarraron...

Apretó la mano de la muchacha abandonada sobre la suya:

—Pero no tengo miedo a que la policía acabe con todo. Es imposible...

Le mostró la otra noticia, en el periódico:

—¿Ves? Han entregado Checoslovaquia. Están fortaleciendo a Hitler para lanzarle contra la Unión Soviética. Pero ya verás, Manuela, es tan imposible acabar con el comunismo como acabar con el mar o el cielo, como acabar con el hombre... ¿No se te ha ocurrido desear alguna vez que el día que iba a seguir al que estabas viviendo no acabara de amanecer?

—Sí. Una vez...

—Pero el día siguiente amaneció ¿verdad? Nadie puede impedir que el mañana amanezca. Nadie. Ni la policía, ni Hitler, nadie en el mundo... Lo que me preocupa es lo que estarán haciendo con Carlos, con Zé Pedro, con los demás...

Manuela se apoyó más en su brazo y dijo:

—No entiendo mucho de esas cosas de política. No entiendo realmente casi nada. Soy una ignorante total. Antes nunca me había preocupado. Todo lo que sé es que conozco a los unos y a los otros, a los ricos y a los comunistas. Los he conocido... — repitió como comparándoles y juzgándoles.

Miró con sus ojos azules de belleza infinita:

—Me gustaría hacer algo para ayudarles ¿sabes? Algo, no sé qué...

Los chiquillos voceaban los periódicos por la calle, resaltando los titulares.

—¿Qué puedo hacer, Marcos? Dímelo.



JORGE AMADO (Itabuna, 10 de agosto de 1912 - Salvador de Bahía, 6 de agosto de 2001) fue un escritor brasileño.

Nació en la Hacienda de Auricídia, en el municipio de Itabuna, al sur del estado de Bahía. Su padre era dueño de una hacienda. Cuando tenía un año su familia se estableció en la población de Ilheus, en el litoral de Bahía, donde Jorge pasó su infancia. Hizo los estudios secundarios en la ciudad de Salvador, capital del estado. En este periodo comenzó a trabajar en periódicos y a participar de la vida literaria y fue uno de los fundadores de la llamada Academia de los Rebeldes.

Jorge Amado publicó su primera novela, llamada *El País del Carnaval*, en 1931, a los 18 años. Se casó con Matilde García Rosa dos años después, y con ella tuvo una hija, Lila, que nació en 1933, año en que publicó su segunda novela, *Cacao*.

Se graduó en la Facultad Nacional de Derecho en Río de Janeiro en 1935. Militante comunista, fue obligado a exiliarse en Argentina y Uruguay entre los años de 1941 y 1942, período en que hizo un viaje por América Latina. Al regresar a Brasil se separó de Matilde García Rosa.

En 1945 fue electo miembro de la Asamblea Nacional Constituyente por el Partido Comunista Brasileño (PCB), siendo el diputado más votado del estado de São Paulo. Como diputado fue autor de la ley que asegura la libertad de culto religioso. En este mismo año se casa con la también escritora Zélia Gattai.

En 1947, año en que nació João Jorge, su primer hijo con Zélia, el partido fue

declarado ilegal y sus miembros fueron perseguidos y apresados. Jorge tuvo que exiliarse en Francia, donde se quedó hasta 1950. Su primera hija, Lila, murió en 1949. Desde 1950 hasta 1952 Amado residió en Checoslovaquia, donde nació su hija Paloma.

Al volver a Brasil en 1955 Jorge Amado se distanció de la militancia política, pero sin dejar el Partido Comunista. Se dedicó desde entonces integralmente a la literatura. Fue electo el 6 de abril de 1961 a la Academia Brasileña de Letras y recibió el título de Doctor Honoris Causa por diversas universidades.

Su obra ha sido adaptada al cine, al teatro y a la televisión, y también ha sido tema de varios trabajos de escuelas de samba en el Carnaval brasileño. Sus libros están traducidos a 49 idiomas y publicados en 55 países.

En 1987 se inauguró en el Largo do Pelourinho, en la ciudad de Salvador de Bahía, la Fundación Casa de Jorge Amado, que abriga y preserva su acervo para investigadores. La fundación también ayuda el desarrollo de actividades culturales en el estado de Bahía.

Jorge Amado murió en la ciudad de Salvador el 6 de agosto de 2001. Fue cremado y sus cenizas fueron enterradas en el jardín de su casa el día 10 de agosto, cuando cumpliría 89 años.

# Notas

[1] Pai-de-santo, «Padre de santo», es el que dirige los ritos de la macumba, dentro del sincretismo religioso de los antiguos esclavos llevados al Brasil con la trata. <<

[2] Capoeira es una forma de lucha deportiva y popular. <<

[3] En Brasil se usa frecuentemente la palabra coronel como sinónimo de hacendado.

<<

[4] Plato de pescado con puré de harina de mandioca, aceite de palma y leche de coco, fuertemente especiado. <<